



AE
& I
✻

AKELARRE

MARIO
MENDOZA

 Planeta

D.J.57

Al investigador privado Frank Molina, borracho, marihuanero y paciente psiquiátrico, lo alcanza su pasado con una cuenta de cobro cuando la policía lo llama para que los asesore con unos extraños asesinatos que tuvieron lugar en el barrio Santa Fe. Un imitador de Jack el Destripador está inmerso en una auténtica orgía de sangre y mata prostitutas sin contemplación. Mientras Molina sigue pistas de un extremo a otro de la capital para dar con el criminal, sus pasos se cruzan con los de su mentor, un sacerdote atormentado por los secretos que esconde de su juventud. Y al fondo de este cuadro gótico de la ciudad contemporánea, una joven pintora descubre que no es una artista, sino una hechicera que atesora poderes ancestrales.

Mario Mendoza

Akelarre

ePub r1.0

Titivillus 20-09-2019

Mario Mendoza, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



La ciudad está viva; respira como un animal de muchas cabezas y garras y corazones y pulmones y pelos. La ciudad es un reptil enfermo que transmite las imágenes de su agonía prolongada. Lo que yo hago es vudú para sanarla. Lo he hecho por años. No sé si funciona. No sé si la ciudad sana.

ÁLVARO BISAMA

CAPÍTULO I

EL NUEVO JACK

1.

La lluvia no deja de caer desde la madrugada hasta bien entrada la noche. Es un ruido persistente en los tejados de los edificios, de las casas, de las bodegas, de los almacenes. Las alcantarillas se taponan y por todas partes el agua escupe un hedor que se esparce por las esquinas y los soportales. Las canaletas chorrean un líquido amarillento que da testimonio de la contaminación, de una atmósfera sucia e inmundada. Los gatos se arrastran en la oscuridad mojados, con su pelambre apelmazada, como fantasmas desplazándose por entre los botes de basura, las botellas vacías y los restos de comida de una ciudad que hace mucho dejó de ser un hogar para convertirse en un campo de concentración que no permite a nadie escapar ileso.

Son las ocho de la noche. Entrás al edificio ubicado en la calle 19 con la avenida Caracas. Vagos, mendigos, yonquis desahuciados, prostitutas avejentadas y enfermas, y travestis con dos días de barba en sus mejillas pintorreteadas con rímel barato pululan en las aceras vecinas.

Te han llamado porque no saben cómo enfrentar el horror, porque tienen miedo, porque los *polis* suelen ser cortos de imaginación, animales domésticos y predecibles. Y esto no ha sido efectuado por una mente como la de ellos, tan evidente, tan plana, tan lineal. Esto es la creación de alguien desencajado, de un viajero que recorre zonas tenebrosas y macabras.

Sí, te han llamado a ti, Frank Molina, el investigador privado, el alcohólico, el fumador de marihuana, el loquillo desquiciado que suele pasar varias semanas al año en una clínica psiquiátrica, porque solo una mente como la tuya puede entender lo que aquí está ocurriendo. Y tú te sonríes, dejas las manos todo el tiempo entre tu chaqueta y subes los peldaños de las escaleras de dos en dos hasta el tercer piso, donde ya está la policía con sus investigadores de pacotilla y sus fotógrafos aficionados intentando registrar la escena del crimen. El

encargado es Roque Almagro, un antiguo policía al que conoces bien desde tu época de cronista de judiciales.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntas sin dejar de sonreír.

Uno de los subalternos de Almagro no puede soportar más el olor a carne y vísceras regadas por la habitación, y abre la única ventana del recinto para poder vomitar. Los otros se aguantan como pueden y llevan tapones en la nariz para evitar el hedor nauseabundo que contamina el aire de mala manera. Tú tienes la ventaja de que tu estómago es de plomo y te quedas parado en el umbral esperando una respuesta.

—Maritza Aguirre —te dice Almagro, mirándote de reojo—. Prostituta de la zona, 32 años, separada, con dos hijos pequeños. La mataron entre las once de la noche y la una de la mañana. No hay testigos. Nadie vio nada. Por eso el cuerpo permaneció todo el día sin ser descubierto. Se dieron cuenta por el olor a fiambre y porque un gato del vecindario salió por la ventana con un pedazo de intestino entre los dientes. Sus compañeras de trabajo dicen que era una buena mujer, solidaria, tranquila, sin enemigos conocidos. No estaba metida en problemas, no vendía drogas ni tenía deudas pendientes. Trabajaba independiente. Primero la ahorcaron, luego la degollaron y después le abrieron el abdomen y le extrajeron las vísceras. Antes de revisar el cuerpo en la morgue, queríamos que viera la escena del crimen para ver si se le ocurre alguna hipótesis. No estamos acostumbrados a algo como esto.

La última frase te hace sonreír. Claro que no. Están acostumbrados a lidiar con hampones de poca monta, traficantes incipientes, ladronzuelos y cuchilleros callejeros que muchas veces son sus socios y les pasan una parte de sus ganancias. Esto es otra cosa. Una mente trastornada, ida, en una dimensión aparte, y al mismo tiempo una personalidad fría, calculadora, matemática, precisa hasta la obsesión.

Das una vuelta por la habitación y memorizas la ubicación de las vísceras. El hombre no solo extrajo los intestinos, sino que parece haber ejecutado una danza con ellos por todo el lugar. Por un momento, cierras los ojos y lo imaginas con las manos ensangrentadas, dichoso, ebrio de contento, frenético, bailando de un punto a otro de la habitación mientras esparcía los pedazos del cuerpo de la mujer. Seguramente el asesino escuchaba en su cabeza una melodía lúdica, trepidante, y se sintió realizado, orgulloso de sí, transportado a un paraíso del que le costó mucho regresar. Es casi seguro que se encontrara excitado sexualmente, con el pene erecto, y que la sangre caliente y el cuerpo recién

abierto de la víctima lo condujeran a una eyaculación abundante. Sientes por todo el cuarto esa plenitud, esa alegría de alguien que se encuentra en un estado de éxtasis, fuera de sí mismo.

Luego debió ocurrir exactamente lo contrario. Tuvo que descender, enfrentar la realidad banal del crimen atroz de una mujer cualquiera. Se lavó las manos y la cara en el baño diminuto de esa habitación miserable. Por fortuna, no había un espejo y no tuvo que ver su rostro reflejado en él. Finalmente, esperó el instante ideal en el que no hubiera nadie en el corredor, salió del lugar fingiendo ser un cliente satisfecho, uno más del montón, y huyó por las calles perdido entre las sombras, el frío y la lluvia. Esa caminata debió ser terrible, en medio de la depresión y la angustia que suelen presentarse después del frenesí y la excitación. Lo imaginas durante las horas siguientes arrojado en su departamento, durmiendo debajo de las cobijas, sin comer, sin levantarse, con una televisión encendida al fondo en un canal que emite noticias las veinticuatro horas del día.

—¿Alguna idea, Molina? —pregunta Almagro, sacándote de tu ensimismamiento.

—¿Ya recogieron muestras de semen? —dices en voz baja, sin llamar mucho la atención.

—¿Del cuerpo de la víctima? Era una prostituta, Molina... Debe haber varias...

—Las prostitutas no tienen relaciones sin condón —respondes sin interés, sintiendo que de repente un cansancio, que no sabes de dónde viene, se apodera de ti—. Pero no, no me refiero a eso porque el asesino no la penetró. Al menos, no con el pene. Pregunto por las muestras que debe haber en la cama, en el piso, en las paredes.

—¿De qué está hablando, Molina? —dice Almagro, fastidiado, manoteando en el aire, como si quisiera que todos sus subalternos y tú mismo se largaran del lugar y lo dejaran solo—. Esto puede tratarse de un ajuste de cuentas entre mafias del sector, de un mensaje entre pandillas, de un amante celoso, y ya está.

—Vendrán más crímenes, todos con un *modus operandi* similar. Deben multiplicar la fuerza policial en el barrio para proteger a las mujeres del sector. Y explicarles a todas ellas que se protejan las unas a las otras, que estén atentas, que denuncien a cualquier individuo sospechoso que detecten.

—¿Usted cree que no tenemos nada más que hacer, Molina? —dice Almagro, levantando la voz enfurecido—. Ahora quiere que nos pongamos a dar

seminarios de seguridad y de protección social. No me joda, Molina, no me haga perder el tiempo.

—Es un hombre de mediana edad —dices con la misma voz reposada—, de unos treinta y cinco o cuarenta años, soltero, sin hijos, sin relaciones sentimentales estables. Tuvo acceso a la educación superior y es de clase media. Muy posiblemente esté registrado en algún hospital o en un seguro médico como paciente con brotes psicóticos, esquizofrenia o fuertes trastornos de personalidad. Una cosa más: no olvide las muestras de semen. Muy posiblemente justo ahora esté parado sobre una de ellas.

Sales del sitio sin despedirte, bajas las escaleras y alcanzas la calle en medio de la lluvia que nunca cesa en esta ciudad. Notas que se ha formado una multitud alrededor del edificio, mirones, chismosos, vecinos con ganas de que los dejen subir las escaleras y contemplar el horror cara a cara. En el fondo, todos ellos tienen los mismos instintos del asesino, sueñan con matar a los que detestan, quisieran darse un festín de sangre y sentirse, aunque sea por unos cuantos segundos, los dueños de las vidas de los otros, poderosos, auténticos dioses que determinan quién vive y quién muere.

Regresas al barrio 7 de Agosto, entras a tu casa y te preparas unos huevos revueltos y un té de jengibre. Enciendes el aparato y respondes algunos correos de clientes potenciales que preguntan por tus tarifas y tus servicios. No te sientes bien de ánimo. Lo único que deseas es echarte a dormir. Te tomas tu pastilla de litio, te lavas los dientes y te pones la pijama. Antes de darte cuenta, ya estás profundo entre las cobijas.

A los ocho días exactamente, te vuelve a llamar Almagro. Su voz suena alarmada en el teléfono:

—¡Otro fiambre igual que el primero, Molina! Se cumplió lo que dijo. Lo necesito aquí enseguida, por favor.

—¿En el mismo barrio, en el Santa Fe?

—Sí. A dos cuadras del primero. En la veinte con diecisiete.

—Ya voy para allá.

—Solo una cosa, viejo. ¿Cómo lo supo? ¿Cómo se dio cuenta de que se trataba de un asesino serial?

—Porque es un imitador, Almagro. No es un navajero cualquiera. Estamos frente a un tipo culto, educado, que ha cursado quizá algunos semestres de medicina o de enfermería.

—No le entiendo nada. ¿Un imitador de quién? Nunca hemos tenido nada

parecido. Revisamos todos los archivos.

—Es un tipo que vive solo y que muy posiblemente sea buen vecino, diligente, encantador. Debe vivir de alguna renta que tiene ya acumulada.

—No me ha respondido, Molina. ¿A quién está imitando?

—A Jack, a Jack el Destripador... Ya voy para allá.

2.

La voz de Dios no se manifiesta desde el comienzo de manera clara y concluyente. No, no es así. Es como un lento acercamiento, como una palabra temblorosa que al principio habla desde la distancia y que después te habla al oído y te dice: ven, te necesito. Entonces uno sabe que ha sido convocado, que ciertas alegrías de las que disfrutaban los otros hombres no son para uno: que no te casarás, que no tendrás unos niños corriendo por la casa, que no ahorrarás pensando en comprar un carro nuevo ni una vivienda mejor; y que tampoco te llamarán la atención los lujos de los hoteles, ni la comida exquisita de restaurantes elegantes ni las mercancías importadas de los grandes almacenes. No, lo tuyo no es la materia, sino el espíritu. Te da igual ponerte una camisa de marca o una de segunda, unos zapatos lustrosos o unos rotos, transportarte en carro, en bus o a pie. Lo tuyo son las batallas del alma. Es entonces cuando te conviertes en un siervo del Señor.

Al comienzo lo mío fue la medicina. Mi modelo a seguir era el doctor Víctor Frankenstein en su buhardilla buscando las fronteras entre la vida y la muerte. Me gustaba quedarme en la facultad hasta altas horas de la noche metido en los laboratorios investigando. ¿Cómo hizo la materia para salir de su inercia y de pronto, con una energía renovada, empezar a constituir el primer organismo vivo? Si la entropía es un principio universal, ¿cómo es que aparece la vida en sistemas y especies cada vez más sofisticadas? Ese era yo en mitad de la carrera, leyendo a los grandes teóricos de la vida, a los filósofos, ahondando, buscando aquellos límites en donde termina la tabla periódica y empieza el primer microorganismo.

Poco a poco fui creciendo y sentí la necesidad de servir, de ser útil a los otros. Apenas terminé materias e ingresé a las prácticas, me di cuenta de que los demás estaban ahí enfermos, frente a mí, esperando una mano amiga. Busqué un hospital en un barrio de bajos recursos para hacer el año rural obligatorio, donde

necesitaran a un joven idealista, y me entregué por completo a mis pacientes. Sin embargo, algo dentro de mí estaba insatisfecho. El vacío que había sentido de adolescente continuaba intacto, no había sido llenado. En más de una ocasión, salí del hospital con la vaga impresión de estar perdiendo el tiempo. Curaba, sí; operaba, sí; entablillaba, sí; recetaba, sí; pero sabía que el Hombre, con mayúscula, era más que eso. Más allá de los tejidos, de los músculos y los huesos, hay una fuerza secreta que nos hace humanos. La materia la compartimos con los animales. ¿Qué nos otorga nuestra tan preciada humanidad? Algo que no encaja en los átomos, las moléculas y las células, algo que trasciende la mera mezcla de elementos. ¿Y por qué no apuntar hacia allá, por qué no buscar en esa dirección?, me repetía una y otra vez.

Hasta que sufrí una grave crisis debido a la muerte inesperada de uno de mis mejores amigos, Mateo Sánchez. Habíamos compartido los dos últimos años de universidad y luego nuestras prácticas en el hospital. Jamás me insinuó que algo estaba mal con él o que escondía una vida secreta desesperada. Lejos de lamentarse por sus problemas, Mateo era un excelente camarada que siempre tenía un comentario entusiasta que alegraba el día, o que, al menos, lo hacía más llevadero. Por eso lo considerábamos un joven talento-so cuya gentil manera de ser lo conduciría, muy seguramente, a un futuro prometedor.

No obstante, una noche me llamó a las tres de la mañana y contesté nervioso, creyendo que se trataba de la muerte de alguno de mis pacientes en el hospital:

—¿Sí?

—Lázaro, soy yo, Mateo.

—¿Qué pasó? ¿Se murió la señora González?

—No, viejo, no tiene nada que ver con el hospital. Estoy en mi apartamento.

—¿Y entonces? ¿Estás enfermo?

—No aguanto más todo esto.

—Espera, no puedo ni abrir los ojos.

Me incorporé, bebí un poco de limonada que siempre dejaba en la mesita de noche, me refregué los párpados, bostecé como un león y volví a retomar el auricular:

—Ya, viejo, dime.

—Estoy harto de todo, no le encuentro sentido a esa vida de hospital.

—Recuerda que andar entre enfermos deprime un poco. No estaría de más que visitaras a Recasenz. Tú sabes que ese viejo no es un psiquiatra cualquiera.

—No es depresión, Lázaro, es que no podemos pasarnos la vida siempre

entre orines, vómitos y escupitajos.

—Es nuestra profesión, eso fue lo que elegimos.

—A veces tengo ideas terribles: se me ocurre entrar a Cuidados Intensivos y matar a todos esos pacientes terminales, que no hacen sino gemir durante meses enteros. No me digas que prolongarles la vida de ese modo no es inhumano.

—Ambos sabemos que juramos preservar la vida, no eliminarla.

—Pues ese juramento me parece hoy una mierda.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones?

—No me trates como si fuera un empleadito con estrés, viejo, tú no. Sabes bien que esto no se cura yendo a la playa ni metiéndome en una piscina tres días. Esto es algo de fondo, viejito, algo con lo que no comulgo y que me tiene ya podrido.

—No sé qué decirte.

—De pronto tú ya estás también robotizado y ni siquiera tienes tiempo para cuestionarte, para pensar qué diablos estás haciendo.

—No la cojas contra mí. Yo no te he hecho nada.

—Mejor sigue durmiendo. Mañana me vas a maldecir por haberte despertado.

—Cuando se acabe el turno podemos ir a tomar algo.

—Dale, fresco, yo te busco. Perdóname por llamarte a esta hora.

Nos despedimos y colgamos. Fui a orinar y caí de nuevo profundo. A las pocas horas, me llamaron de Urgencias y esta vez sí estaba seguro de que se trataba de la muerte de la señora González. No, tampoco. Era Marcela, la jefa de enfermeras:

—Lazarito, vente ya para acá corriendo.

—¿Empeoró la señora González?

—No, corazón, nos acaba de llegar Mateíto con un cuadro gravísimo de intoxicación.

—¿Qué?

—Yo creo que se envenenó, Lazarito. Apúrate.

Llegué en cuanto pude, sin bañar, sin desayunar, con el pelo desordenado y la boca sucia. En efecto, Mateo se había metido una sobredosis de morfina y no alcanzamos a salvarlo. De milagro, lo había encontrado su hermano, quien lo había llevado a la clínica en su propio carro, pero ya era tarde, la morfina había hecho efecto y agonizó inconsciente, en nuestros brazos.

En el entierro, la madre se me acercó y me preguntó:

—¿Es cierto que también te llamó a ti, Lázaro?

—A las tres de la mañana, sí señora.

—El hermano, en cambio, no pudo seguir durmiendo y lo llamó al rato para saber cómo se encontraba, pero él no contestó.

No dije nada. La acusación estaba clara: yo, irresponsablemente, me había echado a dormir sin importarme un comino la vida de mi amigo, y ahora las consecuencias estaban claras: él estaba metido en un cajón y yo seguía por la vida, tan campante, como si nada. ¿Era eso un amigo de verdad, alguien que nos ha acompañado a lo largo de los años?

Renuncié al hospital y me quedé unos meses a la deriva, sin saber muy bien qué hacer ni dónde vivir. Una tarde entré a confesarme a una iglesia y le conté al sacerdote lo que había ocurrido.

—Me siento culpable de esa muerte —rematé diciendo con los ojos llenos de lágrimas—. Lo dejé solo, lo abandoné.

—Hay espíritus negros que rondan nuestras vidas —dijo el sacerdote, con una voz gruesa que retumbaba dentro del confesionario—. A veces se quedan años y años vigilándonos, provocándonos, hasta que logran su cometido y nos destruyen, nos aniquilan.

—Creo que él estaba deprimido —asegué de manera un poco más racional.

—Los malignos nos acechan y se alimentan de nuestra desgracia, de nuestra miseria. Y nadie nos advierte de su presencia.

—¿Usted cree que se trató de fuerzas sobrenaturales que lo condujeron a matarse?

—Estoy completamente seguro. Lo he visto muchas veces.

—Me sorprende, padre.

—Y debe tener cuidado, porque ahora lo rondan a usted.

—¿A mí por qué?

—Lo hacen sentir culpable, lo alejan de su trabajo, lo angustian. Busque ayuda profesional.

—Eso estoy haciendo —dije alarmado por la brusquedad del sacerdote.

—Yo no soy psiquiatra. Haga una terapia, medíquese hasta que supere la muerte de su amigo. ¿Vive solo?

—Sí, señor.

—Múdese ya mismo y busque compartir con un familiar o con unos amigos. No se quede solo.

—Me está asustando, padre.

—Los caminos que nos conducen al infierno son sinuosos, retorcidos y laberínticos. Tenga mucho cuidado.

—¿Tengo que hacer alguna penitencia?

—Usted no ha cometido ningún pecado. Lo que tiene que hacer es protegerse usted mismo.

—Gracias, padre. Me retiro.

—Si las entidades siguen acercándose, venga a verme.

—Sí, señor.

Y salí de la iglesia estupefacto. ¿Qué diablos había sido eso? ¿Quién era ese tipo? ¿Sabían sus superiores que trataba de ese modo a los feligreses?

Lo curioso es que a partir de ese momento, como si se hubiera abierto una puerta a otro mundo, empecé a percibir que fuerzas invisibles atacaban o protegían las vidas de los hombres. No sé cómo explicarlo, pero me bastaba ver a una persona, tenerla un minuto cerca de mí, para saber si estaba limpia o si se encontraba acorralada por fuerzas oscuras. Y no solo me pasaba con mis vecinos o con la gente con la que me tropezaba en los supermercados o los restaurantes, sino que a veces, leyendo el periódico o viendo la televisión, aparecía alguien que me confirmaba la presencia de esas entidades secretas que están detrás de nuestras desgracias.

Mi error fue no protegerme, no escapar, no pedir ayuda, como me había recomendado el sacerdote. Y por eso fui víctima de ellas hasta niveles insospechados. Nunca he hablado de ello, pero juré que en estas páginas diría la verdad y nada más que la verdad. Y pienso respetar ese juramento.

3.

Leticia Almanza nació el 13 de febrero de 1990 bajo el signo de Acuario en un barrio de las afueras de Bogotá. Su padre era de Tumaco y ella le heredó su color oscuro, del cual siempre se sintió tan orgullosa. Su cabellera encrespada y desordenada le daba un aire salvaje, indómito, y era fácil reconocerla en un grupo de niñas en el colegio porque su cabello parecía una explosión de tornillos al aire. Su madre, una enfermera callada y perspicaz, tuvo desde los primeros años de su niñez la impresión de que su hija había nacido para algo diferente, que no tendría el destino común y corriente de la mayoría. Cuando el padre las abandonó por otra mujer, Leticia, que apenas contaba con cinco años, le dijo a su mamá, sin derramar una sola lágrima:

—Si yo con cinco años puedo aguantar este dolor, tú también puedes.

Creció en medio de la necesidad, contando monedas, pero esas carencias, en lugar de debilitarla, le otorgaron un carácter recio y decidido. Nunca permitió que sus compañeras de clase se sintieran superiores a ella, solo porque su color de piel era más claro. En una exposición que hizo alguna vez sobre los orígenes de la humanidad, les explicó a las otras estudiantes la historia de Lucy, la primera humana que fue encontrada en África, y les dijo con vehemencia:

—África es la madre de toda la humanidad, nuestro más remoto origen. De alguna manera, todos somos africanos.

Cuando se graduó del colegio decidió que ninguna carrera tradicional le interesaba. Una noche a manera de confesión, le dijo a su madre:

—No te ofendas, mamá, pero la mayoría de las profesiones están diseñadas para que uno sea esclavizado, para recibir un sueldo a final de mes a cambio de entregarles a los dueños del dinero nuestras vidas.

—¿Entonces qué vas a estudiar, mi amor? —le preguntó la madre, muy preocupada.

—Bellas Artes. Solo el arte tiene sentido en una época como esta.

Ingresó a la Universidad Nacional y su primera gran pasión fue Vincent van Gogh. Le atraía este pintor no solo por su obra temperamental y desgarrada, sino por su vida mística, por su contacto con los campesinos y los obreros más humildes. Llevaba en la mochila la correspondencia de Van Gogh, las cartas a su hermano Theo, con separadores, notas y subrayados en los apartes que más la emocionaban. Luego consiguió en una edición popular el ensayo de Antonin Artaud sobre este pintor y llegó a la conclusión de que, en una época atravesada por el afán de dinero y de estatus social, el artista no tenía más remedio que vivir al margen, aislarse y buscar una ruta propia, lejos de los derroteros trazados por los pequeños burgueses y sus vidas planas y mediocres. Por eso el pintor de su alma no había tenido más opción que pegarse un balazo en el pecho en medio de los trigales que inmortalizó en sus obras. Esa imagen de Van Gogh dejando los pinceles para tomar el revólver la emocionaba hasta las lágrimas. ¿Qué más podía hacer el hombre sensible en una época de mercachifles?

A finales del primer semestre descubrió, gracias a uno de sus compañeros, la obra ensayística y literaria de Richard Wright, en la que se habla por primera vez del *Black Power*, el poder al cual podían aspirar los ciudadanos negros esclavizados, segregados y marginados por las políticas del hombre blanco. No les había bastado con exterminar a los pueblos aborígenes, sino que después habían lanzado a la comunidad afroamericana a la servidumbre, la miseria y la marginalidad más criminal. ¿Por qué? ¿No les gustaba el color de su piel, sus bocas gruesas, sus narices anchas y sus cabellos ensortijados?

De allí, Leticia pasó rápidamente a los sucesos de los años sesenta, a la lucha en contra de la discriminación, a los discursos del reverendo Martin Luther King, de Malcolm X y de Angela Davis. Los Panteras Negras se convirtieron rápidamente en sus ídolos y pintó un mural en una de las paredes del Cementerio Central en el que se podía ver a Ramona África y a Amiri Baraka abrazados entre cadenas y cepos. Abajo escribió el famoso lema del movimiento del *Black Power: Lo negro es bello*.

Sin embargo, sintió en el fondo de sí misma que no era suficiente, que no bastaba con pintar, teorizar y hablar en clase acerca de la avidez y la bestialidad del hombre blanco. Cuando exponía las ideas de este movimiento tenía la impresión de que sus compañeros creían que esto era importante solamente si uno era negro. No entendían las dimensiones políticas ni las fuertes influencias que había tenido el *Black Power* en movimientos que cambiaron la historia como la agitación estudiantil de Mayo del 68. Sentía que sus compañeros, aún

llamándose artistas, vivían aletargados, somnolientos, y que en el fondo aspiraban a lo mismo que los de otras facultades: becas, buenos puestos de trabajo, respetabilidad.

Además, Leticia tenía conciencia también de que la cuestión de género agudizaba aún más la exclusión y la marginalidad. Si ser negro era ya un asunto político, aunque uno no lo supiera, ser negra lo era con mayor razón, porque había una doble discriminación. Ese orgullo de su negritud, de su cabello leonino, de sus ojos oscuros la condenaban a recelar de los hombres que se le acercaban o que se sentían atraídos por ella. Pensaba que la iban a utilizar, que se querían acostar con ella creyendo que por ser negra y pobre era una mujer fácil. Estaban muy equivocados, que se acostaran con sus *barbies* y sus princesas nórdicas.

Una tarde, a la salida de la universidad, se le acercó un alumno de los cursos superiores llamado Simón Carranza y la invitó a tomarse una cerveza. Ella le advirtió:

—Si crees que me vas a emborrachar para acostarte conmigo, estás muy equivocado.

—Deja de estar a la defensiva, Letty —le replicó él con una sonrisa—. Quiero hacerte una propuesta.

—¿Indecente?

—Sí, pero no sexual.

—Vamos.

Buscaron una cafetería desocupada y se hicieron en la mesa más alejada, en un rincón donde nadie pudiera oírlos. Pidieron dos cervezas y Simón le dijo en voz baja, después de chocar las botellas:

—¿No sientes que los profesores y las directivas han convertido la universidad en un plantel para tarados mentales?

—Completamente. No hay diferencia entre estudiar aquí y los niños de papá de las universidades privadas.

—Todo está empeorando y nosotros aquí perdiendo el tiempo, como si no fuéramos parte de este país. Tenemos que hacer algo y hacerlo ya.

—Si se trata de entrar a la guerrilla a mí eso no me interesa, te lo advierto. Ese bando con sus camionetas de narcos y sus fusiles me produce el mismo asco.

—Nosotros somos artistas, no soldados. Tenemos que actuar de un modo diferente.

—Estoy de acuerdo.

—Fíjate que los surrealistas llevaron el concepto de *happening* a la calle, a la vida cotidiana, a la gente. Ya no el arte en los museos, sino afuera, en el bar o en la esquina del barrio.

—Sí, aquí no pasa nada y esa situación es exasperante.

—También el *performance* implicó que no bastaba con pintar o con esculpir, sino que el arte tenía la misión también de cambiar de manera directa la vida de los otros.

—¿Por qué aquí no somos capaces de algo así?

—De eso vengo a hablarte. Llevamos semanas conversando con la gente de teatro y queremos crear un colectivo que se llame Caos. Se trata de acción artística directa, en la calle, con la gente.

—¿Cuántos son?

—Ocho. Si decides aceptar, tú serías la novena y la última.

—No sé cómo agradecerte. Me he sentido tan sola todo este tiempo.

—Uno primero se queja y después cree que votando por buenos representantes estudiantiles la cosa puede cambiar. Qué va, tenemos que hacerlo nosotros mismos, y punto.

—Y el nombre me encanta.

—Claro, se necesita del caos para que nazca algo nuevo. El orden solo deja la realidad tal y como está.

Ambos se abrazaron y brindaron por lo que sería una complicidad artística. Intercambiaron números de teléfono y correos electrónicos, y quedaron de reunirse la semana siguiente para empezar a trabajar.

El primer *happening* consistió en hacerle entender a la gente que la vida era muy breve, que eran finitos y no eternos. Nadie nos enseñaba la importancia del aquí y el ahora. Por eso cuando llegaban la vejez y la enfermedad, la gente no sabía cómo comportarse, no sabía qué hacer.

Integrantes de Caos se instalaban en un restaurante, por ejemplo, y, con la ayuda de uno de los del grupo que trabajaba como mesero, insertaban en la carta una nota que decía:

Usted no es eterno y un día morirá. ¡Despierte!

Y filmaban y fotografiaban las expresiones y los gestos de la gente. La mayoría se hacía la de la vista gorda, como si no hubiera pasado nada, y continuaba. Leticia nunca olvidó la respuesta de una mujer que se echó a llorar y cuando se acercaron todos a felicitarla por su actitud inteligente y sensible, ella les dijo entre sollozos:

—Cuánta razón tienen... Me diagnosticaron cáncer la semana pasada y ya hizo metástasis. Me quedan tres meses de vida y solo hasta ahora me doy cuenta de que no hice nada de lo que en realidad quería hacer. No cumplí con ninguno de mis sueños...

El colectivo Caos se dedicó también durante un tiempo a llamar al azar en las horas de la noche, después de las doce, y a la persona que contestaba le decían con voz grave:

—Un día nos vamos a morir, no se le olvide...

Algunos los insultaban y ellos grababan esas voces energúmenas muchas veces entre risas. Pero una noche un individuo les respondió con una tristeza infinita:

—Ya lo sé, lo tengo muy claro. Pero la vida no es gran cosa tampoco. Tanto sufrimiento agota. Por eso he decidido irme de aquí por mi propia voluntad...

Y oyeron un disparo y la llamada quedó suspendida en la nada. Todos se quedaron helados y con la boca abierta. No sabían qué pensar.

—Señor, ¿está todavía ahí? —dijo Simón, tomando el teléfono en sus manos.

Nada, un largo silencio se escuchaba del otro lado de la línea. Tuvieron que colgar y se quedaron pensativos y deprimidos. Destruyeron el celular que habían comprado para ese operativo y arrojaron las piezas en distintos botes de basura públicos por miedo a que la policía los investigara después.

Aun así, no se amedrentaron en su objetivo y el paso que dieron después los haría realmente famosos.

CAPÍTULO II

EL MONSTRUO

1.

Mi debilidad no estuvo en el plano del poder, del envanecimiento o del dinero. Esas tentaciones nunca hicieron mella en mí. Mi pecado fue uno de los más antiguos y más angustiantes de todos: la carne. Y cuando digo la carne me refiero, en primer lugar, a la carne, literalmente, a los músculos, a esas fibras misteriosas, a esas células, a esas combinaciones que conforman la vida. En segundo lugar, caí también en la trampa de la carne como pecado, como sexo descontrolado y delirante.

Primero lo primero: la piel, la textura de los muertos en la morgue o en el laboratorio. Con otro amigo de la facultad llamado Marcel Oquendo, nos dimos cuenta de que era posible trasplantar los miembros porque existía un torrente sanguíneo del mismo tipo que continuaba irrigándolos. Es decir, la vida dependía de ese flujo, de ese correr, de esos ríos de sangre que van y vienen por las células más microscópicas de nuestro cuerpo. Una persona muere no siempre en su totalidad. Muere su identidad, su nombre, su voz, sus ademanes, su risa. Pero buena parte de su cuerpo puede continuar viviendo: su corazón, su hígado, sus córneas.

Esto es maravilloso, porque significa que la muerte puede ser engañada, que poco a poco nos estamos acercando a la idea de permanecer más allá de los límites que el tiempo nos ha impuesto. Con mi compañero nos dedicamos entonces a crear una máquina que pudiera continuar bombeando sangre a ciertos miembros que decidimos sacar de la morgue sin que nadie se diera cuenta.

En una buhardilla del barrio La Candelaria, en el corazón colonial de la ciudad, a altas horas de la noche, Marcel y yo estábamos intentando, gracias a esta máquina, alimentar una mano o un pie que no sabíamos a quién pertenecía. Lo único que nos importaba era que ese pedazo mágico de humanidad fuera tipo A+, pues ese era nuestro tipo de sangre y la máquina era alimentada por nosotros mismos. Teníamos varias bolsas de nuestra sangre en un refrigerador y, con ellas

circulando por los tubos de nuestro aparato, conectábamos la mano o el pie robados a las terminales. Así lográbamos tener varios miembros vivos durante el tiempo que quisiéramos. Una bolsa de sangre de medio litro nos alcanzaba, más o menos, para mantenerlos con vida unas tres semanas. Luego teníamos que extraernos sangre y continuar con las transfusiones.

Pero no era suficiente con robar de la morgue de la facultad miembros de personas que hubieran muerto recientemente. Si queríamos que el experimento diera resultado, teníamos que tener acceso al paciente terminal (siempre de tipo A+) y extraer nosotros mismos la parte deseada apenas muriera. Y eso, por supuesto, era ilegal.

Sin embargo, uno de los encargados de vigilar la morgue nos pasó el dato de unos amigos de él que estaban metidos en tráfico de órganos. Era gente muy siniestra, que había organizado toda una infraestructura mafiosa de la cual se nutrían varios médicos y hospitales que tenían pacientes especiales, multimillonarios que estaban decididos a pagar fortunas enteras por un hígado o un riñón. Así tuvimos acceso a lo que necesitábamos, aunque luego fuimos asaltados por dudas terribles: ¿y si los miembros no eran de pacientes recién fallecidos, sino de personas asesinadas? ¿Si el órgano que habíamos conseguido no era de nadie que hubiera muerto, sino de un joven humilde que había preferido amputarse con tal de poder sostener a su familia un año más?

Esas preguntas nos atormentaron por un buen tiempo, pero al final triunfaron nuestros deseos, nuestra obsesión por vencer la muerte, por poder comunicarle a la humanidad que ya no debía tener miedo, que nosotros habíamos solucionado la misteriosa ecuación de la vida y la muerte.

De este modo alcanzamos a tener con vida en la buhardilla casi la totalidad de un cuerpo humano. Teníamos brazos, piernas, un corazón, un hígado, dos riñones, unos ojos que nos observaban desde el fondo de una marmita donde flotaban en una solución salina. Todo estaba vivo, todo tenía un color radiante y funcionaba a la perfección. Cada dos días nos extraíamos sangre con Marcel y manteníamos nuestro refrigerador con provisiones suficientes. Incluso conseguimos a otros conocidos que eran del mismo tipo de sangre y les pedimos colaboraciones ocasionales diciéndoles que se trataba de una campaña para ayudar a nuestros soldados en el campo de batalla.

Logramos incluso el cerebro de un joven recién atropellado que no tenía parientes cercanos y cuyo cadáver nadie reclamó. Lo mantuvimos en un congelador todo un día, luego lo pasamos a una neverita portátil en la que

solíamos transportar nuestros «tesoros», y finalmente lo irrigamos en cuestión de horas y esperamos toda una noche a ver si daba muestras de estar muerto e inservible. Para nuestra sorpresa, se mantuvo muy vital, de buen color, y al día siguiente estaba funcionando como si nada, pues notamos que se agitaba entre las sales y que dos electrodos que le conectamos nos indicaban que había una corriente eléctrica recorriéndolo muy sanamente.

Recuerdo que esa noche nos preguntamos con mi amigo si ese cerebro estaría recordando, si estaría pensando, si tendría la facultad de darse cuenta de que se encontraba suspendido en un intermedio extraño mientras le encontrábamos un cuerpo para insertarlo. ¿Dormiría, evocaría, le llegarían a sus sinapsis más recónditas el sabor de un plato de pasta, los olores de su infancia, las imágenes de la gente que había aborrecido o amado en vida?

Solo nos faltaba el armazón, el cuerpo final, y la única posibilidad de conseguirlo era apelando a los guardias de las morgues. El problema era que robar un cuerpo entero recién ingresado era muy complicado y los vigilantes se exponían a perder su trabajo de por vida. Tampoco teníamos cómo transportarlo hasta la buhardilla con seguridad. Estábamos solucionando esos detalles cuando de pronto se le presentó a Marcel un tipo a la salida de la facultad y se identificó como un detective de investigaciones especiales.

—Necesito hacerle unas cuantas preguntas, señor Oquendo.

—Sí, dígame —dijo Marcel, poniéndose nervioso y sin saber quién lo había delatado.

El hombre empezó a hacerle un interrogatorio estricto sobre sus actividades dentro y fuera de la universidad, dónde vivía, quiénes eran sus padres, a qué se dedicaba los fines de semana. Después de varios minutos, le preguntó de manera amenazante:

—¿Conoce usted a los hermanos Cardona?

Eran los tipos que varias veces nos habían suministrado los órganos a cambio de gruesas sumas de dinero.

—No tengo ni idea quiénes son —respondió Marcel, sudando frío.

—Señor Oquendo, creo que usted no entiende bien cuál es su posición aquí.

—No sé de qué me habla.

—Los hermanos Cardona ya lo delataron, lo identificaron con nombre propio y aseguran que usted, y un compinche que aún no sabemos quién es, son sus principales clientes.

—Están mintiendo.

—Esto le puede costar años de prisión y el fin de su carrera. Le recomiendo que diga la verdad.

Marcel se mantuvo firme en hacerse el que no sabía nada, el que no tenía ni idea de qué le estaban hablando. Entonces, el detective hizo una llamada y un carro con matrículas oficiales apareció en segundos en la calle:

—Súbase, hágame el favor.

Lo condujeron hasta su buhardilla en La Candelaria y entraron con una orden que le habían solicitado con anterioridad a una jueza. Lo que encontraron los dejó atónitos, aterrorizados.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó el detective jefe, estupefacto ante los brazos, las piernas, el hígado y los demás órganos vivos conectados a los irrigadores de sangre.

—Experimentos —respondió Marcel, sabiendo que su vida acababa de terminarse justo en ese momento, que a partir de ese minuto exacto ya no tenía futuro.

—¿Están vivos?

—Sí.

—¿Son para la venta?

—Cómo se le ocurre. Son experimentos. Estamos intentando descifrar qué es la vida, cuáles son sus límites.

Otro de los detectives se dio cuenta de que se trataba de un cuerpo humano completo, como si estuvieran viendo las piezas sueltas de un rompecabezas que estaba a punto ya de completarse:

—Están haciendo un hombre —dijo con los ojos muy abiertos.

—Exactamente —aceptó Marcel sin defenderse.

Media hora más tarde, el lugar estaba lleno de periodistas que disparaban sus cámaras y grababan con sus celulares cada uno de los rincones del lugar. La imagen de Marcel apareció en los titulares de prensa nacionales e internacionales como la noticia extraña del día, como si se tratara de un sádico o de un psicópata al que le hubieran encontrado varios cadáveres enterrados en el jardín de su casa. Incluso, una revista tituló en su portada: *Un nuevo Víctor Frankenstein estaba construyendo un monstruo en su casa.*

Lo detuvieron enseguida, lo interrogaron, pero él jamás dio mi nombre ni insinuó siquiera que tuviera un cómplice. Dijo que había pedido ayuda muchas veces a compañeros suyos de la facultad que no tenían ni idea para qué eran los

órganos que estaban transportando. Las autoridades le creyeron y de esa manera salvé el pellejo milagrosamente.

Sin embargo, el verdadero secreto estaba aún por descubrirse.

2.

El colectivo Caos continuaba buscando el *performance* ideal que despertara a la gente, que los hiciera darse cuenta de que estaban atrapados en una realidad sosa y sin sentido. Leticia participaba y se sentía a gusto teniendo un grupo de apoyo, estudiantes que eran como ella y que no querían repetir las vidas de sus padres: ahorrar, engordar, envejecer y morir. Tenía que haber algo más, no era posible que el paso por este mundo se restringiera a asuntos tan banales y de escasa importancia. Pero ¿cómo sacar a los demás de ese sueño tan peligroso? Fue entonces que vino el paso siguiente.

Una noche vio a un individuo en la televisión, un empresario recién liberado de un secuestro que decía:

—El secuestro me hizo darme cuenta de que mi vida anterior era un error, vacía, hueca, carente de sentido.

—¿Y entonces qué hizo usted? —le preguntó la periodista poniéndole el micrófono en la mano.

—Yo estaba casado con la mujer equivocada. Lo primero que hice fue separarme. Luego me presenté en la casa de una prima a la que había amado toda la vida y le dije que nos quedáramos juntos. También renuncié al trabajo y me dediqué a pintar, que era con lo que había soñado desde joven. La vida me cambió por completo.

Leticia se quedó pensativa. ¿El secuestro, algo positivo? Al principio sonaba descabellado, pero poco a poco, escuchando al hombre, era comprensible que en ese tiempo de retiro obligatorio el capturado reflexionara, hiciera balances y se viera a sí mismo desde lejos por primera vez.

En la reunión siguiente expuso entonces su idea:

—Hagamos secuestro exprés —les dijo al resto de sus compañeros—. La persona no lo sabe, pero lo tendremos capturado solo unas cuantas horas, el

tiempo suficiente como para que recapacite y reflexione. Buscamos un sótano, un lugar donde podamos recluirlo y después lo soltamos.

—Eso es una locura —dijo una de las compañeras—. Es un delito. Nos podemos ir a la cárcel.

—No vamos a pedir rescate, solo es por unas horas, mientras hacemos el *happening* —aseguró Leticia.

—Suena interesante —dijo Simón, pensando en voz alta—. Es claro que tenemos que intensificar las acciones.

El grupo se dividió y quedaron solo cuatro a favor. Los otros se retiraron del lugar molestos, fastidiados. Entonces empezaron a cuadrar el refugio donde lo mantendrían retenido, las rutas, lo que le iban a decir al prisionero. Un amigo de Simón se ofreció a prestar su casa. Estaba solo por unos meses y nadie se daría cuenta. Eligieron el 31 de octubre, que estaba cerca, porque les permitiría disfrazarse y conducir al prisionero con los ojos vendados sin que nadie se alarmara en la calle. Simón afirmó que podía conseguir un taxi prestado por unas cuantas horas.

Eligieron a un jovencito de la Facultad de Medicina que iba en carro a la universidad, que solo se vestía con ropa de marca y que parecía mirar al resto de sus compañeros por encima del hombro. Una buena lección no le vendría mal. Quién sabe, quizá se convirtiera en un tipo sensible y afable. El día en cuestión se disfrazaron de superhéroes e interceptaron al joven en el parqueadero de la Facultad de Medicina. Lo subieron al taxi, le vendaron los ojos y arrancaron en busca de la salida de la calle 53. Contabilizaron cuánto habían gastado: treinta y dos segundos. Perfecto. Un operativo limpio y sin contratiempos.

Los guardias de la universidad no sospecharon al verlos a todos disfrazados y sonrientes, de juerga. El joven iba vendado, maniatado y con un trapo en la boca para que no gritara. Lo llevaron hasta el escondite en treinta y cinco minutos, en el barrio Modelia. No había tráfico y bajaron por la calle 26 a buena velocidad.

Cuando ya lo tenían sujetado a una pared en un cuarto vacío, le dijeron:

—Es hora de que empieces a recapacitar. Toda tu vida no has hecho sino pisotear a los demás y sentirte superior a ellos. Llegó el momento de cambiar.

El joven se quedó callado y no respondió nada. Su altivez demostraba una seguridad en sí mismo fuera de serie. Decidieron darle unas horas para ablandarlo. Lo dejaron encadenado a un muro y bajaron a prepararse unos sándwiches. Se quitaron las máscaras y los antifaces de Batman, del Hombre

Araña, de Batichica. Estaban felices. Se reían, hacían bromas y se felicitaban los unos a los otros. La descarga de adrenalina les tenía el ánimo a tope.

Luego Leticia subió y vio al joven en la misma posición en que lo habían dejado. No había de qué alarmarse. Le dijo en voz baja, amistosamente:

—Aprovecha el silencio para reflexionar y pensar.

—Qué, ¿eres la líder de una secta espiritual? —le replicó el joven de mal genio.

—Podría decirse, sí. No lo había pensado de ese modo.

—Se van a pudrir en la cárcel.

—Toda la vida has hablado en ese tono. ¿Por qué no aprovechas esta experiencia para ser una mejor persona?

—Locos de mierda, ustedes lo que quieren es pedir plata. Pero ¿saben qué? Mi familia no les va a dar ni un centavo.

—Nadie te ha pedido nada. No te hemos golpeado ni tratado mal.

—¿Ah, no? ¿Les parece poco tenerme amarrado aquí como un animal? ¿Creen que esto me gusta y que estoy feliz?

—La gente a la que has despreciado toda tu vida se siente así siempre.

—Resentidos de mierda, malparidos —dijo con desprecio y escupió hacia el frente.

—Eso fue lo que te enseñaron desde niño: a escupir a los demás. Tu dinero y tu estatus no te quitan lo gamín.

—Van a ver, cabrones hijueputas. Ya me llegará el momento de reírme de ustedes.

En ese justo momento subió Simón acompañado de uno de los otros integrantes de Caos.

—Hay un operativo en la calle. Tenemos que salir de aquí ya mismo —dijo apresuradamente.

—¿Qué? —dijo Leticia asomándose a la calle y viendo cómo un pelotón completo de agentes con chalecos antibalas tomaban posición en los alrededores.

—Este *gomelo* de mierda tenía una alarma en el celular y alcanzó a dispararla —afirmó el otro joven.

—¿Qué? —dijo Simón, indignado—. ¿Nadie le quitó el celular a este pirobo?

—¡Qué güevones! —dijo Leticia, cogiéndose la cabeza con las dos manos.

—Se los van a quebrar a todos, malparidos —dijo el retenido, con orgullo.

—Tenemos que salir de aquí rápido —dijo Simón, agarrando a Leticia de la

mano y bajando las escaleras—. Vamos por detrás, por las bardas de las casas vecinas.

Cruzaron la sala-comedor, abrieron la puerta de la cocina y llegaron hasta el patio. Cuando estaban a punto de trepar la pared, escucharon que desde el techo les decían, apuntándoles con fusiles sofisticados de largo alcance:

—¡Quietos, si no quieren que disparemos! Levanten las manos y pónganlas en la nuca. Nadie tiene por qué morir hoy.

La captura fue sencilla y la policía no entendía cómo habían decidido secuestrar a un hijo de un general de la República sin tener una sola arma. Los noticieros de la noche abrieron todos con la noticia de la banda de los superhéroes que había sido desmantelada en su primer operativo gracias a la tecnología contemporánea. Varios expertos explicaron el funcionamiento de estas alarmas por GPS para casos de robos, secuestros y desapariciones.

El colectivo Caos aseguró que se trataba de una acción poética, pero nadie creyó semejante historia. El joven retenido dijo, además, que los había escuchado reírse y celebrar el plan, mientras a él lo tenían encadenado en el segundo piso.

—De no haber sido por nuestras Fuerzas Militares, estoy seguro de que me habrían tenido allí amarrado durante meses hasta lograr el rescate que esperaban pedir —dijo con cara de compungido, como si estuviera todavía bajo el efecto del miedo.

La mamá de Leticia le preguntó en su primera visita a la Fiscalía:

—¿Cómo pudiste hacer algo así?

—Era un juego, mamá. Él está mintiendo.

—¿Te parece un juego retener en contra de su voluntad a las personas y luego encadenarlas en un cuarto vacío?

—Aunque te parezca mentira, sí, mamá, eso era, un juego.

Leticia fue conducida a la cárcel de El Buen Pastor y unos meses después un juez dictó sentencia: diez años de prisión. Atenuantes como no tener antecedentes penales, no portar armas ese día ni haber herido al prisionero la salvaron de una pena mayor. Si estudiaba en la cárcel, alfabetizaba a las prisioneras con menos educación y tenía un comportamiento ejemplar, podía salir en cinco o seis años, más o menos. Todo se trataba de aguantar y de no desmoronarse.

3.

La ciudad es una jaula, lo sabes bien, una grieta, una hendidura en lo real. No hay camino de regreso, no hay cómo escapar del agujero. No es como otros lugares del mundo, donde la gente trabaja, se casa, cambia de empleo, pero siempre con la conciencia de que en cualquier momento se puede ir y establecerse en otra vivienda, en otro clima, con otros vecinos. Aquí no, en Ciudad Gótica estás atrapado, capturado, cumpliendo tu condena. Nunca sale el sol, llueve todos los días, el frío te hiela la médula de los huesos y te pudres en las mismas calles por las que se te escapa la vida día a día como agua entre los dedos. Es una ciudad zombi, un gigantesco cementerio en el que debes acostumbrarte a compartir con otros muertos vivientes como tú.

Hasta que alguien, un día cualquiera, no puede más y se toma un frasco de raticida, se compra un revólver para empezar a practicar cómo volarse la tapa de los sesos o se lanza desde su apartamento para al menos sentir la libertad unos breves segundos antes de estampillarse contra el suelo.

El hombre que buscas prefirió irse contra los otros en lugar de atacarse a sí mismo, prefirió desahogar su ira y su impotencia contra las mujeres de la calle, optó por cortarles el cuello a ellas antes que cortárselo a sí mismo. Es un hijo típico de Ciudad Gótica, un pariente cercano, un gemelo espiritual.

Lo curioso es su erudición, el hecho de que haya elegido al viejo Jack cortando vísceras a finales del siglo XIX en esa Londres oscura y nublada por la que deambulaban marinos, místicos y aventureros. ¿No estaba un poco pasado de moda Jack el Destripador? Había muchos otros asesinos seriales más modernos, incluso más complejos a nivel psíquico y emocional. Lo que sí no se podía discutir era que Jack tenía un cierto refinamiento poético que no se había podido superar. Bestial y lírico, atravesado por una animalidad incontrolable y al mismo tiempo con un pulso preciso de artista consumado. Y lo mejor de todo:

que se había quedado oculto en las sombras, sin rostro, sin historia, haciendo parte del mito que él mismo había creado con fina exquisitez.

Caminas por la avenida Caracas hacia la segunda escena del crimen en la calle 20 con la carrera 17. Te disgusta tener que hablar con *polis*, intimar con ellos, que se crean tus camaradas, tus iguales. Son una pandilla de engreídos, petulantes y sórdidos corruptos acostumbrados a amañar cualquier situación con tal de sacar provecho de ella. Pero lo peor son sus esposas arribistas y de mal gusto, sus hijos tarados acostumbrados a la mediocridad de esa clase media que suele pasar sus vacaciones en hoteles de pacotilla con recreacionistas en la piscina y karaokes en donde repiten como loros letras de canciones que consideran trascendentales. Qué asco, te repites una y otra vez mientras avanzas por la avenida con las manos metidas en la chaqueta.

Piensas que por eso jamás darán con este tipo, ni siquiera pueden intuirlo. No son animales de la misma especie. Este fulano viene de zonas remotas y distantes, de parajes agrestes, está acostumbrado a vivir entre el hielo. Estos *polis* son animalitos domésticos simpáticos, que baten la cola ante un fajo de billetes que cualquiera les ofrezca. El nuevo Jack viene de antros inenarrables, de noches en vela jugando ruleta rusa en la soledad de su apartamento, de calmantes y antipsicóticos que le ayudan a sentirse relativamente normal, que le permiten salir a la calle, comprar algunos alimentos en el supermercado e ir al baño sin alucinar, sin ver bichos peludos trepando por las paredes. Jamás en su vida se le ocurriría casarse con una de esas mujercitas que los *polis* eligieron para hacer sus familias. No tendría hijos porque desconfía de sí, de sus genes, y porque sería incapaz de ir al colegio todos los días a recogerlos, de cantar canciones de cuna, de ir a un parque de diversiones a jugar unos minutos y a comerse un helado de vainilla. De solo pensarlo, el viejo Jack debe sentir repulsión, un rechazo que le viene de muy adentro, de sus medicamentos, de su odio sordo y sus varios y fallidos intentos de suicidio.

Sigues monologando mientras avanzas y ves ya a pocas cuadras el barrio Santa Fe, la zona de tolerancia con sus espantapájaros revoloteando por las calles. Qué curioso, te dices, pero tú, Frank, estás más cerca del asesino que de los *polis*, es tu semejante, tu igual. Si tuvieras que elegir entre pasar un fin de semana con Almagro o con Jack, elegirías al segundo, tu *partner*, tu camarada. Qué curioso, te repites, pero hay más elegancia en el asesino, más carácter, más determinación. Los otros son individuos vulgares, comunes, hechos en serie,

engendrados en el mismo molde. Jack no, él está fabricado de otra madera más dura y resistente.

Antes de entrar al barrio, cuando solo te faltan unos cuantos metros, recuerdas que alguna vez, después de un largo período en la clínica psiquiátrica debido a una depresión que se resistía a todos los medicamentos, te dio por irte a un hotel familiar en clima medio, con animalitos, una *pisci* y enormes jardines y flores alrededor del lugar. Los niños madrugaban a ordeñar y a entablar contacto con las reses, los caballos y las cabras. También recogían huevos en los gallineros. Era asqueroso. El olor a boñiga y a leche sin pasteurizar te hacía vomitar todos los días. No sabías cómo diablos se te había ocurrido ir a meterte justo ahí, entre señoras babosas, niños cretinos y mariditos esperando cualquier oportunidad para emborracharse a su antojo.

Extrañabas la ciudad, el cemento, tu computador para navegar largas horas en páginas extrañas y fuera de serie. Entonces te diste cuenta de que odiabas la naturaleza, los atardeceres en medio de árboles gigantes, los insectos, los cerdos, los conejos, los pájaros, cualquier bicho que se moviera por el aire, la tierra o el agua. Lo tuyo era el plástico, el caucho, las aceras, los restaurantes callejeros, los bares, el ruido de los carros, el *smog*. A la mierda el sol, los prados y el aire puro. Eso era, justamente, para los *polis* y sus familias de adictos a las gaseosas y las telenovelas. Tú eras un auténtico hijo de Ciudad Gótica. Tú eras un vampiro.

Por eso te necesitan estos *polis* tontos y sonsos, porque de alguna manera son como un grupo de pollos intentando cazar un zorro. Saben que no son capaces y que en cualquier momento la bestia los agarrará a dentelladas y los hará pedazos.

Llegas a la escena del crimen y de nuevo ves a la víctima en el primer piso de un edificio gris destartado, justo en el umbral que conduce a un jardín interior, descuartizada y con la garganta abierta de oreja a oreja. Los moscos sobre los músculos y los charcos de sangre obligan a los *polis* de nuevo a ponerse toallas húmedas en las narices y tapabocas con desinfectante oloroso. Sin embargo, no percibes el frenesí del crimen anterior, la danza frenética de quien está cumpliendo una celebración, un ritual. Esta vez todo parece más frío, más calculado, más clínico. Es como si hubieran intentado desmembrar una res en un matadero de la manera más eficiente posible.

Almagro se te acerca con cara de no haber dormido en veinticuatro horas y de estar bebiendo café negro sin descanso. Las ojeras lo hacen parecer más viejo,

más achacoso. Intuyes con rapidez que debe estar recibiendo presiones y amenazas de toda índole por parte de sus superiores.

—No sé cómo pudo saber que este puto chiflado estaba imitando al asesino serial inglés —te dice con fastidio.

—Era solo una hipótesis...

—¿Pero cómo se le pudo ocurrir algo así?

—Jack es el asesino más famoso de todos los tiempos. La zona de tolerancia, el descuartizamiento, el *modus operandi*... Todo coincidía.

—¿Y ahora qué voy a hacer? ¿Cómo voy a dar con este puto loco?

—Lo primero que debe hacer es respetarlo. No se trata de cualquier enajenado que está por la calle con un cuchillo en alto amenazando a la gente. No. Es un tipo educado, refinado, distinguido, leído, que está comunicando algo a través de estos mensajes sangrientos.

—¿Me está tomando el pelo, Molina? No estoy para chistes.

—En absoluto. Es un artista, solo que su arte está prohibido y perseguido. Pero es una mente muy sofisticada. Por eso es tan difícil dar con él.

—¿Qué hay de sofisticado en esta puta escena, Molina? ¿Ah? Dígame. Esto es una carnicería, un baño de sangre, una injusticia en contra de pobres mujeres que apenas pueden defenderse.

—Hemos asesinado a diestra y siniestra, hemos enviado bombas atómicas sobre poblaciones civiles, hemos quemado con napalm a niños que corrían por entre la selva para guarecerse. Llevamos más de un siglo destripando civiles en Hiroshima, en Corea, en Vietnam, en Irak y ahora en Siria. ¿Ha visto a los terroristas en París, en Estados Unidos, en Bélgica? Eso es lo que nos están diciendo: ustedes comenzaron esto, ustedes son las bestias, ustedes son los salvajes. Pues bien, aquí es igual, Almagro, este fulano nos está enviando un mensaje: mírense en el espejo. Los animales son ustedes.

—No entiendo nada, Molina. Ahora resulta que los malos somos nosotros.

—Exactamente, ahí está el refinamiento.

—¿Y cómo vamos a dar con este tipo? No hay una sola huella en ninguna de las dos escenas del crimen.

—No lo sé. Quizá haya estado recluido antes por psicosis o por brotes esquizofrénicos. Debe tener estudios de medicina y es un tipo sensible. Vive solo, nunca se ha casado ni ha tenido hijos, y debe frisar los cuarenta años. Incluso un poco más.

—Ya les advertí a las mujeres de la zona que se cuidaran entre ellas y que

nos informaran cualquier irregularidad.

—Una cosa más: falta una parte del cuerpo. El corazón.

CAPÍTULO III

A TRAVÉS DEL MURO

1.

Leticia fue conducida a la sección de presos acusados por sedición, es decir, fue recluida junto a otras mujeres que tenían contactos con grupos subversivos al margen de la ley. Esas mujeres la consideraban una niña de clase alta por el solo hecho de ser universitaria, aunque ella en realidad vivía al sur de la ciudad en un apartamento humilde y nunca había tenido lujos de ninguna clase. Le correspondió la celda 76 B, desde cuyo corredor alcanzaba a divisar unos atardeceres espléndidos que la llenaban de una profunda nostalgia.

Se adaptó con rapidez a las rutinas, a la lavada de la ropa, a las visitas de su mamá los domingos y a lidiar con las guardianas lesbianas que se le insinuaban y le coqueteaban a toda hora. Ella mantenía la distancia sin demostrar temor, sin amilanarse. Las otras presas aprendieron a respetarla, pero aún así les parecía que había en ella un misterio, algo por descubrir y seguían intentando llegar al fondo de su pasado.

En las horas de la noche, ella evocaba las temporadas de Van Gogh entre los mineros de carbón y los campesinos más humildes, y se dijo que todo artista debía comunicarse tarde o temprano con los desposeídos y los menesterosos. Era como una deuda espiritual que debía saldar. Así que le pidió materiales a la directora de la prisión para pintar un mural en la biblioteca y a eso se dedicó con auténtica devoción. En el día hacía retratos de sus compañeras y luego, a la mañana siguiente, los incorporaba al mural, el cual bautizó como: *La libertad interior*.

Una mañana la guardiana del patio de Leticia golpeó injustamente a una de sus compañeras. La empujó contra una pared y le lanzó un golpe con un bastón de seguridad que la reclusa alcanzó a detener anteponiendo su brazo izquierdo. Resultado: el hueso cúbito roto por la mitad. Leticia no pudo más y expresó su inconformidad, roja de la ira.

—Qué le pasa, no tiene por qué pegarle así.

—Para usted también hay si quiere, mamita —le dijo la guardiana, blandiendo el bastón en el aire.

—Inténtelo, perra hijueputa —le respondió Leticia, poniéndose a la defensiva.

La guardiana no se esperaba esa respuesta y alcanzó a dudar por unos segundos. Pero sabía que estaba siendo observada y que si llegaba a mostrar debilidad las otras reclusas se la comerían viva. Así que lanzó el golpe más por amedrentar que por herir en realidad a su contrincante. Leticia era rápida y esquivó el golpe con facilidad. Y lo que vino no supo nunca de dónde le salió: agarró a la guardiana a patadas, le pegó un puñetazo en la nariz que se la hizo añicos y luego le fracturó el brazo izquierdo a la altura del codo. Finalmente, sudando y con los ojos enrojecidos, le dijo haciendo alusión al brazo herido de su amiga:

—Ahora sí quedamos a mano.

Cuando el grupo de las otras guardianas llegó y la puso contra el piso, ella estaba bufando como un animal. La enviaron enseguida al calabozo, a reclusión solitaria: un antro subterráneo donde nunca entraba la luz del sol, olía a orinal público y de vez en cuando se veía una que otra rata rondando en busca de algo para comer.

Los primeros días fueron durísimos. Había un colchón en el piso, una manta de lana que olía inmundos y tenía que hacer sus necesidades en un balde que le cambiaban en la mañana y en la noche. No tenía libros ni manera de entretenerse. La comida era aún peor que la de las presas regulares y apenas encontraba al fondo de esa sopa aguada, a veces, un pedazo de papa o de yuca. El café era hecho a base de los sobrados que quedaban y los escasos pedazos de pan que le pasaban eran trozos duros y apergaminados en los cuales halló moho en más de una ocasión. Se dijo que su cuerpo no aguantaría la prueba y que tarde o temprano enfermaría y moriría en esos socavones como una cucaracha despreciable. Lo único que le disgustaba de ese final era su madre, el dolor que le estaba causando a ella.

Una noche sintió una especie de golpeteos rítmicos en la pared norte del calabozo. No entendía nada y se limitó a responder sencillamente con un golpe seco. Del otro lado escuchó que alguien daba en el muro también un manotazo que retumbaba en su oído. Llevaba ya casi una semana en aislamiento y le parecía mentira que alguien estuviera intentando comunicarse con ella. ¿Era

cierto o se lo estaba imaginando? ¿Empezaba a mostrar signos de desvarío mental debido a las pésimas condiciones de reclusión?

Al día siguiente, en la sopa, encontró un pedacito diminuto de hueso de pollo. Entonces se le ocurrió una idea curiosa (quizá de alguna de sus lecturas o de una película extraviada en el pasado colegial): dibujó en la pared el abecedario y a cada letra le anotó el número que le correspondía. Por ejemplo: A1, B2, C3, y así sucesivamente. Sabía que era un poco dispendioso para el caso de las letras y las vocales que estaban de últimas en el abecedario, pero tenía todo el tiempo del mundo. De hecho, no tenía nada más que hacer. Al menos se distraería de semejante aburrimiento.

En las horas de la tarde intentó mandar su primer mensaje a ver si su compañera del otro lado comprendía. La clave estaba en dar los golpes de una letra, parar, y continuar con la siguiente hasta conformar palabras y frases enteras. Luego quedarse en completo silencio para indicar que la frase estaba terminada. Para su sorpresa, su nueva amiga le respondió enseguida demostrando que entendía el código a la perfección:

—Llevo días intentando comunicarme contigo.

—Hasta hoy se me ocurrió esto —dijo Leticia, golpeando cada letra en el muro.

—¿Quién eres?

—Una estudiante de bellas artes. Me procesaron por sedición, pero en realidad se trató de otra cosa. ¿Y tú?

—Soy Madame La Luz, una astróloga y clarividente. Las autoridades me acusan de ayudar a unos narcos a escapar. En parte, es cierto.

—¿Y no pudiste ver que venían por ti para escapar?

—No es tan fácil. El don se aplica a otros, pero casi nunca en beneficio propio.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Un mes.

—No creo que pueda aguantar tanto.

—Claro que sí. En el fondo de ti hay una fuerza secreta que debes encontrar. Está dormida, eso es todo.

—No me he bañado en una semana y estoy desesperada.

—¿Te falta mucho para que te llegue la regla?

—Como cinco días.

—Ahí te tienen que sacar, te dan permiso para bañarte y te tienen que

entregar una toalla diaria.

—¿Y me puedo bañar todos los días?

—No, día de por medio. Pero te sirve también para estirar las piernas, tomar aire y ver el mundo.

—¿Eres casada? ¿Cuántos años tienes? ¿Dónde vivías?

—Soltera, 35, sin hijos, en Castilla, pero mi consultorio estaba en Chapinero.

—¿Y puedes ver algo respecto a nosotras?

—No lo he intentado todavía. Ando con una gripa que me tiene muy debilitada.

—A eso le tengo miedo yo, a enfermarme.

—¿Qué signo eres?

—Acuario. 13 de febrero.

—Aguantarás, no te preocupes. El poder está dentro de ti.

Y así siguió comunicándose con su nueva amiga a través del muro durante horas. Le pareció que ese solo gesto de poder entrar en contacto con otro ser humano le salvaría la cordura y por ende la vida. Lo más atroz era ese aislamiento animal, como si se tratara de una bestia peligrosa o de una alimaña venenosa.

A lo largo de los días, Leticia se enteró de que Madame La Luz había estudiado dos años de Derecho y que se había retirado de la universidad para dedicarse a cultivar sus poderes como astróloga y clarividente. El consultorio le daba muy buen dinero, pero el problema fue que muy pronto le empezaron a llegar narcos en ascenso buscando su protección y su custodia. Querían que ella les bendijera las rutas, que les advirtiera de sus enemigos, que les dijera dónde estaban las caletas de sus socios torcidos. Esas amistades fueron las que la condujeron a la cárcel.

En efecto, cuando le llegó la menstruación ella se lo dijo a gritos a la guardiana a través de una rejilla por donde le pasaban la comida y la sacaron una hora después. La pasaron a las duchas y pudo lavarse todo el cuerpo y el cabello con un jabón barato. Esto era para Leticia algo muy importante: su pelo agreste y arrebatado en bucles indómitos era el símbolo de su raza, de su color, de sus orígenes africanos. Ser blanca es un asunto muy distinto porque la publicidad, el maquillaje, la ropa y los tratamientos capilares son para ellas, las *barbies*, las de cabello liso y piel clara. Pero ser negra significa buscar un maquillaje diferente, unos polvos faciales especiales y, sobre todo, cuidarse el cabello como si en la cabeza uno llevara una pancarta, un símbolo de su rebeldía que dijera: sí, soy

negra, y qué. Por eso cuando pudo echarse jabón en el cabello sintió algo de alivio, pero se dio cuenta de que lo tenía enredado y reseco. Y no había manera de conseguir un bálsamo ni algo parecido para echarse. Había que dejar la vanidad a un lado por ahora.

Una mañana, una de las guardianas, que era morenita y crespa, se apiadó de ella, y le dijo en las duchas:

—No te van a dejar salir tan fácilmente porque mi compañera quedó con un brazo enyesado y les tocó operarle la nariz para recomponérsela.

—Eso le enseñará a respetar a las reclusas y a no aprovecharse de su cargo.

—La verdad es que a mí ella nunca me cayó bien. Mira, te traje de los otros baños un frasquito de champú con bálsamo.

—No sabes lo que significa esto para mí —le dijo Leticia con los ojos aguados de emoción.

—Sí, sí sé, por eso te lo traje, para que no se te muera el cabello.

—Gracias, de corazón.

Esa tarde la sopa estuvo un poco mejor y encontró incluso al fondo del plato plástico un pedacito de carne.

A lo largo de esos días aprovechó cada salida a las duchas para tomar aire fresco, respirar, echar un vistazo por las ventanillas de los baños y mover las piernas y los brazos. El agua cayendo por su cuerpo le daba la impresión de una planta que estaba siendo regada para que siguiera con vida. Cuando se le fue la menstruación, hizo acopio de fuerzas para no ir a quebrarse durante el encierro. Lo que no sabía era que vendría uno de los momentos más importantes de su vida, un episodio que la cambiaría radicalmente para siempre.

2.

Los *polis* revolotean por todo el edificio en busca del corazón de la víctima, de esa pobre mujerzuela que acaba de ser descuartizada sin piedad alguna. Tú, Frank, empiezas a sentir que aquí hay algo más, que se suma una pista que antes no habías visto: ¿se trata de un coleccionista y la primera vez no te diste cuenta? ¿Por qué no revisaste el cadáver a cabalidad, con rigor? Te sientes negligente, cansado, muy lento para alcanzar una mente tan compleja y veloz.

En los rincones más apartados de tu memoria aparece un texto breve, un cuento cuyo título te parece ahora revelador: la historia de un hombre que entierra un cadáver en un muro y es el corazón de la víctima el que lo delata. *El corazón delator*, sí, exactamente. El viejo Poe, el mago del horror moderno, el que nos advirtió que se nos iba a venir una época de demencia y desequilibrio general.

Llegas a tu casa, buscas *Narraciones extraordinarias*, de Edgar Allan Poe, y ubicas el relato. Lo lees con cuidado. No es un entierro en un muro, sino debajo de las lozas del piso. Y ese corazón que el asesino escucha palpar es el sonido del miedo, del pánico de una época como la nuestra que parece extraviarse en la impiedad sin darse cuenta. El primer párrafo te parece escrito por el asesino, por Jack, quien seguramente se lo sabe de memoria y lo recita en sus momentos de soledad nocturnal:

¡Es cierto! Siempre he sido nervioso, muy nervioso, terriblemente nervioso. ¿Pero por qué afirman ustedes que estoy loco? La enfermedad había agudizado mis sentidos, en vez de destruirlos o embotarlos. Y mi oído era el más agudo de todos. Oía todo lo que puede oírse en la tierra y en el cielo. Muchas cosas oí en el infierno. ¿Cómo puedo estar loco, entonces? Escuchen... y observen con cuánta cordura, con cuánta tranquilidad les cuento mi historia.

Coges el teléfono y marcas al celular de Almagro. Te responde él mismo de mal genio, como si cualquier llamada fuera ya en sí misma una agresión:

—Diga.

—Soy Molina. Levanten las lozas del piso. Ahí debe estar el corazón de la víctima.

—¿Cómo lo sabe, Molina?

—Es una intuición.

—Ya le regreso la llamada.

Pasan veinte minutos y escuchas el timbre. Respondes enseguida.

—Molina.

—Ahí estaba, en efecto. Esto está muy raro. No me gustan los juegos.

—El arte es un juego, un juego muy serio y peligroso —dices con ganas de irte a dormir un rato.

—Lo espero en la comisaría, Molina. Necesito hablar con usted ya mismo.

—¿Ahora?

—Sí, ya mismo. Es urgente.

—Voy para allá.

Te dices que debes empezar a trabajar cuanto antes. Tus ahorros van menguando y es necesario recoger algo de dinero. No quieres buscar a maridos fugados con otras u otros amantes, ni robos menores, ni adolescentes ricas chantajeando y estafando a sus papás. Qué pereza. Necesitas un caso que valga la pena, algo serio, algo que te conduzca a las zonas más recónditas de Ciudad Gótica.

Llegas a la comisaría y te hacen pasar con Almagro a una oficina especial, a un recinto con vidrios de seguridad. Una joven con cara de recién egresada está sentada en un rincón con un blog de notas y una cámara encendida va grabando la conversación. Te das cuenta de que se trata de algo oficial, de un interrogatorio en regla.

—¿A qué se debe todo esto? —preguntas con cierta ira contenida.

—Señor Molina —te empieza a decir Almagro en cierto tono pomposo—, todo esto me está pareciendo muy raro. El perfil del asesino coincide justamente con usted, excepto por lo del conocimiento médico, que se puede adquirir estudiando por la red. De resto, usted parece ser el retrato exacto de este fulano.

—¿Para eso me llamó, dizque buscando mi ayuda? ¿Para acusarme?

—¿Cómo es posible que usted esté enterado de todo? Explíqueme. Usted dijo alguien soltero, sin hijos, adulto, con problemas mentales, culto, educado.

Ese es usted, Molina.

—No sea ridículo, Almagro. Mientras está aquí conmigo perdiendo el tiempo, allá afuera alguien más va a morir.

—No me diga. Mientras eso pasa debería responder a mi pregunta: ¿cómo sabe usted tanto de este asesino?

—Ya le respondí eso. Los asesinatos de Jack el Destripador son muy famosos. Cualquiera que esté en esto los conoce de sobra. Lo que sorprende es que un tipo de su rango no haya leído nada al respecto y no sea capaz de hacer la relación.

Almagro recibe el golpe sin descomponerse. Traga saliva y continúa:

—¿Y lo del corazón debajo de las lozas? ¿Cómo lo supo?

—Recordé un cuento de Edgar Allan Poe, *El corazón delator*. De nuevo, no tengo la culpa de haber leído más que usted.

Ves que la jovencita se arregla un mechón de cabello y se prepara para entrar en escena. Intenta dar una buena impresión:

—Señor Molina, soy Karla López, psicóloga de este departamento. Usted ha estado varias veces recluido por fases maníacas, ¿verdad?

—Soy bipolar, no es ningún crimen.

—Pero también ha sido tratado por su adicción a las drogas y el alcohol, ¿no es cierto?

—A las drogas no, a la *maracachafa*.

—En sus fases maníacas, según los reportes médicos, usted ha tenido muchas veces brotes psicóticos, pérdidas de su identidad, ¿verdad?

—Suele pasar. Por eso los bipolares tenemos que tomarnos permanentemente nuestros medicamentos.

—¿Por qué la descripción que hizo del asesino coincide casi a la perfección con usted?

—Porque no se trata de un hombre como ustedes dos, arribista, soso, con sueños de éxito, de hacer una familia, comprarse un carro y un perro. Es alguien que está por fuera del perímetro, una mente compleja. La de ustedes es predecible, plana, sin volumen.

—¿Se siente usted superior, señor Molina?

—Creo que es, justamente, al revés, señorita López. Yo estoy sentado en el sillón de los acusados solo porque no encajo, porque ustedes no pueden asimilar la diferencia. Y mientras mi amigo Almagro me somete a un interrogatorio con su amante de turno, y usted, señorita, se siente superior solo porque tiene la

oportunidad de demostrarle a su amante y protector que está capacitada para este trabajo, allá afuera alguien más va a morir dentro de poco. Espero que ustedes dos puedan vivir después con eso en su conciencia.

Te das cuenta de que has dado en el blanco porque ambos se retuercen en sus asientos, se sienten incómodos y no saben qué hacer. Es Almagro el que interviene con rapidez:

—¿Cómo sabe que pronto sucederá un tercer crimen?

—Porque entre la segunda y la tercera víctima canónica de Jack el Destripador no pasó mucho tiempo. Usted ya debería saber eso si hubiera hecho bien la tarea.

—¿Jack el Destripador mezclado con Edgar Allan Poe? —dice Almagro manoteando en el aire—. ¿Cuándo habíamos visto aquí algo parecido? No me joda, Molina, todo esto es muy raro.

—No se trata solo de las relaciones con otros asesinos o con autores de culto. No es eso, Almagro. Es una temperatura, una desesperación, una angustia de nuestro tiempo que él desea expresar. Toda la injusticia, toda la segregación que ha sufrido a lo largo de su vida, toda la exclusión a la que se ha visto sometido justamente por personas como ustedes dos, que sospechan de cualquiera que no se parezca a los estándares establecidos, todo eso está expresado de una manera directa y despiadada en los crímenes. Abra su cabeza, piense, aproveche esta oportunidad para ensanchar sus límites, que son bastante estrechos.

—Me molesta ese tonito suyo de superioridad, Molina.

—Le repito: el que está aquí sentado como sospechoso soy yo, Almagro. El que tiene el poder es usted, el que puede detenerme solo porque no quiere entender, el que me somete, el que puede ponerme las esposas cuando así lo desee. Yo me acerqué porque usted me llamó y he estado ayudándolo desde el primer momento. Y usted me paga deteniéndome. ¿Quién es entonces el que se cree superior?

—¿Y cómo supo que había semen esparcido por toda la habitación? ¿Eso también está en los libros? Lo siento, Molina, pero necesito una muestra de su semen para descartarlo como sospechoso...

—Sí, eso también está en los libros. La mayoría de este tipo de asesinos tiene un eros desviado, un eros que termina expresándose en tánatos, en muerte. Tener el control de alguien hasta el punto de poder otorgarle la vida o la muerte es fascinante. Matar es excitante, Almagro. Debería saberlo, pues entre nosotros dos el único que ha matado es usted. El único asesino aquí lleva su nombre.

En ese momento le suena el celular a Almagro, él revisa primero de quién se trata y contesta. Escucha unos breves segundos, asiente y cuelga. Mira a Karla López con vergüenza, como si acabara de echar por tierra una obra de teatro magnífica y tuviera que salir al escenario para comunicarle al público que en realidad el actor principal es una farsa, una mentira, un timador de poca monta. Suspira con una sensación de derrota en el rostro y te dice con cierta complicidad contenida:

—No puede ser. Acaban de matar a la tercera víctima.

Le dices entonces con afecto, fraternalmente:

—Se lo advertí.

3.

Marcel fue conducido a una cárcel que parecía en realidad una institución de tortura. Aunque le tocó en un pabellón retirado donde al menos tenía la seguridad de que no iba a morir acuchillado mientras dormía, en ciertas horas del día tenía que salir al patio y mezclarse con los demás prisioneros. Y ahí era el infierno. La cárcel estaba organizada por bandas, por pandillas, y estar solo significaba convertirse en un cervatillo que corre por la sabana entre distintos grupos de depredadores hambrientos. Al segundo día ya sabían quién era, y el jefe de uno de los clanes lo mandó a escoltar hasta su celda. Le ofrecieron una cerveza o un whisky en las rocas, que en un lugar así son auténticos lujos de los que nadie puede ufanarse.

—No, gracias —dijo Marcel, sabiendo que lo peor estaba por comenzar.

El comandante de esa banda se hizo presente y le estrechó la mano con cierta camaradería. Era un tipo grande y gordo que había mandado construir hornos crematorios en sus fincas para torturar a cualquier trabajador u obrero que fuera sospechoso de pertenecer a algún sindicato o partido político de izquierda. Los cocinaba vivos y dicen que la gente no solo confesaba lo que fuera, sino que se enloquecían allí metidos, daban alaridos de terror y luego el olor a carne chamuscada quedaba en los potreros aledaños durante días enteros. El matón le dijo a mi amigo con deferencia, amistosamente:

—Lo primero que me alegra es que haya un médico en la cárcel. Yo tengo algunos problemas de salud y me encantaría que usted me revisara y me tratara. Pero más allá de eso, mi querido científico, lo que me sorprende es lo que he leído sobre usted en la prensa. ¿Las fronteras entre la vida y la muerte? ¿Cómo prolongar la vida más allá de sus límites? Fascinante...

—Fueron experimentos que se quedaron sin resolver. La prensa agiganta y magnifica para vender más.

—De todos modos, usted tenía órganos con vida en su laboratorio, ¿no es así?

—Sí, hasta ahora estaba empezando.

—Eso significa que si yo aquí le suministro lo que usted necesita podría continuar investigando.

—Es muy difícil. No tengo mis aparatos ni mis instrumentos.

—Yo se los hago traer.

—Tampoco tengo órganos ni litros de sangre suficientes para mantenerlos con vida.

—Eso es lo de menos —aseguró él, sonriéndose con uno de sus lugartenientes que estaba custodiando la entrada a la celda—. Aquí tenemos conejillos de Indias suficientes que se sentirán muy honrados de servir a la ciencia. Lo importante es que usted pueda continuar, porque eso significa que luego, cuando estemos listos, usted empezará a revitalizarme, a convertirme de nuevo en un joven de veinte años. ¿No hay una historia de un fulano que hace un pacto con el demonio para que lo mantenga eternamente joven mientras un cuadro suyo envejece por él?

—*El retrato de Dorian Grey* —dijo Marcel con tristeza.

—Exacto, eso seré yo, una especie de primer Adán que no envejece y se mantiene eternamente adolescente gracias a los trasplantes y las transfusiones que usted me vaya suministrando.

—Donde nos lleguen a descubrir nos abren un nuevo proceso.

—Por eso no se preocupe. Yo me encargo de que nadie requise ni entre a su laboratorio. Lo importante es que usted pueda empezar a regresarme mi juventud.

—Eso no es fácil ni rápido.

—No importa. Aquí tenemos todo el tiempo del mundo...

Se hizo un silencio de unos cuantos segundos, que a Marcel le parecieron siglos. El hombre se acercó a la única ventana de la celda, echó un vistazo allá afuera, en el patio donde los otros prisioneros se agrupaban en pandillas, y dijo con cierta añoranza ingenua:

—Usted no sabe lo que es empezar a envejecer, doc. Las primeras arrugas, las ojeras, la gordura inevitable que llega con los años, la caída del cabello en las mañanas. Es como si uno fuera el protagonista de una historia de monstruos.

—El paso del tiempo es inexorable —dijo Marcel, como por repetir una frase de cajón y llenar el vacío en la conversación.

—Uno se mira en el espejo y es otra persona, un anciano decrepito que se va tomando poco a poco la mirada, los dientes amarillentos y débiles, las pecas en las manos. Qué mierda...

—Haré lo que pueda.

—¿No eran los apaches los que quitaban los cueros cabelludos a sus enemigos? Pues eso mismo vamos a hacer aquí, doc. Estoy ya harto con esta calvicie que me hace ver veinte años más viejo. Lo primero que quiero es pelo. Y una cosa sí le advierto, doc: donde se me haga el loco o me traicione, mis hombres tienen ya orden de violarlo en grupo antes de darle machete.

Enseguida le pidió que hiciera una lista de los objetos que necesitaba, que los dibujara y que escribiera debajo de cada uno para qué servía y todos los detalles pertinentes. Luego llamó a dos de sus matones de confianza y los sentó a su lado para que se instruyeran al respecto, para que aprendieran qué era una marmita, una probeta, un tubo de ensayo, un mortero, un balón volumétrico, un *beaker* o un Erlenmeyer. Marcel también les explicó que necesitaba espátulas, escobillas, pinzas para crisol y para tubos de ensayo, gradillas y embudos de distintos tamaños. Luego, para finalizar, escribió las sustancias, los químicos y los líquidos que eran necesarios para, al menos, empezar a hacer las primeras prácticas.

Y en esas andaba el jefe de la organización de la cruzía donde habían enviado a Marcel, recogiendo los materiales para armar el laboratorio, cuando yo lo visité por primera y última vez. Entré un domingo y nos abrazamos en uno de los rincones del patio central. Estaba más flaco, con ojeras y un cierto nerviosismo que nunca le había detectado lo obligaba a mirar hacia los lados a cada segundo. Me contó sobre la detención y la entrevista con el capo que deseaba convertirse en el radiante Dorian Grey.

En algún momento, le pasé el brazo por la espalda y le dije con auténtica gratitud:

—No tengo cómo pagarte el hecho de que no hubieras mencionado mi nombre.

—Jamás me convertiría en un delator, cómo se te ocurre.

—¿Qué hicieron con todo el material?

—No tengo ni idea. Lo habrán quemado o algo parecido, me imagino.

—Estábamos tan cerca...

—Ahora lo que me falta es que empiecen a descuartizar prisioneros para que yo pueda experimentar a mi antojo. Me estoy convirtiendo en un Mengele

tercermundista de película de terror. Y si no lo hago me harán pedazos a mí.

La alusión al famoso médico nazi que experimentaba con los reos de los campos de concentración me entristeció y le dio a nuestro encuentro un aire lúgubre y siniestro. Le dije en el tono más amistoso que pude:

—Sé que tu familia contrató a los mejores abogados. ¿Quieres que les diga que pidan un traslado de prisión?

—En todas me va pasar lo mismo. La prensa reseñó nuestro experimento como si fuera una nota amarillista cualquiera.

—Dime qué necesitas y yo te lo traigo en la próxima visita.

—No me hace falta nada. Solo que me hagas un favor enorme.

—Dime, lo que sea.

—¿Te acuerdas de mi vecino de abajo, el del primer piso?

—¿El que está enfermo de cáncer?

—Ese mismo. Yo le insinué que estaba experimentando con órganos vivos y después de algunas conversaciones él se ofreció para donarme su cuerpo apenas falleciera.

—¿Qué? —dije perplejo.

—Ya sabes, cuando uno está a punto de morir de pronto quiere permanecer, perdurar de algún modo, no irse de aquí tan fácilmente, así, por la puerta de atrás. Hay incluso individuos que cuando saben que el diagnóstico es ya definitivo deciden tener hijos y dejar a sus mujeres embarazadas.

—¿O sea que ya tenías el cuerpo listo para los trasplantes finales?

—Más o menos, porque no sabía con seguridad cuándo iba a fallecer Lorenzo, que es como se llama mi vecino.

—Pero ya nada de esto tiene sentido y lo mejor es olvidarnos, hacer borrón y cuenta nueva.

—Por favor, visítalo y habla con él. Dile que lo siento mucho, que lamento no haber tomado las precauciones suficientes.

—Se debió enterar por la prensa y seguramente vio a los agentes entrar y salir del edificio con todo nuestro material incautado.

—En uno de los recipientes que había en mi cuarto, en la ducha del baño, yo tenía en una neverita portátil unos cuantos litros de sangre. Eran para él.

—Nunca me contaste ni me dijiste nada.

—Por eso necesito que vayas a verlo. Por favor.

—Claro que sí, no te preocupes. Hoy mismo paso por allá.

Hablamos de nuestros sueños, de cómo se nos había caído la utopía por el

abismo, volví a agradecerle varias veces su silencio cómplice, y salí de la cárcel destruido, con el ánimo por el suelo.

Esa misma tarde timbré en el apartamento del primer piso del edificio donde vivía Marcel y pregunté por don Lorenzo, un señor de barba blanca que yo había visto algunas veces saludarse con mi amigo. Una mujer de unos cincuenta años de edad me hizo entrar y me ofreció un café. Se lo recibí de buen grado, lo estaba necesitando para estimular un poco el súbito desánimo que me agobiaba. Me lo sirvió en una taza con dibujos de dragones que pertenecía a una vajilla china multicolor.

—Mi hermano falleció hace tres días. Tenía un cáncer de hígado muy agresivo que se lo llevó en pocos meses. ¿Eran ustedes amigos?

—No, soy amigo de Marcel, el médico del último piso.

—¿El carnicero ese al que le descubrieron no sé cuántos miembros humanos?

—Somos practicantes de medicina y él estaba poniendo a prueba algunas teorías científicas —afirmé en singular para no involucrarme en lo más mínimo.

—Es una locura, un disparate. En otro país le hubieran dado la pena de muerte. Ahora, si me disculpa... —dijo ella, recibéndome la taza de café y poniéndose de pie.

—Sí, claro —dije con resignación—. Lamento mucho lo de su hermano. Solo quería saludarlo en nombre de mi amigo.

—Pues dígame a ese chiflado que por culpa suya Lorenzo se desquició al final de la enfermedad y dijo que era posible vencer la muerte y perdurar más allá. En la cama, agonizante, aún preguntaba por su amigo y decía que si lo soltaban él se salvaría.

—Lo siento mucho —dije con respeto y salí sin mirar atrás.

A los pocos días me enteré por la prensa de que Marcel se había suicidado en su celda. Dobló una sábana en varios pliegues hasta que hizo una cuerda firme y se ahorcó de una de las vigas del techo. En la primera guardia de la mañana, lo descubrieron amoratado y sin signos vitales. La prensa amarillista volvió a darse un banquete cuando tituló en primera página: *Frankenstein criollo se ahorca en medio de la noche*.

Supongo que la persona que más lamentó el suicidio de mi amigo fue el jefe de su crujía, que vio desaparecer su sueño de convertirse en un galán eternamente joven, gracias a los órganos y la piel de sus compañeros de prisión.

CAPÍTULO IV

EN EL CEMENTERIO

1.

La tercera víctima es en realidad elegida de manera cautelosa y brillante, es como perfeccionar ligeramente algo que el original había descuidado, pues en términos estrictos no se trata de una mujer como tal. Su nombre es Anyelina Yoly y era un transexual que hacía un *show* de *striptease* en un antro de mala muerte del sector. Empleados miserables del centro de la ciudad acudían desde las cinco de la tarde a ese bar subterráneo en el que la Yoly se desvestía para mostrar la exuberancia de sus cirugías. El asesino la había esperado con cautela en el camerino donde solía cambiarse y la había abierto desde el cuello hasta la base de ese sexo que había sido operado por un buen cirujano. Luego la había vaciado y esta vez los intestinos estaban colgados en la pared conformando un cuadro grotesco que aún chorreaba sangre. Como en las dos primeras víctimas, no había testigos ni huellas que delataran al autor del crimen.

Almagro te ha conducido hasta el lugar en silencio, sin excusarse por la escenita que acababa de montar en la comisaría. Tú no le reclamas nada y te limitas a observar por la ventanilla de la patrulla esta ciudad gris y lluviosa que parece nunca descansar. No dejas de pensar que no es una urbe cualquiera, que no se le debe medir con los mismos patrones que a las demás, pues en verdad se trata de un campo de exterminio, de un experimento macabro en el que los participantes deben soportar las reglas del juego sin salirse del recinto.

Cuando llegan al bar donde ha sucedido el tercer asesinato, una lluvia feroz castiga los andenes, los tejados y los techos de los autos. Truenos y relámpagos iluminan por momentos ese cielo cerrado y compacto. Un rápido vistazo al camerino te indica que esta vez Jack actuó con rapidez, fríamente, sin entusiasmo alguno, como si estuviera cumpliendo un trámite en una oficina. Quizá se debió a que la víctima no era una mujer como tal. El hecho de pensar que más allá de las apariencias estaba matando a un hombre de nacimiento lo desalentó, le quitó gracia al crimen, lo despojó de su encanto.

—¿Qué piensa, Molina? —te pregunta Almagro haciéndose en un rincón contigo para que los demás no puedan escuchar.

—Es un misógino clínico, alguien que aborrece a las mujeres porque cree que ellas le deben algo, que están en deuda con él. Quizá contrajo alguna enfermedad grave con alguna prostituta: un sida, una hepatitis C, una bacteria muy agresiva. Las culpa por eso y las considera una plaga, lo peor que le ha podido pasar a la humanidad. No sería raro que fuera un ultra-católico convencido, alguien que sublima la feminidad en un imaginario mariano, y que por contraposición aborrece a las mujeres reales, a las que seducen, a las que practican el sexo de manera explícita. No olvide que la Inquisición hizo exactamente lo mismo: torturarlas, masacrarlas, exterminarlas.

—Pero esta vez es un travesti, no una mujer.

—Un transexual, realmente. Un travesti, un individuo con pene, no hubiera entrado en esta lista jamás. Lo único que el asesino ha hecho es trabajar por extensión: mujeres peligrosas y vulgares son todas aquellas que parezcan serlo y que se pavoneen de ello. Sin embargo, aquí no hubo ira ni excitación. Es un crimen sin pasión. La falta de útero impidió que el asesino se sintiera realmente a gusto. Un hombre, aunque esté operado y se haya cambiado de sexo, no tiene ovarios, ni trompas de Falopio, ni útero. Los hombres no damos vida.

—¿Odia a las mujeres porque ellas engendran?

—De alguna manera, sí. Recuerde que en la Antigüedad la mujer es admirada y elevada a la condición de diosa madre y de sacerdotisa precisamente por su fertilidad. El cristianismo es exactamente lo opuesto: una religión falocéntrica, de hombres para hombres. Sacerdotes masculinos, obispos, cardenales, un Papa. La misoginia del Vaticano salta a la vista. Lo mismo sucede aquí. El asesino bien podría ser un sacerdote desquiciado.

—No me joda la vida, Molina. ¿Ahora pasamos de un médico esquizofrénico a un cura sifilítico?

—Solo estoy pensando en voz alta. Pero si quiere un consejo, estudie las cinco víctimas canónicas de Jack, el original, trace un croquis y quizá sepa dónde ocurrirá el siguiente crimen. Ahora, si me disculpa, me voy a descansar. Busque a otro ingenuo como sospechoso y llévelo a la sala de interrogatorios para calmar a sus jefes.

Te retiras del lugar agotado, con un dolor de cabeza incipiente en el costado izquierdo. Apenas cruzas la multitud de curiosos que está arremolinada bajo la lluvia, detectas una mirada especial, única, que parece tragarte con ese par de

ojos bien abiertos. Un sexto sentido te indica que te está espiando justo a ti, que te vigila, que de alguna manera te estaba esperando a la salida para poder hacerse una idea de ti cara a cara. Te está midiendo, eso es.

No quieres llamar la atención y te subes el cuello de la chaqueta mientras caminas hacia el occidente, alejándote de las montañas. En efecto, como lo esperabas, el hombre te sigue a varios pasos de distancia de un modo prudente para no ponerse en evidencia. La lluvia arrecia y por momentos pareciera que va a empezar a caer granizo. Estás empapado de pies a cabeza. En la primera esquina volteas hacia la derecha, en dirección a la calle 26, y te escondes detrás de una reja para enfrentar a este vigilante que te sigue los pasos. Pero esperas varios segundos y el tipo no aparece. Te devuelves y alcanzas a ver cómo se regresa a paso rápido, pegado a la pared del Cementerio Central.

¡Mierda!, te dices en voz alta, este cabrón se dio cuenta de que lo descubrí. Y empiezas a correr detrás de él. En lugar de arreciar el paso, lo que hace esa sombra es aferrarse a una de las puertas enrejadas del cementerio y saltar hacia su interior. Buena jugada, piensas, es más fácil huir por entre las tumbas y los mausoleos que en medio de calles y avenidas. La lluvia no permite ver mayor cosa. Llegas hasta la reja y echas un vistazo hacia su interior. En efecto, a lo lejos una figura parece continuar con su carrera desenfrenada.

Saltas y empiezas a correr detrás de ella. Maldices estar en una fase baja, en depresión, y no en una fase maníaca en la que tu cuerpo es más rápido, más resistente y más veloz. Cuando llegas al final de uno de los corredores, no hay rastro del hombre, no sabes si giró a mano derecha o a mano izquierda. Solo una ligera sombra te permite intuir que al fondo, detrás de un árbol, alguien continúa corriendo. Te lanzas en pos de él y alcanzas a divisarlo a unos cincuenta metros de distancia, con su gabardina agitándose hacia los lados, braceando con fuerza, rompiendo la lluvia mientras busca la salida de la calle 26. Aceleras la carrera, pero empiezas a sentir los efectos de sedación y adormecimiento de los medicamentos, del Rivotril, del Risperdal, de todos los antipsicóticos que te han dado para impedir que te llegue la fase maníaca. No hay nada que hacer, el cuerpo no te da, los músculos no aguantan ese ritmo y tienes que parar y tomar aire a bocanadas para poder respirar. En un instante fugaz alcanzas a ver allá, a lo lejos, cómo la figura trepa sobre una tumba que colinda con el muro principal y te observa desde allí como diciéndote que no pudiste, que es más rápido que tú, que te estás haciendo viejo, Frank. Luego salta hacia el otro lado y te deja rezagado y ahogado en medio del aguacero.

Unos minutos después logras coger un taxi y llegas a tu casa a cambiarte de ropa, a tomar una ducha bien caliente y a comer abundantemente. En algún momento llamas a Almagro. No sientes hacia él ningún resentimiento. Todo lo contrario, hay algo en su extravío y su ingenuidad que te conmueve, como si estuvieras tratando con un niño que sabe poco y que todo lo confunde. Te responde enseguida:

—Diga.

—Soy Molina. Me estaba esperando a la salida de la escena del crimen. Estaba camuflado entre la multitud. Era él, estoy seguro. Lo perdí en una persecución en el Cementerio Central.

—¿Qué? ¿Lo dejó escapar? ¿Por qué no me avisó?

—No tuve tiempo. Después, sencillamente, me quedé sin aire. Estoy tomando unos medicamentos muy fuertes. Lo siento.

—¿Puede darme una descripción?

—Uno ochenta y cinco de estatura, delgado, de raza blanca, sin bigote y sin barba, con el cabello largo. No alcancé a detallar sus rasgos porque estaba muy oscuro debido a la lluvia.

—Si se entera de cualquier otra cosa, por favor avíseme. Estamos poniendo ya mujeres disfrazadas de prostitutas en la zona para que patrullen de día y de noche.

Cuelgas y te dices que por fin Almagro está haciendo la tarea, pues ese mismo truco fue el que llevó a cabo la policía de Londres a finales del siglo XIX, cuando estaban detrás de Jack, el original.

Antes de irte a la cama le escribes un mensaje a Miranda, que está en un curso de shiatsu en las afueras de la ciudad:

Ciudad Gótica no da tregua. Sus murallas son una metáfora de nuestra propia incapacidad para superar nuestros límites. Estamos atrapados en nosotros mismos.

Ella te responde enseguida:

Ya casi regreso. Pórtate juicioso y tómate los medicamentos. No salgas mucho de noche y cuídate para mí, que tanto te necesito.

¿Qué sería del mundo sin esta ternura?, te preguntas con miedo, con auténtico espanto. Sabes bien la respuesta, pues es justamente la cálida presencia de Miranda la que te rescata de ese infierno en el que permanece Jack todos los días de su vida miserable y alucinada.

Entonces suena el teléfono y contestas de manera automática creyendo que se trata de Almagro. No, es una mujer mayor con la voz convertida en un hilo:

—No me vaya a colgar, señor Molina, se lo ruego. Mi hija está desaparecida y usted es la única esperanza que tengo de encontrarla.

2.

Mis dos amigos de la facultad se habían suicidado, ambos por razones diferentes: Mateo Sánchez, por una depresión que ocultó durante años y que al final se lo llevó súbitamente; y Marcel, para evitar convertirse en un médico psicópata que amputa y experimenta con seres humanos vivos en una prisión infernal. Así que me dije no más, sentemos cabeza, se acabó. Me concentré en graduarme lo más rápido que fuera posible, recibir mi diploma y largarme a ver qué iba a hacer con mi vida.

Seguía sintiendo que alrededor de ciertas personas hay como unas energías invisibles que los persiguen hasta acorralarlos y muchas veces destruirlos. Procuraba no pensar en ello, obviarlo, pero a veces no podía evitarlo y ciertos hechos me confirmaban esas intuiciones. De alguna manera, tanto Mateo como Marcel tenían esa atmósfera negra alrededor de ellos y quizá por eso me atraían tanto. No importa que fueran simpáticos y sobresalientes, había algo en ellos que me indicaba que no terminarían bien, algo que los rondaba y que acabaría imponiéndose aun en contra de su propia voluntad.

Un viernes en las horas de la tarde me llamó Ignacio Casas, un médico ya egresado que trabajaba en el hospital de la universidad. No habíamos sido muy amigos, pero tanto Marcel como yo le caíamos bien y en más de una oportunidad nos había firmado licencias especiales y nos había ayudado a agilizar trámites en la morgue. Me dijo al otro lado del celular en voz baja:

—Necesito pedirte un enorme favor, Lázaro.

—Claro que sí, con el mayor gusto —dije satisfecho de poder devolverle al menos una parte mínima de los favores que él nos había hecho.

—Nos vemos en mi casa a las ocho de la noche. Ya te mando la dirección por un mensaje de texto.

—Listo, allí estaré.

En efecto, llegué a las ocho en punto a una casa de estilo inglés en las inmediaciones del parque Nacional. Una llovizna fina caía sobre la ciudad y dejaba una lámina plateada sobre los andenes y las avenidas. Él mismo me abrió la puerta y me hizo subir a un saloncito en el segundo piso. Sirvió dos tazas de café de un termo que estaba sobre una mesita y me dijo, con un aire de preocupación que me alarmó:

—Te llamé porque confío en ti, en tu silencio a toda prueba.

—Claro que sí. Ya te dije: lo que necesites.

—Mi padre está en la habitación del tercer piso agonizando de cáncer. Está en la fase final y creemos que muy posiblemente muera esta noche.

—Lo siento mucho, no lo sabía.

—Él fue un tipo salido de lo normal. Estudió con médicos en la India y se dedicó a implementar aquí, en el país, las medicinas alternativas.

—Algo escuché, sí.

—Se hizo budista cuando ya tenía treinta y cinco años y desde entonces no ha dejado de practicar.

—Admirable —dije en el tono más respetuoso que pude.

—Por eso quiere aprovechar su tránsito hacia la muerte, para dejar un testimonio de qué hay del otro lado. ¿Me entiendes?

—Más o menos.

—Él ha venido practicando con un gurú que lo hipnotiza y lo conduce a estados alterados de conciencia.

—¿Una hipnosis para evitar el dolor? —pregunté, recordando de pronto que hay muchos pacientes que le tienen miedo a la anestesia, y que prefieren hipnotizarse para someterse a alguna cirugía que tienen pendiente, en vez de quedarse dormidos en la sala de operaciones por un químico cuyos efectos secundarios aborrecen.

—No solo eso, Lázaro. Mi viejo quiere saber qué hay del otro lado de la muerte y alcanzar a comunicarnos sus visiones antes de partir de manera definitiva a ese territorio desconocido.

—¿Una hipnosis justo en el instante de morir?

—Exactamente. Él estará en trance y nos dirá qué hay allá, qué ve y qué es lo que nos espera a todos.

—Pero yo no tengo especialización alguna en psiquiatría.

—El gurú ya está esperándonos en la habitación. Lo que yo necesito es que me ayudes a estabilizarlo y a mantener sus signos vitales en orden mientras dure

la sesión.

—Pero nos pueden demandar después por negligencia profesional y por no llevarlo al hospital a tiempo.

—Mucha gente decide morir en su casa, es apenas normal. Nadie investigará ni nos demandará. Además, está ya en una fase terminal. Su médico de cabecera estaba esperando su muerte la semana pasada.

Recordé la cantidad de veces que Nacho, como le decíamos en la facultad, nos había ayudado con miles de papeleos y trámites engorrosos, y le dije, asintiendo y esbozando una sonrisa de complicidad:

—Claro que sí, lo que necesites.

—Yo sabía que podía contar contigo.

Entramos a la habitación donde el padre de Nacho se encontraba en medio de una agonía que le cortaba la respiración. Estaba conectado a una bala de oxígeno y una bolsa de suero le suministraba una dosis generosa para ayudarlo a resistir. Se le veía agotado por la enfermedad, pero lúcido y dueño de sí todavía. Sentí sobre él esa atmósfera siniestra que tanto miedo me había dado observando a otras personas. Pero no quise alertar a nadie ni ponerme quisquilloso con aprehensiones para las cuales no había argumentos de ninguna clase.

Mi amigo me presentó diciendo mi nombre en voz alta y enseguida empezamos a revisar los signos vitales del paciente, su presión arterial y sus pulsaciones por minuto. El gurú, un hombre de unos sesenta años, de barba y bigotes blancos enroscados, le puso la mano en la frente y le dio una orden directa:

—Estás ya por fuera de ti, en un plano astral, y no sientes ninguno de los miembros de tu cuerpo.

El anciano cerró los ojos y empezó a respirar con tranquilidad, sin agitarse. Parecía como si de repente su cuerpo se hubiera hecho más ligero. Los signos vitales continuaban estables. El gurú le dijo en un tono afectuoso:

—Tu cuerpo está enfermo, pero tú no lo sientes. Te ves a ti mismo desde arriba. Y puedes hablar y comunicarnos lo que estás sintiendo.

El padre de Nacho se movió ligeramente en la cama y una de sus manos estrujó la sábana. El gurú continuó:

—No sientes miedo de morir, es un tránsito normal. Tú mismo quisiste comunicarnos qué ves, qué hay del otro lado.

Entonces el padre de Nacho alcanzó a susurrar con una voz de ultratumba que se extendió por todo el recinto:

—No quiero volver a ese cuerpo. No quiero más dolor.

—Muy bien, no volverás —le dijo el gurú, asintiendo—. Ya pronto te liberarás de las cadenas de la carne.

—Ese ya no soy yo —dijo el enfermo, con cierta tristeza en el tono de la voz.

—Solo dínos qué ves cuando el tránsito empiece, cuando las funciones de tu cuerpo cesen para siempre.

En ese momento exacto, el abuelo empezó a retorcerse en la cama, a sudar, como si acabara de ser víctima de algún ataque desconocido. Revisamos la presión arterial, las pulsaciones, los pulmones, y encontramos una ligera arritmia cardíaca que decidimos contrarrestar con una dosis muy pequeña de epinefrina para recuperarlo. Parecía como si todo el cuerpo estuviera bajo una convulsión inesperada.

—¿Es epiléptico? —pregunté, mientras lo inyectaba.

—No —respondió Nacho con sequedad.

El anciano se quedó quieto y empezó a respirar pausadamente. Entonces escuchamos esa voz horrenda, grotesca, como de un ser abyecto que se estuviera dirigiendo a nosotros desde un antro maloliente:

—¿Qué se creían, que los íbamos a dejar husmear en nuestros territorios?

El plural nos aterrorizó y sentí cómo una descarga eléctrica me recorría la espina dorsal. El gurú no perdió la compostura y preguntó frunciendo el entrecejo:

—¿Quién está aquí, quién acaba de entrar?

Una larga carcajada retumbó contra las paredes del lugar. La luz de la única lámpara que colgaba del techo empezó a titilar y se volvió intermitente. El gurú continuó muy concentrado en la sesión y preguntó con vehemencia, mostrando aplomo y seguridad:

—¿Quién eres tú, espíritu inmundo que acabas de entrar en este cuerpo?

Y de nuevo esa voz dijo con una sonoridad animal que jamás olvidaré, como si no estuviera hablando un ser humano, sino una mezcla fatídica de felino, serpiente y murciélago:

—Él ahora es nuestro.

Y el padre de Nacho alcanzó a llevarse una mano al pecho, entró en un paro cardíaco, y, aunque le inyectamos con rapidez una dosis más alta de nitroglicerina, no pudimos hacer nada y murió en el acto. Se quedó inmóvil y expiró su último aliento con la cabeza puesta de medio lado.

No supimos qué hacer ni qué decirnos entre nosotros. Todos habíamos

escuchado muy bien esa voz infernal que de un momento a otro había usurpado el cuerpo del paciente. Esa voz mitad mamífero mitad roedor que lo había conducido quién sabe a dónde. Era aterrador, por decir lo menos, haber sido testigo de una escena similar.

Nacho llamó a emergencias mientras nos retirábamos de la habitación. Yo preferí despedirme y salí a tomar un taxi. Era la medianoche de una fecha que quedaría grabada en mi memoria para siempre. Me acababan de hacer una advertencia y yo no supe calibrarla en su verdadera importancia. Y por eso más adelante tendría que pagar las consecuencias.

3.

La guardiana que se había mostrado amable con Leticia en las duchas se conmovió de su situación y le permitió en secreto tener un esfero y un manajo pequeño de hojas de cuaderno de colegio. En ellas, aprovechando cada rincón vacío, no solo escribió sino que dibujó en silencio escenas de su reclusión, como si estuviera haciendo unos bosquejos para pintar luego un gran mural, una obra que expresara el horror de la reclusión, la soledad y el silencio obligatorio.

Mientras tanto, en las horas de la noche, continuaron con Madame La Luz sus largas conversaciones acerca del pasado de cada una, de sus recuerdos más persistentes, de sus dolores y sus arrepentimientos. Hasta que una tarde, a través de la rejilla de la puerta, Leticia le pidió el favor a la guardiana de que le permitiera comunicarse con la mujer de al lado enviándose mutuamente con ella unas líneas de vez en cuando. La mujer le dijo que sí y de ese modo empezó un momento distinto, una especie de ruptura, porque nunca más volvió a ser la misma.

En la primera correspondencia, Madame La Luz le escribió:

Empieza a estirar los músculos de las piernas y los brazos. Largas elongaciones que deben despertarlos. Aquí te dibujo cómo puedes usar los muros para hacerlo. Mientras tanto, empieza a tomar conciencia de tu respiración: inhala y exhala, siente el aire en tus pulmones, ve descubriendo poco a poco que eres un fuelle, una máquina que a cada segundo necesita ser alimentada por esa fuerza que ingresa en los pulmones para darte vida y poder. No te alimentas de comida ni de bebida, sino de un elemento que está en estado gaseoso y que es invisible. Estira, estira, usa los muros de tu celda como apoyo para practicar estas posiciones que aquí te envío. Y respira conscientemente, inhala por la nariz y exhala por la boca. Empieza el viaje hacia adentro,

hacia el fondo de ti misma. Vamos a ir hacia el centro del poder real, el poder interior.

Leticia hizo caso de esas primeras instrucciones y empezó a sentir, en efecto, que algo dentro de ella cambiaba, se despertaba de manera misteriosa. En las horas de la noche, a través del muro, le dijo a su nueva maestra golpeando cada letra y cada vocal en esos ladrillos antiguos que olían a moho, a una humedad corrosiva que enfermaba a las prisioneras permanentemente:

—Empiezo a sentirme más fuerte.

—El cuerpo y el espíritu son un solo ente, una unidad.

—Quedarse quieto es lo peor.

—Pueden encerrar tu cuerpo, pero no debes permitir que te lo atrofien, porque de lo contrario tomarán posesión de todo tu ser.

—Empiezo a las seis de la mañana y descanso a eso de las diez. Luego dibujo y escribo. En la tarde vuelvo a mis ejercicios de las dos a las cuatro y después, para cerrar el día, trabajo dos horas más, hasta las seis.

—La disciplina que te impones a ti misma es el origen de tu libertad. Así nunca podrán tener el control sobre ti.

—Aprendo a ser libre poco a poco.

—Ya eres libre, pero ellos no lo saben.

El segundo papelito que le pasó la guardiana era como un siguiente nivel y decía así:

Tu cuerpo es una entidad movida por seis centros energéticos de los cuales debes ir tomando conciencia poco a poco:

1. Entre el ano y el sexo. 2. En la región umbilical. 3. En el estómago. 4. En el pecho. 5. En la laringe, en la garganta. 6. En el entrecejo, en la frente.

El aire que entra dentro de la máquina corporal atraviesa esos seis centros de energía, los carga y los recarga. Son energías sutiles que se van distribuyendo y de las cuales depende tu fortaleza interior. Una línea que va por toda tu columna vertebral une esos seis discos y transporta la energía de los unos a los otros. Respira profundamente y empieza a sentir esos seis círculos muy dentro de ti. Y aprende a transportar la energía, a subirla por la columna vertebral hasta llegar a la cabeza.

Algunas tradiciones orientales afirman que esa energía finalmente florece en tu cerebro, lo irradia de tal manera que explota en una flor exquisita de equilibrio, belleza y fuerza contenida. Pero lo importante es conducir esas fuerzas y saber que tu materia y tu energía son tuyas, que ninguna celda podrá jamás controlar ese flujo y ese reflujo dentro de ti. Tu libertad depende de ello. Hay gente que está afuera, en las calles, con una apariencia de libertad, y en realidad están controladas y sometidas. Y hay personas como tú, que están entre cuatro paredes, pero a las cuales es imposible dominar ni someter.

Sigue practicando todos los días. A continuación, te dibujo algunas posiciones que debes empezar a realizar.

Leticia se sorprendió de los progresos que iba logrando en sus prácticas. Hacía los ejercicios, estiraba, respiraba de manera consciente, empezaba a detectar dentro de sí los círculos de energía y sentía que su columna vertebral era el eje, la conexión, la ruta que viajaba dentro de ella visitando su cuerpo desde la zona sexual hasta la parte alta del cerebro.

También dibujaba y escribía entre cuatro y cinco horas diarias. Cuando la sacaban a las duchas estaba en perfecto estado tanto físico como mental. Las otras reclusas lloraban, suplicaban, deliraban. Ella no. Cumplía con la salida como algo regular y aprovechaba para respirar un aire más limpio, para que el agua irrigara cada uno de los rincones de su cuerpo y para echar un vistazo al cielo y las nubes desde alguna de las ventanitas que allí había. Un poder que nunca antes había sentido empezaba a invadirla, a expandirse dentro de ella otorgándole una paz interior de la que carecían las demás, tanto las reclusas como las guardianas.

Una noche así se lo expresó a su maestra a través del muro:

—No sé cómo darte las gracias. Cada vez soy más dueña de mí misma.

—Esa es la verdadera revolución: la revolución interior.

—Estoy tranquila y trabajo mucho en mis notas y mis dibujos.

—Mañana te haré llegar la siguiente instrucción.

—¿Dónde aprendiste todo esto?

—En la India. Estuve dos años con un maestro espiritual.

—¿Allá despertaste tus poderes?

—Siempre los tuve, pero allá tomé conciencia de ellos.

—Tú eres mi maestra. Nunca te olvidaré.

—Mañana, después de las duchas, te hago llegar el siguiente consejo.

Leticia estuvo muy atenta a ver si era posible ver a Madame La Luz, saludarla aunque fuera unos breves segundos y darle las gracias por sus enseñanzas, pero no fue posible, pues las sacaban en horarios diferentes para que ninguna pudiera conversar con las otras. Era un régimen muy duro de aislamiento total.

Con la llegada del plato de sopa a las cuatro y media de la tarde, la guardiana le pasó un papelito que decía:

Ahora debes sentarte en la posición que aquí te dibujo. Es una posición de meditación. Después de los ejercicios estiras un poco los músculos y los tendones, y te sientas con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas a la altura del chakra del ombligo. Lo importante es que empieces a guardarle distancia a esa mujer que siempre has creído que eras tú. Déjala que sienta, que recuerde, que piense. Pero no te identifiques con nada de eso. Tus afectos no son tú, tus ideas no son tú, tus recuerdos no son tú. Debes aprender a desprenderte de eso que hasta ahora creías que eras tú. Incluso tu sufrimiento no es el meollo de ti misma, no te identifiques con él. En ese desdoblamiento aprenderás que hay algo muy dentro de ti que siempre se escapa y está por fuera. Esa es la verdadera fuerza, la fuerza del no ser.

Leticia fue aprendiendo que ahora no solo era muy superior a sí misma, sino que nadie podría jamás sujetarla ni dominarla. Pasaba el día entero haciendo ejercicios, pintando, escribiendo y meditando. Sintió que, en efecto, una fuerza descomunal ascendía por toda su columna hasta llegar a su cerebro y conectar hacia fuera con esa máquina exterior que se encuentra más allá del firmamento. Se sintió partícipe no solo de la tierra, de los árboles, de los otros animales, sino del éter, de las nubes y del cosmos en general, que la constituía con los mismos elementos con los que se había creado las estrellas, los cometas y los meteoritos. No era Leticia Almanza, sino una energía en perpetuo desdoblamiento, en despliegue permanente.

Una mañana se oyó un ruido en el corredor, entraron a la celda de Madame La Luz y la sacaron. Leticia preguntó después a la guardiana de la que se había

hecho amiga qué había sido todo ese barullo, y la mujer le dijo muy someramente:

—Sacaron a tu amiga de al lado.

—Me alegro por ella —dijo Leticia, esbozando una sonrisa.

Sin embargo, dos días después, la misma guardiana le dijo en las duchas, mientras ella se bañaba sintiendo cada gota de agua como si fuera una bendición:

—Te tengo malas noticias.

—¿Me van a dejar mucho tiempo más?

—Mataron a tu amiga en el patio tres.

—¿Qué? —dijo Leticia, sintiendo que todo el cuerpo se le paralizaba de la cabeza a los pies.

—La acuchillaron. Dicen que fue una orden emitida por alguno de los carteles.

—¿Quién podría mandar matar a una mujer como ella?

—Seguramente, tenía información confidencial peligrosa para algún narco.

—No puede ser —dijo Leticia, sin poder evitar unas lágrimas que le caían por las mejillas y que se mezclaban con el agua de la ducha.

—Lo siento mucho —le dijo la guardiana, con sinceridad.

Esa tarde fue la primera vez en muchas semanas que no hizo sus ejercicios. Lloró en silencio, se despidió de su amiga orando por ella y dándole las gracias por haberla convertido en otra persona. Se dijo que ahora debía poner a prueba todo lo aprendido. Al perder a su maestra, ese conocimiento le había sido transmitido y ahora tenía que hacer uso de él de una manera responsable. No sabía cómo ni cuándo, pero ya le llegaría el momento de desplegar ese poder que Madame La Luz le había enseñado en los calabozos de reclusión solitaria.

Pero lo que no podía saber Leticia es que ese momento estaba mucho más cerca de lo que ella creía.

CAPÍTULO V

EL SEDUCTOR

1.

Inmediatamente después del suicidio de Marcel en la cárcel y del episodio de la hipnosis en el lecho de muerte del padre de Ignacio Casas, caí en la trampa de preguntarme si en realidad yo había vivido a fondo. Era aún joven y la mayoría del tiempo la había invertido en los libros de medicina, en los laboratorios y en el estudio de la materia que nos compone. Pero ¿era eso la vida? Qué va, me dije, eso era un vulgar remedo de la vida verdadera, que era el placer desbordado y exquisito de los sentidos. Fue entonces que pasé de la carne de los cadáveres a la carne de la lujuria.

Empecé a conseguirme novias por doquier: en los almacenes, en los restaurantes, en los bancos. Bastaba con que uno fuera amable, gentil, decente, y ellas caían redondas. Un verdadero seductor no es aquel que acosa y exige, sino el que sabe ir por el borde de manera reposada y taimada. Me di cuenta de que tenía talento para ello. No es necesario abalanzarse sobre la víctima para devorarla en un primer acercamiento. Hay algo demasiado evidente y trivial en ello. Se trata de ir poco a poco acorralándola, cazándola, hasta que ella misma se rinda y se entregue. Un verdadero donjuán no dice mayor cosa, no atosiga ni persigue. Simplemente se insinúa, sabe mirar y sonreír en el momento adecuado, conoce el poder de una ligera caricia esbozada de manera delicada. Eso es todo.

Algo que no puede faltar en un seductor profesional es que debe tener claro que es un actor consumado, alguien que está representando un papel, pero que jamás pone su propio yo en evidencia. No es que mienta, como aseguran tantas mujeres que han sido engañadas. No es una mentira, sino una representación. Afirmar algo semejante es como decir que una obra de teatro es mentira. No es cierto. Los actores no están mintiendo, sino que en ese momento en particular están encarnando un rol, están metidos en la piel de otro. Eso es un seductor auténtico, el que sabe transmutarse, convertirse en alguien mejor que sí mismo. De alguna manera, seducir y enamorar es un arte de exquisita finura. E igual que

es absurdo subirse a un escenario a reclamar porque uno ha sido engañado y esos actores no eran ellos mismos, no tiene sentido al final de una relación sentimental reclamarle a la otra persona por qué no dijo la verdad, por qué no fue ella misma. Es mejor aceptar que uno ha sido transportado a una imagen especular y disfrutarla antes de decir adiós.

El seductor es como Ulises, el fecundo en ardides y secretos. Hay que saber construir el caballo de madera e introducirlo en Troya en las horas de la noche. Y cuando los ciudadanos creen que se trata de un regalo, de un don, de una bendición, los soldados salen de la escultura y arrasan con lo que encuentran a su paso.

Pues bien, me dediqué entonces a seducir mujeres de todas las edades, a salir con ellas a comer, a enviarles libros y poemas, a invitarlas a cine y a enamorarlas con tacto y buen gusto. Pero hay que tener cuidado, porque si en los preámbulos de la relación la clave está en la suavidad y casi que podríamos decir en la invisibilidad —porque uno se convierte en aire fresco, en brisa, en una llovizna que cruza el aire sin ser detectada—, cuando llega el momento del sexo es preciso transformarse en todo lo contrario: en una bestia, en un animal despiadado que no tiene compasión del ciervo que acaba de caer rendido a sus pies. Es en la cama donde la víctima se enamora hasta el delirio, hasta perder la razón, y ese es el triunfo para el donjuán, su verdadero salario.

Y aquí de nuevo la comparación con el teatro es correcta: no hay nada más emocionante para un actor que ver al espectador arrasado en lágrimas, transportado, ido, como en trance. Eso demuestra el poder del actor, su fuerza, la perfección a la que ha sido capaz de elevar su técnica. De igual manera, en el arte del amor hay que conducir al otro a la pérdida de sí mismo, al desquiciamiento total. Y esto se logra en la cama poseyéndolas con furia, conduciéndolas al límite de sus cuerpos, en medio del sudor y los jadeos. Si es preciso apelar a la violencia, a los golpes y las bofetadas, no hay que escatimar en recursos. Hay mujeres que necesitan sentir cierta dosis de agresividad para poder llegar al orgasmo. Es entonces cuando el seductor debe saber interpretar los mensajes. En tal caso, hay que sujetarlas por el pelo con fuerza, insultarlas, decirles vulgaridades al oído y poseerlas con furor e intensidad, como si acabaran de ser raptadas en los albores de la humanidad y las estuvieran violando en la mitad de la sabana prehistórica.

Luego hay que volver a las sonrisas, a la finura, a la ternura si es preciso. No hay mejor método que ser dulce después de la tormenta. Uno puede decirles

cuánto las ama, cuánto las necesita y llegar incluso a insinuar que el futuro es impensable sin su compañía. No hay nada que les guste más a las mujeres que sentirse imprescindibles. Después, con cierta lentitud exasperante, uno empieza la retirada, no pasa al teléfono, no responde a sus mensajes y va desapareciendo poco a poco. Es como suprimirle su dosis de heroína a un yonqui consumado: llora, se retuerce, no duerme, suplica. En realidad, no se trata de amor, sino de adicción. Lo que desea es volver a chutearse a toda costa.

Y aquí es preciso hacer una última aclaración: el seductor profesional no debe entregarse jamás. Es como la relación enfermo-doctor. En una sesión de psicoanálisis, por ejemplo, el psiquiatra guarda una sana distancia que no lo involucra con los dolores de su paciente. En la seducción es igual: no hay que sentir compasión del paciente porque tarde o temprano uno sabe que debe partir, que debe despedirse para siempre. Eso significa que desde el comienzo hay que dejar por fuera la esencia, el meollo mismo de la identidad del seductor. Ese espacio que se crea debe dejarle en claro al otro que el seductor es siempre inalcanzable, una sombra que se desvanece en el horizonte. La imposibilidad de atraparlo le multiplicará aún más su deseo de tenerlo, de poseerlo. He ahí la trampa.

Esa fue mi vida durante cerca de dos años. Interpreté mi papel lo mejor que pude y enamoré secretarias, cajeras, altas ejecutivas, antiguas compañeras de universidad. A todas les dije que las amaba con locura, que eran las únicas, que pensaba sin dudarle un futuro a su lado. Mientras tanto seducía a sus amigas, a sus primas, incluso a sus hermanas. No hay nada más atractivo para un seductor que esa rivalidad entre hermanas, esa competencia que las conduce a buscar los mismos hombres y a acostarse con ellos.

Luego, en algún momento dado, cuando ya estaba cansado de ellas, me empezaba a retirar y me concentraba en otras. Lo consideraba un juego, un deporte que me generaba placer y en el que cada vez era más experto. Podría llenar páginas enteras con las súplicas de esas mujeres, con sus cartas interminables de cuánto me habían amado, de cuánto me necesitaban.

Una noche recibí una llamada de una de ellas que estaba hundida en una depresión desde hacía semanas. Contesté el celular con cierto fastidio, porque eran las tres de la mañana:

—Ya sé que no me amas —me dijo con una resignación que me alarmó porque parecía como ida, como si estuviera más allá de sí misma.

—¿Estás borracha o metiste algo? —pregunté bostezando.

—Entendí tarde que se trataba de un juego.

—La vida continúa, querida, nada se detiene —dije con cierta crueldad.

—Lo sé, lo aprendí a las malas.

—Te volverás a enamorar. Ya llegará el hombre para ti.

—Solo quería decirte que te envanece creyendo que jugar con los afectos de la gente es divertido. No sabes el dolor que causas, no entiendes que eres un agresor, un victimario sin ética de ninguna clase. Podrías ser un genocida sin problemas o un torturador. Podrías lanzar bombas y matar sin pestañear siquiera a niños y mujeres. ¿Sabes por qué? Porque los criminales de guerra y los asesinos seriales se parecen mucho a ti. Juegan con personas.

No me esperaba algo así. De pronto algo en mí despertó, era como si se hubiera encendido una débil luz en medio de la oscuridad. Recordé que justo al día siguiente de la sesión de hipnosis con el padre de Ignacio Casas desperté sintiéndome diferente, como si alguien acabara de ingresar en mi conciencia. ¿En qué me había convertido? ¿Era realmente yo?

La voz de esa mujer desmadejada continuó en el teléfono:

—Pero ya es tarde para recriminaciones. No hay nada que hacer. Solo quería decirte que yo sí te amé de verdad, que te quise con todo mi ser y que espero que algún día, cuando te encuentres solo y desamparado, recuerdes que hubo una persona en el mundo que se entregó a ti completamente y que te amó hasta perderse a sí misma... No intentes buscarme. No estoy en mi casa... He alquilado una habitación en un hotel y nadie sabe dónde estoy.

—¿Qué vas a hacer? —tartamudeé sosteniendo el celular con la mano temblorosa.

—Ya lo hice. Tomé una sobredosis de pastillas para dormir y solo llamé a despedirme. Adiós, mi amor. Espero que seas feliz...

Colgué para llamar a su casa, pero nadie respondía. Le timbré a un par de amigas tuyas con las que también me había acostado, pero ninguna sabía dónde se encontraba. Llamé a la policía a ver si era posible rastrear la llamada a través de la compañía de telefonía celular, pero cuando dimos con ella en las primeras horas de la mañana en el cuarto de un hotel del centro de la ciudad acababa de fallecer abrazada a una foto que nos habíamos tomado juntos en la iglesia de Monserrate, en la montaña.

Era la tercera persona cercana a mí que se suicidaba, solo que esta vez había sido mi culpa. Era como si yo mismo le acabara de enterrar un cuchillo en el

corazón. Y la pregunta saltaba a la vista: ¿en qué momento me había convertido en un ser despiadado y desalmado, en un asesino?

2.

Unos pocos días después de la muerte de Madame La Luz en los calabozos de aislamiento, sacaron a Leticia de esa sección de la cárcel y le brindaron una ducha, una comida más decente que el miserable plato de sopa que había recibido durante semanas y pudo recostarse en la cama de su celda en el pabellón de presas políticas donde había sido recluida inicialmente. Una defensora de derechos humanos había pedido una copia de las grabaciones de la prisión y en una de ellas se veía que la guardiana había violentado primero a las reclusas sin motivo alguno. La reacción de Leticia se consideró legítima defensa.

Pero lo mejor fue la noticia que la esperaba: una apelación de su caso había sido bien recibida por un nuevo juez que tuvo en cuenta varios atenuantes: que nadie había proclamado un nuevo movimiento político, que nadie había llamado a los familiares pidiendo ningún rescate, que el joven secuestrado no había sido agredido en ningún momento y que varias de las personas del público en general a las cuales se les había cambiado la vida gracias a los *performances* del grupo Caos dieron su testimonio y contaron cuál era el verdadero objetivo de los chicos. El juez cambió la sentencia por trabajo comunitario y por lo tanto saldría de la cárcel en un par de días.

El reencuentro con su mamá no fue lo que ella esperaba. Su madre la recriminó gravemente y le dijo que había echado su vida a perder por culpa de su altanería y su orgullo desmedido. Una frase la ofendió en lo profundo de su ser:

—Eso le pasa por andar leyendo a todos esos negros revolucionarios.

Leticia cumplió con las horas reglamentarias de trabajo comunitario y se dio cuenta de que ya no podía regresar a la universidad a terminar la carrera. El caso había salido en todos los medios de comunicación y se sentía, además, a años luz de los profesores y de sus demás compañeros. La academia era algo vacío para ella, hueco, sin mucho sentido. ¿Regresar a qué?

El colectivo Caos se desintegró, por supuesto, y ninguno quiso volver a saber nada del otro. Había sido una experiencia muy dura y la lección los había dejado fuera de base. Leticia se puso en contacto con un grupo de artistas que habían puesto un taller en el barrio La Candelaria, en un caserón antiguo frente a la Casa de Poesía Silva. Se trataba de un corredor interno que daba la impresión de conducir a los transeúntes a otra época. Eran unas viviendas de estilo inglés con unos sótanos amplios que eran utilizados como apartamentos individuales. Los jóvenes tenían una de esas casas al fondo del corredor y habían convertido el sótano en un taller de pintura y escultura en el que no solo guardaban sus materiales, sino que en el día trabajaban en él y recibían a los turistas extranjeros que estaban interesados en su trabajo. Leticia tomó una de las habitaciones en el segundo piso y se dedicó a pintar unos cuadros extraños, lúgubres, en los cuales aparecía una ciudad fantasmagórica de sombras y calles mojadas por una lluvia que parecía no cesar. Los cuadros se vendían rápidamente y eso le permitió no solo pagar su alquiler con regularidad, sino empezar a ahorrar algún dinero mensualmente.

En las horas de la mañana, muy temprano, se levantaba y empezaba a hacer sus ejercicios. Luego meditaba una hora, se bañaba, se preparaba su desayuno y bajaba al taller a trabajar en sus pinturas. A veces recorría durante el día las calles de La Candelaria en busca de turistas a los cuales venderles su trabajo. En las horas de la noche regresaba al caserón, se preparaba algo de comer y volvía a repetir sus ejercicios antes de dormir. Así día tras día y semana tras semana.

En una de sus correrías vio que el Banco de la República había traído una exposición de Fernando de Syzlo, un pintor peruano extraño que le recordó a los surrealistas franceses. Y frente a uno de esos cuadros enormes de coloridos extravagantes escuchó una conversación que interpretó como un mensaje para ella:

—El arte es un viaje a otra dimensión —decía un hombre anciano con cara de ser profesor universitario o algo por el estilo.

—No siempre, papá —decía una joven que lo llevaba del brazo para impedir que se resbalara o se cayera.

—Sí, siempre, aunque el artista nos muestre la realidad tal cual, en verdad nos está mostrando un mundo paralelo que se parece al que tenemos al frente.

—De Syzlo te da esa impresión porque es un surrealista.

—Todos, incluso los fotógrafos que capturan imágenes de objetos callejeros o los grafiteros que pintan los muros de la ciudad, todos sin excepción están

abriendo puertas en lo real para conducirnos a otra parte.

—¿A dónde?

—A realidades que están entre nosotros pero que no vemos ni percibimos en la cotidianidad.

—Hablas como un gurú de los sesenta.

—El artista está conectado a otros mundos y por eso sufre tanto, porque no sabe cómo transitar por ellos y al mismo tiempo continuar viviendo en este. Está llamado a ser un explorador, pero por el otro lado debe trabajar, comer y pagar la renta. Es para enloquecerse.

—Es una imagen muy romántica del oficio, papá. Esta discusión ya la hemos tenido mil veces.

—Creo que el artista es un chamán al que le envían mensajes desde dimensiones desconocidas. No es fácil servir de antena receptora y continuar como si nada estuviera pasando.

—Los realistas echaron por tierra esa imagen del artista como un ser misterioso y excéntrico. La reemplazaron por la de un trabajador laborioso, un obrero.

—El artista jamás será un albañil cualquiera. Está más cerca de la religión, de los místicos y de los visionarios que de los funcionarios públicos. Por eso termina muchas veces alcoholizado o encerrado en clínicas de reposo.

—Mejor cambiemos de tema, papá. Hoy no quiero discutir contigo.

Leticia tenía ganas de abrazar a ese señor y decirle que esas palabras habían sido enunciadas para ella y que le acababan de despertar unos profundos deseos de estudiar. Pero él y su hija se dirigieron a la cafetería del museo y ella se quedó sola en la sala reflexionando sobre lo que había escuchado.

Por esos días empezó a ir a la biblioteca Luis Ángel Arango a estudiar algunas de las ideas que le había escuchado al anciano en la exposición de De Syzlo. Leyó varios artículos sobre artistas del Renacimiento que habían sido considerados también magos, brujos, auténticos hechiceros concededores de realidades ocultas. Revisó libros acerca de poetas, científicos y artistas de todo tipo que pertenecieron a corrientes esotéricas o a sociedades secretas donde tenían acceso a un conocimiento que no se divulgaba popularmente.

Una tarde encontró un artículo que parecía resumir lo que venía intuyendo desde su experiencia en la cárcel:

Desde la antigüedad ha existido siempre la sospecha de que el cuerpo no logra percibir sino una parte mínima de lo que está allá afuera. Nos hemos entrenado en sobrevivir, en cazar, en recorrer grandes distancias con la tribu durante los inviernos para huir del frío y las heladas. Nuestro cerebro es práctico y nos es útil para alcanzar lo fundamental: seguir con vida y garantizarles un futuro mínimo a las nuevas generaciones. Vemos y oímos y olemos lo que nos conviene, lo que es necesario para nuestra supervivencia.

Sin embargo, sabemos que no es así, y que al otro lado de esa inmediatez hay otras realidades, otros mundos. Los chamanes han sido los encargados de adentrarse en esas rutas, de cruzar esos umbrales, de entrenar su cuerpo y su psique para poder viajar por otros estados de conciencia.

Los oráculos de Delfos o de Epidauro eran otorgados por la pitonisa, una mujer que respiraba aromas de plantas alucinógenas sentada en una trípode, y que podía percibir de otro modo porque su mente se ensanchaba más allá de las categorías de espacio y tiempo que regían para el resto de los mortales.

Las brujas medievales, quizá las primeras feministas occidentales, fueron perseguidas, torturadas y quemadas vivas porque propusieron otras formas de aprehensión de lo real opuestas a la Iglesia, es decir, opuestas al poder masculino.

Leticia cerró el libro que estaba leyendo y se dijo que acababa de darse cuenta de la confusión en la que había vivido desde siempre. No era una artista: era una bruja.

3.

Mariana Martínez desapareció un día cualquiera a la salida del colegio. Es como si se la hubiera tragado la tierra. Es una joven de dieciséis años, alta, esbelta, de rasgos finos, y estaba terminando sus estudios de bachillerato. En las fotos que hay de ella en la red puedes contemplar su belleza insinuante, casi salvaje. Su madre asegura que es una buena chica, que no tenía novio, ni vicios, ni amigos o amigas sospechosos de querer agredirla. Solía tener todos los días la misma rutina: de la casa al colegio en la mañana y el recorrido contrario en la tarde. Los domingos no faltaba a la misa, porque era muy devota. Muy de vez en cuando salía hasta el centro comercial más cercano a cine con sus amigas o a comerse un helado. Eso era todo. Sus profesores aseguran que es una buena estudiante y que jamás han tenido problemas con ella por indisciplina. En general, parece una chica modelo, de clase media baja, tranquila, simpática, hermosa, que sueña con ingresar a la universidad y empezar a labrarse un futuro mejor que el de su madre, una mujer separada que trabaja en una fábrica empacando productos lácteos.

Sin embargo, Frank, todo te parece demasiado limpio, sospechosamente brillante, como si alguien acabara de pasar el trapo para quitar la mugre. Le pides entonces a la madre que te entregue el computador de la chica para que un experto pueda ingresar a sus correos y a sus páginas en la red a ver qué pistas hay allí de su desaparición. La madre vacila, porque dice que no le parece correcto andar metiendo las narices en la vida privada de su hija.

—Eso es cierto, señora, en condiciones normales —le respondes, con cierto malestar en la voz porque el dolor de cabeza no ha cesado durante días—. Pero en este momento ella puede estar siendo agredida o violada quién sabe por qué tipo de individuos, y los rastros de los responsables pueden estar en ese aparato.

La señora de Martínez acepta y entrega el artefacto.

Al día siguiente te llama Chepe, un antiguo colega tuyo en el periódico que es un *hacker* consumado, y te dice que pases a recoger el computador de la joven, que te tiene buenas noticias. Cuando llegas a su casa en horas de la tarde, a pocas cuerdas de la tuya, te saca el aparato y lo enciende. Mientras teclea algunas claves y las primeras imágenes aparecen en la pantalla, te dice relamiéndose los bigotes:

—Qué delicia de *sardina*. Riquísima, Frank. Te la puedo mostrar en las poses que quieras. Podemos hacernos un billete con estas fotos si las vendemos a las páginas de porno correctas.

—Es una niña, Chepe, podría ser nuestra hija.

—Pues ese par de tetas indican que ya no es una niña, maestro. Y, por fortuna, no es nuestra hija.

—¿Se tomaba fotos desnuda en secreto y las guardaba en su computador?

—No, maestro, tenía una *webcam* y los manes pagaban buen billete para verla empelotarse, acariciarse y meterse consoladores por delante y por detrás. Esa *sardina* estaba haciendo una fortuna y la plata está bien guardadita en el banco. Lo que está por verse es si la mamá sabe del torcido o no.

—Gracias, Chepe. Ahora el lío es descubrir cuál de los clientes se la llevó.

—Hay uno que es el más fiel: se hace llamar Cancerbero en la red. Ahí puedes ver los mensajes que se enviaban todos los días. Le pagó millones de pesos durante estos últimos meses. Tal vez la convenció de irse con él.

—Te debo una. Cóbrame cuando quieras.

—Seguro, Frank. Por los viejos tiempos.

Te llevas el aparato y una vez instalado en tu casa empiezas a revisar la vida privada de Marianita. En efecto, es difícil no excitarse viendo sus imágenes en ropa interior, boca abajo, metiéndose el dedo en un culo redondo y perfecto que levanta mientras abre la boca en señal de placer. Piensas que el individuo que se la llevó sabe que tiene una joya entre las manos. Seguramente se cobrará todo el dinero que le pagó durante el último tiempo y la venderá a lo largo de los próximos años hasta que Marianita cumpla veintisiete o veintiocho años, y entonces la tirará a la calle como un objeto inservible, como una botella vacía que ya no vale mayor cosa.

Regresas a la casa de la señora de Martínez y la notas nerviosa, tensa, como si tuviera miedo de haber sido descubierta. Le dices de frente, sin cruzar el umbral de la entrada, poniéndole el computador de su hija en sus propias manos:

—¿Por qué no me dijo a qué se dedicaba su hija en secreto?

—Ella me dijo que eso era un juego y que nos podía ayudar mucho con los gastos de la casa. Teníamos que reunir lo de su universidad y yo apenas alcanzo a hacer mercado.

—Eso se llama prostitución, señora, y ahora uno de esos clientes la tiene y no creo que quiera regresársela.

—¿No me va a ayudar? Yo le pago bien, señor Molina.

—¿Con la plata de ella? No, gracias, señora. Mire a ver cómo se las arregla. Usted la metió en eso, ahora busque cómo sacarla. Ese no es mi problema. Hasta luego.

Y sales de allí más cansado de lo normal, como si ya no pudieras más, con los párpados caídos de sueño. Sabes que es el medicamento, pero no puedes bajar la dosis porque de lo contrario el resorte interno te lanzaría enseguida a la fase maníaca y tendrías que recluirte de nuevo en la clínica.

Te vas para la casa a dormir un rato. Cerrando la tarde enciendes el computador y lees algunos artículos sobre este nuevo Jack que está rondando las calles de Santa Fe Gótica. Todos los periodistas son superficiales, apenas ahondan en los procedimientos, no son capaces de establecer relaciones que ayuden en la investigación. Solo se extienden en lo evidente: la relación con el asesino inglés de finales del siglo XIX. Pero tú sabes bien que hay algo más, que no se trata solamente de imitar, sino de expresar algo propio, único, de comunicar un mensaje que el artista considera fundamental.

Decides revisar la identidad de cada una de las mujeres, haces unas cuantas llamadas a tus contactos claves dentro de la policía y te vas para la zona de tolerancia a interrogar a algunas de las amigas de las víctimas. Una de ellas, en un bar de mala muerte de la calle 22, te da una clave que te hace ver todo el panorama distinto, como si acabaran de quitarte un velo y estuvieras observando el paisaje por primera vez. Te dice, ya medio borracha y con la voz gangosa:

—Que Dios me perdone, pero yo no sé qué es peor, si morir degollada o morir aniquilada por el cáncer.

—¿Tenía cáncer? ¿Estás segura?

—Yo misma la acompañé varias veces a hacerse unas diálisis. Le quedaban pocos meses de vida.

—Gracias, corazón.

—Al menos invítame un trago.

—Claro que sí. Ya te mando media botella.

—Eres un encanto.

Pagas la media botella y le dices a la mesera que se la ponga a la mujer en la mesa. Luego sales de allí corriendo para tu casa y, apenas entras a la sala, marcas de nuevo los números de tus contactos. En efecto, dos horas después tienes el dibujo claro: una víctima con hepatitis C, otra con cáncer en la sangre y la tercera con un sida que cargaba de años atrás. Recortas las fotografías de las tres víctimas y las pones en tu cartelera. Entonces entiendes bien de qué se trata todo esto, dónde está el mensaje oculto, la pincelada propia del artista. No se trata solo de matar, sino de ayudar, de colaborar, de participar en unas eutanasias para impedir el sufrimiento de las pacientes. El giro es brillante y por un segundo logras entrar en la mente de Jack: si la sociedad te obliga no solo a vivir como un animal, sino también a morir de ese modo, como un perro, entre dolores atroces y largas penurias, yo, que conozco también lo que es el sufrimiento profundo, te voy a ayudar, te voy a rescatar. No permitiré que agonices en tu cama dando alaridos y con la frente empapada de sudor. Te voy a liberar, aunque los demás no entiendan este gesto de nobleza y solidaridad. Jack es tu salvador.

Marcas el número de Almagro y, como siempre, contesta él mismo de mal genio, apurado:

—Diga.

—Soy Molina. Las tres víctimas eran pacientes terminales. Las mata rápidamente, sin hacerlas sufrir. Es un degollamiento instantáneo. Luego monta la escena brutal, la carnicería. Pero ellas no sufren.

—¿Y eso en qué nos ayuda?

—Que el perfil se va estrechando, Almagro. Ahora es muy posible que sea un paciente de sida o de cáncer, alguien que desea ayudar a otros a irse de aquí sin padecer la agonía final.

—Todo es tan confuso...

—Revisen a las mujeres enfermas que hay en el barrio y deben protegerlas a ellas, no a las sanas. Interróguenlas para saber cuál de ellas tiene cáncer o algo por el estilo. No son crímenes, son eutanasias.

—Qué mente tan retorcida...

—Seguimos en contacto.

Cuelgas y te das cuenta de que Almagro desea hacer las paces contigo. No se atreve a pedirte perdón porque su ego se lo impide, pero no sabe cómo arreglar las cosas. Te necesita. Sabe que jamás dará con el asesino. Porque lo que se viene no solo lo desborda, sino que lo atemoriza. Y no se equivoca.

CAPÍTULO VI

LA ENERGÍA VRIL

1.

Leticia empezó a recordar que desde niña había sentido el llamado de algo misterioso, innombrable, que siempre la acompañaba. Nunca tuvo amigos imaginarios, como muchas de sus amigas, pero sí sentía que la vigilaban, que la protegían, y muchas veces se dirigió a esas presencias sin saber quiénes eran ni cómo se llamaban. De alguna manera, sus primeros murales y pinturas eran formas de comunicación con ese otro costado de la realidad que presentía. Hasta que llegó Madame La Luz y la instruyó en cómo prepararse para entrar en contacto.

Continuó yendo a la biblioteca dos o tres horas todos los días a estudiar libros sobre esoterismo, cábala y biografías de magos renacentistas como John Dee. En algún momento se cruzó una referencia al poeta Arthur Rimbaud y tomó notas desafortunadamente sobre la famosa *Carta del vidente* que este autor le había escrito a su profesor de literatura en 1871. En ella invita a los escritores modernos al «desajuste de los sentidos». Leticia se preguntó qué significaba realmente esa expresión: desordenar o desajustar los sentidos.

¿No era eso, justamente, lo que ella había aprendido en el confinamiento solitario? Desde entonces venía sintiendo que su percepción se había alterado, que tenía sueños atravesados por visiones fantasmagóricas que aún no sabía cómo interpretar. En realidad, había descubierto un camino para salir de sí misma, para romper esas barreras que parecían inamovibles: el tiempo y el espacio.

Después de muchos días de estudiar a este poeta y de leer sobre él, Leticia se concentró en una referencia que encontró acerca de la energía vril, palabra que luego la llevaría, durante la Alemania nazi, a la famosa sociedad secreta Vril. La tesis de estos integrantes del partido nazi muy cercanos a Hitler decía que en el momento en que la materia inerte se había convertido en materia viva, es decir, en el instante justo en que un puñado de elementos había constituido la primera

célula, el primer organismo vivo, una energía nueva había surgido en el universo. Esa energía contradecía las reglas generales, que tendían hacia la entropía, el desorden, el desgaste. La vida no, la vida había creado cada vez formas más sofisticadas y seres más aptos para la supervivencia. Esa energía había pasado de las plantas a los peces, a los reptiles, a los mamíferos, y finalmente al hombre.

¿Cómo se hacía uno consciente de esa energía y podía llegar a dominarla, a controlarla? Y fue entonces que Leticia recordó las instrucciones de Madame La Luz: los seis discos energéticos y el método para conducir esa fuerza desde las glándulas suprarrenales hasta la base del cerebro. Se trataba de aprender a transportar la energía de la vida al interior del propio cuerpo.

Finalmente, el último descubrimiento que le reveló el camino que debía seguir fue la biografía del médico austriaco Franz Anton Mesmer, que vivió a medio camino entre los siglos XVIII y XIX, entre el famoso Siglo de las Luces y el movimiento romántico. Justo cuando los románticos empezaron a sospechar que dentro de la mente había una serie de fuerzas desconocidas, Mesmer estaba explorando en su consultorio médico con algo que él llamaba «magnetismo animal», y que se refería, en realidad, a un flujo energético misterioso que era difícil de precisar científicamente. Se trataba de una serie de fuerzas que corrían por el cuerpo, de una corriente energética que era la esencia misma de la vida. Según Mesmer, la enfermedad no era más que una interrupción en ese flujo, tapones, atascos, pequeños cortocircuitos en la intrincada máquina corporal.

Leticia tomó notas, escribió párrafos enteros sobre reflexiones que le surgían a partir de los experimentos de Mesmer y se dijo que todo estaba interconectado, que lo que habían buscado los artistas y los magos neoplatónicos del Renacimiento coincidía con lo que años después buscarían los románticos y un siglo después las sociedades secretas del nazismo. Porque el que lograra tener el control de esa energía todopoderosa tendría el control del mundo. Y algo la sedujo hasta el punto de que los encargados de seguridad de la biblioteca tenían a veces que avisarle que tenía que salir porque ya iban a cerrar: que Mesmer había descubierto también la sanación por estado de trance, que luego se llamaría *hipnosis*. Mientras los pintores y los escritores románticos exploraban los mecanismos irracionales de la mente y creaban bajo los efectos del láudano y otros alucinógenos, Mesmer había descubierto que la identidad, lo que llamamos el yo, es realmente un ámbito mínimo de nuestras capacidades. La razón es solo

una parte de nuestras funciones, importantísima, pero no lo es todo. Más allá de la identidad, de la razón, del yo, hay una enorme zona de fuerzas vertiginosas que definen en realidad nuestra verdadera presencia en el mundo.

Leticia se dijo entonces que nuestra educación en este sentido era prácticamente nula. Somos analfabetas en el conocimiento de nosotros mismos. Ella había tenido la enorme suerte de tropezarse con Madame La Luz en la cárcel, pero si ese encuentro nunca se hubiera dado ella se habría quedado atrapada en un mundo de apariencias y reflejos especulares. Y las preguntas que la rondaban una y otra vez eran: si ya sabemos que la hipnosis y la sugestión conducen a un territorio de nuestra mente que puede sanarnos y modificar nuestra conducta y nuestra percepción del mundo, ¿por qué no las usamos más a menudo para corregir daños, lesiones, traumas y estados de ánimo indeseables? ¿Por qué nos ha dado miedo ahondar en estas fuerzas que nos componen?

Una noche uno de sus compañeros en la casa-taller cayó muy enfermo con una fiebre que los médicos no lograban bajar con ningún medicamento. El pobre muchacho sudaba a chorros y en la mañana había que cambiarle las sábanas y las fundas de las almohadas porque estaban empapadas. Entonces Leticia pidió que la dejaran a solas con él y se sentó a su lado:

—Escúchame bien: necesito que me mires fijamente y que te concentres en lo que te voy a decir.

—¿Qué vas a hacer, Letty? —le preguntó el joven, respirando entre ahogos.

—Te voy a curar. Vamos a irnos a un lugar maravilloso, un prado muy verde donde te están esperando tus seres queridos para sanarte. Respira muy tranquilo, no me quites la mirada, estás muy calmado, muy relajado... A la cuenta de tres, te vas a despertar en ese lugar extraordinario. Vamos, relájate, relájate... Uno, dos, tres...

Y entonces Leticia chasqueó los dedos y el joven pareció entrar en un estado profundo de semiinconsciencia.

—¿Estás viendo el prado, el sol, la gente que amas?

—Sí, todo es tan bello —respondió el enfermo, esbozando una sonrisa—. No quiero irme de aquí.

—Ahora empiezan a llegar tus seres queridos, solo la gente que amas con sinceridad.

—Sí, están mi mamá y mi hermana mayor. Y una antigua novia que quise mucho. Cómo se siente de bien estar con ellas.

—Tu mamá te está poniendo la mano en la frente. ¿Puedes sentirla?

—Como cuando era niño, sí.

—En realidad te está sanando. Empiezas a sentir cómo la fiebre disminuye y cómo tu cuerpo se restablece poco a poco. Esto es lo que te hacía falta: que ella llegara a estar contigo y que te transmitiera su energía pura y su gigantesco amor por ti.

—Gracias, mamá, gracias...

El joven empezó a llorar de gratitud y Leticia le dijo con afecto, pero también con la voz firme para que entendiera que era una orden:

—Vas a despertar cuando llegue en cuenta regresiva hasta uno, y te quedarás con esa energía sanadora que tu madre te acaba de transmitir.

—No quiero separarme de ella...

—Ella seguirá contigo y se quedará dentro de ti. Ahora empiezas a regresar y cuando despiertes recordarás este encuentro con alegría y gratitud. Vas regresando a tu cuerpo poco a poco, vas sintiendo que ya no estás enfermo y que cuando despiertes la fiebre habrá desaparecido por completo... Tres, dos, uno... Ya...

El joven abrió los ojos y estaba sonriente, pleno, con algunas lágrimas aún corriéndole por las mejillas. Dijo con una entonación infantil en la voz:

—Me dormí y soñé que mi mamá me acariciaba la cara. Me siento mucho mejor.

—¿Por qué no te bañas? Voy a prepararte una sopa bien potente para que te suba las defensas.

—Creo que ya no tengo fiebre.

—Ya estás al otro lado, fresco. Te vas a poner mejor.

—Gracias por ser tan buena amiga, Letty.

—Báñate y cámbiate de ropa. Ya te subo la sopa.

A partir de ese día empezó a correr el rumor de que Leticia tenía poderes curativos y que seguramente en su pasado había sido discípula de algún gurú o algún maestro espiritual famoso.

Lo cierto es que ese día fue muy importante para ella porque confirmó que esa energía que había estudiado en magos, médicos, artistas y poetas sí existía y era la base, el pilar de nuestra vida misma en este mundo.

Ahora se trataba de realizar algo más difícil: pasar al otro lado y romper las barreras del tiempo y del espacio.

2.

Un recuerdo borroso en tu memoria te indica que hace poco un joven japonés asesinó a una veintena de personas con incapacidades psíquicas. Es una noticia que registraste, pero en la que no quisiste ahondar debido a la depresión. Ahora necesitas el dato porque quizá ese fue el detonante para el asesino, el ejemplo, el modelo a seguir. Revisas varios artículos en la red y, en efecto, los crímenes fueron cometidos por Satoshi Uematsu, un antiguo enfermero de veintiséis años del centro para incapacitados, que un buen día empezó a hablar de cómo ayudar a morir a todos esos pacientes para los cuales la vida es una carga, una tortura.

En algún momento, Uematsu escribió una carta para un político local pidiendo la eutanasia para este tipo de pacientes, y llegó a afirmar que él «ayudaría» a por lo menos 470 pacientes en los próximos días. Por eso fue retirado de su cargo e ingresado en una institución mental. Después de un tratamiento los doctores consideraron que ya se encontraba mejor, menos tenso, y lo dejaron libre. Y ahí sucedió la matanza. Uematsu acuchilló a 19 pacientes en un ataque relámpago que dejó decenas de heridos más. Luego, en una comisaría de esa localidad cercana a Tokio, se entregó con varios puñales guardados en una bolsa plástica.

No te cuesta ningún trabajo imaginar al enfermero Uematsu ayudando a esos enfermos todos los días a bañarse, a lavarse los dientes, a orinar, a defecar, a comer. Algunos de ellos, los que contaban con la ayuda de sus familiares, debían usar pañales y había que cambiarlos dos o tres veces al día como si fueran bebés grandes. Los otros, los que ya habían sido abandonados por sus hijos o sus parientes cercanos, se orinaban y se cagaban en la cama, vomitaban, escupían, pasaban los días mirando un punto fijo en medio de la nada. El horror sin fisuras.

En las horas de la noche, estos pacientes gritan, aúllan, tienen pesadillas atroces que no les permiten descansar ni siquiera en sueños. Comen a mordiscos, con la mano, masticando con dificultad, como bebés gigantes que nunca

hubieran desarrollado su motricidad. No te cuesta ningún trabajo imaginar a Uematsu a los pocos días soñando con ayudar a morir a toda esa gente. Lo debió considerar una acción compasiva y de buen corazón, aunque para todo el mundo se tratara de asesinatos viles y despiadados.

Aquí es igual, piensas. Prostitutas que han llevado vidas miserables enfermas de una patología terminal es el colmo, es como una maldición, como un castigo divino de un Dios que nunca se compadece de sus fieles. Y ayudarlas a partir es como facilitarles el tránsito hacia el misterio, como despedirlas un poco mejor, sin tanto dolor, sin tanta pena. A veces matar se trata solamente de tener un buen corazón.

No te sorprendería que Jack hubiera sido enfermero en algún geriátrico o algo por el estilo, que le hubiera tocado lidiar con ancianos tercos y malencarados, sucios, desdentados, groseros. Y que luego se hubiera enterado de que él mismo sufría de una enfermedad terminal. Entonces el mundo se convirtió en un agujero negro, en un basurero. Aun así, decidió no olvidar a los menesterosos, a los más desamparados, a los más castigados por la ira de un dios despiadado y cruel. Se dijo: estos son mis semejantes, mi tribu, y no pienso dejarlos a la deriva, sin vela, sin timón. Voy a hacer algo por ellos antes de partir. Y algo mezcló en su cabeza la imagen de Jack, el original, el inglés, con la imagen del enfermero piadoso japonés. Como en todo artista, esas fueron sus influencias, sus padres tutelares, sus ídolos. Ahora el problema estaba en dar con él, en impedir que continuara cometiendo sus «buenas» acciones.

Aunque hay algo que te preocupa, y es que entiendes bien lo que este fulano está haciendo. Alguna vez, a la salida de una crisis en una clínica psiquiátrica, en una depresión brutal, cayendo en ese abismo insondable en el que el mundo se diluye por completo, le preguntaste a Miranda si sería capaz de matarte en caso de necesidad, si llegaras a quedar en una cama como un vegetal, si después de un ataque o algo por el estilo no pudieras hablar y estuvieras condenado a permanecer de por vida en una silla de ruedas, convertido en un brócoli, en una remolacha. Y la respuesta de Miranda fue tajante: no, jamás te mataría, por nada del mundo. No perdería la esperanza de recuperarte. Y esa respuesta te desalentó aún más. No lo demostraste, no dijiste nada, te pareció normal, ajustada a los valores de ella, a su catolicismo serio y responsable. Pero algo allá, en el fondo, te dijo que no podías contar con ella en un caso extremo, que en realidad su amor no llegaba hasta esos parajes fríos y desolados por los que tú estás acostumbrado a transitar durante las fases maníacas o las depresivas. El amor de

Miranda era un amor casero, de sopa caliente y chimenea encendida. Pero cuando estuvieras atrapado en medio de la estepa, entre la nieve, atravesado por la tormenta, ella te dejaría allí afuera para que te murieras de frío. Y ese descubrimiento te desilusionó profundamente.

Jack es de los tuyos, conoce los rigores de la soledad en medio de noches de luna llena. Y entiendes que esté matando por piedad, por solidaridad, por amor a la humanidad. Hay que cazarlo, sí, pero si llegara a presentarse un momento crucial, una hora de la verdad, él no te abandonaría entre la tempestad. Parece mentira, pero no podrías contar con Miranda. En cambio, con él sí. Por eso lo sientes tan cercano, tan conocido, tan fraternal. Porque en el fondo es tu hermano gemelo.

Suena el timbre y te saca de tus pensamientos en medio de un estremecimiento. Abres la puerta y ahí parado, en la entrada, hay un hombre de unos cincuenta años, de barba blanca, de estatura mediana y con lentes de carey. Te pregunta con cierta desconfianza contenida:

—¿El detective Frank Molina?

—El mismo. Siga, por favor.

Le indicas al hombre dónde sentarse y tú te haces detrás del escritorio. Le hablas con parsimonia y tienes la impresión de que estás en cámara lenta:

—Dígame para qué soy bueno.

—Mi nombre es Alfredo Torres, señor Molina. Soy profesor de matemáticas. El año pasado mi hijo Diego se graduó del colegio y, debido a sus altísimas calificaciones y a que obtuvo el primer puesto en las olimpiadas nacionales de matemáticas, se ganó una beca para ir a estudiar a Harvard. Estaba contento, realizado, dichoso. Nosotros, que somos una familia de clase media, lo ayudamos en todo lo que nos fue posible. Pero con el paso de los meses empezamos a sentir que él no se sentía bien, que parecía distraído todo el tiempo, ido, como si sus estudios no le interesaran en absoluto. Me dijo que estaba trabajando en unas ecuaciones que comprobarían que la realidad que vemos no es la realidad real, sino una millonésima parte de ella. No voy a cansarlo aquí con problemas matemáticos, pero estaba investigando a partir de conceptos geométricos que se derivan de los sólidos platónicos. Mi hijo estaba seguro de que era posible cruzar de esta realidad a otra, que había campos magnéticos que permitían ese tránsito. Lo cierto es que un buen día me avisaron de la universidad que mi hijo había amanecido muerto en su habitación así, de la noche a la mañana. No había signos de violencia, ni rastros de drogas, nada.

Sencillamente, se acostó a dormir y se fue, se murió. Repatriaron el cadáver y aquí, en la funeraria, tuve la posibilidad de revisarlo. Usted dirá que estoy loco, señor Molina, pero ese no era mi hijo. Era un replicante, un joven muy parecido, casi idéntico, pero no era él. Busqué unas manchas en la piel que tenía de niño y no las encontré. Sus orejas eran más pequeñas, sus uñas estaban hundidas y su piel apergaminada estaba bronceada en medio del invierno gélido de un enero que se había caracterizado por sus bajas temperaturas. ¿Cómo podía ser algo así?

—Señor Torres, antes de entrar a dilucidar hipótesis, debo advertirle que no puedo ayudarlo porque no tengo cómo ir a investigar en el terreno.

—Nosotros vendimos nuestra casa y estamos dispuestos a pagar sus tiquetes y sus hoteles. Más sus honorarios, claro está. Necesitamos saber qué fue de nuestro hijo.

—No lo digo por eso, señor Torres, sino porque necesitaría solicitar la visa para entrar a los Estados Unidos y estoy seguro de que me la negarían.

—Nosotros le damos una carta explicando que va en nombre de la familia a investigar la extraña muerte de mi hijo.

—Durante mi juventud hice parte de un movimiento universitario radical de extrema izquierda. ¿Sí me entiende? Eran los años en que muchos jóvenes latinoamericanos tomaron los fusiles y se fueron al monte a luchar por una revolución. Los de la ciudad nos quedamos enfrentados a la policía y esperando nuestra oportunidad para emancipar a los de abajo. Eso nunca pasó, pero a muchos de nosotros nos capturaron y terminamos pagando dos o tres años de cárcel por rebelión. Estoy fichado desde entonces, señor Torres, y aunque logré hacer una carrera y trabajar en periodismo, mi pasado judicial no está limpio. Luego me botaron del periódico por alcoholismo, por orinarme en los artículos de mis colegas y por adicción a la marihuana. También soy paciente psiquiátrico. Y destapé varias conexiones entre los políticos y los *paracos*. Nada que hacer. No entraría a Gringolandia ni aunque me enviaran una carta de invitación de la Casa Blanca. Lo siento mucho.

—Entiendo. Es una lástima. Estábamos seguros de que usted era el tipo indicado para este trabajo.

El señor Torres se levanta, te da la mano en señal de despedida y camina hacia la puerta. Ya en el umbral le dices con afecto sincero:

—Espero que logre solucionar el enigma.

—Hasta pronto, señor Molina.

Cuando el tipo se va te queda una sensación de desasosiego, de hundimiento,

como si el piso acabara de hundirse varios centímetros debajo de tus pies. Reconociste en él las noches de insomnio, los nervios destrozados, los calmantes, las pastillas para dormir. La vida del señor Torres ya nunca más volvería a ser vida. El fantasma de su hijo lo perseguiría hasta el día de su muerte. Y a diferencia de todas las otras ecuaciones que había logrado resolver, esta no tenía solución.

Miras el celular y hay varias llamadas de Almagro. Le marcas enseguida y él ni siquiera saluda, sino que te dice a bocajarro:

—Necesito verlo con urgencia.

—Con tal de que no sea para detenerme.

—Esto se complica cada vez más, Molina. Venga a la comisaría a verme, por favor.

—Voy para allá.

Te pones la chaqueta, coges las llaves de la casa y sales corriendo en busca de la estación más cercana de TransMilenio.

3.

No sé qué fuerzas me arrastraron a convertirme en ese ser inmundo y abyecto que había terminado hiriendo sentimentalmente a diestra y siniestra, pero lo cierto es que tomé conciencia de que ese individuo no podía ser yo. Después del entierro de mi amiga tuve una crisis espiritual y decidí hacer un viaje para alejarme de mí mismo, para reflexionar y hacer un examen de conciencia. No quería pasarme la vida entera convertido en ese personaje banal enamorado de su imagen en el espejo.

Me fui para el Medio Oriente y recorrí los sitios donde había estado Jesús. Recorrí la Jerusalén antigua pensando una y otra vez en su vida, en sus palabras, en sus obras. Estuve en los desiertos de la antigua Judea reflexionando sobre su misión, sobre ese extraño mensaje que aún no terminamos de entender: Dios está en el otro, incluso si el otro es tu enemigo. Por eso hay que ofrecer la otra mejilla, porque el otro es sagrado y no se le puede herir. Porque si hieres al otro estás hiriendo a Dios.

En la iglesia del Santo Sepulcro caí de rodillas y pedí perdón por todos mis pecados, por todas las agresiones que había cometido, por toda la gente que había engañado y timado, por todas las mujeres a las que había hecho sufrir de una manera inhumana. Y no dejaba de preguntarme: ¿cómo había sido yo capaz de causar tanto dolor?

Las noticias internacionales hablaban de migraciones diarias desde los países de África hacia Europa a través del Mediterráneo. Gente que cruzaba las montañas y los desiertos en busca de un futuro mejor para ellos y sus hijos. La guerra en Irak por esos años se recrudecía y los bombardeos no daban tregua. Varios partidos políticos europeos se oponían a que tantos inmigrantes entraran de manera grupal sin documentación en regla, sin saber quiénes eran, sin tener claro su pasado judicial. Y los enviaban a campos de refugiados, a míseras carpas donde no solo tenían que aguantar hambre y sed, sino además frío y

enfermedades producidas por las bajas temperaturas en el invierno y por las oleadas de calor en el verano. Y no dejaba de preguntarme: ¿por qué es tan fácil poner a Dios en las alturas, allá, en las nubes, lejos de nosotros? Y la respuesta no era difícil: porque de ese modo no tenemos que hacer mayores esfuerzos en nuestra fe. Lo complejo es entender que Dios está en el tendero, en la barrendera, en mi vecino, e inclinarme ante él todos los días. Lo difícil es acoger a los refugiados en nuestras casas y brindarles un techo y una comida.

En mis largas caminatas por la Tierra Santa pensé una y otra vez en esa extraña escena en la que Jesús se encuentra con un poseso a la salida de un cementerio, un hombre que viene atormentado por demonios. La cita bíblica dice así:

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos llegaron al otro lado del mar, a la región de los gerasenos. Apenas saltó de la barca, vino a su encuentro, de entre los sepulcros, un hombre con espíritu inmundo que moraba en los sepulcros y a quien nadie podía ya tenerle atado ni siquiera con cadenas, pues muchas veces le habían atado con grilletes y cadenas, pero él había roto las cadenas y destrozado los grilletes, y nadie podía dominarle. Y siempre, noche y día, andaba entre los sepulcros y por los montes, dando gritos e hiriéndose con piedras. Al ver de lejos a Jesús, corrió y se postró ante Él y gritó con gran voz: «¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes». Es que Él le había dicho: «Espíritu inmundo, sal de este hombre». Y le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?». Y le contestó: «Mi nombre es Legión, porque somos muchos». Y le suplicaba con insistencia que no los echara fuera de la región.

Había allí una gran piara de puercos que pacían al pie del monte; y le suplicaron: «Envíanos a los puercos para que entremos en ellos». Y se los permitió. Entonces los espíritus inmundos salieron y entraron en los puercos, y la piara —unos dos mil— se arrojó al mar de lo alto del precipicio y se fueron ahogando en el mar. Los porqueros huyeron y lo contaron por la ciudad y por las aldeas; y salió la gente a ver qué era lo que había ocurrido. Llegan donde Jesús y ven al endemoniado, al que había tenido la Legión, sentado, vestido y en su sano juicio, y se llenaron de temor. Los que lo habían visto les contaron lo ocurrido al

endemoniado y lo de los puercos. Entonces comenzaron a rogarle que se alejara de su término.

Y al subir a la barca, el que había estado endemoniado le pedía estar con Él. Pero no se lo concedió, sino que le dijo: «Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti». Él se fue y empezó a proclamar por la Decápolis todo lo que Jesús había hecho con él, y todos quedaban maravillados.

Qué curioso: el demonio no es una entidad, sino una pluralidad, una multiplicidad que ronda el éter y que está en busca de cuerpos para encarnar, para poder existir. ¿De dónde viene esa legión, en qué dimensión se encuentra y cómo hace para pasar desde ese otro lado a este, donde nos encontramos nosotros? ¿Dónde está esa realidad demoníaca que de un momento a otro abandona su estado y nos busca a nosotros, seres con cuerpo, seres tridimensionales, para poder existir de verdad y tener manos, brazos, labios?

No dejaba de llamarme la atención también aquello de enviar a los demonios a que se introdujeran en la pira de cerdos, y que luego los encargados de los animales sintieran tanto miedo como para pedirles tanto al poseso como a Jesús que por favor se fueran del lugar. ¿No era algo parecido a lo que había sucedido aquella noche en casa de Ignacio, cuando de pronto esa entidad que habló en plural entró al cuerpo y nos indicó que ese hombre ya no estaba allí, sino en otra parte? ¿Y no me había dicho el sacerdote después del suicidio de Mateo Sánchez: *Los malignos nos acechan y se alimentan de nuestra desgracia, de nuestra miseria, y nadie nos advierte de su presencia?* Y lo había enunciado en plural, como para que me quedara claro que no se trataba de una sola fuerza, sino de muchas que rondan a los hombres y los agobian y los hunden en los vicios y en el horror de sí mismos.

Recordé que de la misma manera que había visto a ciertas personas nubladas por energías misteriosas e indescifrables, también mi rostro en el espejo me indicaba que estaba siendo vigilado, acechado por algo o alguien que no sabía de dónde provenía. Cuando me tropezaba mi imagen en la vitrina de algún almacén o en el espejo de mi apartamento en las mañanas, cuando me estaba afeitando, había algo en mi aura que presagiaba un destino funesto. ¿Sería capaz de modificarlo, de escapar de las trampas que me iban a poner a lo largo del camino?

También había una pregunta que me rondaba la cabeza de día y de noche. Si Jesús se había desaparecido desde los doce años hasta los treinta, ¿dónde había estado? No era posible que un hombre de semejantes dimensiones, un hombre que estaba llamado a cambiar el rumbo de la humanidad, se hubiera quedado cortando tablas y poniendo clavos en la carpintería de su padre, de José. No, seguramente había tenido contacto con otras culturas, con otras civilizaciones, hasta que finalmente se sintió preparado y regresó a su tierra natal para predicar, para enfrentarse a los poderes establecidos y morir en la cruz, que era su destino inevitable.

Algunos estudiosos del tema aseguraban que había estado en Egipto y que había leído a los griegos y se había nutrido de ellos. Otros hablaban de los esenios y varios profesores ingleses afirmaban que había estado en la India y que allí había conocido y practicado la filosofía budista: el desprendimiento, el desapego, el no ego. Esta última hipótesis me pareció verosímil porque en las palabras de Jesús se respiraba el mismo aire que en las palabras de Buda: deja atrás todo, no te aferres, libérate de la peor carga de todas: tú mismo.

Así que me fui para la India y me inscribí en un *ashram* en las afueras de Calcuta. Estuve durante seis meses meditando y leyendo textos budistas y cristianos primitivos. Necesitaba ahondar, ir más allá de las apariencias. En realidad, las claves de la materia ya no me interesaban tanto. No quería jugar a ser Dios. Me interesaba profundamente el espíritu, cómo resolver este extraño dolor de existir, de ser un hombre.

Aprendí a salir de mí, a verme desde afuera, a no identificarme con mis gustos, ni mis afectos ni mis ideas. Las largas jornadas de meditación me enseñaron a superar eso que llamamos identidad. Descubrí también que la medicina y la religión tenían un tronco común, un origen compartido al comienzo de la humanidad, y que en realidad seguía buscando lo mismo que había anhelado desde el comienzo de mi carrera como médico: cómo hallar la salud, la plenitud del hombre. Por eso un chamán es el médico y el sacerdote de la tribu al mismo tiempo. Se encarga de la salud del cuerpo y del espíritu, cuyos entrecruzamientos son infinitos.

De Calcuta me desplacé hasta Cachemira, al norte, en la frontera con Pakistán, porque hay una vieja leyenda que habla que Jesús, después de sobrevivir a la crucifixión, terminó sus días predicando en esa región de la India. Incluso existe allí una tumba de un hombre que muestra en sus pies y sus manos

los signos de la cruz. Esa imagen de un Jesús anciano y barbado predicando muy cerca del Himalaya me parecía de una belleza estremecedora.

Pasé cerca de tres semanas en Cachemira y, en efecto, visité lo que muchos cristianos orientales consideran la tumba de Jesús. Iba a orar casi todos los días allí y me preguntaba qué hacer con mi vida, cómo ponerla de manera debida al servicio de una causa mayor, de algo que justificara mi paso por este mundo. Hablé con varios de los sacerdotes de la zona, y, entre ellos, conocí a un español que llevaba veinte años viviendo en distintas ciudades y pueblos de la India. Le pedí que me confesara y le conté todos mis tormentos y mi pasado tan siniestro.

A los pocos días me citó en un mercado público y llegó también un comerciante de libros viejos y textos descubiertos en excavaciones arqueológicas. De un momento a otro, el mercader sacó de una carpeta un pergamino original escrito en una lengua que no reconocí. Me dijo en un inglés británico con fuerte acento indio:

—¿Sabe usted qué son los rollos del mar Muerto?

—Más o menos. Son unos textos religiosos muy antiguos que encontraron en Egipto y que hablan de escenas e historias que tienen que ver con Jesús.

—Son textos no canónicos, escritos que la Iglesia no ha querido reconocer porque muchos de ellos echan por tierra la imagen y la biografía de Jesús de Nazaret.

El hombre abrió entonces el manuscrito y me explicó:

—Este es uno de esos textos. Se llama *El libro de los demonios*, y hace alusión a los cuarenta días que el Hijo de Dios permaneció en el desierto combatiendo contra los espíritus del mal.

—¿En qué idioma está? —pregunté, sin atreverme a poner mis manos sobre el pergamino para no contaminarlo ni dañarlo.

—En arameo. Habla de una raza de seres que están en otra dimensión, de ángeles renegados y caídos que anhelan entrar en los cuerpos de los hombres para poder entregarse a la lujuria, a las bacanales, para comer a su antojo, para experimentar el poder, la riqueza y toda la gama posible de los vicios.

—No puede ser —dije, asombrado de ver ese libro original.

—Son una legión fantasmal que persigue a los más débiles y logra conducirlos a los placeres desenfrenados para vivir a través de ellos todo lo que está prohibido y censurado.

—Yo soy legión —recité de memoria el versículo bíblico.

—Correcto, solo que a veces esos hombres y mujeres son muy débiles y

entonces estos seres que habitan en una realidad intangible los expulsan de sus cuerpos y toman el control para poder sentir directamente el inmenso placer de tener un cuerpo.

—Jesús logró vencerlos y por eso terminó en la cruz —dije, pensando en voz alta.

—Es usted muy perspicaz, mi querido amigo. Lo que sucedió en esos cuarenta días fue que Jesús venció todas las tentaciones: las de la carne, las del poder, las del envanecimiento y la egolatría. El precio que tuvo que pagar fue terrible: la soledad, la orfandad total y la peor muerte de todas: la humillación en la cruz.

—Increíble, pero no sé por qué tengo el honor de conocer este libro —dije sin entender la situación.

El hombre me dio a continuación un precio y me explicó que él no podía ingresar el libro a Europa, donde seguramente lo vendería mucho mejor, porque las autoridades internacionales lo tenían fichado y su seguridad corría peligro. Yo podía comprarlo muy barato, viajar con él sin riesgo de ser detectado, y negociarlo con los coleccionistas profesionales en Suiza o en Alemania, donde vivían los grandes expertos en estos temas.

—Podrá vivir de por vida sin trabajar con el dinero que gane en esta transacción —me aseguró con una sonrisa ladina.

Le expliqué que no tenía tanto dinero como para pensar en poder adquirirlo. Él se desilusionó un poco y, antes de despedirnos, me recomendó que si llegaba a conocer a un posible cliente, me daría una comisión sobre la venta. Nos estrechamos las manos y el hombre desapareció por entre los vendedores de té y de aguas aromáticas, de agua de hierbabuena y de jengibre.

Dos días después, viajé a Nueva Delhi para emprender el retorno a casa. Sentí que ya mi periplo había terminado y que estaba listo para tomar las riendas de ese nuevo sujeto que sería yo mismo de allí en adelante.

Cuando regresé al país y a la ciudad, ya tenía claro lo que quería. Timbré en las dependencias de la orden de los franciscanos, le conté al director de las residencias mi historia, me arrodillé ante él y le dije:

—Deseo fervientemente servir al Señor. Ya estoy listo.

CAPÍTULO VII

LOS MENSAJES DE LOS ESPÍRITUS

1.

Almagro te está esperando en una oficina aparte, retirada, en la que te sirve un café humeante antes de sentarse contigo en un escritorio.

—Lo llamé, Molina, porque una de nuestras informantes de la zona nos aseguró que las tres víctimas pertenecían a un culto extraño, espiritista o algo así.

—¿Está seguro?

—Nos dijo que hacían invocaciones de espíritus y que esas presencias luego las ayudaban, las protegían.

—¿Con la tabla ouija?

—No estoy seguro. Lo que sí es cierto es que tenían a las otras intimidadas, asustadas. Aseguraban que si las agredían o algo por el estilo, los espíritus que las protegían se vengarían por ellas. Eso significa que hay otro móvil más y que puede tratarse de una retaliación de índole religiosa.

—Puede ser. No hay que descartar nada. Yo creo más bien que se trata de eutanasia, pues las tres padecían enfermedades terminales. Hace poco un japonés llamado Satoshi Uematsu asesinó a varios pacientes con impedimentos psíquicos cerca de Tokio. Para él, no se trataba de crímenes, sino de asistencia, de ayuda a unos pobres seres para los cuales la vida era una auténtica tortura. Creo que estamos enfrentando una mente muy compleja, una mezcla de Madre Teresa de Calcuta con un asesino serial.

—Usted tiene razón cuando dice que nosotros no podemos entender este enredo. Es verdad, Molina, yo no entiendo nada.

—La época es muy cruel, Almagro, despiadada, brutal. Se trata de arrinconar a buena parte de la población con salarios de hambre, exiliarlos en favelas, en comunas, en villas miseria, mientras una minoría pasa las vacaciones en hoteles lujosos y casas de veraneo privadas. Eso es lo que hay que entender. Que el capitalismo es defendido por todos nosotros, que el sistema se sostiene porque

cada uno de nosotros participa en él. Cuando pensamos que pertenecemos al bando de los buenos ya estamos cometiendo un error. No es así porque esta porquería funciona con nuestra complicidad. No denunciarnos, no luchamos, no nos resistimos. ¿Entonces con qué derecho creemos que somos los buenos?

—Pero no puede ser que ese sádico sea el bueno de la historia.

—No es eso, Almagro. Solo que si usted se vuelve más complejo a nivel mental, lo va a entender mucho mejor y podrá anticipar sus movimientos para capturarlo. De lo contrario, él siempre estará varios metros adelante.

—Quiero pedirle un favor, Molina, que vaya a una de estas reuniones a ver si descubre algo que nos pueda ser útil. Usted es el único que ha visto a este sujeto, aunque sea de lejos, y podrá reconocerlo.

—¿Dónde se reúnen?

Almagro te entrega un papel con unos cuantos datos anotados.

—Tienen una página en Internet y parece un grupo de personas aficionadas a cultos esotéricos y cosas así.

—No olvide que el patrón inicial es Jack el Destripador, y eso significa que faltan aún dos víctimas más. No estaría de más revisar la ubicación geométrica de cada escena del crimen en el mapa para anticipar el cuarto atentado.

—No se corresponden, ya lo hicimos. Está matando en desorden, sin respetar ese dibujo ni la cronología inicial.

—¿Y tienen mujeres policías haciendo guardia?

—Por todas partes. Esta vez le va a quedar mucho más difícil.

—Le aviso apenas sepa algo.

Te despides y sales de la oficina en busca de la calle.

Esa misma tarde llamas a los teléfonos de información del grupo esotérico y dices estar interesado. Te invitan a su reunión esa misma noche y te dan la dirección que ya Almagro te había anotado en la hoja.

Es una casa en el barrio Los Alcázares, cerca de donde vives, así que decides ir a pie. El atardecer desaparece en el occidente de la ciudad, entre los edificios distantes, y una noche plomiza y húmeda le da a la ciudad un aire fantasmal. Logras llegar al lugar, una casa vieja de dos plantas con una rancia elegancia venida a menos. Te abre una señora de unos cincuenta años y te invita a pasar. Das tu nombre y ella asiente. Poco a poco van llegando los demás. Son personas del común, trabajadores de clase media, pensionados, amas de casa. No te concuerda el grupo con tres prostitutas experimentadas del barrio Santa Fe. Algo

no encaja. Tampoco hay rastros del hombre que viste la otra noche corriendo por entre las tumbas del cementerio.

La sesión se desarrolla alrededor de una mesa y antes de empezar un señor bien vestido, con saco y corbata, de unos sesenta o sesenta y cinco años, habla de Allan Kardec, el padre del espiritismo moderno. Enuncia la sabiduría de este investigador y cómo la humanidad no ha entendido aún los nobles objetivos, el propósito de entrar en contacto con nuestros hermanos los espíritus, que están en el revés de esta realidad aparente y superficial. Los demás asienten con devoción.

Luego todos se agarran de las manos y viene la invocación. Una mujer pregunta si hay algún espíritu presente que desee comunicarse. La respuesta es instantánea: una joven cae al piso como si estuviera desmayándose, con el cabello revuelto, desmadejada, y nadie la ayuda ni hace nada para incorporarla. La escena en realidad no te impresiona porque todo puede hacer parte de un *show* muy bien planeado. Lo extraño para ti es que la temperatura del salón baja considerablemente y un frío polar te atraviesa el saco y la chaqueta. Es como si toda la casa acabara de refrigerarse de un momento a otro. Y en el aire flota algo raro, fuera de serie, una presencia invisible que te indica que, en efecto, te encuentras frente a una fuerza que supera la realidad palpable por los sentidos.

La joven es una muchacha de raza negra mal trajeada y con el cabello revuelto. Se retuerce en el piso, gesticula sin hablar, gruñe, ruge, emite sonidos guturales. La mujer que hizo la invocación le pregunta:

—¿Quién está ahí? ¿Traes algún mensaje para nosotros?

El frío es tan intenso que sientes picazón en la nariz, como si estuvieras a punto de empezar a estornudar. Entonces la entidad que está presente en el salón se expresa a través de la joven que está en el piso. Es una voz grave, de hombre adulto, y curiosamente se escucha con eco, como si no estuvieran en la sala de una casa, sino en una caverna subterránea donde la voz retumbara contra varias cámaras de piedra:

—Hermano, lo siento, no alcancé a despedirme de usted. No alcancé a decirle gracias. Le dije que algún día me comunicaría desde el otro lado y aquí le estoy cumpliendo. Sí hay otra vida más allá de la vida...

Sientes que estás a punto de perder el sentido. ¿Qué diablos es todo esto, una farsa, una obra de teatro para enloquecerte de manera definitiva? ¿Quiénes son toda esta partida de desocupados? ¿Cómo orquestaron la escenografía, la temperatura del salón, las palabras que ahora te está dirigiendo esta actriz que se

dirige a ti con esa voz que allá, en el fondo, te recuerda a tu amigo que tanta falta te hace?

—No le dije cuánto lo estimaba, hermano. Gracias por tanto. Yo investigando toda la vida sobre temas paranormales, y míreme ahora, del otro lado, convertido en el espíritu parlante.

¿Serán los medicamentos, el puto Rivotril? ¿Estarás empezando a alucinar de nuevo? ¿Cómo saber que todo esto no es producto del Risperdal, de la depresión, de la angustia a la que has estado sometido todos estos días? No puede ser...

—Recuerde esto, maestro: cuídela a ella mucho. Lo necesita. Es importante que no olvide este mensaje porque de lo contrario se arrepentirá.

No aguantas más y te levantas de la mesa donde todos se mantienen unidos con las manos entrelazadas. Es demasiado. Das algunos pasos hasta alcanzar la puerta, la abres y sales a la calle donde la temperatura, en efecto, es mucho más cálida, como si acabaras de escaparte de un frigorífico. Corres sin mirar hacia atrás varias cuerdas hasta llegar a un parque de barrio en el que buscas un rincón y empiezas a vomitar. Luego te dejas caer en el césped húmedo y empiezas a llorar como un niño. Los carros pasan por las calles aledañas.

Te sientes desamparado, solo, huérfano, como si fueras un niño que necesitara de una ayuda adulta que no llega nunca. Sabes que la depresión está siendo liberada en esas lágrimas que te corren por las mejillas de manera incontrolable. Y entonces, por primera vez en muchos meses, te das cuenta de que también estás llorando por él, tu amigo del alma, tu hermano, el compañero de ruta que no te abandonaba en las crisis, que iba a visitarte a la clínica tanto en las fases altas como en las bajas, cuando escasamente podías conversar con él.

Recuerdas que Kalimán había puesto su consultorio astrológico en ese garaje destartalado que le habías arrendado al final de tu casa, y cómo echas de menos los almuerzos compartidos alrededor de temas esotéricos, las charlas sobre la reencarnación o sobre quién construyó realmente las pirámides de Egipto. Kalimán, el hombre increíble, el amigo que siempre está ahí para uno, en las buenas y en las malas. Extrañas todo de él: su humor callejero, su vestimenta desaliñada, su sonrisa de niño insolente y travieso.

No puedes evitar recordar los meses en el hospital, ese cáncer agresivo que lo fue corroyendo desde adentro, como si estuviera alimentándose de su esencia más íntima. Miranda y tú estuvieron con él hasta el momento final, lo cuidaron, lo acompañaron en la agonía, hasta que un buen día, a la madrugada, una insuficiencia cardíaca lo condujo por fin a la muerte. Y ahora esto, la broma

final, la despedida definitiva del bufón que te descompuso por completo. Sonríes y te das cuenta de que esta escena con el grupo espiritista hubiera sido perfecta con él. No pudo haber elegido un mejor momento para jugarte esta mala pasada.

Te levantas, te limpias un poco la ropa, te secas las lágrimas con la manga de la chaqueta y regresas a la casa caminando despacio, como si acabaras de recibir una paliza y las piernas te respondieran con dificultad. La llovizna no cesa y te levantas la capucha para protegerte un poco. Solo quieres llegar y echarte a dormir. Mañana será otro día y podrás pensar con mayor claridad.

Cuando llegas lo primero que haces es revisar tu celular y ves un mensaje de Miranda:

Amor, hoy te he pensado mucho. Estoy preocupada por ti. Te llamé pero no me contestaste. No olvides tomarte la droga juicioso. Ya no falta nada y regreso. Pienso quedarme en tu casa varios días y cuidarte. De malas. No pienso dejarme echar. Besitos.

Le respondes pulsando las teclas con dificultad porque los dedos no te caben en los rectángulos de la pantalla:

Tú también cuídate mucho. Me haces falta. Hoy extrañé a Kalimán de una manera que no te imaginas. Dejé un vacío que no logro llenar con nada. Supongo que esos son los amigos de verdad: aquellos que crean su propio espacio dentro de uno. Te espero.

Te acuestas a dormir y esa voz gutural retumba todavía en tu cabeza: «Cuídela a ella mucho. Lo necesita».

2.

Cumplí con toda mi formación como sacerdote y no dejé de lado mi antigua profesión. Trabajé en un hospital de caridad y me convertí rápidamente en el médico de cabecera de muchos de mis superiores religiosos. En términos generales, era un discípulo respetado y querido por la comunidad franciscana. Pero muy pronto empecé a mostrar desacuerdos graves con las autoridades eclesiásticas: me parecía que se conformaban con predicar y asistir a los feligreses que ya existían, a los que no tenían mayores problemas, a los que no sufrían graves crisis de conciencia. Descuidaban a la población carcelaria, a los drogadictos, a las prostitutas, a los travestis, a los alcohólicos. Era como si los olvidados y los miserables no les interesaran mayor cosa. ¿Pero no nos había enseñado Jesús, justamente, a estar entre los pecadores? ¿No había estado yo mismo en ese bando, el de los perdidos, el de los irredentos? ¿No había sido el mismo Francisco de Asís un niño rico entregado a los placeres, a los vicios y a la autosatisfacción? Si el mismo líder de nuestra comunidad provenía del grupo de los transgresores, significaba que debíamos cuidarlos y protegerlos también a ellos, pues allí estaba el germen de un hijo pródigo que tarde o temprano regresaría a casa.

Empecé entonces toda una campaña para acompañar espiritualmente a las prostitutas y los travestis de la zona de tolerancia. Me reuní con algunas de las líderes del barrio y les comuniqué mi interés en orar con ellas los sábados en las horas de la tarde. Una transexual muy bella e insinuante levantó la mano y me preguntó:

—¿Y nosotras qué, padre?

—Ya les dije que el sábado en la tarde las espero para que recemos juntos.

—Por si no se ha dado cuenta, yo soy una transexual.

—Sí, lo sé. ¿Cuál es el problema?

—Que a nosotras no nos permiten entrar a misa ni comulgar. No solo la gente se ofende, los curas también. Y siempre nos echan.

—Pues este sábado son bienvenidas.

—¿Y podemos comulgar?

—Si así lo desean...

Ese comportamiento me trajo muchos problemas entre los sacerdotes más viejos, que veían en mí a un rebelde y un provocador. Pero lo importante era ser fiel a mi fe y a mis principios.

Poco a poco, de los lugares más remotos de la ciudad, empezaron a llegar los sábados a esa casa comunitaria alcoholicos, drogadictos, proxenetas de todas las pelambres y traficantes de drogas que creían en el Evangelio y que le pedían al cielo para que sus negocios marcharan a la perfección. Semejante congregación me puso en la mira de las autoridades del Vaticano, hasta donde llegaron los informes sobre mi curiosa conducta. Pero no me amedrenté y seguí convencido de que entre esas ovejas descarriadas se escondían feligreses de intachable conducta. Lo único que había que hacer era tener fe y esperar a que en algún momento el amor los transformara.

Una noche de un sábado, sin embargo, cuando ya había empacado mis cosas y estaba a punto de regresar a las residencias franciscanas, se me acercó una de las líderes de las prostitutas, me cogió del brazo, me llevó hasta un rincón y me dijo en voz baja:

—Padre, tenemos que pedirle un enorme favor.

—Sí, dígame.

—Hay dos sacerdotes que están escondidos aquí y que desean hablar con usted.

—¿Escondidos?

—Es mejor que ellos le expliquen.

—No quiero problemas —le advertí levantando la mano derecha.

—Solo hable con ellos, por favor.

Me condujo entonces a la planta baja de la casa, a una especie de semisótano, donde dos jóvenes de unos veinte a veinticinco años me estaban esperando muy nerviosos. Se notaba que llevaban varios días huyendo porque su ropa estaba sucia y no habían podido ni siquiera afeitarse. Una barba incipiente les coloreaba las mejillas de un gris plomizo.

—¿Quiénes son ustedes? —les pregunté casi de mal genio, por seguir metiéndome en problemas.

—Somos Germán Bolívar y Gonzalo Quintero, padre, seminaristas de último año de la arquidiócesis de Bogotá.

—¿Y qué están haciendo aquí escondidos?

—Nos están buscando los organismos de seguridad del Estado.

—¿Qué diablos hicieron?

—Nada, padre. Solo que estamos en contacto con algunos miembros del ELN y el DAS nos está buscando para interrogarnos. Pero usted sabe bien que interrogar es para ellos sinónimo de torturar y muchas veces desaparecer.

—¿Y ustedes qué se creen, Camilo Torres? —les dije, molesto con la situación.

—Pues usted nos excusa, padre, pero ojalá que todos los sacerdotes fueran como él —me continuó diciendo el que parecía el más grande y el más decidido.

—¿Y ahora qué van a hacer? —les pregunté frunciendo el entrecejo.

—Solo necesitamos salir de aquí metidos en el baúl de su carro, eso es todo. Ellos tienen la casa y la cuadra vigiladas, y no tenemos cómo escaparnos por los tejados.

—Ese carro no es mío, sino de la congregación. Solo lo uso muy de vez en cuando.

—Pues eso, padre, que si nos puede sacar en él, por favor.

—¿Y si saben dónde están por qué no entran y los capturan?

—Porque no saben la casa con exactitud. Ningún juez les va a dar licencia para revisar todas las viviendas.

No tenía escapatoria. Los escondí lo mejor que pude en el baúl debajo de unos cartones y les dije que se quedaran completamente callados. Cuando salí a la calle me detuvieron en la esquina unos detectives vestidos de civil y me pidieron mis documentos de identidad. Les mostré todos mis papeles. Ellos echaron un vistazo a la parte trasera del carro y solo vieron biblias y nuevos testamentos que yo regalaba en la casa donde oficiaba misa todos los sábados. No vieron nada que les encendiera las alarmas.

—Gracias, padre. Es que tenemos rodeados a unos sospechosos y no queremos que se nos escapen.

—Pues ojalá los agarren, hijo —dije con un gesto de preocupación—. Que Dios los acompañe.

—Gracias, padre.

Seguí mientras sentía cómo me corría un hilo de sudor por la espalda. Sin embargo, por el espejo retrovisor, me di cuenta de que un carro me seguía para

cerciorarse de que yo no había sacado a los dos seminaristas camuflados. Por eso no pude detenerme para dejarlos en algún lugar y que huyeran, sino que les hablé en voz alta indicándoles que nos estaban siguiendo y que tenían que entrar a la residencia de la congregación conmigo.

Eso fue lo que hice. Los entré hasta los garajes y les mostré por dónde podían escaparse atravesando un bosque tupido que rodeaba la montaña. Los detectives se habían quedado en la calle, a la entrada y no tenían acceso a esa parte de las residencias. Antes pasé por la cocina, les preparé unos sándwiches, metí varias gaseosas en una mochila y les indiqué por dónde salir sin que ninguno de los otros sacerdotes se diera cuenta. Cuando ya estaban saltando la cerca para internarse en la montaña, les alcancé a preguntar:

—¿Y para dónde van a coger?

—Nos vamos para el monte, padre, a combatir —me respondió el que hasta entonces había permanecido en silencio.

—Tengan cuidado.

—No lo olvidaremos nunca, padre. Nos salvó la vida.

—Hasta luego, muchachos.

Y entonces vi cómo se perdían en medio de la noche. Sentí una emoción extraña. Cuántos jóvenes latinoamericanos no estaban haciendo por todo el continente exactamente lo mismo: irse a luchar por unos ideales de justicia social para cambiar el mundo. En este caso, se trataba de seminaristas de la teología de la liberación que habían unido marxismo y cristianismo en una sola doctrina. Lo único que alcancé a hacer cuando ya solo eran un par de siluetas difusas en la oscuridad fue dibujar la señal de la cruz en el aire para bendecirlos y que Dios los iluminara en su camino.

No sabía que protegerlos me traería uno de los más serios problemas de mi vida sacerdotal.

3.

La dirección exacta donde vivía Leticia era: calle 12C n.º 3-50. Había arrendado una habitación al fondo de ese callejón misterioso, en un segundo piso, junto a un patio interno. Era un cuarto pequeño, cuya única ventana hacía parte de la misma puerta de madera que se abría hacia afuera. En esa casa vivían todo tipo de artistas del centro de la ciudad: ceramistas, *hippies* vendedores de manillas y collares, artesanos y pintores de cuadros y de miniaturas. Le gustaba sobre todo el olor de ese cuarto, el olor a madera y a construcción antigua. Había llegado allí con una bolsa de dormir, unos cuantos libros y dos mudas de ropa.

La primera semana había sido durísima. Lo que más le costó fue acostumbrarse a compartir el baño con los inquilinos de las otras habitaciones, y la lavada de la ropa, que era en alberca y a mano. Luego había que colgarla en la propia alcoba para evitar robos y confusiones malintencionadas de los otros artistas.

No tenía un peso, andaba con los bolsillos vacíos siempre. Iba a la biblioteca a pie, vendía sus pinturas caminando por todo el barrio colonial, y en la noche se regresaba a pie. Su comida en las horas de la noche era Pony Malta con un pan de queso familiar. Sus zapatos estaban trajinados y usaba siempre la misma chaqueta descolorida de *hippie* callejera. Se sentía sola, abandonada, huérfana. Era como si la hubieran enviado a un exilio despiadado en un país remoto donde nadie hablaba su lengua ni conocía sus costumbres, entre los bárbaros.

Solía refugiarse en la Luis Ángel Arango y los porteros ya la conocían. Le anunciaban en las horas de la noche que ya iban a cerrar la biblioteca. Pasaba horas y horas allí leyendo. Se cambiaba de mesa, de sillón, de espacios, y se tomó la biblioteca como si fuera una extensión de la casa donde vivía. Luego caminaba apenas tres cuadras y estaba de nuevo en su habitación.

Solo pensaba en que tenía una misión que cumplir, pero aún no sabía con exactitud cuál era ese objetivo hacia el cual tenía que dirigirse. Recorría La

Candelaria de un lado para el otro y se preguntaba de día y de noche si sería capaz o no de salir de sí misma para convertirse en una fuerza poderosa capaz de romper las barreras del tiempo y el espacio. Había leído sobre magos y hechiceras, sobre artistas y poetas que habían logrado vislumbrar otros mundos, que se habían convertido en videntes auténticos, ¿pero tendría ella ese talento, ese poder, esa convicción?

En la pensión entabló amistad con una chiquita llamada Cristina, una niña de apenas dos años y medio. Solía dibujarle caricaturas y se propuso enseñarle a leer y escribir. Era dulce, inteligente, sagaz, con un humor negro que no dejaba de sorprenderla para su corta edad. Quizá esa niña nunca sabría cuánto habían significado para Leticia su cariño y su solidaridad. Pasaban tardes enteras hablando de personajes y libros, leyendo en voz alta, riéndose de tal o cual escena que aparecía en los cuentos infantiles que consultaban en las tediosas tardes de los domingos bogotanos. Ella fue su mejor amiga, su cómplice y su escudo más resistente en contra de la melancolía que por entonces solía agobiarla. No sabía cómo aguantaba tanta soledad, tanto silencio, tanto monólogo interior. Estaba sola consigo misma y lo sabía.

Una tarde, sin embargo, la mamá de Cristina, una artesana joven que solía vender chucherías en los alrededores de la plaza de Bolívar, la invitó a una sesión de espiritismo que se llevaría a cabo al otro lado de la ciudad, al norte, en el barrio Los Alcázares.

—¿Es un grupo fijo? —preguntó Leticia con curiosidad.

—Ellos se reúnen a menudo. Yo voy solo de vez en cuando.

—¿Y qué hacen?

—Estudiamos a Allan Kardec, el padre del espiritismo, y luego nos cogemos de las manos en círculo e intentamos entrar en contacto con espíritus que nos guíen en este mundo por el buen camino.

—¿Y todos son médiums?

—No, a veces los mensajes nos llegan a través de una señora que es la dueña de la casa. Ella escribe en una libreta con una letra abigarrada que no es la suya. O al menos eso es lo que dice.

—¿Y entra en trance y todo?

—Eso parece, pero nunca hemos estado seguros de esos contactos. No cambia de voz ni nada por el estilo. Solo escribe.

—Vamos, chévere.

—Yo creo que tú tienes poderes sanadores. Lo demostraste muy bien el otro

día. De pronto también tienes dotes para médium.

—No creo...

El grupo se reunía en una casa de clase media cerca de la avenida Chile. Las dos llegaron ya casi al final, cuando estaban a punto de cerrar la puerta. A Leticia le dio la impresión de un grupo de la tercera edad. No había ningún joven ni nadie con aspecto de poeta o de ocultista experimentado. Era deprimente.

Se hicieron alrededor de una mesa y la dueña de casa invocó a los espíritus para que se hicieran presentes. Y en ese preciso instante Leticia se dobló, su cuerpo se tensionó de un modo que la hacía parecer hecha de cemento o de concreto armado, su cabellera se abrió en un estallido de bucles negros y sintió que salía de sí misma hacia un paraje colorido donde la estaba esperando un hombre alto que le sonreía con cierta gratitud.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó Leticia a esa entidad.

—Necesito enviarle un mensaje a un amigo mío que está reunido ahí en esa casa contigo.

—¿Es importante?

—Mucho. Es una cuestión de vida o muerte.

—Hablaré entonces en tu nombre.

Y enseguida Leticia sintió que su cuerpo era invadido por la presencia de ese fantasma que habitaba en el éter y que su voz se tomaba su garganta. Le transmitió el mensaje al amigo que estaba casi frente a ella en el círculo de manos entrelazadas, le dijo que debía tener cuidado con su amada, que debía cuidarla y protegerla.

No supo en qué momento regresó del trance y sintió mucho frío, como si estuviera en un invierno muy agreste en medio de una tormenta de nieve. El hombre al que iba dirigido el mensaje se había levantado de la mesa como un loco, se había dirigido hasta la puerta y había salido a la calle sin despedirse de nadie. El resto de los participantes estaban pálidos, demudados.

—Nunca habíamos presenciado algo así —dijo la dueña de la casa—. Qué privilegio estar con una médium tan poderosa.

—Lo siento, tengo que irme —se excusó Leticia y salió también a la calle sin esperar a su amiga, la madre de Cristina, que la había llevado a la reunión.

Caminó por calles húmedas en medio de la noche bogotana, cruzó Chapinero sin darse cuenta y luego subió a la parte oriental del centro de la ciudad. Se preguntaba qué era lo que había sucedido, quién era ese hombre, dónde quedaba ese territorio enigmático al que todos iremos algún día después de morir.

Cuando entró a la casa de La Candelaria, ya estaba allí la madre de Cristina y le dijo, con un respeto que también dejaba entrever cierto temor:

—Tienes mucho poder y lo difícil será hacerte responsable de él.

—No sé qué pasó.

—Entraste rápidamente en trance, sin darnos tiempo para que procesáramos lo que estaba ocurriendo.

—Estoy muy cansada, me voy a dormir.

—Claro, necesitas recuperar energía. Si quieres hablamos después de esto.

—Dile a Cris que la quiero mucho, hasta mañana.

Y subió a su habitación, se recostó en la cama y se quedó dormida vestida, sin sacar la pijama siquiera del armario.

CAPÍTULO VIII

LA BRUJA

1.

Mi trabajo con los desamparados y marginales de la zona de tolerancia atrajo las suspicacias de varios de mis superiores, que creían que yo me sentía atraído por ese tipo de vida. Un par de veces tuve que lidiar con alguna prostituta o algún travesti insinuándose ante mí, o escribiéndome alguna nota, o diciéndome en confesión que su hombre ideal era un sacerdote inalcanzable precisamente por el voto de castidad. Situaciones así que yo sabía manejar sin problemas, pues ni una sola vez reincidí en esa vida pasada mía lujuriosa y tormentosa. Ya había pasado por ahí y no pensaba regresar. No extrañaba nada de ella.

También solía pasar que acudieran a mí como médico y, cuando estaban desnudas ante mí mostrándome todos sus atributos, empezaba la seducción, los movimientos insinuantes y las frases de doble sentido. Pero de inmediato les decía que tentarme de ese modo era un pecado grave, una afrenta y una falta de respeto. Y enseguida se vestían y se excusaban. Así que poco a poco les fui enseñando que era posible amarnos y ayudarnos los unos a los otros sin necesidad de pasar por la posesión y la carne.

Sin embargo, varios de mis superiores no opinaban lo mismo y empezaron a recelar, a preguntar quién me supervisaba. A veces me veía en aprietos porque alguna prostituta o transexual me llamaba en medio de la noche llorando arrepentida, diciéndome que ya no soportaba más esa vida y que necesitaba asesoría espiritual, y la llamada me entraba justo cuando acababa de comer con los directores de la residencia o cuando estábamos orando en comunidad.

Una tarde llegaron a las dependencias franciscanas, a eso de las ocho de la noche, dos detectives, y, ante mis superiores inmediatos, me condujeron a la biblioteca para interrogarme. El que parecía el jefe era un hombre de unos treinta y cinco años, alto, circunspecto, y me dijo con cordialidad pero también con cierta sequedad que demostraba la gravedad de la situación:

—Padre Bautista, ¿atendió usted el 18 de agosto en el hospital a un joven que llegó herido por impacto de revólver?

—Tendría que revisar los archivos para estar seguro de qué persona estamos hablando —dije con tranquilidad de conciencia, pues estaba seguro de no haber cometido ninguna falta.

El ayudante del detective jefe me pasó algunas fotografías en las que se veía a un joven universitario en marchas y mítines políticos. Sí, lo recordaba bien, le habían disparado en una pierna y por fortuna no había sido nada grave.

—Sí, fue un impacto a la altura del muslo y la bala siguió de largo sin lesionar arterias principales.

—Usted lo atendió gratis y no le cobró un solo centavo.

—No tenía seguro médico y no lo podía dejar en urgencias desangrándose.

—Luego lo ayudó a escapar del hospital, ¿no es así?

—Se quería ir para su casa y no vi ningún problema en ello. Estamos cortos de camillas y las necesitamos para pacientes graves. Lo de él se podía curar bien en casa.

—Nosotros llegamos a la media hora y ya usted lo había dado de alta.

—Ya le expliqué por qué. No era una herida grave.

—Él es el enlace de una de las columnas móviles del ELN con los estudiantes de la Universidad Distrital. Tiene orden de captura.

—No tenía ni idea. No tengo por qué estar enterado de algo así, no les pido a mis pacientes su pasado judicial.

—Lo curioso es que lo haya atendido gratis y ayudado a salir del lugar antes de que nosotros llegáramos.

—Suelo atender gratis a mucha gente. Soy un franciscano. Lo de la salida ya se lo expliqué.

El ayudante me pasó varias fotografías de los otros dos jóvenes, los del barrio Santa Fe que habían huido metidos en la cajuela del carro de la congregación.

—¿Conoce a estos dos sujetos?

—Ni idea, nunca los había visto.

—Son de la misma célula guerrillera que el otro sedicioso. Están a cargo del adoctrinamiento de los estudiantes en las universidades. Pero estos tienen una particularidad: son seminaristas.

—Pero no de nuestra congregación, porque nunca los había visto.

—Hace unos días los teníamos rodeados y se nos escaparon. Curiosamente

era sábado y usted estaba en esa misma cuadra oficiando misa con ladrones, traficantes y prostitutas.

—Creo que no nos hemos entendido bien, detective —le dije con cierta brusquedad—. Si hay maleantes y capos libres en la calle, su trabajo es capturarlos. Si no lo hace, significa que no está cumpliendo con sus obligaciones. ¿Verdad? Y eso sí es sospechoso, porque suelen decir que la policía es la institución más corrupta y que recibe dinero sucio por todas partes. Entonces yo le pregunto: si usted sabía que ese día en mi oficio religioso había delincuentes, ¿por qué no los capturó? Y si la prostitución es ahora ilegal, ¿por qué su institución no ha sacado un comunicado público avisándonos a todos?

—Lázaro, por favor —terció uno de mis superiores.

El hombre encajó bien el golpe y siguió sin descomponerse:

—Ese día usted salió del lugar y esos dos seminaristas desaparecieron como por arte de magia.

—Sus hombres me revisaron y me pidieron la documentación. Se las enseñé sin problemas.

—Pero no revisaron su baúl.

—¿Y por eso me va a penalizar a mí, por los errores de sus hombres? ¿No debería sancionarlos entonces a ellos?

—Una de las prostitutas asegura que se fueron escondidos en su auto.

—El problema cuando uno calumnia es que no hay pruebas.

—Esos dos insurgentes están ahora en la guerrilla y son bandoleros que van a matar y a secuestrar a personas honradas.

—Eso significa más trabajo para ustedes —dije con una frialdad agresiva en la voz—. A ver si por fin hacen las cosas bien.

El director principal de la congregación se acercó entonces, le puso la mano en el hombro al detective jefe y los condujo a él y a su subalterno a otra dependencia. A los pocos minutos, entró y me dijo junto a los otros sacerdotes que habían presenciado el interrogatorio:

—A partir de mañana quedan canceladas tus visitas al barrio Santa Fe. Y te vamos a trasladar del hospital. No podemos permitir que te expongas de esa manera.

—Padre, con todo respeto, no es justo.

—Es una orden. Mi deber es protegerte y proteger a la comunidad. Te buscaremos un lugar donde puedas servir a Nuestro Señor sin poner en riesgo tu seguridad y tu vida.

—Sí, señor.

Dos días después me nombraron vicerrector de un colegio y me prohibieron ejercer mi profesión de médico durante un tiempo. Aun así, los otros sacerdotes me consultaban cuando se sentían enfermos y yo los recetaba o les aconsejaba los exámenes pertinentes sin que se enteraran las directivas.

Y en ese colegio me tropecé de nuevo con el rostro multiforme del Maligno.

2.

Después de la sesión de espiritismo, Leticia empezó a investigar declaraciones de personas que habían muerto y que, después de unos cuantos minutos, habían regresado a sus cuerpos. Se sorprendió de la cantidad de testigos, entre ellos muchos médicos y profesionales prestantes. Todos contaban más o menos lo mismo: morían y salían de sus envoltorios físicos para verse desde arriba. Cuando se trataba de procedimientos clínicos, la gran mayoría se quedaba flotando sobre la sala de cirugía y podían escuchar y ver a las enfermeras y los médicos intentando salvarles la vida por todos los medios. Luego viajaban a una interdimensión plácida, agradable, ligera, en la que sentían el alivio de haber abandonado sus cuerpos. Algunos de ellos alcanzaban a verse con parientes ya fallecidos, otros se dirigían directamente hacia una luz bienhechora que los acogía con una dulzura que jamás olvidarían. Los cristianos que eran muy creyentes veían a Jesús y sentían mucha paz, una tranquilidad total que en la vida les había sido negada.

En algún momento sabían que aún no era el momento de morir, que tenían asuntos pendientes en esta Tierra, y entonces, sin mucha convicción, regresaban a sus cuerpos y revivían. Ese proceso de volver a encarnar era doloroso, tenso, desagradable. Lo que habían vislumbrado de ese más allá incorpóreo era mucho más amable que la vida que les esperaba aquí, entre trámites, trabajos, deudas, dolores y pérdidas.

Leticia entonces se preguntó: ¿por eso los antiguos hablaban con sus muertos, les pedían ayudas, se encomendaban a ellos? Lo hacían porque sabían que ellos estaban del otro lado, porque conocían ciertos canales a través de los cuales podían establecer contacto. En muchas tribus primitivas, en civilizaciones tan sofisticadas como la egipcia o la inca, embalsamaban a ciertos cadáveres y continuaban en contacto con ellos a través de rituales y ceremonias que luego

desaparecerían con el tiempo. Lo hacían porque sabían que había una dimensión más allá de eso que nosotros llamamos muerte.

Un día cualquiera, en un anuncio de prensa, Leticia leyó que una psicóloga experta en hipnosis regresiva podía conducir a sus pacientes a recordar vidas pasadas. El consultorio quedaba justo a pocas calles de su casa y decidió pedir una cita y preguntar cuánto costaba una sesión. No tenía nada que perder.

Dos días después estaba sentada en un sillón muy cómodo en una especie de oficina que tenía la doctora Mariana Machado en la calle novena con la carrera segunda. La mujer le había explicado que se trataba sencillamente de ingresar al inconsciente y de allí poder conectarse con esa serie de transmigraciones que el alma ha venido realizando a lo largo de los siglos.

—La muerte no es el final —le explicó con una voz dulce—, sino un tránsito hacia nuestra siguiente prueba.

Le dijo que se relajara, que respirara profundamente, y en algún momento sintió que su cuerpo se desmadejaba. Se vio caminando por unas callejuelas empedradas, vestida de negro, asustada, mirando hacia atrás, por si alguien la estaba persiguiendo.

—¿Dónde estás? —preguntó la doctora.

—No lo sé. Voy hacia la casa de una amiga. Alguien nos persigue. Tengo miedo.

—Entra a la casa de tu amiga e intenta descifrar qué hacen ustedes, quiénes son.

—Hay marmitas, vasijas, plantas maceradas por todas partes y metidas en frascos en forma de aceites. Somos curanderas.

—¿Y la gente no las quiere?

—Sí, mucho. Nos respetan y están agradecidos porque en más de una ocasión les hemos salvado la vida.

—¿Entonces quién las persigue?

—La Iglesia dice que somos peligrosas, que tenemos contacto con el demonio.

—¿Han capturado a otras de sus amigas?

—A todas, solo quedamos las dos. No sabemos como huir del pueblo sin ser descubiertas. Le pagamos un dinero a un aldeano para que nos sacara de noche en su carromato, pero él nos traicionó, nos robó el dinero y nunca apareció.

—Dime qué sucede después.

—Ay, Dios, uno de los vecinos nos delató y llegan por nosotras. Son muchos.

Hay dos sacerdotes y varios soldados.

—¿Las llevan a la cárcel?

—A una fortaleza. Permanecemos en unos calabozos durante varios días a pan y agua. No podemos dormir y las condiciones higiénicas son deplorables.

—¿Son mujeres viejas o jóvenes? ¿Tienen fuerza para aguantar los maltratos?

—Somos de mediana edad. Yo tengo 35 años y me llamo Vanessa Stanley. Vivía en el bosque, pero después de las denuncias y las persecuciones tuve que irme de allí. Quemaron mi casa y destruyeron el invernadero con todas mis plantas. Busqué refugio donde mi amiga, pero de todos modos las autoridades nos encontraron.

—Dime qué ves después...

—Son noches terribles, de hambre, de sed, de mucha ansiedad. Sacan a mi amiga y la torturan con lazos y cadenas. Le ordenan que confiese, que diga que es discípula de Satán. Ella se niega y dice que todos los servicios que ha prestado han sido en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando la regresan al calabozo está destruida, sangrante, adolorida, medio moribunda. Ambas sabemos que no saldremos con vida.

—¿Nadie las ayuda?

—Ya caímos en desgracia. Nuestros antiguos clientes nos niegan y dicen no conocernos. Entre ellos había políticos e incluso dos religiosos. Nadie quiere contacto con nosotras ni que los relacionen con nuestros tratamientos y terapias.

—Creo que es mejor que salgas de allí ya...

—Me sacan después a mí para ir al potro de tormento. No aguantaré, lo sé. Es mi último día sobre la Tierra...

Leticia empezó a respirar agitadamente y se fue quedando sin aire. Un par de lágrimas le rodaban por las mejillas. La doctora Machado le dice entonces, con una fuerte voz de mando:

—Sal de ahí, abandona esa vida también. Vamos a irnos más atrás, lejos de esa fortaleza y esos calabozos...

—Ya escapé, menos mal. Me esperaba un dolor insoportable... No quiero volver a vivir eso nunca más.

—Tranquila, no volveremos a entrar a la vida de Vanessa Stanley jamás. Ahora vete a una existencia mucho más remota, quizá al momento en el cual se originó tu destino, tu karma...

Leticia soltó el cuerpo y la cabeza se le descolgó hacia uno de los costados.

Respiraba por la boca.

—¿Dónde estamos ahora? —le preguntó la doctora.

—En el santuario, en terreno sagrado. Aquí hablan los dioses.

—¿Quién eres tú?

—La elegida, la mensajera.

—Explícame un poco más.

—Los dioses hablan por mi boca, me poseen. Estoy a su servicio, soy su voz, soy el contacto que ellos tienen con los hombres.

—¿Estás en un oráculo?

—Estamos al pie del monte Parnaso. Soy la pitia, mastico hojas de laurel, escucho las preguntas de cada consulta y respondo con la verdad, aunque esta sea dolorosa y cruel. Gases emanan del fondo de las corrientes subterráneas y llegan hasta mí. Los vapores me ayudan a entrar en contacto con mi señor Apolo, mi esposo, mi dios, mi dueño. Y entonces, arrebatada, desgredada, con los ojos desorbitados, proclamo, profetizo, anuncio.

—Eres la pitonisa del oráculo de Delfos.

—Pronostico guerras, hambrunas, sequías, desgracias familiares y amorosas. Soy la voz que tiende un puente entre los seres intangibles y los seres corpóreos. Soy el camino que hermana dos mundos que están muy distantes el uno del otro, y al mismo tiempo muy próximos.

—¿Eres feliz?

—Durante más de una década fui la preferida de mi señor. Vivía en el santuario y siempre respeté las estrictas normas que debía llevar una elegida como yo.

—¿Y qué pasó?

—En el bosque, una tarde, me enamoré de un leñador. Me entregué a él con locura, con desenfreno. Nos amamos entre las flores y las mariposas, nos bañamos desnudos en el cauce de un río, me escapé del santuario y dormí a escondidas en su cabaña sin que los vigilantes lo notaran.

—¿Y entonces?

—Mi señor Apolo no volvió a hablarme, no me dirigió la palabra nunca más. Me expulsaron del templo, me maldijeron, renegaron de mí.

—¿Te casaste con el leñador?

—Él huyó para evitar castigos y apedreamientos. Me quedé sola y huí por el mar hacia territorios lejanos del Levante.

—¿Seguiste otorgando oráculos?

—Me vendieron como esclava y fui comprada por un mercader que siempre me tuvo entre sus preferidas. Los dioses no volvieron a dirigirme la palabra.

—Sal de ahí, abandona esa vida y regresa al presente a la cuenta de tres... ¿Lista?... Empiezas ese largo camino que te conduce a tu vida presente, al cuerpo de Leticia Almanza... Uno, dos, tres...

La doctora chasquea los dedos y Leticia abre los ojos y toma varias bocanadas de aire. Se lleva las manos a la cabeza y siente algunas punzadas en la nuca, como si tuviera alfileres clavados en esa zona.

Leticia se da cuenta de que se hizo de noche y solo quiere irse y regresar a su casa. Se pone de pie y dice con dureza:

—Gracias, doctora. Tengo que irme.

—Tenemos que hablar de esto, Leticia. Nunca había tenido una sesión similar.

—Yo pido una cita después. Hasta luego.

Y se acerca a la puerta en busca de la salida. Cuando está a punto de cruzar el umbral, la doctora Machado alcanza a decirle desde el escritorio:

—Solo una pregunta, Leticia: ¿tú eres virgen?

—Sí, señora.

Y cruza un patio interno y alcanza por fin la puerta que da a la calle. Cuando sale, esa llovizna persistente bogotana le da sobre la cara y la siente como algo refrescante, como si la necesitara para poder llegar de lleno al presente.

3.

Al día siguiente, revisando la escena, no sabes si alucinaste como efecto de los medicamentos o si todo fue real. ¿Una médium habló en nombre de tu amigo, Kalimán? ¿Quién diablos es esa mujer? Ahora que lo piensas en detalle, los asistentes te parecieron todos como funcionarios de clase media, burócratas o pensionados que como no tienen nada que hacer en sus casas se inscriben en cursos de pintura japonesa, meditación o espiritismo, da igual. Lo importante es salir de la casa y no quedarse encerrados el día entero. Excepto ella, que llegó al puro final.

Pero ese tipo de grupo no te cuadra con las prostitutas del centro de la ciudad, curtidas, duras, acostumbradas a la rudeza de la calle. Algo no encaja. Decides volver a la misma casa del día anterior y hacer algunas preguntas. Te abre la mujer de unos cincuenta o cincuenta y cinco años. Te recuerda perfectamente. Te hace seguir, te ofrece una taza de café y te dice, ya sentados ambos en la misma sala donde recuerdas que se llevó a cabo la invocación:

—La primera vez que uno recibe un mensaje del otro lado es muy impactante. A mí me tocó uno de mi marido y no hice sino llorar durante días.

Le dices de frente, con cierta dureza en el tono de la voz, como si estuvieras en un interrogatorio profesional:

—Estoy investigando el asesinato reciente de tres prostitutas. Algunos informantes aseguran que ellas pertenecían a este grupo espiritista. No sé si las recuerde.

—No sé si usted es de la policía, señor...

—Molina, Frank Molina.

—Señor Molina, no tengo ni idea si esta es una visita oficial de tantas que ya nos han hecho. Sabrá usted que los vecinos nos demandan, los ignorantes nos llaman satánicos, el cura del barrio nos excomulgó y no hemos hecho sino sufrir persecución a diestra y siniestra.

—Solo estamos investigando, nada más. Cualquier dato nos puede ayudar a hallar al asesino y salvar vidas inocentes.

—Lo que nos faltaba es que ahora digan que esto es un burdel y que estamos recibiendo clientes clandestinamente.

—Solo dígame si venían o no, si me puede decir algo sobre estas mujeres. Eso es todo.

—Es posible, señor Molina, que alguna vez vinieran a pedir información o a curiosear, como tanta otra gente. No lo sé. Lo que sí le puedo asegurar es que no hacían parte de nuestro grupo base.

—Eso era todo. No quiero importunarlos. Gracias por el café.

Te levantas y pones la taza vacía sobre una mesita.

—Pensé que quería que habláramos sobre lo que pasó anoche —te dice la mujer entrecerrando los ojos, agudizando la mirada—. Me parece que el mensaje para usted fue muy claro y que no tuvo dudas de la seriedad de nuestra práctica. Y quiero aclararle algo: la joven médium de ayer nunca había asistido a nuestras reuniones. Era su primera vez, así que no hay duda de la autenticidad del contacto.

—Fue muy impactante, lo reconozco. Pero ahora no tengo tiempo para este tipo de disquisiciones y debo ayudar a encontrar al asesino.

—Debería ser más cuidadoso y sensible al comunicado de su amigo. Tenga cuidado. Él habló a través de esa joven y parecía una advertencia.

—Lo haré, muchas gracias.

Sales del lugar con una sensación de desilusión de ti mismo que te agobia de mala manera. ¿Cómo es posible que no desees volver a entablar conversación con el viejo Kalimán, tu hermano y cómplice? ¿Cómo no pertenecer a este grupo de marcianos que están tendiendo puentes con el otro lado de la realidad? Pero así es, eres peor de lo que te imaginabas, un tipo cerrado y terco que no desea reunirse con nadie ni crear vínculos de ninguna clase. A la mierda con estos espiritistas de pacotilla.

Durante los días siguientes empiezas a rastrear a familiares de las víctimas, amigos cercanos, conocidos. Una tarde, otra prostituta de la zona te conduce a una cafetería pequeña y te dice en voz baja, como si tuviera miedo de ser escuchada:

—Ellas eran seguidoras todas de un culto nuevo. Se hacen llamar Las Hijas de la Noche.

—¿Solo mujeres?

—Son reclutadas por una mujer que se llama Mamá Larisa. Es un lugar a donde vamos a abortar cuando cometemos un error y quedamos preñadas de algún cliente. Ella también cura otras enfermedades. Las clínicas valen mucho dinero y a veces nos dicen que no porque ya tienen fichados nuestros nombres debido a tres o cuatro abortos anteriores. En este oficio la vida se impone, aunque uno la intente detener por todos los medios.

—¿Pero eso es un culto a qué o a quién?

—Son brujas, Molina, mujeres que creen en poderes sobrenaturales. No sé nada más.

—¿Dónde vive esa mujer?

—Al sur de la ciudad, en una casa retirada rodeada de plantas. Ya le paso la dirección, la tengo anotada en una tarjeta. No me vaya a nombrar, por favor. Si llegan a enterarse de que yo le conté esto, luego tomarán retaliaciones contra mí.

—No se preocupe, no diré una sola palabra.

La mujer saca una billetera que lleva escondida entre la ropa y te dicta una dirección que tú memorizas sin tomar nota. Luego te da la mano y se escurre por entre la calle hasta desaparecer en una de las residencias cercanas.

Ese mismo día llegas a Usme, en los límites de la ciudad, y das con la dirección a pocas calles de la iglesia del antiguo pueblo. Es un caserón colonial al que se nota que le faltan unas cuantas reparaciones para recuperar su antigua dignidad. La madera está carcomida por la humedad, las paredes desteñidas dan testimonio de años sin pintar y varias tejas rotas que se ven desde la calle indican que la casa debe tener más de una gotera inundando las distintas dependencias de la edificación. No hay timbre y golpeas la puerta de madera varias veces sin recibir respuesta. Al fin escuchas una voz que dice desde el interior:

—Ya voyyyyyy...

A los pocos segundos, abre una mujer anciana con unos ojos grises que te recuerdan la mirada de un lobo siberiano. Es de mediana estatura, corpulenta y se nota que está acostumbrada a la soledad, a ser autosuficiente y libre.

—¿Mamá Larisa? —preguntas sintiéndote ridículo con tu forma de pronunciar ese nombre.

La mujer te mira de arriba abajo, te mide, te sopesa, y sientes cómo calibra cada centímetro de tu vida.

—Según. ¿Quién pregunta?

—Frank Molina, investigador privado.

—¿Tienen alguna orden de cateo o de detención contra mí?

Le explicas entonces la situación y le dices que te tiene sin cuidado sus líos con la policía, los abortos clandestinos y sus otras fuentes de ingresos. Lo único que deseas es saber por qué están asesinando a esas mujeres, quién está detrás de los crímenes. Solo quieres ayudar e impedir que maten a la siguiente.

—Siga —te dice, abriendo la puerta aún más.

Ingresas en ese caserón en el que captas de inmediato el olor a moho, a humedad, a plantas reposando tranquilamente en las sombras de la oscuridad de los rincones. Por todas partes hay enredaderas y tallos que giran, se tuercen y se mezclan con otros conformando figuras imposibles de descifrar a primera vista. Ella te conduce hasta el jardín interior, donde una antigua fuente de piedra yace escondida entre matorrales y hojas de helechos gigantes. Toda la casa está invadida por las plantas y escasamente se puede caminar entre ellas.

—¿Cree usted en lo sobrenatural, señor Molina? —te pregunta ella mientras cruzan el patio y llegan hasta una especie de invernadero.

—Hace poco estuve en una sesión espiritista y un amigo muerto me envió un mensaje a través de una médium.

—¿Ha visto usted alguna vez a una legión de adoradores de la Serpiente?

Evocas en un segundo aquella vez en que te fugaste de la clínica psiquiátrica siguiendo a unos supuestos reptilianos por las alcantarillas. Nunca supiste si aquellas escenas habían sido verdad o si todo lo había creado tu imaginación afectada por los medicamentos y los antipsicóticos.

—¿Cómo sabe usted eso? —dices, mientras la observas podando las plantas, desyerbándolas y removiéndoles un poco la tierra.

—Sé mucho más de lo que se imagina. Por ejemplo, usted lleva la marca de Caín: los que viven aquí y en otra dimensión al mismo tiempo, los que están malditos, condenados a dividirse hasta el punto de enloquecerse.

—¿Sabe eso solo mirándome una vez?

—No tuve que mirarlo. Desde ayer supe que usted vendría y que me interrogaría. Pero no es un enemigo, eso también lo sé.

—Cada vez dudo más de qué es la realidad.

—Quedarse en la realidad establecida es conformarse con muy poco.

—¿Estas mujeres eran sus discípulas, por llamarlas de alguna manera?

—Antes de responderle a sus preguntas quiero saber si cree usted en el demonio, señor Molina, en el mal con mayúscula, en una fuerza oscura que nos atraviesa y nos domina. ¿Ha sentido usted esa energía, la ha visto alguna vez?

—En este oficio uno tiene la impresión muchas veces de que el mundo está

invadido por potencias oscuras, sí.

—Ese es el meollo de todo esto, señor Molina. Y hay que tener muy claro de qué bando está uno, a dónde pertenece. Porque, a diferencia de otras instancias de la vida, aquí no hay grises ni puntos medios.

—Espero estar del lado de la luz.

—Eso está por verse, señor Molina, eso está por verse. Venga, acompáñeme, por favor...

Atraviesan el patio de regreso y luego giran a la derecha, hacia una especie de casita pequeña de madera en la que parecería que se guardan los abonos, las tijeras de jardinería y otras herramientas similares. También hay frascos con menjurjes, semillas, mezclas y extractos de distintas plantas.

Entonces Mamá Larisa te mira a los ojos como auscultándote allá, muy adentro, y te dice con esa voz profunda que parece provenir de una catacumba sombría:

—Porque a veces servimos al Demonio sin darnos cuenta.

CAPÍTULO IX

LA PRESENCIA

1.

La experiencia de hipnosis regresiva donde la doctora Machado le dejó a Leticia una sensación de desamparo que no supo cómo procesar después. Se sintió sola, abandonada, huérfana, como si llevara años cruzando un desierto sin llegar a ninguna parte. La pregunta final de esa consulta no le pasó desapercibida. La doctora le había preguntado si era virgen y ella había respondido con la verdad, que sí. Ese detalle, que hasta entonces le había parecido irrelevante, insignificante, ahora cobraba una relevancia muy distinta. Aunque era una joven atractiva, sensual e inteligente, su actitud retirada y silenciosa la convertía en una muchacha que alejaba a los hombres aun antes de que ellos intentaran un acercamiento. El sexo le parecía algo grotesco, con ciertos toques de animalidad que le recordaban a los perros, los caballos y los gatos en sus cruces por alcanzar una cría. Nunca había deseado a nadie, ni hombre ni mujer. Irse a la cama implicaba una intimidad exagerada que le provocaba náuseas. ¿Desnudarse, tocarse, ser penetrada? No sabía por qué, pero la sola idea le daba mareo y ganas de vomitar.

Las otras personas, además, estaban llenas de inmundicias en la boca, restos de comida, saliva acumulada durante horas, jugos gástricos de los flujos y los reflujos, virus, bacterias y contaminación ambiental. Solo besar a alguien implicaba entrar en contacto con un sinnúmero de gérmenes que la podían conducir a una influenza (fiebre, amigdalitis, mocos) o a algo mucho peor: un herpes o una hepatitis.

Sin embargo, no se le pasaba por alto que quizá su fastidio a las relaciones sentimentales y sexuales se debía a esa vida pasada suya remota y distante. La virginidad la conectaba con un estado privilegiado, mágico, que desaparecería de inmediato si llegaba a entregarse en el plano sexual. No sabía por qué, pero le

temía a ese tránsito que la convertiría en una más, en una mujer enamorada y dependiente que quedaría de allí en adelante atrapada en el presente.

Eso no significaba que no añorara un poco de compañía: un amigo o amiga con quien pudiera contar en un momento de dificultad, alguien con quien pudiera tomarse un café o sencillamente salir a caminar. Era duro sentirse excluida, al margen, como si se tratara de un animal peligroso o enfermo. ¿Por qué no tenía derecho a un abrazo, a dormir acompañada, a visitar una exposición de la mano de una amiga o un amigo? Aunque si ese era el precio que tenía que pagar por acceder a una realidad más amplia y compleja, estaba dispuesta a pagarlo, no había duda de ello.

En la primera visión que había tenido, la doctora Machado la había conducido a una vida junto a otra mujer que también había sido denunciada por hechicería. Y a lo largo de los días, Leticia entró en trance varias veces para intentar descubrir dónde se encontraba esa antigua amiga. Y todo le indicaba que estaban muy cerca la una de la otra, que seguramente había reencarnado en alguien que no se encontraba en otro país ni en otro continente.

Las visiones le mostraban una casa retirada en las afueras de Bogotá, una mujer mucho mayor que ella, un jardín exuberante atiborrado de plantas medicinales y una soledad tan difícil de llevar como la suya. Por eso durante días enteros se dedicó a caminar por el sur de la ciudad, a cruzar barrios y comunas marginales en busca de esa casa. Pero no lograba dar con ella. Fueron largas jornadas en busca de ese pasado que todavía existía aquí y ahora, que se había actualizado de una manera que no podía explicar todavía de un modo razonable y convincente.

Una tarde, en un periódico amarillista que anunciaban en la calle, vio la fotografía del hombre que había salido corriendo en la sesión de hipnosis, el individuo al que había intentado transmitirle ese mensaje desde el más allá que hablaba de cuidar y proteger a una mujer que estaba corriendo peligro. Lo vio de perfil, en una foto tomada con rapidez, sin buen ángulo. El artículo hablaba de unas trabajadoras sexuales asesinadas en el centro de la ciudad y de un asesino en serie que no daba tregua y que estaba aterrorizando no solo a la población femenina, sino también a los clientes que solían frecuentar la zona de tolerancia. El dueño de uno de estos negocios le decía al periodista en el reportaje que los ingresos habían disminuido cerca de un cincuenta por ciento debido a los crímenes. La gente no quería ser investigada ni aparecer después implicada en una investigación de ese estilo.

Esa noche hizo sus ejercicios y procuró concentrarse aún más en esa mujer que debía encontrar y que sería su salvación, su compañera de ruta, la cómplice que tanto estaba necesitando. Lo más seguro es que ella también recordara más allá de esta existencia esa vida pasada en la que ambas habían perecido en las mismas circunstancias. Entonces, por entre las visiones de esa casa en las afueras y de ese frondoso jardín, alcanzó a reconocer las montañas de Bo gotá, las colinas de Usme y sus cercanías.

Al día siguiente se dirigió a esta localidad y, muy cerca de la plaza de lo que había sido antes un pueblito y ahora era un barrio más devorado por las fauces de una ciudad que crecía sin control, reconoció la casa de sus visiones. Allí estaba, idéntica a como ella la había avistado en sus sueños y alucinaciones. No obstante, no se sintió capaz de golpear a la puerta y de presentarse así, de sopetón, diciendo quién sabe qué disparates. Por eso se acercó a una tienda y prefirió antes tomarse un refresco y conversar con los vecinos.

Se hizo en una mesita que daba a la calle y pidió un jugo en botella. La dueña del local, una anciana pequeña y enjuta, le sacó de la nevera el frasco elegido y se lo llevó hasta la mesa. Entonces Leticia aprovechó para decirle, mientras señalaba hacia la construcción colonial que estaba del otro lado de la calle:

—Tengo una amiga que tal vez esté viviendo en esa casa, pero no estoy segura.

—Mire, hija, si está preñada y no desea tener ese bebé, ese es el lugar —le dijo la abuela con una franqueza que la desconcertó.

—¿Cómo dice?

—Aquí vienen muchas mujeres a sacarse esos bebés que no desean traer al mundo.

—¿Es una casa de abortos?

—¿Trabaja para la policía?

—No, cómo se le ocurre. ¿Tengo cara de eso?

—Entonces no le dé más vueltas al asunto y vaya y golpee. Un niño traído aquí sin amor no tiene mucho sentido. Para qué más ladrones y delincuentes. Es mejor evitarles esa vida miserable que les espera.

—Mi amiga es experta en plantas.

—De eso hace mucho, niña. Ella empezó recetándonos, pero eso no da plata. Le pagábamos con lo que podíamos. En cambio, el negocio de los abortos deja una fortuna. Todo el mundo dice que ahora es millonaria.

—No creo que a ella le atraiga el dinero.

—A quién no le gusta la plata...

—Ella es diferente.

—Dicen que las farmacéuticas, las que hacen las cremas y las lociones para la piel, compran los fetos y las placentas por peso a muy buen precio.

—Mi amiga no es esa clase de persona.

—Entonces esa no es su amiga, mi niña, porque esa vieja está tapada en plata y ya es dueña no solo de la casa, sino que le está comprando a los vecinos también.

La anciana se retiró a atender a otro cliente que acababa de entrar a la tienda. Leticia se quedó un buen rato observando la casa y no se atrevió a tocar a la puerta. Se dijo que regresaría otro día. Pagó el jugo, le dio las gracias a la abuela por la información y se marchó.

En la noche, Leticia se concentró en un libro que había pedido prestado en la biblioteca Luis Ángel Arango: *El conocimiento silencioso*, de Carlos Castañeda. Llevaba ya varios libros leídos de este autor y le parecía que en los consejos de Don Juan, el chamán protagonista de esas historias, había un camino, una especie de indicación para llegar a entender que la realidad no era algo fijo ni estático, sino todo lo contrario: un cúmulo de fuerzas plegables que estaba en perpetuo movimiento. Anotó en su cuaderno un par de citas de este autor:

Para el hombre racional es inconcebible que exista un punto invisible en donde se encaja la percepción. Y más inconcebible es que ese punto no esté en el cerebro, como se podría suponer si llegara a aceptar la idea de su existencia. El hombre racional, en su abismal ignorancia, ignora por ejemplo que la brujería no es una cuestión de encantamientos y abracadabras, sino que es sobre la libertad de percibir no sólo el mundo que se nos da por sentado, sino todo lo que es posible...

No hay brujería, no hay el mal, ni el demonio. Sólo existe la percepción... La posición actual del punto de encaje es lo que hace que el hombre moderno sea un egocéntrico homicida, un ser totalmente atrapado en su propia imagen. Habiendo perdido toda esperanza de volver al conocimiento silencioso, el hombre busca consuelo en su yo individual. Y al hacerlo consigue fijar su punto de encaje en el lugar más conveniente para perpetuar su imagen...

Leticia subrayó la expresión «punto de encaje», que hacía alusión al ángulo desde el cual se paraba el sujeto para percibir, para articular la compleja sintaxis de eso que se llama la realidad. Por experiencia propia, ella ya sabía que la gente prefería un ángulo estrecho, mínimo, desde el cual pudiera trabajar, casarse, hacer una familia y morir tranquila sin mayores preguntas ni preocupaciones. Pero ese, por supuesto, no era su caso. Ya había vislumbrado el otro lado y, aunque quisiera echarse para atrás, no había retorno.

2.

Las instalaciones del colegio quedaban en pleno corazón de la ciudad. Los estudiantes pertenecían a una clase media trabajadora sin grandes pretensiones. Eran hijos de operarios de fábricas o de pequeños comerciantes que anhelaban darles la mejor educación posible. Cuando los muchachos salían de clases, había algo lánguido y melancólico en esos corredores vacíos y en esos salones de arquitectura colonial con arcos de madera y techos elevados. Me dije que si el Señor me había enviado a ese lugar, por algo sería. Mi destino tendría que manifestarse tarde o temprano. Lo único importante era tener paciencia y sostener mi fe a toda costa.

Y no bien cumplí los tres meses cuando uno de los jóvenes de bachillerato, un adolescente de unos quince años, empezó a mostrar comportamientos curiosos, fuera de lo común, como quedarse sin hablar sentado en un rincón de los baños y no entrar a clase. O dormirse en plena clase sin despertarse fácilmente. Parecía como si estuviera muy agotado, como si estuviera cumpliendo con unas obligaciones en su casa que no le daban tiempo suficiente para dormir y descansar.

Una semana después no volvió a clases y en la casa solo me dijeron que tenía una excusa médica porque tenía hepatitis. Pero, como soy médico, ese diagnóstico no me cuadraba con lo que yo había visto en el colegio. Además, pero esto no se lo podía comentar a nadie, el día que me encontré al joven sentado entre los inodoros me di cuenta de que estaba atormentado por esas fuerzas que yo había sentido desde mi juventud. Algo no andaba bien en el plano psíquico y espiritual. Así que la excusa de la hepatitis me pareció que en realidad estaba escondiendo algo peor. Y decidí presentarme un buen día en la casa del muchacho. Al fin y al cabo, si me habían nombrado vicerrector era justamente para proteger a los estudiantes, para estar pendiente de ellos y que tuvieran las mejores condiciones posibles para rendir en sus estudios.

Apenas me acerqué a la casa del joven, sentí ese aire siniestro y pesado que ya conocía por mis experiencias anteriores. Una atmósfera lúgubre y enferma lo agobiaba a uno desde la puerta, desde el instante justo en que tocaba el timbre, como si estuviera a punto de cruzar un umbral peligroso e indeseable. La madre del muchacho me recibió atacada en llanto, despeinada, con ojeras, y se notaba que no había podido dormir a lo largo de varios días. Comprendí enseguida que algo macabro estaba sucediendo en esa casa y que ese algo no deseaba que yo, bajo mi investidura de sacerdote, me acercara y ayudara.

—Gracias por venir, padre —me dijo entre sollozos, y me invitó a entrar.

El olor era inconfundible. Parecía como si alguna cañería se hubiera descompuesto, como si hubiera una fuga de aguas negras en algún lugar de la casa. Un aire espeso se respiraba en el interior de esa vivienda humilde.

—Sé que Antonio debe estar enfermo —dije con prudencia—, y me gustaría saber cómo sigue.

—Usted sabe bien que él no tiene hepatitis, padre. No encontramos otra forma de reservarle el cupo en el colegio sin llamar la atención.

—Dígame qué le pasa.

—Desde hace unos dos meses él viene siendo atacado por algo que no sabemos qué es. No lo deja dormir, lo visita por las noches y luego de día él intenta descansar y no puede. Sueña que lo matan, que le hacen daño, pesadillas atroces que lo persiguen incluso durante el día. Me dice que a veces se sueña él siendo el asesino y descuartizando a otros.

—¿Consultaron a un psiquiatra?

—Sí, padre. Lo medicaron, pero los ataques continuaron. Dejó de bañarse, dejó de hablar con nosotros y empezamos entonces a escuchar voces en su cuarto, palabras en lenguajes que nosotros desconocemos. Son voces que hablan a través de él, pero yo sé que no es él. Conozco muy bien a mi hijo.

—¿Y qué dice el psiquiatra?

—Que son brotes de una esquizofrenia incipiente, pero eso no es verdad, padre. Como se habrá dado cuenta, el olor de la casa ha cambiado y respiramos todo el día como si estuviéramos en medio de un pantano. Lo que está dentro de mi hijo es una entidad espiritual maligna, yo lo sé. Mi marido nos abandonó hace años y él solo me tiene a mí. Por eso no sabe cómo le agradezco su presencia aquí. Lo que estamos necesitando es un sacerdote.

—No estoy aquí oficialmente como sacerdote. Mis superiores no tienen ni idea de esta visita. Vengo en calidad de vicerrector del colegio.

—Suba, padre, por favor, mírelo usted mismo y dígame si lo que está allá arriba es de este mundo.

La señora me condujo hasta unas escaleras empinadas y en la medida en que nos íbamos acercando el olor era aún peor. Una mujer de edad estaba custodiando la puerta del cuarto donde estaba el joven. Tenía un rosario en la mano y rezaba en un susurro apenas audible.

—Es mi mamá, que vive con nosotros y es mi única ayuda en este momento —dijo la mujer, mientras abría la puerta.

El joven estaba en una cama doble acostado con los ojos cerrados y daba la impresión de que venía haciendo sus necesidades ahí mismo, sin ir hasta el baño, durante varios días seguidos. El olor a letrina era tan fuerte que daban arcadas y era necesario respirar por la boca para no vomitarse.

—Lo baño todos los días, trapeo el piso, abro las ventanas y quemó incienso, pero ese olor no se va con nada —explicó la mujer, dándose la bendición.

En ese momento el joven abrió los ojos y era aterrador verlo como un animal observando en la oscuridad. Se sonrió emitiendo un sonido gutural y dijo con una voz ahogada, como si las cuerdas vocales estuvieran atrofiadas:

—Padre, me alegra volver a saludarlo...

Entendí perfectamente que no me estaba saludando el alumno del colegio, sino la presencia maligna que se había llevado a mi amigo Mateo Sánchez bajo una sobredosis de somníferos, a mi condiscípulo y socio Marcel Oquendo cuando se ahorcó en la cárcel, y al padre de Ignacio Casas aquella noche fatídica en que decidió hipnotizarse para dejar un mensaje de qué había del otro lado de la muerte. Esa presencia que está analizada en el famoso *Libro de los demonios*, cuyo original había visto yo en Cachemira y que el mismo Jesús tuvo que enfrentar durante los cuarenta días en el desierto. Las fuerzas oscuras que estaban dentro del hombre de las Sagradas Escrituras y que luego habían encarnado en unos cerdos que se lanzan al abismo en el famoso relato de Marcos, capítulo cinco, versículo nueve.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté con vehemencia.

La risa se extendió por toda la casa y nos dejó helados, con la piel de gallina. Una voz que parecía hacer eco en la habitación me dijo entre estertores, como si el cuerpo del joven no estuviera aguantando muy bien la presión de esa invasión malsana:

—¿Construyendo un hombre con miembros robados a personas sanas? ¿Qué es eso, padre Bautista? ¿Abandonando a su amigo a la madrugada? ¿Dejando al

otro a que lo devoraran en la cárcel? ¿Destruyendo moralmente a aquella joven hasta liquidarla? ¿Y ahora resulta que usted es un santo? No, padre, usted es de los nuestros. Está camuflado, eso es todo...

En ese momento, el joven empezó a convulsionar, a ahogarse, como si se acabara de atragantar con algo que le impedía respirar. La madre y la abuela se abalanzaron sobre él para darle agua y ayudarlo a sentarse con unas almohadas puestas en la espalda. Consideré oportuno retirarme y bajé las escaleras descompuesto, demudado, sabiendo que la entidad que estaba allí dentro venía de los confines de lo real, de esa zona de misterio de la que no sabemos prácticamente nada.

A los pocos minutos la madre del estudiante bajó las escaleras y me preguntó abiertamente:

—¿Quién está allá arriba, padre?

—No lo sé, pero tiene usted razón: no se trata de una enfermedad mental, ni de un trastorno psiquiátrico.

—¿Me va a ayudar, padre?

—Hoy mismo hablo con los superiores de la comunidad y les explico la situación. Yo no puedo hacer nada sin su autorización.

—No nos dejen solos, padre, por favor. Temo por la vida de mi hijo.

—Mañana mismo recibirá noticias nuestras.

—Gracias, padre.

Cuando salí no pude evitarlo y tuve que detenerme en un parque cercano para poder vomitar. No había comido nada pesado aquel día, pero tenía el estómago revuelto y la cabeza me daba vueltas. Luego tomé largas bocanadas de aire para recuperarme.

En las horas de la noche, el padre director me increpó furioso:

—¿Por qué no se puede mantener a raya de los problemas, padre Bautista? ¿Qué tenía que ir a hacer a esa casa? Nadie lo había llamado.

—Envíe a alguien, por favor, padre director. Así puede confirmar que lo que yo le digo es verdad.

—¿Sabe usted la cantidad de veces que el Vaticano nos ha advertido sobre este tipo de cosas? Los exorcistas son ahora espectáculos de feria y *shows* de pésimo gusto de iglesias de garaje.

—Ese joven está corriendo peligro. Por favor.

—Le ruego que se quede en el colegio quieto, padre Bautista, sin crear más problemas. Mañana nosotros llamaremos a la madre.

—Alguien tiene que ir, padre, no le podemos negar la ayuda espiritual que está solicitando.

—Usted encárguese de los asuntos del colegio y deje eso en nuestras manos.

—Sí, señor.

Supe que les habían recomendado a la madre y a la abuela que sacaran al joven de la ciudad, que lo llevaran al campo, donde se olvidara de lo sucedido, respirara aire puro y pudiera hacer ejercicio. Un consejo absurdo y ridículo, como si se tratara de un alto ejecutivo que estuviera estresado.

Al mes recibí una llamada al colegio y la secretaria me dijo que era urgente.

—Soy la madre del joven al que usted no quiso ayudar ni proteger, padre.

—No tuve autorización de mis superiores, lo siento.

—Mi hijo se lanzó desde un puente a un río hace tres días y desapareció. No pudimos hacer un entierro siquiera porque no fue posible hallar su cadáver.

—No sabe cuánto lo lamento —dije agarrándome la cabeza con la mano que tenía libre.

—Recuerdo que esa tarde la voz le dijo a usted que tenía varios muertos en su espalda. Ahora tiene que sumar a esa lista el nombre de mi hijo.

—Lo siento tanto —dije con la voz convertida en un susurro.

—Yo lo siento más, créame. Era mi único hijo. Espero que pueda vivir con esa culpa dentro de usted. Adiós, padre.

Y me tiró el teléfono.

Esa noche les comuniqué a los superiores de la comunidad lo que había sucedido y ni se inmutaron siquiera. Recuerdo perfectamente las palabras del padre director:

—Adolescentes se suicidan todos los días en todos los países del mundo. No es nuestra responsabilidad.

3.

Mamá Larisa te indica un asiento de madera que está escondido entre la hojarasca y tú le obedeces. Ella se queda de pie trabajando en sus mezclas y pasando de un frasco a otro semillas, hojas maceradas y aceites que alcanzas a divisar vagamente.

—El mal no es lo que creemos como tal, señor Molina, es algo mucho más complejo y está escondido entre las apariencias, difuminado, oculto. De ese modo puede actuar con mayor eficacia.

—¿A dónde quiere llegar con todo esto? —le preguntas, sintiendo mareo y queriendo regresar a tu casa cuanto antes. Empieza a cansarte el diálogo con esa anciana que puede estar medio loca después de años de encierro y soledad.

—No se afane, señor Molina, es preciso que antes de responderle a todas sus preguntas usted entienda de qué lado está.

—Ya le dije que no hago parte de la policía. Soy un investigador privado.

—Cuando le pregunté por el mal, usted me dijo que lo ha visto algunas veces en su trabajo.

—Sabe a qué me refiero: criminales, pederastas, gente atravesada por el odio y las ganas de hacer daño.

—El mal no solo está allí, señor Molina. Usted ve solo lo que quiere ver.

—Eso no lo voy a discutir.

—Voy a contarle una historia, señor Molina. Hace muchos años hubo un grupo de mujeres que se dio cuenta de esto, de que el mal se había puesto una máscara para engañarnos a todos. Una máscara masculina. E intentó desenmascarar al Maligno, demostrar que la unión con la naturaleza mágica del universo es un secreto que guardamos con celo nosotras, las mujeres. Los hombres, y lo siento si se siente aludido, señor Molina, son planos, simples, demasiado evidentes. Piensan en sexo, en dinero, en poder. Lo único que les interesa son tres o cuatro conceptos. Y el universo es muchísimo más extenso y

complicado que eso. Las mujeres, en cambio, somos más retorcidas, más sinuosas, y por eso podemos abarcar esa complejidad. En la historia que le venía contando, señor Molina, el Tenebroso se dio cuenta del peligro que representaba ese puñado de mujeres y decidió no correr riesgos y exterminarlas con prontitud, sin darles tiempo para que se expandieran y tuvieran el poder suficiente como para defenderse. Las atacó, justamente, de tener vínculos con Él, creó un ardid, una treta, y las cosas le salieron bastante bien. Las empezó a perseguir, las capturó, las encarceló, las torturó, las quemó y las ahorcó como le vino en gana. Así aniquiló la posibilidad de un poder femenino. Y se afianzó y se convirtió en un tirano sin precedentes en la historia de la humanidad.

—Las brujas y la Inquisición, claro —dices como ido, como si estuvieras viendo en una pantalla lo que Mamá Larisa va diciendo.

—De esta manera se exterminó la ternura femenina, la dulzura, las sacerdotisas, las madres tutelares —continúa hablando la anciana como si estuviera en un monólogo, ensimismada—. El mundo quedó bajo el gobierno del Oscuro y nadie sospechó nada, nadie receló ni investigó sobre la artimaña de la que todos habían sido víctimas. Ese poder se incrementó gracias a la riqueza exagerada, la fastuosidad y la corrupción. Y todo fue un festín de inmundicia, de crueldad y de horror. El hombre pisoteó al hombre, lo humilló, lo escupió, lo esclavizó, lo sodomizó, lo prostituyó y se enriqueció gracias a su explotación. A esto se llama capitalismo, señor Molina. Yo sé que usted es un hombre culto y que entiende de qué le estoy hablando. Destrozamos el planeta entero, asesinamos a nuestras hermanas las aves, a nuestros hermanos los peces, a nuestros gemelos los mamíferos. Convertimos la Tierra en un basurero y dejamos el aire pintado de negro, de *smog*. El Siniestro logró apoderarse del planeta entero y cada uno de sus lacayos le sirvió de apoyo, fue su cómplice y su compinche. Armó guerras, bombardeó ciudades enteras, masacró poblaciones completas y convirtió un paraíso verde y florido en un infierno atiborrado de latas de gaseosa y plásticos que no son biodegradables. Y nadie se dio cuenta, nadie se quejó, nadie se indignó por ello.

—En este esquema estoy del otro lado —confiesas, sintiendo que tu depresión va en aumento.

—Todos estamos ya del otro lado, señor Molina, todos somos los sirvientes de esta fuerza inmundicia y corrosiva que todo lo contamina a su paso. Sin embargo, hay focos de resistencia, pequeños grupos de personas que deciden no hacer parte de este proyecto de caos globalizado. Una pequeña porción de la

sabiduría de este pequeño grupo de mujeres ha llegado hasta nosotros y nos permite escapar de la locura y la barbarie general.

—A eso se dedica usted aquí...

—Entre los horrores del Inmundo está el aumento de la lascivia que lanza a los hombres como animales sobre las mujeres para reproducirse de una manera desenfrenada. Y el templo del cuerpo femenino es vilipendiado y tratado como un depósito seminal. Es la degradación de lo divino, de lo puro, de lo sagrado, hasta el punto de convertirlo en otro objeto más para echar al basurero. Nunca la auténtica Divinidad había sufrido tanta vejación, señor Molina.

—Ya entiendo. Por eso usted las ayuda aquí a abortar, porque encima de ser prostituidas luego quedan embarazadas para seguir trayendo al mundo generaciones enteras de miserables y muertos de hambre.

—Ya empieza a ver, señor Molina, a comprender. Es el yugo impuesto por los varones para aniquilar los antiguos y sacros poderes de la feminidad universal. La creación es femenina, el caos es masculino.

—Esas mujeres fueron traídas aquí para ser iniciadas en estos misterios y buscar la salvación.

—Vinieron aquí por sus propios medios, nadie las obligó.

—Seguramente vinieron a abortar y usted les habló, las instruyó, las empezó a reclutar para armar un grupo de sacerdotisas que logren heredarla cuando usted ya no esté, cuando se vaya para siempre.

—La última que mataron, por ejemplo, llegó aquí con cinco meses de embarazo. No sé si usted está familiarizado con estos temas, señor Molina, pero a esas alturas ya hay feto como tal, con miembros definidos. Es una criatura viva que está en el líquido amniótico luchando por su vida. Tuvimos que romperle los huesitos para poderlo sacar. Es un trabajo difícil, sangriento, que deja en ellas profundas secuelas de por vida. Es entonces cuando yo les propongo que en lugar de seguir engendrando a nivel material se dediquen a la procreación espiritual. Hay modos, formas, pasos a seguir hasta convertirse en una matriz de lo inefable.

Mamá Larisa recoge las últimas semillas en un frasco y dice con una mano levantada, como si estuviera enunciando una sentencia que debe ser copiada para las generaciones venideras:

—Eran mis hijas espirituales, señor Molina, y recuerde usted que el espíritu es mucho más noble y sublime que la materia.

Entonces, por entre los laberintos de tu mente intoxicada de antidepresivos y

antipsicóticos, alcanzas a darte cuenta de que aquí hay un error grave de apreciación: Jack no está matando prostitutas, sino brujas. Se trata de un combate en otro plano, a otro nivel.

La anciana te conduce hasta una parte del jardín donde hay plantas diversas cuidadas de manera especial, con unos plásticos encima para regular la temperatura. En un rincón hay incluso arena, como si se hubiera construido un desierto en miniatura. Te dice de una manera didáctica, informativa:

—Peyote, uno de los portales más rápidos para llegar al inframundo. Y en este lado *Lophophora williamsii*, la famosa amapola, que cura la tristeza y la ansiedad, que nos conduce ante el espejo, donde podemos ver nuestro verdadero rostro. Las plantas son nuestras amigas, nuestras protectoras, nuestros verdaderos ángeles guardianes en nuestro paso por este mundo.

—No sé mucho de botánica, la verdad...

—¿No tiene plantas en su casa, señor Molina?

—No tengo tiempo para regarlas y cuidarlas. Escasamente puedo conmigo.

—Hace mal, señor Molina. Ellas no solo lo acompañan, sino que le hacen bien, lo sanan mientras usted duerme. Todos los medicamentos que usted toma lo único que hacen es envenenarlo y empeorarle aún más su salud.

—¿Cómo sabe que tomo medicinas?

—Su pupila dilatada, sus ojos rojos y resecos, el color de sus manos. Le dan droga psiquiátrica convencidos de que le hacen un bien. Lo que están haciendo en realidad es matarlo lentamente. Usted aquí se curaría en pocas semanas.

La anciana pasa las manos por algunas de las plantas y las acaricia con ternura, como despidiéndose, como si les estuviera dando las buenas noches mientras te dice a ti con cierto orgullo contenido en el tono de su voz:

—¿Sí las ve sanas, esplendorosas, creciendo con fuerza y seguridad? Es el abono que uso, señor Molina. No son químicos ni pesticidas. Eso contamina el planeta. Son abonos naturales.

No sabes de dónde empiezan a aparecer varios gatos que se van acercando poco a poco a la anciana, que los llama por sus propios nombres:

—Abraxas, Anubis, Ariel...

Unos son pardos, los otros amarillos y luego empiezan a acercarse unos gatos negros enormes con los ojos verdes encendidos. Cuentas más de diez. Se le acercan a la vieja, la acarician, la lamén, ronronean.

—Le decía que mis plantas están alimentadas de manera natural. Yo no tengo aquí una clínica clandestina, señor Molina, como asegura tanta gente inoficiosa.

Esos antros de miseria venden después los fetos, las células madre, los cigotos recién extraídos. Grandes compañías pagan fortunas por esos abortos para después hacer sus cremas y sus productos de belleza. Eso sí es inmoral y puerco. Aquí no, señor Molina, aquí la vida engendra vida. Aquí lo que nuestros cuerpos han creado regresa a la tierra para alimentarla y ayudar a otros seres que nos necesitan. Es un ciclo femenino de vitalidad y resurrección.

Entonces te das cuenta de que has cometido otro error imperdonable. Creías que estabas recorriendo un jardín. No. Estás caminando por un cementerio.

CAPÍTULO X

SÚCUBOS

1.

Había en el colegio otro joven atravesado por fuerzas oscuras que detecté desde los primeros días. Se llamaba Frank Molina. Era agudo, inteligente hasta niveles que dejaban asombrados a todos los profesores, pero perverso, maligno, incisivo. Le gustaban los debates en clase porque hacía polvo a cualquiera que se le enfrentara. Sus trabajos eran siempre asombrosos porque elegía puntos de vista únicos, que solo a él se le ocurrían. Ocupaba el primer puesto de lejos y sus compañeros no lo admiraban, sino que le temían. Desde la primera vez que lo vi, supe que tendría un destino terrible, que fuerzas temibles lo rondaban. Y no me equivoqué.

El problema de Frank estalló un día cualquiera, de buenas a primeras. Un grupo de adolescentes mayores que él, cansados de su soberbia y de su humor negro que los ponía en ridículo frente a los demás, decidieron darle una paliza para bajarle los humos. No se imaginaron lo que iba a suceder. Los primeros golpes lo dejaron en el suelo, sin respiración, apaleado, pero apenas empezó a mostrar signos de recuperación se transformó en un animal, en una bestia que lanzaba golpes, patadas y que rugía como un león herido. Entre los del grupo estaba, justamente, el estudiante que luego sufriría las posesiones y que finalmente se lanzó a un río en Girardot y desapareció. En un momento de descuido, Frank se le abalanzó y lo mordió arrancándole el lóbulo de la oreja. Fue tan brutal el ataque que los demás se hicieron a un lado llenos de temor. Frank escupió el pedazo de carne al piso y siguió lanzando puñetazos intentando herir a sus contrincantes.

Bajé desde el segundo piso y alcancé a frenar el caos que se presentaba en el patio del colegio. Varios de los estudiantes de los otros grados habían hecho un corrillo y alentaban a Frank para que siguiera contraatacando a sus agresores. Disolví la escena y mandé a todos los alumnos de inmediato a sus aulas de clase

amenazándolos con sanciones severas e incluso expulsión si no obedecían con prontitud. Todos se retiraron en cuestión de segundos.

Llamamos una ambulancia y yo mismo trasladé al joven herido y a Frank al hospital. Aunque recogimos el pedazo del lóbulo de la oreja del estudiante, dijeron que no podían regresarlo a su lugar y coserlo porque se corría el riesgo de una infección grave. En consecuencia, el joven quedó a partir de ese día con una oreja completa y la otra amputada, cercenada por el mordisco de Frank. A partir de ese momento lo apodaron pocillo y se convirtió en el hazmerreír de todo el colegio. También le decían tacita, le tomaban el pelo, lo empujaban y empezó a ser víctima de matoneo permanente. A las pocas semanas enfermó y se transformó en ese monstruo que presencié aquella tarde en su propia casa. Luego me enteré, por la llamada que me hizo su madre y por los rumores que corrían por todo el colegio, de que había muerto ahogado en el río Magdalena, cerca de Girardot.

Frank nunca se recuperó de ese ataque de furia. Durante varios días continuó salido de control y tuvieron que medicarlo. Recuerdo que su padre, que se sentía muy orgulloso de él, me visitó un día en mi oficina del colegio. Era un individuo amable, gentil, de ademanes educados y actitud reservada. Me dijo con una profunda amargura:

—No entiendo qué fue lo que le sucedió a mi hijo.

—Nosotros tampoco, señor Molina.

—Nunca había mostrado antecedentes de este estilo.

—Yo llegué al colegio hace poco, pero desde el primer momento Frank me pareció un muchacho brillante y no habíamos tenido ningún inconveniente con él.

—Según entiendo, usted es médico, padre.

—Así es, aunque no estoy ejerciendo ya.

—Quería pedirle su opinión al respecto.

—No soy psiquiatra, señor Molina, y no estoy al tanto de los exámenes que le han hecho en estos días.

—Mi familia está devastada, como se podrá imaginar.

—Entiendo la situación, por supuesto.

—El psiquiatra que ha estado a cargo dice que Frank es maníaco depresivo y que a partir de ahora debe medicarse de por vida. Como es una enfermedad incurable, las crisis regresarán una y otra vez.

—No se conoce una cura para esa enfermedad, en efecto. La mayoría de los

pacientes debe tomar litio, que es un regulador emocional.

—No puedo resignarme a ese diagnóstico. Me niego a creer que mi hijo no tiene salvación.

—Puede pedir otra opinión, está en su derecho. Yo le prometo que desde el colegio haremos todo lo posible para que Frank continúe sus estudios normalmente. Esto no tiene por qué afectar su vida académica.

—Gracias, padre —dijo el hombre con la cabeza gacha y la espalda encorvada. Parecía como si le acabaran de caer encima veinte años más.

Nos despedimos y me quedé solo en mi oficina. Recuerdo que tuve la impresión de que esas fuerzas continuaban rondándome, que no me dejaban, que seguían teniéndome en la mira. Por algún lado, tarde o temprano me atacarían hasta acorralarme y vencerme.

Desde entonces me acerqué aún más a Frank y decidí protegerlo, aconsejarlo y otorgarle la asesoría espiritual que necesitara. Los otros compañeros de curso le empezaron a tener miedo y nunca se le acercaban ni le hacían bromas. Departían con él de lejos, sin intimar mucho, como quien entra a un zoológico y ve a los tigres del otro lado de un foso protector.

Frank se graduó con honores, luego estudió periodismo y siempre mantuve contacto con él. Como investigador de la sección de judiciales de un prestigioso diario capitalino era venenoso, destructor, y atacaba sin piedad a sus víctimas. Luego, de un momento a otro, escribía unos artículos tristes, sin esperanza, como si en el país no hubiera nada que hacer con respecto a la corrupción y la delincuencia de cuello blanco. Las fases maníacas y las depresivas eran fáciles de detectar para los que conocíamos su vida privada. Su columna se llamaba «Desde Ciudad Gótica», y en realidad, cuando uno terminaba de leerlo, tenía la sensación de que vivía en un antro lleno de maldad gobernado por villanos de la peor calaña.

Algún día estalló un escándalo porque le descubrieron en la oficina del periódico varias botellas de alcohol escondidas en su escritorio, más una cajetilla completa de cigarrillos de marihuana. Su expulsión fue inmediata y sus enemigos salieron enseguida a atacarlo y a decir que un individuo de esas características morales no tenía derecho a opinar ni a juzgar la conducta de los demás. El pobre Frank ni siquiera tuvo un espacio para defenderse.

Al poco tiempo me enteré de que estaba trabajando como investigador privado y resolvió varios casos de corrupción que obtuvieron cierta resonancia en los medios de comunicación. Por esos años nos vimos poco, pero de vez en

cuando pasaba por la parroquia de San Judas Tadeo, que era ahora donde tenía mi feligresía, y se desahogaba de sus penas conmigo. Seguía siendo mi hijo espiritual y yo jamás he renegado de esa adopción. Lo quiero de verdad porque, de alguna manera incomprensible, lo considero mi igual, mi hermano de tormento.

Hasta que hace unos días abrí el periódico y lo vi en una foto al lado de varios policías investigando el caso de un asesino serial que está matando prostitutas en el centro de la ciudad. Y de nuevo tuve la intuición de que entidades negras lo rondan, lo vigilan y lo atacarán muy pronto. Esta vez, sospecho, Frank no tendrá cómo escapar. Estamos al final de algo, como si el guión de una película de terror estuviera a punto de entrar en su cierre dramático. Y obviamente me hago una pregunta: ¿seré yo también un objetivo en este ataque? ¿También vienen por mí?

El otro día apareció una joven a confesarse y me dijo algo muy inquietante, en un tono que jamás había escuchado yo antes, como si me estuviera transmitiendo un mensaje proveniente de entidades superiores:

—Lo están rondando, padre, lo buscan, lo acorralan. Tenga cuidado. Es mejor que busque refugio. Hable con los sacerdotes más viejos de su congregación. Intente blindarse para que no lo destruyan.

Señor, Señor, no permitas que la Serpiente se enrosque en el cuello de tus hijos bienamados y los estrangule hasta quitarles el aliento.

2.

Mientras piensas en todos esos fetos enterrados como abonos de estas plantas que florecen con una fuerza bestial, descomunal, sientes un escalofrío que te baja por la espalda y te hace temblar. De un momento a otro, Mamá Larisa te entrega un vaso de madera con un líquido verdoso en su interior.

—Beba, señor Molina, es clorofila. Le sentará muy bien, lo reconfortará.

Dudas por unos segundos, pero después te das cuenta de que estás tan deprimido que no es posible empeorar más esta situación. Si es un veneno, bienvenido sea, y te tomas el brebaje sin siquiera preguntar cuál es la mezcla de plantas que te acaban de dar. Su sabor es amargo pero refrescante, agradable al paladar. Mientras le regresas el vaso, le preguntas a bocajarro:

—¿Quién cree usted que está matando a sus pupilas?

—Si lo supiera ya lo habría denunciado, señor Molina, créame. De lo que sí estamos seguras es de su filiación: es un hijo varón del poder hegemónico y falocéntrico que intenta no solo doblegarnos, sino anularnos y desaparecernos.

—¿La Iglesia católica?

—La Iglesia es más que la Iglesia, señor Molina. El Macabro ya ha extendido sus dominios mucho más allá. En todas las instancias del poder puede ver usted sus cuernos sobresaliendo detrás de sus directivos, de sus ejecutivos, de sus presidentes. Todos odian la vida y aman la guerra, el poder, el vasallaje, la confrontación. Las mujeres somos diferentes, señor Molina. Aguantamos el mundo de los hombres porque no tenemos otra opción, porque no nos podemos mudar a otro planeta. Pero nuestra manera de relacionarnos no es esa, la del dominio y el sometimiento. No nos interesan las posesiones, sino que la energía cósmica sea celebrada en nuestros encuentros con los otros. Por eso, para cumplir con todos sus planes, tienen que acabar con nosotras.

—Bueno, muchas gracias por su tiempo, Mamá Larisa. Ha sido muy revelador hablar con usted. Debo volver a casa antes de que se haga de noche.

—Fue todo un gusto. Solo quiero que me prometa algo.

—Si puedo, será todo un gusto.

—Los espíritus le hablaron hace poco...

—¿Cómo sabe usted eso? ¿Está en contacto también con los espiritistas?

—Todos estamos buscando una salida a este horror que nos cerca por todas partes, señor Molina. Lo importante es que usted siga en contacto con los espíritus, que los escuche y que acate sus instrucciones. Hágame caso.

—No sé si vuelva por allá, no estoy seguro...

—Cuídese mucho, señor Molina. También a usted lo están acechando.

Los gatos empiezan una retirada extraña, como si acabaran de recibir una orden que no alcanzaste a escuchar. Entonces te das cuenta de que no estás en tus cabales, que sientes mareo, que el jardín te parece más amplio de lo que percibiste al comienzo, más agreste. Te apoyas en una columna y respiras profundo. No sabes si de nuevo los medicamentos te han intoxicado hasta el punto de generarte una crisis. Quizá lo mejor sea llamar a tu médico, a Bernardo, e internarte para que te examinen.

Te das la vuelta para pedirle a la anciana un vaso con agua y no la ves por ninguna parte. Ha desaparecido. ¿Se fue para que pudieras salir a tu antojo? ¿Dónde queda la salida? Caminas unos cuantos pasos y solo encuentras más plantas, más tallos, más flores que parecen sonreírse de tu torpeza, de tu incapacidad para caminar con soltura, bien erguido. Pareces un anciano decrepito al que le acaban de quitar su bastón, un enfermo de la espalda que anda encorvado buscando dónde apoyarse para poder desplazarse. Manoteas en el aire, quitas hojas, buscas la salida, respiras con dificultad. Estás en un laberinto. Has caído en la trampa.

Entonces ves que a lo lejos hay una sombra, una especie de joven que cruza uno de los extremos del jardín. La llamas con angustia y al escuchar tu voz te das cuenta de que ese no eres tú, que suenas más suave, más melódico que de costumbre:

—¡Heyyyy, señorita, por favor, no encuentro la salida! No sé dónde queda la puerta.

Caminas unos cuantos pasos hacia esa figura que parece desdibujarse en la distancia. Las palpitations de tu corazón están aceleradas, salidas de control. Das vueltas sin saber hacia dónde dirigirte. Arriba el cielo empieza a ponerse plomizo, grisáceo, y unos nubarrones dejan caer las primeras gotas de un nuevo

aguacero. Te dices: maldita ciudad, maldita oscuridad, maldito frío de mierda que nos mantiene congelados en el tiempo.

Te tocan la espalda y te das la vuelta sobresaltado, agitado, a punto de perder el sentido. Es la joven que viste hace unos segundos. Lleva el cabello negro recogido en una trenza larga de la que cuelgan pétalos de flores.

—Gracias, menos mal que la encuentro. ¿Podría acompañarme hasta la salida, por favor?

Te das cuenta de que la joven está vestida solo con una tela transparente. Tiene los senos muy pequeños: dos botones con los pezones erguidos que sobresalen por encima de la túnica. Los ojos son muy negros y los labios están húmedos, como si acabara de mojarlos en un vaso de agua. Luego percibes que no es así, que no es algo acuoso lo que está en la boca de la joven, sino acaramelado, como si hubiera probado una cucharada de miel.

—Mamá Larisa se fue y no sé por dónde salir.

Arriba, en el cielo, el destello de un primer relámpago cruza el firmamento e ilumina el rostro de esta muchacha preciosa que ahora te sonríe mostrándote sus dientes perfectos. Suena el primer trueno y tú empiezas a sentir una atracción desmedida hacia esta adolescente que te agarra de la mano con una dulzura exquisita.

—Ven conmigo —te dice en un tono que te da la impresión de que ella no habla, sino que te está dando una orden cantando.

—¿Me mostrarás la salida?

—Sí, te mostraré cómo salir.

Caminas hasta un corredor y ella te conduce hasta un salón donde ves en los muros imágenes de vírgenes de diferentes tipos y estilos. Hay veladoras por todas partes y el olor a madera te indica que estás dentro del caserón, quizá en una de sus salas principales. Todo está en penumbra mientras afuera el aguacero arrecia y empiezan a sonar las gotas al chocar contra las tejas de barro. La joven se planta frente a ti y te sonríe con picardía, con maldad. Notas que las luces de las veladoras permiten ver a través de la tela del vestido y tus ojos se quedan inmóviles en la sombra de su sexo, en sus piernas perfectamente torneadas, en esos senos pequeños que parecen estar esperando que tus manos los aprieten con ternura.

No puedes más. Sientes una erección plena debajo del pantalón y la sonrisa de esta niña perversa te doblega, te subyuga, te domina por completo.

—No quiero hacer esto —balbuceas con auténtico temor, con miedo de lo

que estás a punto de cometer.

—Sí, sí quieres —te dice ella susurrándote al oído, casi besándote el lóbulo de la oreja.

—Por favor —gimes como si estuvieras pidiendo clemencia en medio de un ritual en el que está en juego tu vida.

—Dale, hazme lo que quieras —te dice ella besándote el cuello y dejándote en la piel la textura melosa que tenía en sus labios.

Te lanzas sobre ella como un animal, sin medir, sin calcular. Le arrancas el vestido y le besas los senos, bajas hasta ese sexo delicado, exquisito, y lo lames con cuidado, chupándolo, extrayendo de él todos sus jugos. Ella se dobla y queda sobre una mesa expuesta por completo a tus deseos. Cuando ya la sientes bien húmeda, empapada, te desabrochas el pantalón y pones tu miembro a la entrada de esos otros labios que están abultados, rojos, a punto de estallar. Te excita pensar que es muy estrecha debido a su juventud y que seguramente sentirá el dolor de la penetración. Así es, apenas ingresas en esa gruta que chorrea un líquido blanco por los muslos y que te deja el pene cubierto de algo que te recuerda la espuma del mar al llegar a la playa, justo en el instante en el que la haces tuya con toda la fuerza de que eres capaz, ella se dobla, gime de placer y se agarra a ti como si estuviera a punto de caerse en un precipicio y tú fueras su única esperanza. Hundes tu miembro y lo sacas, la agarras del pelo, la besas en la boca, la succionas, te alimentas de ella entre jadeos y estertores de gozo.

—Mi amor, mi vida —dice ella en un susurro apenas audible.

Tú la atacas con mayor ferocidad aún, le separas bien las piernas para hundírselo hasta el fondo, para dilatarla hasta el límite. Quieres marcarla, que no te vaya a olvidar nunca en su vida, que lleve para siempre el recuerdo de tu cuerpo entre sus piernas. Ella empieza a temblar, a estremecerse, a convulsionar ligeramente de la cadera para abajo. Piensas: se está viniendo toda, son orgasmos en cadena, es mía, es mi mujer. Entonces no aguantas más y sientes que el semen está listo para ser expulsado, que las oleadas de placer son incontrollables. Y estallas como una fuente, expulsas esa lava hirviendo que se quedará en el interior de esa jovencita para siempre, que la acompañará hasta el día de su muerte.

Caes de rodillas y ruedas por el suelo. Ella queda sobre la mesa recostada, con las piernas abiertas, con su cabellera revuelta, con su piel acariciada por la luz de esas veladoras que le dan al lugar un aire sagrado, como de recinto

religioso. Cierras los ojos y sientes miedo y fascinación al mismo tiempo. Nunca habías sido tan feliz, nunca te habías sentido tan pleno, como inundado por unos poderes divinos. Pero también el espanto está dentro de ti y te dices que has sido utilizado para una ceremonia que aún no comprendes, que todo esto lo ha tramado Mamá Larisa, la bruja, la hechicera, la sacerdotisa de un culto misterioso en las afueras de Ciudad Gótica.

3.

Una noche, a las tres de la mañana, Leticia se levantó angustiada, tensa, sudando a chorros, y se dio cuenta de que su cuerpo seguía durmiendo en la cama. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo era posible que ella se viera a sí misma ahí, en la cama, durmiendo plácidamente? Era como si acabara de ingresar en una realidad paralela incorpórea, aérea, gaseosa y tuviera total libertad de desplazarse al lugar que deseara.

A continuación, vio una iglesia y a un sacerdote que pasaba días y días atormentado por unas presencias que no lo dejaban en paz. Una voz susurró en el aire de esa dimensión desconocida:

—Los arcontes.

Leticia vio cómo esos seres que parecían provenir de un universo paralelo lo perseguían, lo asediaban y le impedían estar en paz consigo mismo. Era como si se hubieran propuesto rondarlo hasta disminuirlo y después destruirlo de manera definitiva. Y supo, sin que nadie se lo dijera o insinuara, que ese sacerdote estaba relacionado con el hombre del mensaje en la sesión espiritista. No sabía si era un pariente o si sencillamente eran amigos, pero tenía claro que debía advertirle también a ese religioso que tuviera cuidado, que lo estaban rondando para hacerle daño y perderlo.

Luego regresó a su cuerpo y siguió durmiendo hasta la mañana siguiente. Cuando se levantó buscó la parroquia en una guía y se dirigió hacia allá en un bus que tomó en la estación de Las Aguas. Al llegar, le preguntó a la encargada de la casa cural si podía hablar a solas con el sacerdote. Ella le dijo, acostumbrada seguramente a ese tipo de solicitudes:

—¿Con el padre Bautista?

—Sí, señora, el mismo —respondió Leticia con humildad.

—¿Quieres confesarte con él?

—Si fuera posible.

—Espérame aquí, ya le pregunto.

A los pocos minutos hizo seguir a Leticia hasta el confesionario y ella sintió el momento en el que el padre se sentaba al otro lado, se encomendaba, repetía las oraciones pertinentes y corría la pequeña ventanita de madera.

—Dime, hija, cuéntame tus pecados y recuerda que si estás verdaderamente arrepentida Dios buscará la forma de perdonarte y de ayudarte a enmendar lo sucedido.

—No se trata de mí, padre. He venido a decirle que tenga cuidado, que se cuide.

—¿Es una amenaza?

—Cómo se le ocurre, padre. Estoy hablando en el plano espiritual.

—Te recuerdo que estás en confesión. Estamos hablando de ti, no de mí.

—En una visión presencié a esos seres que lo rondan, que lo persiguen desde sus años de juventud y que no lo dejan en paz. No descansarán hasta acabar con usted.

—¿Qué haces tú?

—Pinto, padre, soy artista.

—¿Y tienes visiones?

—Fue como un desdoblamiento. Salí de mi cuerpo y pude ver cómo sufría usted por esas presencias que están adheridas a su espíritu. Lo están rondando, padre, lo buscan, lo acorralan. Tenga cuidado. Es mejor que busque refugio. Hable con los sacerdotes más viejos de su congregación. Intente blindarse para que no lo destruyan.

—¿Y alguien envió un mensaje para mí?

—Solo escuché una voz que decía los arcontes.

—¿Sabes qué son los arcontes?

—No, señor.

—Los nombran en los manuscritos del mar Muerto y son como parásitos psico-espirituales que atormentan a los hombres, que no los dejan realizarse ni progresar.

—Ellos están detrás de usted y no descansarán hasta destruirlo. Por favor tenga cuidado.

—Gracias, hija, ya veremos. ¿No quieres aprovechar para confesarte?

—No soy creyente, padre. Perdí la fe hace muchos años.

—Cuando quieras recuperarla, ven y conversamos. Gracias por venir hasta aquí. Ahora, si me excusas, estoy muy ocupado.

—Que Dios lo acompañe, padre —dijo Leticia a manera de despedida y salió de la iglesia sin mirar hacia atrás. No quería tener que tropezarse cara a cara con el sacerdote.

Luego de esa entrevista, Leticia consultó en la biblioteca la mención a los arcontes. En efecto, como le había dicho el padre Bautista, los nombraban en códices muy antiguos que encontraron en unas cuevas en Egipto en 1945. La historia no dejó de parecerle curiosa y le era familiar, aunque estaba segura de que no había leído nunca nada al respecto.

Hacía alusión a que al comienzo Dios creó a un hombre y a una primera mujer, Lilith, ambos en igualdad de condiciones. Pero Lilith no se entendió con Adán, no logró acomodarse a ese rol de esposa abnegada que se esperaba de ella, de madre progenitora y de compañera fiel que debía acoplarse a todo tipo de sufrimientos. Si habían sido creados en igualdad de condiciones, ella no pensaba asumir el rol de una subalterna solo por el hecho de pertenecer a otro género. Y decidió fugarse de ese destino miserable que le había sido encomendado. Huyó de ese paraíso primordial y se instaló en el mar Rojo, donde muchos demonios habitaban ya desde ese entonces. Allí entabló relación con ellos y empezó a engendrar en otro plano, en una dimensión distinta de la física. Mientras tanto, para solucionar el problema, de una costilla de Adán, Dios decidió crearle entonces otra compañera: Eva. Con ella serían expulsados juntos y saldrían a recorrer el mundo.

Lilith se quedó entonces multiplicando a esta legión de demonios que suelen atormentar a los hombres. Como dato curioso, Leticia leyó algunos artículos que hablaban de cómo, en la historia de todos los hombres, esta primera mujer fantasmagórica es la que los conduce a la masturbación, a un primer acto sexual con ella antes de poder entregarse a las mujeres físicas que los amarán posteriormente. Y Lilith engendra a otros demonios femeninos, sus hijas, que funcionan como súcubos que también atacan a los hombres y los conducen a cometer actos deleznable y oscuros.

Leticia leyó unas palabras del famoso escritor Primo Levi que hacían referencia a esta misteriosa mujer inicial:

A ella le gusta mucho el semen del hombre, y anda siempre al acecho de ver a dónde ha podido caer (generalmente en las sábanas). Todo el semen que no acaba en el único lugar consentido, es decir, dentro de la matriz de la esposa, es suyo: todo el semen que ha desperdiciado el

hombre a lo largo de su vida, ya sea en sueños, o por vicio o adulterio. Te harás una idea de lo mucho que recibe: por eso está siempre preñada y no hace más que parir.

Por esos días la llamó la doctora Machado y le dijo que pasara por el consultorio a hablar con ella. Leticia llegó en los últimos minutos del atardecer, cuando el cielo estaba a medio camino entre unas nubes rojizas y la primera oscuridad que se empezaba a tomar el firmamento.

—Gracias por venir —le dijo la doctora, con una sonrisa diplomática—. Menos mal que tenía tus datos anotados en mi agenda. Sé que no quieres volver a saber nada de esas vidas pasadas que surgieron durante nuestra sesión.

—Esto es algo muy privado para mí —le respondió Leticia con amabilidad.

—Te entiendo, por supuesto. Estás en todo tu derecho. Te llamé solo por una razón, Leticia, y es la siguiente: a lo largo de mi vida jamás había conectado con algo tan profundo e intenso como lo que surgió durante la sesión contigo. Esto es diferente, de otro nivel. Es otra categoría.

—Es mi vida, doctora, y le ruego que lo dejemos así. No quiero saber más al respecto.

—El problema es que te puedes quedar en esta existencia sin comprender nada, a medio camino, a media marcha, sin encontrar las claves para solucionar el enigma.

—Esa es mi responsabilidad, no la suya —le dijo Leticia de manera tajante.

La doctora se relajó, sirvió dos aguas aromáticas en dos tazas de porcelana rústica y regresó a su sillón. Leticia agradeció el calor del líquido entrando a su cuerpo y el sabor de la hierbabuena acariciándole el paladar. La doctora Machado continuó hablando:

—Alguna vez me hice una regresión con mi maestro en esto, el doctor Albarracín. Y me quedé girando durante varias sesiones alrededor de una de mis vidas más intensas y traumáticas. Fui un médico cercano a la Iglesia que solía visitar a los presidiarios y brindarles una asistencia mínima...

—Esos son sus asuntos, doctora —la interrumpió Leticia—. No quiero saber nada de ellos. Como veo las cosas, es muy fácil: usted se hace cargo de su pasado y yo del mío.

—Te equivocas, pues en esta vida nos hemos encontrado porque no hemos podido solucionar un karma que viene de esa vida en la que tú eras una

hechicera y yo era el médico que la iglesia llamó para asistirte antes de conducirte a la hoguera.

—¿Cómo?

—Yo te visité en tu celda para que confesaras, para que te retractaras y aceptaras un nuevo bautismo. Y tú te negaste a ello.

—Usted era parte de los enemigos.

—No, Leticia, entiéndeme, por favor. Yo solo quería ayudarte, salvarte la vida. Te cuidé en la medida en que pude, te vendé las heridas, te di de beber agua limpia y pura que lograba entrar a la cárcel gracias a mi condición y a mis contactos.

—Las heridas que me infligían sus amigotes.

—También aprendí de ti. Me diste consejos sobre ciertas plantas, sobre cómo macerar y extraer aceites que luego hacían milagros en los pacientes.

—Y ahora la atormenta ese pasado suyo tan feo y grotesco.

—Ahora quiero salvarte, ya que en ese momento no pude hacerlo. Eras muy testaruda y te negaste a seguir mis indicaciones.

—Morí en mi ley, creyendo en las fuerzas del bosque.

—Te pasaron por el potro de tormento, te dejaron ciega y cuando te condujeron a la hoguera te amordazaron porque les dio miedo lo que tú podías decir antes de morir.

—No quiero saber más. De aquí en adelante intentaré solucionar mi vida lo mejor que pueda.

—Solo una pregunta más: ¿has estado ya en la cárcel?

—Sí, por una equivocación.

—La rueda del tiempo es en espiral, Leticia, se repite de un modo incomprensible para la mayoría de los humanos. Y si no resuelves esto ya, tu anterior destino volverá a ti y te perseguirá hasta esta vida que tienes ahora.

—Estoy dispuesta a pagar el precio, no me importa. Así como lo hice en su momento. Gracias por el agua aromática, doctora.

Leticia se levantó, puso la taza sobre el escritorio y buscó la puerta de salida. Antes de cruzar el umbral, alcanzó a escuchar que la mujer le decía:

—Terminarás encerrada y cuando llegue ese momento ya no podré echarte una mano ni auxiliarte...

CAPÍTULO XI

ESA FUERZA SINIESTRA

1.

Durante años he llevado una carpeta con todos los eventos que considero relevantes a nivel de la maldad. Es una especie de archivo que he venido recopilando en el cual es posible detallar la miserable condición humana. Pero más allá de esos crímenes o de esas abominaciones contra la naturaleza, está el halo, el aura de algo muy oscuro que se esconde detrás de las apariencias. En la medida en que avanzan los tiempos, siento que esa fuerza siniestra va ganando la batalla y los hechos así lo confirman. Nos estamos quedando solos, a la deriva, y daría la impresión de que Dios nos ha abandonado a nuestra suerte, que no parece ser muy buena.

En esta carpeta demoníaca tengo artículos sobre asesinatos, violaciones, secuestros, niños amarrados en sótanos de casas durante años o suicidios de personas que se lanzaron desde puentes o que terminaron ahorcándose en bodegas o trastiendas. Esas fueron mis intuiciones iniciales. La maldad contemplada cara a cara sin contemplaciones. El horror de frente, sin bajar la mirada.

Sin embargo, poco a poco, empecé a percibir que la gran masa está atravesada de igual manera por las mismas fuerzas. No se rebelan, no dicen nada, no se pronuncian, no se indignan. Es como si una multitud de zombis estuviera hipnotizada, aletargada o drogada. Entonces comencé a recortar fotografías y artículos de la gente del común: la señora de la tienda, el reportaje sobre el cajero de banco, sobre el taxista o sobre el nuevo empresario exitoso. Y alrededor de todos ellos, sin excepción, vislumbré esa atmósfera negra y dañina, ese aire pestífero que parece estar extendiéndose a gran velocidad por todos los países y todas las sociedades de nuestro tiempo.

El problema del mal es que siempre lo imaginamos allá, afuera, como si nosotros no tuviéramos nada que ver con él. El mal es una categoría que nos

gusta analizar en los otros. ¿Por qué? Porque nos da terror enfrentar la dosis de maldad (muchacha, por lo general) que llevamos dentro.

¿Quién de nosotros se ha rebelado, quién de nosotros ha dicho «no más», quién ha salido a la calle y se ha pronunciado en contra de toda esta farsa, de este montaje perverso y enfermizo? Nadie.

El mal no está allá, afuera. El mal es mi vecino, el mal soy yo, el mal somos todos. Nuestro grado de complicidad es tan alto que no podemos lavarnos las manos. Por eso en mi carpeta empecé a coleccionar fotografías de la gente del común, de personas que en apariencia no habían hecho nada malo. Falso. Son ellos la estructura base de la inmundicia, los cimientos sobre los cuales se edificó este infierno.

Y me sucedió algo curioso: empecé a ver con otros ojos a los perdidos, a los fracasados, a los yonquis, a los vagos que se quedan en los parques horrorizados ante la posibilidad de ser ellos mismos. En los bajos fondos y en aquellos que se autodestruyen con una determinación radical, sentí que había un rayo de luz, de pureza, de sinceridad. Al menos no se parecían a esa masa amorfa y sádica que no dice nada ante el dolor del mundo. No, ellos sufrían, y lo demostraban haciéndose daño, hundiéndose hasta niveles delirantes y muchas veces hasta encontrar la muerte.

Por ejemplo, un recorte de prensa sobre el suicidio del actor Philip Seymour Hoffman lo tengo aparte, en una sección donde dice: Ángeles Caídos. En las últimas semanas no he podido quitarme de encima la imagen de este artista encerrado en su apartamento bebiendo hasta el amanecer, metiendo benzodiazepinas y anfetaminas, y chutándose heroína y cocaína hasta dejarse el brazo morado e inflamado. La policía encontró junto al cuerpo unos diarios que el actor llevaba en los últimos tiempos, en los cuales confesaba que había vuelto a ser visitado por demonios interiores que creía ya desaparecidos. Y junto a los diarios, varios libros de Truman Capote, el escritor que él había encarnado magistralmente. Qué imagen: las drogas, la jeringuilla, los diarios, los libros de Capote... Un laberinto del que no supo cómo salir, una trampa, una emboscada que lo condujo hasta la muerte.

Pero hay algo honesto y limpio en ese dolor, en ese sufrimiento de no encajar, de vivir en un mundo que no tiene nada que ver con uno. Hay algo sano en sentir que se está metido en un estercolero. Lo enfermizo es lo contrario: seguir como si nada, hacer planes, casarse, tener hijos, querer triunfar. Hay una alta dosis de insensibilidad en la gran masa anónima.

Es por eso que me he rodeado de seres destruidos moralmente, de individuos atormentados, de travestis y transexuales, de prostitutas, de expresidarios. Los demás feligreses recelan de mí, me consideran un sacerdote raro, sospechoso, que quizá esconde una segunda vida llena de vicios y placeres prohibidos. No me importa. Que digan lo que quieran, al fin y al cabo la verdad es que yo tampoco me siento cómodo entre ellos, rebaño de borregos que nos están conduciendo al abismo. Cada día estamos unas horas más cerca del cadalso.

Y me pregunto: ¿cuáles son nuestros demonios interiores? ¿Qué mecanismos utilizamos para exorcizarlos? Cuando creemos que ya no podemos más, que no hay aire ni luz para nosotros, ¿cómo es que logramos subir de nuevo a la superficie? ¿Están esos fantasmas vivos, palpitando, y a cada rato regresan por nosotros, vuelven por su cuota de sangre y nos dejan desechos y con nuestras vidas, una vez más, hechas pedazos?

Al final de mi carpeta, en la penúltima página, está Frank recientemente fotografiado junto a unos agentes de la policía en una de las escenas de los crímenes de un asesino serial que no han podido capturar. Y en la mirada de mi pupilo, en su frente, en su aire de desesperación contenida hay algo malévolamente, algo que lo está persiguiendo en la tenebrosidad más recóndita de esta sucia realidad que nos está cortando el aire día a día. Frank no se salvará, es claro. Lo sé. Lo sé desde lo más hondo de mí, como si yo fuera su madre, como si lo hubiera parido. La fuerza que viene tomándose el mundo entero lo quiere a él, lo está cazando en silencio y al final lo hará pedazos. De hecho, ha aguantado mucho. Es resistente mi muchacho, está hecho de buena madera. Yo mismo lo entrené. Pero lo que esta vez se acerca es superior a nosotros y sospecho que yo mismo seré arrasado por la corriente.

Por eso la página final de mi carpeta la reservé para mí mismo. Es una foto mía a la salida de la iglesia, después de misa. Uno de los parroquianos me la tomó mientras despedía a los vecinos en las escalinatas. Arriba el cielo está nublado, casi negro, y una llovizna se acerca desde las montañas. Un rayo de luz escasa alcanza a iluminar fugazmente la fachada de la iglesia. Y es evidente que sobre mí se cierne algo pérfido y amenazador, una presencia tétrica y lúgubre de la que no sabré cómo escapar.

2.

Leticia leyó acerca de los casos de asesinato de prostitutas en el centro de Bogotá. Los cronistas más avezados se atrevían a comparar al autor de esos crímenes con Jack el Destripador, el legendario asesino serial londinense que nunca pudo ser capturado por Scotland Yard. Uno de esos periodistas, basado en un perfil que ya manejaba la policía, decía que seguramente se trataba de un hombre de mediana edad, de raza blanca y con ciertos conocimientos de medicina porque los cortes y las extracciones de los órganos demostraban ciertos conocimientos de anatomía. No podía ser un padre de familia ni un individuo casado, porque ocultar esa doble vida sería mucho más difícil: los suegros, los tíos, la rutina colegial o universitaria de los hijos, los amigos, todo ese conglomerado implicaba de algún modo una vigilancia estricta sobre el sujeto. Lo más seguro es que se tratara de un solitario que podía manejar sus horarios como quisiera, que no tenía que darle explicaciones a nadie ni justificar sus ausencias. Un tipo resentido por algún trauma de infancia o de juventud, que había terminado odiando a las mujeres por alguna o algunas experiencias negativas que había padecido. Y aquí el periodista dejaba correr la imaginación afirmando que la historia de ese solitario trastornado podía estar relacionada con traumas sexuales debido a su inexperiencia, a su torpeza, o que podía tratarse incluso de un microgenitomorfo, de un hombre con un pene diminuto, del tamaño de un dedo meñique e incluso más pequeño, el cual había sido el hazmerreír de las mujeres a lo largo de su vida. Ese tipo de humillaciones y ofensas repetidas lo habían terminado convirtiendo en un psicópata violento y agresivo, en un misógino que estaba dispuesto a cobrar con sangre cada una de esas afrentas.

Otro periodista arriesgaba otra hipótesis y aseguraba que no necesariamente tenía que ser un solitario con un temperamento vengativo o agresivo. También podía la ciudad estar enfrentando a uno de esos individuos tímidos, pacatos y

timoratos que nunca fueron capaces de acercarse a las mujeres por temor a ser herido sentimentalmente por ellas. Un hijo abnegado, bonachón, muy afectuoso, que había envejecido sin darse cuenta al lado de una madre que lo había tiranizado con el paso de los años. Un benjamín de familia que nunca había viajado ni se había arriesgado a independizarse por miedo, justamente, a ese mundo agreste y cruel que lo esperaba allá afuera. Desde este punto de vista, la policía tenía que buscar más bien a un ciudadano ejemplar y hasta tonto del que nadie jamás sería capaz de sospechar nada negativo. La ausencia de sexo, poco a poco, lo fue ensimismando, pero el problema era que esa fuerza reprimida iba creciendo, se multiplicaba al interior del sujeto de una manera perversa y maligna, hasta que necesitaba ser expresada creando un estallido del cual ahora la ciudad estaba siendo testigo. El periodista cerraba diciendo que Eros y Tánatos, la fuerza de la creación y la de la destrucción, la de la vida y la de la muerte, estaban siempre en una balanza haciendo equilibrio. Y si Eros no podía expresarse saludablemente, entonces estallaba Tánatos como en este caso: abriendo cuellos y tajando cuerpos de lado a lado.

Un último artículo que leyó Leticia hablaba de un posible abuso por parte de un padre maltratador. Un tirano familiar que le había inyectado al joven desde niño su desdén y su desprecio por las mujeres. Podía tratarse del alcohólico que llegaba a altas horas de la noche a levantar a la esposa a golpes y que sentía también fastidio por las hijas mujeres, si las tenía, pues desde la visión machista son improductivas y no colaboran con la economía familiar. Ese dictador que los fines de semana se la pasaba de juerga y en los burdeles con los amigos le habría transmitido al hijo varón esa visión malsana y dañina en la cual las mujeres son tramposas, mentirosas y chantajistas sentimentales a las que les gusta victimizarse para llamar la atención y hacer sentir culpables a los demás. El asesino habría copiado las actitudes, los modos de percibir y la misoginia de ese padre opresor y todopoderoso. Más tarde, cuando se hizo hombre, no pudo casarse ni construir una familia, sino que se dedicó a maltratar a sus parejas y a imitar de manera inconsciente a su progenitor. Poco a poco, las palizas y los ojos morados no fueron suficientes, y fue sintiendo la necesidad de incrementar los castigos. La violencia es adictiva y se necesita ir subiendo las dosis para apaciguar los reclamos del sistema nervioso central. Hasta que había terminado convirtiéndose en un asesino serial, en un carnicero brutal y despiadado.

Leticia se dijo que si ella pudiera ver al individuo solo una vez lo reconocería con facilidad. Así que se puso en la tarea de sacar al menos unas dos o tres horas

al día para bajar hasta la zona de tolerancia y echar un vistazo. El individuo podía estar rondando el barrio en busca de nuevas víctimas y ella lo reconocería, aunque fuera solo de lejos. Así que pintaba en la mañana muy temprano, luego recorría el barrio en busca de clientes para sus telas, estudiaba un par de horas en la biblioteca, y cerrando la tarde se iba para el Santa Fe a tomarse un refresco o un jugo en alguna tienda desde donde pudiera vigilar a las trabajadoras sexuales. La mayoría de los hombres que solían visitar esas calles le parecieron algo tristes: trabajadores apocados que buscaban un instante fugaz de placer, esposos que estaban aburridos del sexo casero con la misma mujer desde hacía años o jovencitos inmaduros que iban en pos de aventuras que los sacara del tedio de sus vidas planas y monótonas. Ninguno tenía un perfil muy alentador. Sin embargo, en ningún momento sintió nada que le indicara que podía estar frente al asesino.

Algún día, una de las prostitutas del sector entró a la tienda donde solía instalarse Leticia y le dijo con cierto afecto maternal:

—¿Quieres trabajar pero no te atreves?

—No, señora.

—Es mejor que te mantengas por fuera de esto. No importa que te paguen poco.

—Estoy buscando a una amiga, pero no la encuentro.

—Esto es un infierno, mi amor. Los hombres no traen nada bueno. Y este dinero se va así como llega, no dura, no se ve.

—Mi amiga se llama Leticia Almanza.

—¿Cómo es?

—Así como yo, morena y con el cabello crespo.

—No la conozco. Si la llego a ver te aviso.

—Muchas gracias.

Una tarde, a eso de las cinco y media, cuando ya las luces de los postes estaban encendidas y los últimos rayos de luz se escondían en los nubarrones cerrados que anunciaban el próximo aguacero, vio a unos cincuenta metros a un individuo vestido de negro que le llamó la atención. Caminaba encorvado y llevaba un pantalón y una chaqueta negros que le daban un aire mortuorio, como si se acabara de vestir para asistir a un velorio. Leticia se levantó de la silla de la tienda donde estaba y se fue detrás de él. El individuo contemplaba a las mujeres con cierta frialdad, desde arriba, con altivez, y continuó con su caminata como si no quisiera contaminarse de la suciedad del lugar. Leticia lo siguió durante

algunas calles y de repente se dio cuenta de que el hombre la había detectado, que sabía que alguien andaba detrás de él. Debía tratarse de un instinto animal, de una especie de olfato que había desarrollado a lo largo de los años para no ser descubierto. Entonces apretó el paso por la calle 24 hacia el occidente, alcanzó la entrada del Cementerio Central, que estaba a punto de cerrar, volteó hacia el norte y empezó a correr por entre los corredores menos concurridos y las tumbas más recónditas. Leticia intentó no perderlo de vista, pero fue imposible, no pudo seguirle el rastro y cuando menos pensó se tropezó con uno de los guardias del lugar, que le advirtió:

—Ya es hora de cerrar, señorita. Tiene que dirigirse a la entrada principal, la de la calle 26.

—Estoy buscando a un amigo alto, vestido de negro. Nos perdimos.

—A él también le toca salir por la misma puerta. Debe estar allá esperándola.

—Gracias.

—No hay de qué, señorita.

Leticia salió del cementerio y no volvió a ver al hombre por ninguna parte. Se imaginó que había escapado por alguna salida secreta que ya conocía muy bien.

Esa noche, en profunda meditación en su habitación, intentó ver de quién se trataba, conectarse espiritualmente con él y con ese pasado oscuro que lo había convertido en el monstruo que ahora era. No pudo. Algo le impedía la comunicación con esa vida atormentada y solitaria que permanecía en las sombras.

3.

Estás agotado, mareado, embotado, y escasamente puedes moverte. Abres los ojos y la penumbra de las veladoras te hace sentir a gusto. No soportarías la luz de reflectores o de lámparas eléctricas. La lluvia continúa cayendo sin piedad, como si quisiera lavar todas las bajas pasiones de una ciudad carcomida por el vicio, la flaqueza y la imperfección de sus habitantes. Te subes los pantalones y te das cuenta de que estás manchado de semen en las piernas y los calzoncillos. Creías que habías eyaculado dentro de la joven, pero parece que no es así. Sientes un dolor de cabeza insoportable. La chica se ha retirado y no sabes ahora ni dónde está ella ni cómo salir de allí. Entonces escuchas los débiles pasos de la anciana arrastrados por las baldosas del lugar. Te volteas y, en efecto, allí está Mamá Larisa con una sonrisa plena iluminándole su rostro ajado y amarillento.

—Lo siento —alcanzas a balbucear con una culpa que te devora por dentro.

—La concupiscencia, señor Molina, uno de los grandes pecados humanos.

—No sé qué me pasó. Lo siento mucho...

—No hay que avergonzarse de lo que uno es, señor Molina.

—Yo no soy así.

—No se conoce bien, que es distinto.

—¿Es su hija? ¿Su sobrina? ¿Su protegida?

—No sé de quién estamos hablando, señor Molina.

—De la joven con la que acabo de tener relaciones. Creo que estoy enamorado de ella. No me importa la diferencia de edad. Quiero seguir viéndola, visitándola.

—Qué ingenuos son los hombres, señor Molina, qué evidentes. Por eso nosotras los sentimos tan predecibles.

Te dices entonces que el plan era usarte para dejar a la joven embarazada y que en unos cuantos meses extraerán de su vientre un bebé ya formado, con bracitos, con piernas, con los rasgos ya definidos, y lo descuartizarán para

alimentar estas plantas enormes que parecen estar creciendo en medio de la selva y no en un caserón ruinoso en las afueras de la ciudad. Claro, tu hijo será usado como abono, terminará enterrado en esta tierra fértil junto a todos los otros niños que aquí permanecen quién sabe desde cuándo.

—Aquí solo vivo yo —dice la anciana, suspirando con cierto cansancio.

—¿Entonces con quién acabo de acostarme?

Mamá Larisa te muestra lo que parecen unas hojas maceradas y te dice en tono pedagógico no exento de cierta fatiga, como si los estudiantes a los cuales se les está dictando la clase no pusieran atención o no les interesara la materia:

—Mandrágora, belladona... Las madres de los desdoblamientos, de los otros seres que habitan en nosotros...

—¿Ese fue el brebaje que me dio?

—Fíjese que en usted habita una linda chica dulce y tierna a la que debería dejar salir más a menudo. El mundo sería un lugar menos infernal si los hombres liberaran a las mujeres que mantienen retenidas dentro de sí.

—Usted es una bruja...

—Gracias por el elogio, señor Molina.

Caminas trastabillando hasta salir al corredor. Del otro lado está ese jardín que no sabes por dónde cruzar.

—¿Me indica la salida, por favor?

—Solo tiene que seguir derecho, señor Molina, y del otro lado está la salida.

—Gracias. Espero no volver por aquí.

Sientes que al hablar los labios se te pegan debido a la resequedad. Las piernas no te sostienen muy bien y caminas como si estuvieras borracho. Tu estado es deplorable y sabes que estás dando un espectáculo de muy baja calidad.

—No sea desagradecido, señor Molina.

Las palabras de la vieja te suenan lejanas, como transmitidas a través de una sordina. Entonces sientes el golpe seco en la cabeza, tajante, de medio lado...

Te despiertas sin saber cuánto tiempo ha pasado. Quizá se trata de unos cuantos minutos, quizá horas. No puedes moverte porque estás amarrado en un rincón del salón. Varios encapuchados se mueven por el salón de un lado para el otro. Sientes que se trata de un ritual y que has caído como un imbécil en la trampa. No solo tu hijo será usado como abono, tú también alimentarás estas hojas y estos tallos de plantas cuyos nombres desconoces.

Una voz masculina te susurra de paso:

- ¿Cómo caíste tan bajo, hermano?
- Qué está sucediendo aquí...
- Estás en el infierno. Mira a tu alrededor.
- Necesito irme...
- Nosotros te ayudaremos, no te preocupes.

Los encapuchados salen al jardín y, por entre los ramajes, alcanzas a vislumbrar que tienen a Mamá Larisa atada a un tronco en una de las secciones del jardín. No se trata de ti, al menos por ahora, sino de ella. La anciana no se defiende ni intenta zafarse las ataduras.

Un hombre grande y gordo, con la voz muy gruesa, empieza entonces una letanía acompañado por otro de voz aguda que va respondiendo en un contrapunto que te pone la piel de gallina:

- ¿Cuál es la peor transgresión ante nuestro Señor Jesucristo?
- El pecado de la carne.
- ¿Por qué fuimos expulsados del paraíso?
- Por la lujuria y la concupiscencia.
- ¿Quién nos sedujo con mentiras y artimañas?
- Eva, la pecadora.
- ¿Quién nos quitó la pureza inicial?
- La mujer.
- ¿Cuál es el camino más seguro hacia el infierno?
- El cuerpo de la mujer, sucio y pecaminoso.
- ¿Quién habita en el sexo femenino?
- El demonio.
- ¿Cómo hacemos para regresar al paraíso perdido?
- Exterminándolas, eliminándolas, sacrificándolas.
- ¿Cuál es nuestra misión en este mundo?
- Recuperar el paraíso que nos quitaron, mostrar ante los ojos de Nuestro Señor que somos confiables.

—Entonces, que se cumpla su voluntad. Exterminemos el pecado. Acabemos con el reinado de Satán en este mundo.

Otro de los integrantes se acerca lentamente al tronco en el que Mamá Larisa está atada de pies y manos, y ora muy cerca de ella antes de levantar un cuchillo que brilla en medio de la oscuridad, como si acabara de reflejar en su hoja uno de los relámpagos que cruzan el cielo fugazmente.

- ¡Nooooooo! —alcanzas a decir entre estertores y ahogos que no te

permiten hablar a cabalidad, con tu voz normal.

Te sorprende que la anciana cierre los ojos dando una demostración increíble de coraje, de dominio de sí misma, como si hubiera sabido desde siempre que ese iba a ser su final y se hubiera preparado para ello a lo largo de los años. El asesino le corta el cuello de lado a lado y la sangre empieza a brotar a borbotones. Es un tajo rápido. Luego viene otra letanía entre el carnicero y el hombre de la voz aguda:

—¿Dónde radica el eje del pecado?

—En el vientre femenino.

—¿Dónde está el origen de la suciedad y la indignidad?

—En los ovarios.

—¿Por dónde llega la maldad a este mundo?

—Por las trompas de Falopio.

—¿Dónde se engendran los monstruos, los demonios, los bastardos?

—En el útero, origen de todo mal.

Te das cuenta de que mientras se está recitando esa especie de canto gregoriano a dos voces el carnicero va abriendo el cuerpo de la anciana y le va extrayendo los órganos mencionados.

Una abominación, te dices mentalmente.

Al final, dejan el cuerpo de Mamá Larisa abierto y sangrante colgado de ese tronco improvisado, y poco a poco los integrantes se van retirando con un paso monacal, parsimonioso, unos detrás de los otros. Uno de ellos llega hasta ti y no alcanzas a divisar bien sus rasgos físicos, su edad, su apariencia para buscarlo luego.

—Aléjate de estas mujeres, si no quieres acabar en el infierno de verdad —te dice amigablemente.

—Partida de chiflados...

—Te salvamos esta vez. La próxima te condenarás tú solo. Recuérdalo bien.

Y vuelven a golpearte en el otro lado de tu cabeza. Te caes de costado y pierdes de nuevo el sentido.

Cuando despiertas, las veladoras están extintas y solo se escucha el sonido de la lluvia en el tejado. Toda la casa está en la oscuridad. Escasamente alcanzas a divisar las sombras de los ramajes en el jardín. Te das cuenta de que te han dejado un cuchillo en la mano derecha y lo sueltas con repulsión. Como un acto reflejo, limpias las huellas que posiblemente has dejado en él. También estás manchado de sangre en la camisa y en los pantalones.

Cuando sales al patio central, la imagen no puede ser más grotesca y bestial. Mamá Larisa parece crucificada en medio de su jardín, con las vísceras y varios de sus órganos extraídos junto al tronco donde yace amarrada y todavía sangrante. Moscos y zancudos revolotean enloquecidos por el olor de la carne fresca abierta de par en par. Tu cabeza da vueltas todavía y respiras con dificultad.

Entonces se escucha el sonido de la puerta de la entrada, que es echada abajo y en cuestión de pocos segundos el lugar es tomado por varios hombres armados que te gritan mientras te apuntan al pecho:

—¡Arrodílese y ponga las manos en la nuca!

Obedeces y no alcanzas a decir nada, a defenderte, a explicar, cuando uno de ellos te esposas las manos en la espalda y grita a voz en cuello:

—¡Lo tenemos, lo tenemos!

CAPÍTULO XII

PRESAGIOS

1.

Una mañana, mientras estaba pintando, Leticia vio una imagen extraña de unos individuos entrando en un recinto cerrado a sangre y fuego, vestidos con trajes militares y pasamontañas. Enseguida tomó sus pinceles y empezó a hacer los primeros trazos. Pintó a tres hombres atacando a una multitud de personas que parecían indefensas y que intentaban huir en desorden hacia todas partes. No sabía de qué se trataba la escena, pero dejó constancia de ella en esa pintura. La madre de Cristina, la niña con la que solía jugar y a la que Leticia le enseñaba a leer y escribir, vio la imagen cuando la estaba secando en el patio de la casa y le dijo:

—¿Qué es eso, Letty?

—No lo sé.

—Parece un ataque terrorista. ¿Sí será que te compran eso?

—Los de aquí no, pero los extranjeros tienen una mentalidad más abierta.

—Da miedo.

En efecto, dos amigos italianos que se pusieron a coquetear con ella en la plaza del Chorro de Quevedo y que le pedían su teléfono para invitarla a salir en las horas de la noche terminaron comprándole la pintura entre sonrisas y frases insinuantes. Leticia estaba acostumbrada y se despidió de ellos dejándoles el número de la casa donde vivía, donde nadie cogía el teléfono y todo era un caos porque vivían muchos.

A la mañana siguiente, las noticias internacionales abrieron con una historia de último minuto: tres terroristas pertenecientes a ISIS habían entrado en un almacén en pleno centro de Nueva York y habían tomado varios rehenes. Amenazaban con asesinarlos a todos si las autoridades norteamericanas no liberaban a los presos de Guantánamo de inmediato. Los uniformes y los pasamontañas eran muy similares a los del cuadro de Leticia. Su vecina, la

madre de Cristina, fue la que la invitó a su habitación a que mirara las noticias de último minuto.

—Son los tipos de tu cuadro —dijo la mujer, con Cristina entre sus brazos.

—Puede ser una coincidencia.

—Tú sabes que no. Tu poder va creciendo y yo te advertí que debes hacerte cargo de él.

—Lo que yo pinté parece más una matanza. Una especie de los Fusilamientos del 2 y 3 de mayo, de Goya. No sé si conoces la obra. Es como una variación moderna de lo mismo.

—Eso significa entonces que van a matar a los rehenes.

Al mediodía, Leticia entró en un restaurante popular a almorzar y vio en el televisor del local una noticia de último minuto en el cual anunciaban que los grupos especiales norteamericanos habían intentado neutralizar a los terroristas y estos habían terminado disparando sobre los rehenes en una masacre que dejaba veintisiete personas muertas y diez heridas. Lo peor es que las cámaras de seguridad del establecimiento no habían dejado de grabar en ningún momento y en ellas se podía ver a la gente arrodillada pidiendo clemencia antes de morir. Había sido un fusilamiento despiadado y brutal. Luego los terroristas habían hecho explotar una bomba inmolándose de inmediato antes de que los grupos especiales tomaran el control del lugar. Dos de los soldados estaban entre los muertos y tres más entre los heridos. Lo peor de la situación es que por la red grupos de fanáticos radicales se habían solidarizado con los victimarios y amenazaban con intentar tomas similares en países como Canadá, Francia, Inglaterra y Alemania.

Cuando Leticia estaba cruzando la plaza del Chorro de Quevedo para regresar a la casa, vio a los dos italianos que se le acercaban corriendo pálidos y con cara de asombro. Uno de ellos le preguntó a bocajarro:

—¿Cómo supiste que esto iba a suceder?

—Fue una coincidencia.

—No puede ser. Mira los titulares de los periódicos de mi país.

Y en el celular le mostró la primera página del *Corriere della Sera*, en la que se veía exactamente la misma escena de uno de los agresores disparando sobre un grupo de inocentes que se ponía de rodillas en señal de clemencia. El periódico, seguramente, había tenido acceso a las grabaciones de seguridad y reproducía el instante exacto en el que se había iniciado la matanza.

—¿Cómo pudiste saber algo así? —la increpaba el turista, como si ella

supiera algo más.

—No tengo idea, esa es la verdad. Creo que es una coincidencia muy desafortunada. Tengo que irme, me están esperando.

Y enseguida salió corriendo dejando a los jóvenes aún más nerviosos e intrigados que antes.

Por esos mismos días le llegó otra imagen con una intensidad que la obligó a ir hasta el baño a tomar un poco de agua del grifo. Había visto un puente que se mecía de lado a lado hasta que finalmente se hacía añicos y los carros se daban la vuelta y caían varios metros al piso como si fueran de juguete. La gente huía despavorida pero no sabía dónde guarecerse y terminaba siendo víctima de los edificios y las casas que se venían a pique y se desmoronaban demostrando la fuerza del sismo. Leticia pintó el puente desgonzado, los carros cayendo al vacío, las construcciones agrietadas y desplomadas, y la gente corriendo por las avenidas con la cara atravesada por el pánico de la catástrofe.

Hacia el mediodía le vendió la pintura a una pareja de argentinos que vio en ella una alusión a alguno de los terremotos recientes en Chile o en Japón. A la mañana siguiente, los noticieros de televisión mostraron imágenes del terremoto que acababa de sacudir la ciudad de Roma. Las cámaras de los periodistas, desde un helicóptero, mostraban la ciudad hecha pedazos. Millones de personas estaban aterrorizadas y no sabían cómo escapar de la zona del desastre. Las líneas de tren y de metro estaban averiadas, las carreteras destrozadas y las pistas del aeropuerto no permitían el despegue de aeronaves comerciales. Por miedo a las réplicas, las familias habían preferido instalarse en parques públicos y estaban durmiendo bajo carpas y albergues improvisados. No había agua suficiente, ni comida ni medicamentos. Las autoridades del alto gobierno habían escapado en helicóptero y ya estaban a salvo, pero periodistas acreditados aseguraban que el Papa se había negado a salir del Vaticano y que estaba buscando los modos de brindar ayuda y de poner al servicio de los ciudadanos todos los recursos que tenía la Santa Sede: médicos, socorristas, medicinas y dinero con el cual habían encargado carpas para regalarle a las personas que estaban durmiendo a la intemperie.

En la noche la visitó la mamá de Cristina y le dijo:

—Vi tu pintura de esta mañana. Pasó de nuevo. Ya no puedes seguir hablando de coincidencias.

—Lo vi con una claridad que me quitó la respiración.

—Antes de tener a esta —y señaló a la niña—, yo me soñaba con muertes de

parientes y cosas así. Y todo se cumplía tal cual.

—No quiero volver a pintar esas visiones.

—¿Por qué no pides el asesoramiento de algún experto?

—Los médicos y los psiquiatras nunca han comprendido a personas como yo.

—Hay gente que ha estudiado mucho la clarividencia. No pierdes nada poniéndote en contacto con ellos.

—¿Quiénes, por ejemplo?

—El otro día vi que hay una sociedad de estudios paranormales aquí en Bogotá y me acordé de ti. No es sino buscarlos en la red y escribirles.

—Lo voy a hacer hoy mismo. Gracias.

En su horario de estudio, pidió un computador con acceso a Internet en la biblioteca y les mandó un mensaje escueto y claro desde un correo que abrió solo para esa correspondencia:

Soy una persona del común que ya no es del común. De un momento a otro el tiempo y el espacio se me han vuelto maleables, materiales que van y vienen, coordenadas que no son tan fijas como para los demás. Sé que nos desplazamos por ellos de un modo no lineal, aunque el hecho de tener un cuerpo nos falsea la información, nos hace ver el recorrido como si hubiera un antes y un después, un aquí y un allá. Yo ya sé por mi propia experiencia que recorreremos el laberinto de una manera transversal y circular a la vez, con pequeñas variaciones en cada giro. Por eso pude prever el ataque terrorista de los últimos días y el terremoto en la ciudad de Roma. Y sé que son el comienzo de muchas más catástrofes que se avecinan. Como no tengo con quién conversar y me abrumba la información que a veces percibo de una forma involuntaria, quisiera saber si en algún momento puedo contar con la experiencia de ustedes con respecto a estos temas para que me guíen y me aconsejen. Debo advertirles que soy una mujer pobre, aunque educada, y no podría costear montos de consultas muy costosas.

Muchas gracias.

La Pitia

Al día siguiente ya estaba la respuesta en el buzón:

Estimada Pitia: soy el doctor Domingo Dávila, psiquiatra experto en hipnosis, regresiones y lo que ahora llaman «vidas pasadas». Fui profesor universitario durante un tiempo y me dediqué a la academia. Desafortunadamente, cuando empecé a abrir mi campo de experimentación y me tropecé con estos temas, tuve que retirarme de la universidad, del hospital donde trabajaba y del círculo de amigos que por entonces me acogía y me respetaba. Desde el año 1999 me dediqué a esta fundación sin ánimo de lucro y ya hemos logrado construir una reputación intachable, tanto a nivel nacional como internacional. Nos sostenemos con fondos públicos, del Estado, y con un pequeño apoyo de la empresa privada. Por eso no te preocupes por el precio de las consultas, pues serán totalmente gratis. Te anexo mis números privados, mi celular y este correo desde el cual te estoy escribiendo. Nada me alegraría más que poder tener una cita contigo aquí en las instalaciones de la Fundación. Quedo muy pendiente de tu respuesta. Muy cordialmente,

DD.

Leticia no supo qué contestar y dejó la página abierta sin tocar el teclado. ¿Iría? ¿Valdría la pena que le hicieran algunos análisis?

2.

Te introducen esposado en una patrulla y alcanzas a quedarte ahí unos pocos minutos antes de que los agentes de la policía terminen de revisar el lugar a fondo, de recorrer cada uno de sus rincones. Quién sabe qué más encontrarían. Tú te sientes más deprimido que nunca, hundido en un vacío del que no sabes cómo salir. No es solo la depresión clínica, sino una especie de certeza de que en esta ciudad no hay redención para ti, que no tienes salida ni escapatoria, que aquí estás en realidad pagando una condena que desconoces. Nunca has sido feliz pero tampoco nunca has podido largarte a vivir a otra parte. ¿Por qué te has quedado aquí enterrado en este clima de porquería, en este lugar donde nunca sale la luz del sol? No lo sabes, pero de lo que sí estás seguro es que no saldrás de esta ileso, como de tantas otras anteriores. No, señor, esta vez hay algo irremediable en el ambiente, algo que te indica que estás cumpliendo un destino inevitable, algo que ha sido trazado exclusivamente para ti con la complacencia de unos dioses injustos y bestiales.

Te parece increíble también no haber visto cómo te ibas acercando al abismo, la ingenuidad de haber caído no en la trampa de Mamá Larisa, sino en la de estos fanáticos enloquecidos, esta especie de Ku Klux Klan misógino cuyos enemigos no son las personas de raza negra, sino las mujeres. ¿Cómo no se te ocurrió pensar que eran varios, que era una secta secreta operando de común acuerdo?

Pero ya nada vale la pena, ya todo ha sido clausurado de manera definitiva. Por eso experimentas esta sensación de derrota final, de haber sido vencido con unas armas engañosas que en otras circunstancias hubieras detectado con facilidad. Lo que sucede es que los medicamentos te tienen a media marcha, convertido en medio hombre, pensando y actuando en cámara lenta. Debiste haberlos enfrentado en una fase maníaca y todo hubiera sido muy distinto. Pero ya no hay nada qué hacer, ya es tarde para lamentaciones. Ahora lo que hay que

aceptar es el designio trágico que se ha cernido sobre ti con una precisión milimétrica.

Los hombres de la policía salen a la calle, se montan en los carros y las camionetas, y te conducen detenido a una comisaría. El viaje por esta ciudad gris y maltrecha es para ti como una larga despedida de estas calles sucias y de esta lluvia incesante que moja también las emociones de los transeúntes, sus ilusiones, sus sueños más recurrentes. Aquí no hay tregua y nadie sale nunca bien librado. Esto es territorio apache, campo de combate, zona donde siempre se está en alarma roja, donde la catástrofe es inminente hasta que un día cualquiera, como hoy, llega y lo único que se puede hacer es bajar la cabeza y aceptarla sin quejas ni lamentos.

En la comisaría te hacen una requisita a fondo, te quitan tus prendas de vestir y te dan un uniforme de preso. Todo lo introducen con sumo cuidado en bolsas plásticas, con guantes, sin tocarlo para no ir a contaminar posibles pruebas. Luego te meten en un calabozo a empujones, te dan una sopa con un mendrugo de pan y luego te pasan una cobija para que pases la noche en el camastro que está junto a la única ventana del lugar.

En las horas de la mañana te dan un café y otro pedazo de pan. Eso es todo. Reclamas tu derecho a tomarte tu droga psiquiátrica y a los veinte minutos te traen los medicamentos que estaban en tu chaqueta y te entregan las pastillas que tú señalas con el dedo. Poco después aparece Almagro en la puerta de la celda con una carpeta bajo el brazo, pide que le abran la reja y entra. Se sienta en el único sillón que hay y te dice suspirando, como si le doliera la situación cuando en realidad tú sabes que la está disfrutando a plenitud:

—Mi querido Frank, por fin solucionamos esto. No estaba yo tan mal de intuición.

—No me diga.

—Con las manos en la masa, maestro, con la víctima y el arma homicida. Caso cerrado.

—No me hizo examen de sangre.

—¿Y para qué?

—Primero me drogaron. Luego asesinaron a la vieja mientras me tenían amarrado en una sala cercana.

—No me diga. ¿No cree que ya es suficiente de tantas mentiras? Usted vive en una película, maestro. Me imagino que es esa puta enfermedad que lo pone a delirar y a ver cosas.

—Tampoco me revisaron médicamente. Debo tener dos golpes en la cabeza. Y si me hubieran hecho el examen de sangre se hubieran dado cuenta de que me estoy tomando el litio y el Rivotril sagradamente.

—¿Y quién lo drogó, si se puede saber?

—Mamá Larisa.

—Y entonces usted la mató por eso.

—¿No está escuchando, Almagro? Cuando la atacaron no pude hacer nada. Armaron la escena y me dejaron con el cuchillo allí botado. También untaron mi ropa con la sangre de ella.

No dices una sola palabra de la escena erótica con la joven porque ni siquiera tú mismo estás seguro de qué fue lo que ocurrió durante esos minutos.

—Viejito, esto no es el guión de una película de terror. Esto es la vida real, maestro. Lo mejor es que confiese y ya está. Igual, usted no se puede ir para la cárcel porque es un paciente psiquiátrico. Lo meten en tratamiento y, quién sabe, quizá algún día pueda salir.

—Almagro, ponga atención. No la maté yo, la mataron ellos.

—¿Ellos quiénes?

—Estaban encapuchados. Son una secta de religiosos que están matando hechiceras, brujas.

—Viejito, ningún jurado se va a tragar este sapo. Aquí no hay ninguna otra posibilidad, sino que usted viene actuando de manera muy hábil desde la primera víctima.

—En la detención anterior mataron a una mujer mientras yo estaba aquí con ustedes. ¿Cómo pude yo estar allá y aquí al mismo tiempo? Desafortunadamente, no poseo el don de la ubicuidad.

—Eso lo estamos estudiando. Nuestra hipótesis es que esa víctima es de un imitador, no suya. Y le vino en el momento perfecto. Pero el resto sí.

—Y si matan a alguien más esta vez, ¿también es el imitador? ¿Cada vez que yo estoy aquí el imitador se entera y asesina para ayudarme, para echarme un cable?

—Mire, Molina, esto no tiene ya otra interpretación posible. El perfil del asesino se ajusta a su personalidad perfectamente. Usted mismo lo dijo: solitario, sin casarse, sin hijos, un marginal con buena educación.

—Yo no sé de bisturís, ni de medicina, ni de biología, nada. No podría ni abrir una rana.

—Eso se aprende fácilmente. En YouTube hay tutorías para todo.

—Está cometiendo un error muy grave que le va a costar más vidas humanas.

—Hay una cosa más que también va a tener que explicar, Molina. Su ropa interior y su pantalón están manchados de semen. Esto coincide también con el perfil del asesino: se excita al matar, lo convierte en una suplantación del acto sexual. El cuchillo como un pene que ingresa en el cuerpo de la víctima.

Sabes que no puedes decir nada al respecto, que jamás te creerían. Bajas la cabeza y te quedas callado, vencido, sin derecho a la defensa.

—Cuando quiera confesar me avisa, Molina. Es lo mejor. Se va para la clínica a descansar y a que lo mediquen como debe ser.

Almagro sale y la reja se cierra tras él.

Un par de horas después llegan unos enfermeros y te extraen sangre y te revisan el cuerpo entero. Toman varias fotografías de tu estado y salen sin decir ni preguntar nada.

El almuerzo es una sopa aguada y un poco de arroz. Comes solo pensando en alimentarte, en no morir. Estás profundamente agotado y lo único que haces es dormir. Te preocupa no haber alcanzado a ponerle un mensaje a Miranda para que no se angustie por tu ausencia.

Terminando la tarde regresa Almagro con cara de penitencia. Se sienta en el mismo lugar y te dice:

—No sé qué ángel de la guarda lo protege a usted, Molina.

—Si alguien me protegiera no estaría aquí.

—El análisis de los expertos indica que la sangre de su ropa no está ahí de manera natural, sino que fue plantada de un modo burdo y torpe. El cuchillo no tiene huellas tuyas y, lo peor de todo, los exámenes indican que usted fue drogado con una mezcla muy extraña de plantas solanáceas, golpeado y sujetado por las muñecas con algún tipo de lazo o cabuya que le dejó marcas y lesiones en esa parte de su cuerpo.

—Se lo dije, Almagro, pero no quiere escucharme.

—Eso significa que usted está más del lado de la víctima que del victimario o los victimarios.

—Y significa también que le he dicho la verdad desde el comienzo.

—Usted sabe que por ley lo puedo detener setenta y dos horas antes de acusarlo formalmente o dejarlo ir.

—Lo que usted diga.

—Le quiero pedir un favor antes de que se vaya. Revise-mos el caso y

miremos si podemos encontrar algo que se nos haya pasado por alto. Quiero mostrarle algo.

—Claro que sí.

—Voy a dar la orden de que le permitan ducharse como Dios manda y que le traigan un buen almuerzo. Luego lo espero en la oficina. Mis hombres lo conducirán.

Asientes y le tiendes la mano a Almagro en señal de paz. El *poli* duda, pero al final te alarga la mano y tú aprovechas para pegarle un puñetazo en la mejilla izquierda. Con un gesto, le indicas algo así como «nada de rencores». Almagro se toca la cara, pero encaja bien el golpe y sale sin decir nada.

3.

Una noche fueron a buscarme a la casa cural de afán. Despertaron al ama de llaves de la iglesia y ella me dijo que unos vecinos me necesitaban con urgencia. En efecto, se trataba de una familia que decía que su hija adolescente recién fallecida acababa de regresar de la muerte.

—¿Está en la casa? —pregunté todavía adormilado.

—No, padre, enterrada en el cementerio —respondió su padre, respirando agitadamente.

—¿Y cómo saben que resucitó?

—Acabo de escuchar golpes contra el ataúd. Estaba rezando frente a su tumba. Por favor, padre, apúrese, tenemos que sacarla.

—Puede tratarse de una ilusión como producto del *shock* que significó su pérdida.

—Padre, no estoy loco, por favor. Ayúdenos. No podemos abrir la tumba sin su consentimiento.

Me vestí rápidamente y acompañé al hombre, a su esposa y a un amigo de la familia que estaba con ellos. Cuando llegamos al cementerio, que no estaba lejos de la parroquia, el celador del lugar me advirtió:

—Pueden ser demonios, padre. Tenga cuidado.

Nos acercamos a la tumba y le di la orden al vigilante de que rompiera el cemento del muro y sacara el ataúd. Se trataba de una tumba enclavada en una pared de unos tres metros de altura. Lo ayudamos a extraer el féretro y cuál sería nuestra sorpresa cuando, en efecto, escuchamos golpes contra la tapa muy tenues, como si la muchacha se estuviera quedando ya sin oxígeno. Abrimos y lo primero que vimos fue a la joven tragando grandes bocanadas de aire con el cabello revuelto y la mirada extraviada, ida, como si no pudiera reconocer el lugar donde se encontraba. Todos se arrodillaron y se dieron la bendición.

—Es un milagro de Dios —dijo el padre, abrazándola con cariño y arrasado en lágrimas.

—Puede tratarse de un ataque de catalepsia —dije acudiendo a mi mentalidad científica—. Seguramente no se dieron cuenta y su hija puede sufrir de esta enfermedad.

Llevamos a la muchacha a urgencias en el centro de salud más cercano y se empezó a correr el rumor de que Dios había decidido resucitar a la joven para enviarnos un mensaje a toda la humanidad. Las beatas del barrio y los desocupados aseguraron que se trataba del comienzo de una nueva era que ya había sido anunciada en los textos bíblicos: el fin de los tiempos, el Apocalipsis. Muy pronto, según ellos, los muertos iban a empezar a regresar de sus tumbas y todo sería un caos desenfrenado y sin control.

Lo cierto es que la joven quedó bastante afectada, como ausente, y no reconocía muy bien a sus parientes ni a sus antiguos compañeros de colegio cuando iban a visitarla a la casa. Les expliqué que el oxígeno no había irrigado bien el cerebro durante muchas horas y que era común quedar con lesiones y fallas graves de memoria. A ellos no les importó y seguían felices con el regreso de su hija, aunque lo que tenían entre ellos, claramente, ya no era su hija.

Una noche que los visité la madre me dijo que subiera brevemente a saludarla.

—Al fin y al cabo le debe la vida a usted, padre —me dijo, haciendo una reverencia.

Era difícil negarme, así que decidí complacerlos antes de retirarme del lugar. La muchacha estaba viendo televisión: un programa infantil soso que no parecía acorde con su edad. La saludé y le dije que me alegraba mucho que se encontrara bien de salud. Al principio no me determinó y, cuando estaba ya a punto de cruzar el umbral para buscar de nuevo las escaleras y descender al primer piso, en una voz seca y gruesa, me dijo en un tono muy bajo, casi en secreto:

—Huya, padre, si quiere salvarse...

—¿Cómo, qué me dijiste?

—Aún tiene tiempo. Escape pronto...

—¿Quién me habla? ¿Quién está ahí dentro?

—No diga que no se lo advertí... Está en el bando equivocado...

Cuando llegó la madre, la joven siguió viendo el programa para niños y se quedó callada. Me despedí de todos sin decir una palabra de lo que había escuchado y salí de allí apresuradamente.

La última frase de aquella noche me persiguió durante varios días: *está en el bando equivocado*. Se refería a la Iglesia, claro está, a mi condición de sacerdote. Decidí consultar a un experto en ataques espirituales: el padre Gonzaga, que vivía retirado en las residencias de los franciscanos en las afueras de la ciudad. Lo busqué una tarde y no sabía que estaba así de viejo y achacoso: me condujeron hasta una habitación donde permanecía casi el día entero leyendo e intentando dormir las horas necesarias que la noche le negaba. Estaba en una silla de ruedas y parecía como si hubiera sufrido un derrame cerebral o algo por el estilo, porque la mitad de su boca estaba torcida y el ojo derecho daba la impresión de no poder parpadear normalmente. Me dejaron con él a solas en la habitación. Le hablé con absoluta sinceridad:

—Padre, necesitaba verlo porque tengo una crisis espiritual muy profunda. Siento que entidades malignas me persiguen desde joven y que no cesan en su persecución.

—¿Hay algo en su conciencia que lo atormenta?

Le conté mis experimentos cuando era practicante de medicina, los trasplantes, los cadáveres traficados de manera fraudulenta.

—¿Es usted médico?

—Sí, señor.

—Ahora aprovecho para pedirle un par de recomendaciones.

—Será un placer, padre... Lo he venido a molestar porque tengo miedo, siento que algo me persigue, me ronda, una presencia maligna que no deja de vigilarme.

—¿Ha estado en contacto con libros de ocultismo?

—No, padre...

Y no alcancé a terminar la última palabra cuando recordé el famoso manuscrito de *El libro de los demonios* en la India. Entonces corregí:

—Bueno, alguna vez, en la India tuve frente a mí un original de *El libro de los demonios*, un supuesto original encontrado entre los rollos del mar Muerto.

—Muy famoso, por supuesto.

—¿Lo conoce, padre?

—Claro que sí. Lo compraron los alemanes. Se asegura en él que hay muchas dimensiones y que seres que habitan en ellas desean con toda su fuerza poder encarnar en esta. La única posibilidad que tienen es ingresar en nuestros cuerpos y sacarnos de ellos a las malas.

—¿Es eso posible?

—Ya sabes la respuesta, la has visto con tus propios ojos. Nuestros cuerpos están en permanente disputa. De hecho, en muchas corrientes medievales la enfermedad estaba ligada a esos ataques. Se creía que enfermábamos porque de manera invisible esos seres nos estaban atacando.

—Padre, ¿en qué momento se considera que la Iglesia católica ha fallado a su misión espiritual convirtiéndose en símbolo de maldad y perdición?

—Con la Inquisición, la tortura, la horca. Fue una época de bestialidad y de locura. Luego, en privado, las orgías, las bacanales, las grandes comilonas. La verdad es que tenemos muy poco de qué enorgullecernos por aquel entonces.

—¿Es posible que todo se haya dado la vuelta y que estemos en el bando equivocado?

—Los potros de tormentos, los cuchillos, el látigo... toda esa bestialidad nos alejó del camino. Y muchos de nosotros aún seguimos igual.

—¿Somos atacados porque somos los malos?

—Eligen a sus víctimas desde la infancia. Y se dedican a perseguirlas el resto de sus vidas. No cesan, no descansan. Los períodos de aparente calma no son una tregua: se debe a que están atacando a otros...

Se hizo un breve silencio y me di cuenta de que el anciano se encontraba agitado, como si se le estuviera yendo el aire poco a poco. Aún así, continuó hablando con vehemencia:

—¿Quiere un buen consejo? Refúgiense en un monasterio. Pida vivir interno, lejos del mundo. Entréguese a la oración y a la vida contemplativa. No hay otra forma de vencerlos...

El padre Gonzaga empezó a jadear, a hiperventilar y tuve que llamar a la señora que lo cuidaba. Ella entró corriendo, le dio una pastilla y entonces se quedó respirando por la boca con la cabeza inclinada de medio lado. Parecía como si se hubiera dormido de un momento a otro.

—Tiene que descansar. Está ya muy viejito —dijo la señora con una sonrisa afectuosa.

—Creo que lo mejor es que me retire.

—El problema de él es que en las noches no puede dormir.

—¿Por el insomnio?

—Le han recetado de todo, pero no le hace efecto. Es como si lo persiguieran, como si lo atacaran para destruirlo. Es algo muy feo. Pobrecito.

—¿Y él no dice de qué se trata?

—Habla en latín y en otras lenguas que nadie entiende.

Me despedí y salí de allí más acongojado de lo que había llegado. Si el padre Gonzaga estaba siendo atacado, significaba que estábamos ya en la recta final, que la estrategia de los invisibles estaba a punto de consumarse.

Cuando llegué a la parroquia me estaban buscando con urgencia: una joven que había desaparecido meses atrás acababa de ser detectada en una calle maloliente atiborrada de drogadictos y maleantes en el centro de la ciudad. Un hermano de ella me suplicaba que lo acompañara a buscarla, que la banda que seguramente la había secuestrado para prostituirla no se atrevería a enfrentarse o a herir a un sacerdote. Me cambié la camisa porque estaba empapada en sudor, me ajusté el *clergyman* y salimos con rumbo al infierno.

CAPÍTULO XIII

MENSAJES

1.

Te permiten hacer una llamada. Te conectas a la red de wifi de la estación y llamas a Miranda por WhatsApp. Ella te contesta enseguida:

—¿Dónde estabas, mi amor? ¿Estás bien?

—Sí, tranquila, seguimos investigando el caso con la policía y olvidé avisarte.

—Debes tener el buzón lleno de mensajes míos. Estaba tan angustiada.

—Por eso te estoy marcando. No te preocupes. Todo está bien.

—Ya casi regreso, mi amor, y podremos compartir unos días juntos. Mañana te aviso la hora exacta de mi llegada.

—Hablamos mañana. Sigo muy ocupado. Cuídate mucho, negra.

—Te quiero, Frank, no lo olvides.

Cuelgas y les das las gracias a los dos detectives por dejarte llamar. Luego ellos te conducen hasta un salón donde están las fotografías de las víctimas descuartizadas pegadas a la pared. Ves con horror la imagen de Mamá Larisa, la única que alcanzó a tener algo que ver contigo. El recuerdo de lo sucedido en el caserón de Usme vuelve a hacerte estremecer el cuerpo entero.

Lo primero que te muestran Almagro y uno de sus hombres son cuatro sobres enviados a la comisaría sin remitente, sin sellos y a nombre de Roque Almagro. Eso significa que los dejaron a la entrada y que seguramente le pagaron a algún niño para que hiciera el mandado. Muy difícil rastrear pistas por ese lado.

Abres el primer sobre y notas una escritura fina, delicada, con ese método antiguo de las minúsculas en un renglón y las mayúsculas en dos. Eso significa que debe ser alguien mayor, un hombre de cuarenta o cincuenta años, por lo menos. Echas un vistazo a la nota:

No saben con quién están tratando, ¿verdad? No hay pistas, no hay rastros, no tienen ni idea por dónde empezar a buscar. Su incompetencia solo riñe con su corrupción. Así que he decidido echarles una mano en vista de que los veo tan perdidos, tan desorientados. Espero que al menos me reconozcan este detalle que tengo con ustedes como un gesto de buena voluntad. Primer error: están buscando a un hombre. ¿Por qué? Sencillamente por prejuicio. No son capaces de imaginar la bestialidad femenina. Qué escasa imaginación, compañeros. Están ahí ganándose unos buenos sueldos con nuestros impuestos y no son capaces ni siquiera de imaginar bien la situación. Piensen, hagan un esfuerzo. Si fuera una mujer, podría ser cualquier compañera de trabajo, cualquier matrona de burdel, cualquier jovencita violada que fue conducida por otras mujeres a trabajar en el oficio más antiguo del mundo a las malas, como víctima de la trata de blancas. Es sabido de sobra que son las mujeres las reclutadoras de estas jovencitas, que las más viejas inician a las nuevas en el trabajo de la carne. Si no logran escapar de sus esquemas mediocres y sosos, al menos tengan entonces el coraje de renunciar, compañeros. Firmado,

Jackie, la Destripadora

Es una nota curiosa, pero nada más. Estás seguro de que se trata de algún desocupado o desocupada que ha visto en las noticias y en los periódicos el caso. No sabe nada más allá de lo que los cronistas han dicho al respecto.

La segunda nota viene escrita en una caligrafía torpe, rápida, colegial, como si se tratara de un recibo hecho a mano en alguna tienda de barrio:

Señores policías:

Detesto a las prostitutas desde mis años de colegio, cuando agarré con ellas la primera sífilis. Luego vino la gonorrea, los chancros y finalmente el sida. Toda la vida he estado expuesto a esas mujerzuelas inmundas que tanto mal le hacen a la humanidad. Lo peor es que ustedes las ven pavonearse por la calle vulgarmente, las ven robar e incluso atacar a los clientes, y no hacen nada. ¿Y saben por qué? Porque ustedes son sus cómplices, porque todos sabemos que reciben dinero, que están

comprados. Putos ladrones y mafiosos, eso es lo que son. Así que pongan atención muy bien. Seguiré exterminando ese foco de infección, fumigando, limpiando, ya que ustedes no van a hacer nada. Les seguiré destripando a sus amiguitas. Después, si Dios me sigue ayudando y protegiendo, continuaré con ustedes, partida de vagos, atracadores y malandros. No merecen el uniforme que llevan.

Su enemigo,

Jack

Igual que la primera nota, te das cuenta de que la persona que la envió, aparte de un gran odio por la institución, el cual compartes plenamente, no sabe nada extra, nada que no haya salido en los periódicos.

La tercera nota está escrita en una hoja de cuaderno y, como algo curioso, es una letra de máquina manual, algo que ya no se usa en ninguna parte. La tinta es tenue y no hay un solo trazo escrito a mano:

Las Sagradas Escrituras anunciaron hace muchos años este momento: la llegada de la Bestia, el final. Estamos en el Apocalipsis y ustedes, en lugar de ponerse en el bando correcto, pretenden ahora defender a las impuras, proteger la obra del Maligno. Los hombres estarán en las copas de los árboles para protegerse de la lujuria femenina. Eso anuncia la Biblia, que no estaría de más que la leyeran de vez en cuando. ¿Hasta cuándo tendremos que aguantar este reinado de maldad? Carne, carne, carne. Y a su alrededor, cientos de otros vicios: drogas, alcohol, perversiones por doquier. Todas las ciudades, todos los países, todos los continentes están convertidos en un gigantesco burdel. Satán es el rey de la carne, por allí nos conduce al infierno. Sexo con animales, sexo con niños, sexo con el mismo sexo. Ahora resulta que los hombres salen vestidos de mujeres e intentan convertirse en ellas. ¿No huelen la inmundicia, no les llega el hedor de tanta podredumbre? Por eso he decidido que ya no más, que el Señor me ha encomendado una misión: limpiar, sacar la basura, pasar el trapo para buscar de nuevo un poco de brillo, un poco de aire fresco. Y en lugar de sumarse a las huestes del Señor, de prepararse para la llegada de la Nueva Jerusalén, ustedes, como idiotas, le hacen el juego a su Jefe, el cachón, el cornudo. Pero

déjenme decirles algo: no me alcanzarán, no llegarán a mí porque Dios está conmigo, Él es mi pastor y nada me faltará.

El Ángel Exterminador

Te sonríes al ver el odio que la ciudadanía le tiene a la policía, una institución desprestigiada debido a sus altos índices de corrupción. Pero tampoco en esa nota percibes algo revelador, algo que ilumine el caso o que desenmascare el verdadero perfil del asesino.

El cuarto sobre te deja frío, sin aliento, y sabes desde el primer momento que no está escrito para Almagro, sino para ti. Es una letra minúscula, diminuta, con un cierto temblor que le da un aire terrorífico, como si hubiera sido escrita por un paciente terminal:

Los espíritus te han hablado, pero tú continúas sin escuchar. Ten cuidado. Con cada paso que das estás un metro más cerca de la horca. No solo van por ellas, también tú estás implicado, también tu alma está en juego. Escucha las voces, oye los mensajes, acata los designios que el cielo te envía. De lo contrario tu vida estará perdida. Después no digas que no te advertimos, que te dejamos solo, que no te ayudamos.

No hay firma y sabes que esas palabras son solo para ti. ¿Los espiritistas? ¿La médium? ¿Alguno de ellos se ha apiadado de ti y ha decidido enviarte un ultimátum, una última señal para guiarte en medio del desierto? Coges esa hoja y la pones aparte, sobre la mesa. Luego se la señalas a Almagro y él también asiente.

2.

Decidimos ir solos el hermano de la joven desaparecida y yo. Él tendría unos veinticinco años y era aguerrido, temperamental, pero al mismo tiempo cauteloso y prudente. Me cayó bien desde el comienzo. Lo había visto algunas veces rondando por el barrio, pero no iba a la iglesia nunca ni era creyente. Un vecino taxista se ofreció a llevarnos y a esperarnos en un lugar cercano el tiempo que fuera necesario.

El muchacho me explicó que había dado con su hermana gracias a unos amigos de la universidad que solían meterse los fines de semana a fumar opio en una «olla» camuflada del centro de la ciudad. Una noche cualquiera, mientras ellos estaban drogados arrojados en unos camarotes, sacaron a unos jóvenes de un cuarto y uno de los universitarios la vio delgada y ojerosa caminando en el grupo contra su voluntad.

—¿Y cómo sabemos que es cierta esa declaración? —le pregunté mirándolo a los ojos—. Si estaba drogado, pudo haber alucinado la escena perfectamente.

—Sé que ella está viva, lo presiento. Somos mellizos. Yo nací dos minutos antes. Toda la vida hemos estado comunicados de una manera misteriosa que no podemos explicarle a los demás.

—Pero no tenemos pruebas. Y no sabía que había fumaderos de opio en Bogotá.

—La mitad de los Llanos Orientales está sembrada de amapola, acuérdesse, padre. Entremos al fumadero, fingimos que somos adictos y esperamos a ver qué sucede.

No dije nada. Me quité el *clergyman* para no causar sospechas de ninguna clase. Y me dije que si la comunidad se enteraba de este nuevo disparate me expulsarían sin pensarlo.

Cuando llegamos, una llovizna tenue caía en un ángulo de cuarenta y cinco grados dándole al lugar un aire sombrío y lúgubre, como si estuviéramos

metidos en medio de una historieta gótica dibujada en blanco y negro. La casa quedaba al final de un callejón sucio. En los alrededores vagabundeaban varias momias, que es como llaman en la calle a los drogadictos que ya no tienen cómo pagar su dosis diaria y que en consecuencia mendigan no para comer, sino para conseguir algunos gramos de la sustancia, que se ha convertido en el eje de sus vidas. Seres flacos y desdentados que están al acecho también para atracar al transeúnte descuidado, si es necesario. Nos movimos rápido entre ellos con tal de no darles oportunidad para un ataque. Cuando llegamos a la puerta del lugar, me di cuenta de que alcanzaba a verse de lejos la iglesia de Monserrate en la montaña, iluminada entre la neblina como si fuera una nave espacial que estuviera aterrizando allá arriba, en las alturas de esos bosques de eucaliptos. Un guardia alto y gordo, con la cabeza afeitada, se nos plantó con mala cara en el umbral.

—¿Qué quieren?

—Dos puestos —dijo el joven con seguridad.

—Son cien mil pesos. Si quieren una pipa extra, son cincuenta mil más.

El joven me miró con una expresión que parecía decir «usted es el adulto, usted paga». Saqué la billetera y por fortuna tenía dos billetes de cincuenta mil, dos de veinte mil y unos cuantos de denominaciones menores. Le entregué el dinero al matón sin decir nada. Nos abrió la puerta y otro individuo al interior nos condujo hasta un salón repleto de camarotes ubicados en líneas paralelas donde personajes anónimos disfrutaban del viaje que les otorgaban sus pipas de opio. Una luz tenue se extendía por el salón y noté que del techo colgaban unas lámparas tapadas con papel celofán rojo. No parecía una ciudad tercermundista latinoamericana, sino una guarida camuflada en un barrio marginal de Bangkok o de Pekín.

Nos ubicamos en un camarote al final del salón. El joven se quitó los zapatos, los puso debajo del camastro y se trepó al segundo piso. Me di cuenta de que no era la primera vez que él entraba al lugar. Me descalcé también y me quedé en la cama de abajo. Una joven nos entregó las dos pipas encendidas y se retiró sin decirnos nada. Una especie de vigías rondaban los corredores entre los camarotes. Uno de ellos se quedó mirándome con cierta desconfianza y no se me ocurrió otra manera de no llamar la atención sino aspirar de mi pipa con cierto placer y quedarme con la cabeza recostada en una almohada alta de colores que permitía seguir fumando si uno quería. El vigilante siguió su ronda tranquilo.

Mi cabeza estalló en mil situaciones curiosas del pasado: volví a ver nuestros

experimentos con seres humanos, el viaje a la India, el original de *El libro de los demonios*, el aura de maldad en mi archivo de fotografías extraídas de periódicos y revistas. ¿Qué es la realidad?, me pregunté una y otra vez. ¿Este plano en el que tenemos que desenvolvernos debido a nuestros cuerpos es la única realidad posible? ¿No hay otros planos, otros estadios de la energía en los cuales habitan esos espíritus que hemos bautizado como demonios solamente porque les tememos, porque sabemos que son más fuertes que nosotros?

Y entonces, por entre la penumbra del lugar, con los ojos entreabiertos, alcancé a vislumbrar corrientes de energía que rondaban los cuerpos de los opiómanos, como chispazos que iban y venían de un individuo a otro. ¿No eran acaso los espíritus de los invisibles rondando, expulsando a los adictos de la materia que los componía? ¿No estaban los demonios expropiando con trucos y mañas a aquellos que ya no se identificaban consigo mismos?

Creí que habían pasado solo unos cuantos minutos cuando me percaté de que el joven había descendido del camarote. No me sentí con la suficiente fuerza como para buscarlo o averiguar dónde estaba. El cuerpo no me respondía. Había una distancia enorme entre mis piernas o mis manos, y mi cerebro. Si yo enviaba la información de moverme, de desplazarme, esa orden podía durar minutos u horas en llegar a los músculos encargados de ejecutar la acción. Había una disociación entre lo que pensaba y lo que mi cuerpo hacía. Era un estado de beatitud ideal para quedarse suspendido en la nada, para flotar por encima de la materia. El único problema era que de pronto alguno de esos espíritus que me rondaba desde la juventud decidiera entrar en mi cuerpo cuando yo no estuviera al mando. Entonces me llené de miedo, de un terror que me paralizó aún más.

Cuando menos pensé, fui sacado de mis elucubraciones por unos empujones secos que me obligaron a ponerme de pie. Dos de los guardias tenían al joven detenido y un tercero se dirigió a mí con agresividad contenida:

—Dice que usted es sacerdote. ¿Es verdad?

Noté que ya estaba de regreso dentro de mi cuerpo. Saqué el *clergyman* y un carnet de la congregación que me acreditaba como tal. El hombre revisó el carnet y dijo con desdén:

—¿Qué están haciendo aquí?

—Su hermana fue raptada y sabemos que está aquí —dije con una tranquilidad pasmosa que me otorgaba el opio, que aún estaba irrigando todo mi sistema nervioso central.

Nos condujeron hasta una especie de oficina donde un anciano canoso y con

barba revisaba unos cuantos libros de contabilidad. Apenas entramos, el tipo se quedó mirándonos con cuidado y de pronto abrió los ojos de par en par y me dijo con una sonrisa cómplice:

—¡No lo puedo creer! Ahora resulta que el doctor Frankenstein es sacerdote.

La droga me impedía pensar con rapidez. Lo ausculté con más cuidado y entonces lo reconocí: era uno de los traficantes de órganos que en el pasado nos había vendido miembros y cuerpos para nuestros experimentos. No pude evitar corresponder con otra sonrisa que indicaba que yo también, por entre la maraña del tiempo, había evocado nuestros antiguos y tétricos negocios. Él volvió a decirme:

—Ahora resulta que míster Bisturí está del otro bando.

—La chica es de mi parroquia. Es mi deber rescatarla.

—Eso es costoso, padre Frankenstein, usted lo sabe bien. Un donante vale mucho dinero. Sobre todo, si es joven.

Mi cabeza empezaba a responder cada vez mejor, pero aún no perdía esa calma, esa cierta placidez que brinda el opio. Dije con una seguridad que no me pertenecía, que provenía de una zona aún inexplorada de mí mismo:

—Algún día puede necesitar de mis servicios como médico. Un herido grave que no puede pasar por los hospitales legalmente porque le harían muchas preguntas, por ejemplo. O alguien que necesita un tratamiento o una inyección sin salir allá afuera.

—Interesante, padre, interesante. La vida de su pupila a cambio de sus servicios. Acepto. Ya sabe que si abren la boca usted se hunde con nosotros. En cualquier momento tendrá que pagar esta deuda que hoy adquiere, no lo olvide. Nosotros lo buscamos.

El hombre dio la orden y a los pocos segundos llegó la joven ojerosa, amarillenta y muy delgada. Parecía estar bajo el efecto de algún narcótico. El joven abrazó a su hermana entre lágrimas y le susurró al oído que ya todo había terminado. Nos estrechamos la mano con el jefe y salimos a la calle por una puerta trasera. Corrimos hasta el taxi donde nos estaba esperando el vecino que nos había acompañado. Solo en ese momento me di cuenta de que estaba caminando sin zapatos, que iba descalzo como un pordiosero, y por entre mi memoria que parecía actuar en cámara lenta recordé que los había dejado debajo del camarote que nos habían otorgado.

Cuando entramos al carro, el joven me dijo perplejo, sin salir de su asombro:

—¿Por qué conocía usted a esos tipos, padre?

—Cosas del pasado.

—¿Y qué es eso del doctor Frankenstein?

—Soy médico. Así me decían de joven.

—Esos malandros lo van a buscar después, padre.

—Prometimos no hablar de ello, acuérdate.

La información se filtró entre la gente del barrio y empezó a correr el rumor de que yo había pertenecido a bandas de criminales profesionales y que tenía un pasado turbio y espeluznante. La verdad es que no estaban tan equivocados.

3.

Leticia acudió a la FEP, Fundación para los Estudios Paranormales, y se entrevistó con el doctor Domingo Dávila para que le realizaran unos análisis. El médico era un hombre con aspecto bonachón, gordo, calvo y con unos lentes gruesos de marco de carey a la antigua. La hizo sentar en un salón y ajustó una cámara de video para grabar la sesión con ella.

—Espero que no te moleste que guarde memoria de nuestras entrevistas.

—No, señor, para nada —respondió Leticia.

—Bueno, me encuentro con Leticia Almanza, artista plástica nacida el 13 de febrero de 1996 en la ciudad de Bogotá, y quien muy gentilmente ha aceptado dialogar con nosotros. Me gustaría iniciar esta charla preguntándote desde cuándo sientes que tienes algunas facultades que podríamos catalogar como videncia remota.

—Me detuvieron por realizar un *performance* cuando estaba en la universidad. En la cárcel conocí a una mujer muy especial que me enseñó a meditar y a realizar ciertos ejercicios para mantener mi cuerpo atento y despierto. Tal vez por las condiciones del encierro, del exceso de silencio y soledad, y por el ayuno prolongado debido a la escasa alimentación, empecé a sentir que mi percepción se alteraba con el paso de los días. Entonces recordé que ya de niña había tenido sueños y visiones que en ese momento no supe cómo interpretar. Por eso elegí estudiar artes plásticas, para poder exorcizar esas imágenes.

—¿Cuáles de tus visiones se han cumplido con precisión?

—Pinté dos cuadros en donde dejé testimonio de dos escenas que se cumplieron con exactitud: el reciente ataque terrorista en la ciudad de Nueva York y el terremoto de Roma.

—¿Tienes esas pinturas contigo?

—Lamentablemente las vendí a unos turistas.

—Entonces no tenemos pruebas de esas anticipaciones.

—No, señor, no las tengo.

—¿Algo más que quieras anotar?

—Intuyo bien a las personas y sé si les espera algo positivo o algo nefasto más adelante.

—¿Has realizado alguna práctica que pudiera pertenecer al campo de lo que se denomina paranormal?

—Me realicé una regresión con una doctora certificada.

—¿Y qué apareció ahí?

—Vi a una pitonisa expulsada de uno de los antiguos oráculos griegos y me vi también como una bruja medieval que luego fue condenada y llevada a la hoguera.

—¿De ahí crees que te vienen tus poderes?

—Supongo, no lo sé. Por eso estoy aquí.

—¿Hay antecedentes de trastornos psiquiátricos en tu familia?

—Por el lado de mi mamá, creo que no. Por el de mi padre, no lo sé porque nos abandonó.

—Bueno, empecemos entonces con algunos ejercicios básicos. Voy a dibujar unas figuras geométricas en este blog y me gustaría que intentaras adivinarlas. ¿Lista?

—Sí, señor.

—Bueno, dime qué ves.

Leticia se concentró un par de minutos y luego dijo con un gesto de desilusión:

—Lo siento, no veo nada.

—Tranquila, no te preocupes. Relájate y siéntete como si estuvieras en tu casa. Ahora voy a abrir la página de este libro e intenta ver la página exacta y de qué trata el tema.

Pasaron de nuevo otros dos minutos y Leticia repitió el gesto:

—Nada, no veo nada.

—Quizá es muy formal todo esto y por eso no puedes fluir normalmente. Hagamos un ejercicio libre: dime si puedes intuir qué está pasando en el salón de al lado o en alguna de las dependencias de la fundación, algo que podamos constatar en este justo momento.

Esta vez Leticia estuvo cerca de cinco minutos agudizando su percepción, pero todo a su alrededor estaba igual y no presentía nada raro.

—Lo siento, no veo nada.

Y así, durante más de una hora, el doctor Dávila la puso a ver imágenes de películas para que anticipara lo que iba a suceder después, le pasó fotografías y le preguntó si podía descubrir de quién se trataba, le mostró artículos de prensa y le dijo que se concentrara para saber qué era lo que realmente había sucedido con tal o cual noticia en los días posteriores al reportaje que tenía al frente. Nada, Leticia no pasó ninguna de las pruebas. Era como si estuviera en un examen de astronáutica, de una materia de la cual no tenía ni la más remota idea.

El doctor Dávila, muy desalentado, le dijo para cerrar la entrevista:

—Lo siento, Leticia, pero no hay ningún indicio de que seas una clarividente. Quizá estás un poco sugestionada debido a la regresión que practicaste. De todos modos, fue un gusto conocerte.

Se levantó del asiento, se acercó a la cámara y la apagó. Luego se acercó a la puerta para despedirse y fue entonces que Leticia respiró profundamente y sus ojos lo miraron como si estuvieran atravesándolo, como si miraran más allá de él. Le dijo con una voz seca y apagada:

—Usted tiene un hijo adolescente. Dentro de poco tendrá problemas con él. No lo confronte, de lo contrario se verá en serios aprietos. Acompáñelo, trátelo con cariño, compréndalo. Él lo admira mucho y tiene miedo de defraudarlo más adelante. Tenga mucho cuidado.

—¿Revisaste alguna de mis redes sociales antes de venir aquí? —preguntó el doctor Dávila, con cierto fastidio.

—Hasta luego, doctor, que esté muy bien —dijo Leticia y salió del lugar con paso apresurado.

Esa tarde vagabundó por la ciudad al azar, sin saber muy bien a dónde dirigirse. Sintió una tristeza inmensa al darse cuenta de que no le hacía falta a nadie, ninguna persona la extrañaba, ningún ser humano necesitaba verla o escuchar su voz. Estaba completamente sola en un mundo que le daba la impresión de no ser el suyo, una especie de planeta por el que tenía que caminar, y dormir, y comer solo para guardar las apariencias y fingir que era como ellos. Pero no, ella en verdad sentía que era una alienígena, un bicho raro que había llegado a la Tierra proveniente de otra dimensión. Por eso le habían sido prohibidos los abrazos, los besos, las caricias, la ternura física, el contacto con otro cuerpo, con otro ser que le diera cariño y algo de comprensión. No, lo suyo era el aislamiento, el silencio y ese continuo monólogo que no desaparecía nunca de su cabeza.

Sin embargo, esa tarde extrañó al colectivo Caos, los *performances*, los deseos de cambiar el mundo. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Dónde estarían ahora? ¿Habrían vuelto a la universidad a terminar sus respectivas carreras?

Leticia entró en una iglesia y se sentó a meditar unos minutos. Entonces le llegó la visión: el individuo de la sesión de espiritismo estaba siendo atosigado por los hijos de Lilith, por estos seres provenientes de otra dimensión que ya saben que pueden vencerlo. No solo el sacerdote tendrá que librar una batalla ardua y accidentada en el mundo espiritual, sino también este hombre que no escucha, que no sabe el riesgo tan alto que está corriendo. Lo atacarán a él y a los seres cercanos que ama. Será un ataque despiadado del que no sabrá cómo escapar.

Cuando sale de allí compra en un café Internet unas hojas de papel bond y unos esferos micropunta. Se cuida muy bien de no ir a dejar huellas en el papel y escribe una nota rápida con una letra que no es la suya:

Los espíritus te han hablado, pero tú continúas sin escuchar. Ten cuidado. Cada paso que das estás un metro más cerca de la horca. No solo van por ellas, también tú estás implicado, también tu alma está en juego. Escucha las voces, oye los mensajes, acata los designios que el cielo te envía. De lo contrario, tu vida estará perdida. Después no digas que no te advertimos, que te dejamos solo, que no te ayudamos.

Leticia mete el papel en un sobre, busca en la red la dirección de la comisaría de policía que está investigando el caso de los asesinatos de trabajadoras sexuales y manda la nota sabiendo que en algún momento le llegará a esa especie de detective que está cerca de descubrir el caso, pero que no sabe que él es en realidad el objetivo final.

Ese gesto de volver a advertirle al hombre le otorga cierta tranquilidad. Está segura de que se viene un huracán tan devastador que será muy difícil que él logre seguir de pie. El viento se lo llevará.

Al mediodía siguiente, en su correo electrónico, aparece una invitación a chatear proveniente del doctor Dávila. Ella hace caso omiso y cuando va a salir de la red, en un rincón de la pantalla, alcanza a ver un par de frases que son una súplica:

Necesito hablar contigo, por favor. Se cumplió todo lo que me dijiste.

No deseo volver a la fundación —escribe Leticia en el chat sin estar muy segura de lo que está haciendo.

Lo entiendo perfectamente, no te preocupes. Solo quería contarte que discutí con mi hijo por un poco de cannabis que le encontré en su cuarto. Y en la noche intentó suicidarse.

Leticia no escribe nada en la pantalla y vuelve a aparecer una entrada del doctor Dávila que dice:

Tú lo sabías, lo viste con claridad. Ahora sé que no eres un fraude. Hablemos, por favor. Es importante que investiguemos sobre tus poderes.

Leticia piensa bien, se queda quieta, y finalmente pone las manos en el teclado y escribe de manera muy escueta:

Siento mucho lo de su hijo. Adiós.

Y sale del chat sin darle tiempo al doctor Dávila de que continúe con la conversación. No quiere saber más de ese fulano ni de sus investigaciones paranormales.

CAPÍTULO XIV

UNA VOZ DESDE LAS TINIEBLAS

1.

Durante días estuve pensando en esos jóvenes que ahora secuestraban para venderlos como futuros donantes. Algún multimillonario aparecía necesitando un hígado o un riñón, dispuesto a pagar una fortuna por él, y entonces le solicitaban su tipo de sangre, le pedían sus exámenes médicos, y la banda se encargaba de encontrarle el órgano perfecto, el donante ideal. Seguramente, esos muchachos tenían que permanecer en celdas subterráneas durante semanas o meses esperando el momento del sacrificio, el instante en el que debían entregar sus vidas para salvar la de quién sabe quién al otro lado de la ciudad, alguien que vivía entre lujos y riquezas y que se aferraba a la vida a toda costa. No dejaba de ser perturbador imaginar a esos chicos allí encerrados como si fueran conejillos de Indias metidos en la jaula de un laboratorio.

Decidí enviar un anónimo a la policía, dirigido expresamente al director de esa institución. Trabajé en ese documento durante varios días y al fin, desde una oficina de correos, lo mandé con un nombre falso y unos datos inexistentes. Me cuidé mucho de no ir a dejar huellas en el sobre ni en las tres páginas impresas que iban dentro. Expliqué lo del fumadero de opio y lo de los secuestros de colegiales para traficar con órganos. Di la dirección y expliqué cuántos hombres, más o menos, conformaban la organización. Al final, en una invocación, escribí:

A partir de este momento queda usted enterado. Si no hace nada, quedará como cómplice de esos malhechores y su alma se pudrirá en los infiernos para siempre. Sálvese, ayúdese a usted mismo ayudando a los demás.

Por esos días se presentó una madre atribulada en la parroquia y me suplicó que visitara su casa porque su hijo acababa de sufrir unos espasmos incomprensibles. Le recomendé que lo llevara al hospital. Ella me dijo que ya lo había hecho, que le habían hecho todo tipo de escáneres y tomografías

cerebrales, y que los resultados arrojados eran incomprensibles: todo parecía estar perfectamente y en orden.

—Pero mi hijo continúa empeorando, padre, y estoy desesperada. Ya no sé qué hacer.

Recordé al alumno del colegio años atrás y lo que menos quería era involucrarme ahora en un caso similar. Menos aún después de los sucesos de los últimos días.

—Lo siento, pero la congregación no acepta en este siglo ya casos de posesión. No tengo autorización para algo así.

—No le pongamos nombre, padre, por favor. Yo no le estoy pidiendo un exorcismo ni nada por el estilo. Usted es también médico. Solo le pido que lo visite, que le eche un vistazo. ¿A quién acude uno cuando necesita ayuda espiritual si no es al sacerdote de su parroquia? ¿Para qué están ustedes entonces, padre?

Tenía toda la razón. Incliné la cabeza y acepté.

Desde que cruzamos el parque del barrio y empezamos a acercarnos a la casa donde estaba el muchacho recluido sentí que me iba a enfrentar a algo muy oscuro que estaba aguardando por mí. Otra vez, pensé con angustia. No sé cómo explicarlo, pero era como si supiera que me estaban armando una trampa de la que me sería imposible escapar. Quizá a eso es a lo que llaman un destino trágico: Edipo sabe que se dirige hacia el horror pero no puede detenerse porque ese es su *fatum*, porque debe cumplir la línea trágica que los dioses han trazado para él.

El olor desde el principio me indicó a qué me iba a enfrentar: parecía como si acabaran de vomitarse por toda la casa y no hubieran limpiado el lugar. Sin embargo, todo estaba impecable y brillante como un espejo.

—Hemos revisado todas las cañerías y no hay ningún escape ni filtración — dijo la mujer, como excusándose por la fetidez.

Le pedí que me dejara ver al muchacho a solas. Ella me dijo que tuviera mucho cuidado porque solía arrojarles excrementos a los visitantes. Añadió dándose la bendición:

—Lo tenemos amarrado y con pañal, padre, pero aun así se las ingenia para atacarnos a veces. Ya no sé qué hacer...

Y se puso a sollozar. Le pedí que se calmara y que por favor no fuera a entrar, escuchara lo que escuchara. Caminamos hasta la entrada a la habitación.

Ella le ordenó a una empleada que saliera del lugar y que la esperara en la cocina:

—María, vaya haciendo algo de comer, por favor —le dijo poniéndole una mano en el hombro, con cierta cordialidad amistosa que implicaba un vínculo muy estrecho entre ellas dos.

—Sí, señora —respondió ella y se retiró.

—Una cosa más, padre —me advirtió en voz baja—. No le vaya a echar agua bendita porque se enfurece, puede soltarse, atacarlo y hacerle mucho daño. Míreme cómo me tiene.

Y se levantó la blusa y me mostró moretones, arañazos y varias cicatrices con sus costras aún esparcidas por la clavícula y el hombro derechos.

—No se preocupe, no traje agua bendita.

—Cualquier cosa nos llama, padre.

—Gracias.

Y se retiró por el corredor rezando y dándose la bendición una y otra vez. Me di la vuelta, crucé el umbral y cerré la puerta. Era la típica habitación de un adolescente con afiches de cantantes y de deportistas famosos en las paredes. Él estaba amarrado a una cama con cuerdas y con correas que le sujetaban los brazos, las piernas y el pecho. Tenía el cabello revuelto y los ojos inyectados en sangre. El olor era apestoso, hediondo, como si llevara varios días orinando y defecando sin cambiar los tendidos de la cama. Un sonido gutural se extendió por la habitación, como si un gato gigante acabara de ronronear en voz baja. Me quedé de pie a unos dos metros del joven.

—Nos volvemos a ver, padre. Era una cita pendiente —dijo una voz cavernosa en plural, como esos cantos gregorianos que van al unísono pero que permiten reconocer al grupo detrás de las palabras enunciadas.

—Sí, por fin —dije con resignación—. Ya estoy cansado de esperar.

El joven rio satisfecho y siguió hablando con esa misma voz subterránea:

—Tenía que cumplir antes con otros asuntos pendientes.

Acerqué una silla y me senté. Suspiré. La verdad es que estaba cansado. Ya no podía más. Que fuera lo que fuera.

—¿Cómo te llamas, cuál es tu nombre?

—Antes debe entender que ha estado equivocado toda su vida. Ordenarse sacerdote fue un gran error.

—No quería sanar la materia, sino el espíritu.

—Es el ejército equivocado, padre, lo sabe muy bien.

—He servido a mis semejantes honestamente.

—¿Recuerda la escena de Jesús en el desierto, padre?

—El ayuno, las tentaciones, la contemplación de su misión cara a cara. De allí salió fortalecido.

—Se equivoca, padre.

—No pudiste con Él, lo tentaste y fallaste.

—Al revés. Le ofrecí ser el Cristo, el famoso, el redentor, el hijo de Dios, y aceptó. Le dije que el mundo se dividiría antes y después de él, y dijo que sí.

—Mentira. Eres el mañoso, el calumniador.

—Piénselo bien. Hubiera podido ser un líder espiritual más, como tantos otros de su época.

—No quiso poder, ni gloria ni dinero.

—Elegió ser el Crucificado, el Santo, el Elegido, el que está sentado a la diestra de Dios Padre. No es cualquier reputación. Es el máximo papel, el rol por excelencia, el protagonista central de la historia.

—Falso, eligió ser el hijo de un carpintero común y corriente.

—Mire las iglesias por todo el planeta, el oro que corre a montones en las limosnas y las inversiones de las distintas congregaciones, las obras de arte, los libros, las vidas como la suya entregadas a Él. No es cualquier hijo de carpintero. Es el símbolo que está en las medallas, en los crucifijos, en los retablos. Por todo el planeta está su Divino Rostro representado.

—Él eligió estar entre ladrones y prostitutas, entre gente del común, entre pescadores. No hay en ello ninguna vanidad.

—Pudo haber pasado desapercibido, ser cualquiera, morir como un predicador más entre sus discípulos. Pero no, eligió ser el más reconocido de todos, el más famoso, ante el cual debían inclinarse todos los reyes y los gobernantes del mundo.

—Murió de la peor muerte que puede imaginar un ser humano.

—En el desierto, sin que nadie lo supiera, él perdió esa batalla, se rindió. No quiso ser uno más, no se resignó al anonimato. Eligió ser el gran Fanfarrón, el gran Presumido, el gran Arrogante.

—Por algo le temes a los símbolos sagrados y al agua bendita. Porque son superiores a ti.

—No les temo, me dan asco. Son elementos sucios e impuros.

—Él nos enseñó a estar entre los humildes y los menesterosos.

—No, Él les enseñó a vanagloriarse de su sufrimiento, a regodearse en él. Yo

le ofrecí la máxima fama posible, el pedestal más alto, y Él aceptó.

—Su estrategia siempre ha sido la mentira.

—Piense bien, sacerdote. No es cualquiera. Por eso le dijo a Judas que lo delatara. Él mismo lo envió. Porque deseaba convertirse en el gran Mártir, en el gran Inmolado, en la gran Víctima. ¿Quién puede competir con Él en disputarle el puesto del gran Sacrificado? Nadie. Ese fue el rol que Él pidió y yo se lo otorgué.

—No voy a escuchar más mentiras. Solo le diré que esta vez no va a salir victorioso.

—Cuidado, padre. La jactancia es una forma de orgullo y de engreimiento. Es un pecado capital.

Una risa grave se extendió por el recinto. Salí de allí exhausto, como si acabara de correr una maratón. Llegué hasta la sala de la casa y me derrumbé en el sofá. Le pedí a la madre del joven un vaso de agua. Me dolía la cabeza y tenía ganas de vomitar.

—¿Sí nos va ayudar, padre?

Y, entre sorbo y sorbo de agua, asentí.

2.

Le cuentas a Almagro todo lo sucedido con los espiritistas en la sesión de aquella noche que ahora te parece lejana, como si hubiera pasado hace años, y después le explicas lo ocurrido durante la visita a Mamá Larisa. Obvias la escena con la joven porque aún no sabes muy bien qué fue lo que pasó, quién era ella, de dónde salió, qué se hizo. Le dices que cuando despertaste del trance producido por el brebaje que te dieron estabas ya con el pantalón mojado y que te diste cuenta de que habías eyaculado, quién sabe cómo. Luego vino la entrada de la secta y el ritual en el jardín, que solo alcanzaste a ver desde la distancia que te permitía tu ubicación amarrado y retenido contra tu voluntad en una de las salas del caserón. Almagro ha encendido una grabadora y tiene tu testimonio registrado. Los demás hombres permanecen callados, pero siguen el hilo de tu relato con atención, embebidos, quizá haciendo relaciones o armando hipótesis mentalmente. Cuando terminas, Almagro se queda pensativo, camina unos pasos por el salón y te dice con auténtica preocupación:

—A ver si estoy entendiendo bien la situación, Molina. Primero tuvimos la hipótesis del imitador de Jack el Destripador. El primer crimen indicaba algo así. Aunque usted no lo crea, nosotros empezamos a estudiar el caso y nos dimos cuenta de la similitud, en efecto. Con el segundo crimen nos llegó una especie de cita de Poe, escritor de cuentos de terror. Eso nos redondeó el perfil de un asesino culto, sofisticado, leído, pero nos puso sobre alerta con respecto a usted, que misteriosamente todo lo sabía y todo lo descubriría antes que nosotros. Por eso lo tuvimos que interrogar. La tercera víctima no entra dentro del perfil porque creímos que era un transexual.

—¿No lo era? —preguntas con curiosidad porque dentro del esquema tuyo tampoco encaja muy bien.

—No, era un andrógino, un caso raro dentro de la medicina. En algún momento optó por ser mujer y se operó sus órganos masculinos. Pero en la

autopsia el médico descubrió que sí tenía útero y unos ovarios atrofiados, diminutos, pero existentes. Es como si el asesino lo supiera todo en detalle, como si hubiera estudiado cada víctima con una precisión clínica.

Esto te indica que la tercera víctima fue penalizada por haber optado, por haber decidido entre los dos géneros el maldito, el rechazado, el pecaminoso. En sentido estricto, sí era una mujer y por eso había que asesinarla. Almagro continúa:

—Aquí fue cuando usted nos indicó la misoginia y nuestros expertos confirmaron su hipótesis. Por eso compartimos con usted la idea de un fanático religioso, de un antiguo seminarista que hubiera sido contagiado con alguna enfermedad venérea. Y fue entonces que vino la persecución por el Cementerio Central de un encapuchado que al final se escapó sin dejar rastros. Algo muy curioso que, sin embargo, nos indicó que estábamos en la línea correcta, buscando a un asesino serial que seguía todos nuestros pasos y nos vigilaba de cerca. Sobre todo a usted, Molina.

—Nunca le vi la cara y por eso no pude hacer un retrato hablado del hombre —dices levantando los hombros en señal de impotencia.

—Al descubrir que todas estas mujeres sufrían enfermedades terminales, la hipótesis del ultracatólico misógino cabía a la perfección, solo que usted nos puso esta vez en una nueva dirección: del mismo modo que el enfermero japonés había eliminado a los pacientes con incapacidades recientemente, nuestro individuo parecía estar imitándolo. Eso nos obligaba a mirar a trabajadores de la salud en geriátricos o instituciones de enfermos mentales, alguien que, debido a su buen corazón, estaba en realidad llevando a cabo una misión noble y ejemplar: ayudar a morir a los que tanto sufren. No eran crímenes como tales, sino eutanasias. ¿De acuerdo, Molina? ¿Voy bien?

—Completamente —dices inclinando la cabeza con humildad.

—Esto lo hago para que deje de sentir ese airecito de superioridad, Molina, y vea que, aunque no somos ningunos expertos, ni hombres muy cultos que digamos, sí somos juiciosos y hacemos la tarea. El problema vino enseguida. Usted se nos desapareció del radar y resulta que estaba en una sesión de espiritismo con un grupo de adeptos a lo paranormal. Alguno de ellos, según parece, le envió esta nota aquí, a la comisaría, creyendo que usted trabajaba con nosotros de manera más estrecha.

—Así parece —dices empezando a sentir una fatiga que te agobia y que te hace extrañar tu cama, la soledad de tu casa, el silencio conventual que allí te

rodea.

—De allí, no sé cómo, usted llegó a Mamá Larisa.

—Una informante de la zona me contó que la mayoría de ellas abortaban con esta mujer y que ella las adoctrinaba, les enseñaba a no malgastar ese poder que tenían de engendrar, de dar vida. Por eso la idea de una bruja y sus adeptas cabía sin problemas.

—Lo cierto es que usted llega a Usme en busca de esta extraña mujer y le sucede allí todo lo que nos acaba de contar. Nosotros estábamos aún muy lejos de esa pista. Enviamos a nuestros hombres porque los vecinos nos llamaron y nos dijeron que habían visto a un individuo sospechoso rondar la zona y entrar a la casa de la señora de manera fraudulenta. Nos contaron que vivía sola y que quizá la estaban atracando o secuestrando. No teníamos ni idea de que esta voz de alerta estaba relacionada con el caso, cuando, oh sorpresa, ¿a quién nos encontramos en medio de un ritual macabro y sangriento? De nuevo a nuestro amigo, Frank Molina.

—¿A un solo hombre dijeron los vecinos?

—Exactamente. El problema ahora es que resulta que, según usted, no estamos buscando a un asesino serial, sino a varios, a una especie de secta secreta de adoradores de la masculinidad que han decidido exterminar a las antiguas hechiceras. ¿Y entonces por dónde comenzamos? Estamos otra vez al principio y no podemos salir a decirle eso a la opinión pública, y mucho menos a nuestro alcalde, que quiere resultados ya mismo.

—Yo tampoco sé cómo encontrarlos —confiesas, sintiendo una angina que se toma la mitad izquierda de tu cabeza.

—La prensa no ha hecho sino criticarnos y la gente hace chistes en todas partes sobre este caso. Hasta grafitis empezaron a aparecer haciendo alusión a la superioridad del supuesto Jack sobre nosotros. No podemos salir ahora con el cuento de que no es un individuo, sino varios, y que están actuando todos sincronizados y muy bien entrenados. Es un disparate.

No sabes qué decir. La verdad es que Almagro te acaba de sorprender con un análisis muy detallado del caso. Y tu cabeza a punto de reventar tampoco te ayuda mucho. Quizá lo mejor sea suprimir los medicamentos para ver si logras equilibrarte un poco.

—Entonces, Molina, el único favor que le voy a pedir de aquí en adelante es que no haga nada sin avisarnos, sin pedir nuestro apoyo. Nosotros le enviamos refuerzos apenas usted nos indique. Le vamos a dar un número clave y solo tiene

que marcarlo. Vamos a registrar su celular y apenas suene la llamada ya sabemos que es usted y dónde se encuentra. ¿Le parece bien?

—Por supuesto —dices con la cabeza gacha y respirando con dificultad debido al fuerte dolor que te aqueja.

—No se le ocurra iniciar ninguna investigación sin avisarnos antes. En cuanto a la secta espiritista, vamos a enviar a una de nuestras mejores detectives a investigar, a ver si descubrimos quién envió la nota. Bueno, muchachos, a trabajar. Miren a ver si alguno de los vecinos tomó las placas de al menos uno de los carros de los sospechosos en Usme, sigan entrevistando a las trabajadoras sexuales de la zona, vigilen, busquen. Necesitamos solucionar este caso cuanto antes. Recuerden que tenemos al alcalde respirándonos en la nuca.

Todos salen y solo quedan Almagro y tú en el salón. El dolor te dobla el cuerpo y te obliga a ponerte la mano izquierda en la cabeza.

—¿Quiere una aspirina? —te pregunta Almagro amigablemente.

—Cuando llegue a mi casa me tomaré algo, gracias.

—Hay algo que quiero comentarle antes de que se vaya, Molina.

—Sí, claro.

—Consultamos a los mejores expertos para este caso. Llamamos, por ejemplo, a un profesor universitario que escribió un libro sobre asesinos seriales, Miguel Mendoza Luna, y él nos confirmó algunas de sus hipótesis. Cuando analizamos sus muestras de sangre, el médico a cargo nos dijo que este tipo de sustancias eran muy raras y que solían usarse en la antigüedad para rituales que aún no comprendemos muy bien. Entonces consultamos a una profesora de botánica y nos dijo que las plantas que Mamá Larisa cultivaba en su jardín se usaban en su gran mayoría como pócimas mágicas. Encontramos hongos alucinógenos, amapola suficiente para preparar distintos derivados del opio, enredaderas amazónicas que son usadas como medicamentos por varias de las tribus de esa zona selvática, y yagé, entre tantas otras. Todo parece indicar que era una mujer conocedora de hipnóticos y calmantes muy potentes.

—Sin duda —dices, volviendo a sentir de nuevo el efecto de la cámara lenta.

—En las muestras de sangre que le tomamos aparece también un pequeño rastro de dimetiltriptamina, cuyo nombre científico es *Banisteriopsis caapi*, más conocida como ayahuasca. Según parece, lo que esa señora le suministró fue una droga muy potente que le exagera la percepción erótica y que encima de eso lo pone a alucinar, lo desdobra, lo saca de usted mismo. Puede llegar a sentir

incluso lo que algunos llaman un viaje astral, una salida de su cuerpo físico. Eso explicaría la mancha de semen en su ropa.

No piensas por nada del mundo confesarle a Almagro lo que crees que te sucedió con esa muchacha que te enloqueció, esa jovencita cuya fragancia aún te hace estremecer. Eso no. Todo está lo suficientemente enredado como para echarte la soga al cuello tú mismo.

—Lo siento, no recuerdo bien —dices con la voz apagada, como si las cuerdas vocales estuvieran funcionando a media marcha.

—Es apenas comprensible. Usted acaba de ser víctima de un envenenamiento. Se parece a los que han ingerido escopolamina. Es posible incluso que en estos días tenga algunos problemas de memoria. Bueno, no lo quiero retener más en contra de su voluntad. Vaya a su casa, repose y duerma bien. Y no se le olvide, Molina: cualquier cosa, por favor llámenos. No siga moviéndose así, como un lobo solitario.

Le das la mano a Almagro y sales del lugar sintiendo ya lancetazos de dolor en la mejilla y el ojo izquierdos. Cuando pisas la calle no sientes ningún alivio. La luz te hace daño y te obliga a entrecerrar los párpados. Y lo peor es esta sensación interna que tienes, esta angustia que parece indicarte que de aquí en adelante, en lugar de irse solucionando el caso poco a poco, lo que va a ocurrir es que se enredará hasta el punto de destruirte sin esperanza alguna.

3.

En la medida en que iban pasando los días, Leticia se sentía más agobiada, más sola, sin un hombre amigo en el cual poder reposar. Desde la salida de la cárcel su madre no había querido volver a hablar con ella y la consideraba una especie de delincuente sin futuro alguno. No era fácil lidiar con esa imagen que se había hecho de ella, pero había algo más que Leticia sospechaba sin poder contárselo a nadie: que su madre había aprovechado sus errores para quitársela de encima, para no tener más responsabilidades, para no cumplir con las obligaciones de la matrícula y la manutención hasta que terminara la carrera. Así las cosas, Leticia había preferido entonces irse de la casa y liberarla de una vez por todas de esas cargas que tanto la fastidiaban.

Una noche, en plena sesión de meditación en su habitación, vio que en el mundo entero había muchas personas que compartían sus dones, su capacidad para ir y venir por el tiempo y el espacio. Eran imágenes en desorden, un tanto caóticas, pero logró vislumbrar algunos rostros, algunos nombres y sus edades. En Salvador de Bahía vio a una mujer de unos cincuenta años de edad llamada Florinda, que sanaba a una cantidad de enfermos solo poniéndoles sus manos sobre las zonas afectadas. Estaba en contacto con entidades superiores que la ayudaban a ayudar, como decía ella. Pacientes incluso de enfermedades terminales se habían sanado gracias a su energía y a la infinita placidez que emanaba de todo su ser.

En el rincón de un pequeño pueblito de Ohio vio al señor Steven Taylor, que desde niño había sido visitado por imágenes sobrecogedoras de cataclismos y tornados que arrasaban con ciudades enteras. Al comienzo las autoridades creyeron que el señor Taylor era un fraude y que se había fijado con atención en el comportamiento de los animales (perros, gatos, pájaros) para anticipar los hechos. Como tenía un pastor alemán, y dos etólogos habían escrito un artículo afirmando que los perros podían anticipar sismos y tormentas debido a una

percepción que iba más allá de los sentidos tradicionales humanos, los investigadores creyeron entonces que el señor Taylor lo único que hacía era fijarse en el nerviosismo de su animal para saber cuándo se avecinaba el terremoto o el tornado que arrasaría con todo a su paso. El problema para los bomberos y los organismos de socorro comenzó cuando el señor Taylor los empezó a llamar a otros estados muy distantes a prevenirlos y a advertirles de lo que estaba por suceder. Incluso hizo advertencias de costa a costa que se cumplieron con precisión matemática. Y era imposible que él hubiera podido mirar el comportamiento de los animales en esas zonas, pues los registros de la policía confirmaban que no había tomado trenes, ni aviones ni autobuses. Los vecinos corroboraron, además, que el señor Taylor no se había movido de su casa ni de su tienda de eléctricos que tenía en el pueblo. Así que finalmente las autoridades terminaron por aceptar lo inaceptable: que este tendero de clase media, soltero y sin hijos, tenía el poder de predecir catástrofes a distancia. Por eso, cuando una llamada suya entraba a la jefatura de bomberos, todo el mundo empezaba a prepararse y a sentir que de ese momento en adelante estaban en una carrera contra el tiempo.

La última imagen que Leticia vio fue la de otra mujer llamada Tzevetana Zaridova, en Hungría, que trabajaba con la policía de su país resolviendo casos de asesinato. Llevaba más de cien aciertos comprobados y le bastaba tener una prenda de la persona desaparecida o del cadáver para saber qué había sucedido y cómo habían matado a la víctima. Ni una sola vez había dejado algún caso inconcluso. La policía no sabía de dónde le venían sus facultades como vidente, pero llevaban más de veinte años llamándola y contando con ella para resolver los casos más complicados.

¿Eran los clarividentes, los sanadores y los hipnotistas una red de apoyo, una especie de telaraña espiritual que ayudaba a los humanos a soportar su difícil tránsito por este mundo? ¿Eran los brujos y los chamanes puentes, contactos con esas otras dimensiones que la gran mayoría no podían ver ni percibir? ¿Y ella, Leticia Almanza, a qué había venido a este mundo, cuál era exactamente su misión?

Esa noche durmió alterada, tensa, y no pudo conciliar el sueño tranquilamente. En las horas de la mañana, mientras desayunaba en la cocina un poco de cereal con yogur, la madre de Cristina le comentó con cierta angustia en la voz:

—¿Viste que mataron a otra mujer?

—¿En la zona de tolerancia?

—No, en Usme. Parece que era una señora que ayudaba a abortar a las trabajadoras sexuales.

Leticia sintió que una corriente eléctrica le atravesaba la columna vertebral y dijo paralizada, sin poder llevarse la cuchara de cereal a la boca:

—¿Era una señora de edad?

—Parecía como una especie de yerbatera porque también sanaba y preparaba filtros y pócimas. Pobre mujer.

—¿Dónde viste la noticia?

—Está en todas partes. En la tele también. Le decían mamá no sé qué.

Leticia terminó de desayunar para no llamar la atención, se bañó y salió apresurada hacia el caserón de Usme, donde ya había estado vigilando a su antigua amiga. Cuando llegó, vio que habían dejado a dos agentes de policía custodiando el lugar. Se hizo en la misma tienda de la primera vez y compró el periódico para leer acerca del caso. La anciana dueña del local le habló desde el otro lado del mostrador:

—¿No le dije la última vez que esa vieja era peligrosa? Y mire con las que salió: dizque metida en venganzas y asesinatos. Qué horror.

—¿Venganzas por qué?

—Ahí también vendían drogas, ¿si no de dónde sacó tanta plata para empezar a comprar toda la cuadra? Esa vieja era una mafiosa.

—Pero aquí dicen que fue el asesino que mató a las prostitutas del centro de la ciudad —dijo Leticia, señalando el periódico que tenía entre las manos.

—Lo mismo, eso son ajustes de cuentas entre hampones. No es por meter cizaña, pero ahora el barrio va a estar mucho más tranquilo. Nosotros siempre hemos sido gente pacífica y trabajadora.

Leticia se tomó dos jugos, se leyó el periódico completo y se dio cuenta de que al mediodía los dos agentes tenían que retirarse a almorzar y no había reemplazos. Seguramente se tomarían una hora para comer y regresarían a hacer guardia. Era el único tiempo que tenía para entrar y revisar la casa. Se despidió de la señora dándole las gracias y caminó desprevenidamente hacia el paradero de buses para no ir a llamar la atención. En una bocacalle torció por entre unos matorrales y dio la vuelta hasta encontrarse en la parte trasera de la casa de Mamá Larisa. No era difícil saltar la barda apoyándose en un tronco que estaba cerca, y Leticia trepó rápidamente y saltó al otro lado. Reconoció las plantas en el jardín y otras especiales que estaban en invernaderos separados con la

temperatura y la humedad controlada: mandrágora, evónimo, belladona, peyote, amapola. Un ramalazo de nostalgia ancestral, que cruzaba los siglos y las edades, le alcanzó a cortar el aliento por unos minutos. Esas habían sido siempre sus plantas, sus amigas, las multiplicadoras de su poder. Se lamentó por no haber alcanzado a llegar a tiempo para salvar a Mamá Larisa, su cómplice en otra existencia, su compañera de celda y de suplicios, la que había terminado por convertirse en su hermana de destino.

Caminó por el lugar, recorrió las distintas dependencias de la casa y sintió que allí, en efecto, había un poderoso vórtice de energía que superaba todo lo que hasta entonces había experimentado. En el jardín aún estaba la sangre de su amiga en el piso. La policía no se había tomado el trabajo de limpiar siquiera el reguero de sangre que el cuerpo de la víctima había despedido en distintas direcciones al ser acuchillado bestialmente.

En un instante en el que no pudo controlar la intensidad energética que emanaba de la sangre de su amiga, Leticia cayó al piso y vio con nitidez cómo la habían degollado y descuartizado en el centro del jardín. El individuo de negro, el mismo que ella había perseguido y perdido en el Cementerio Central, había sido el encargado de quitarle la vida a esa mujer que en un pasado remoto había tenido un final muy similar. Lo curioso es que Leticia vio al fondo de la escena a otro hombre, el mismo de la sesión de espiritismo, el supuesto detective del caso. Estaba mareado, alucinando, y creía que no era un solo hombre, sino varios. Bajo el efecto de algunas sustancias que le habían sido suministradas, desdoblaba el espacio, el tiempo y a las personas. Todo era múltiple, plural, pero él no podía comprenderlo muy bien. No había alcanzado a ayudar a la vieja anciana y había quedado como el principal sospechoso. De eso se trataba todo, de implicarlo, de acorralarlo, de ir creando a su alrededor un cerco que lo asfixiara y lo condujera a esa locura que desde siempre lo había rondado.

Leticia tomó aire y se puso de pie. Siguió recorriendo la casa hasta que llegó a una especie de bodega oculta detrás de una puerta cancel. En una de las paredes había un *collage* de recortes de prensa que estaban clasificados por secciones: catástrofes de todo tipo, casos individuales de destinos trágicos, cambios climáticos a nivel global e informes de expertos en ecología que anunciaban un colapso social en los cinco continentes. Los artículos, las fotografías y los titulares recortados ocupaban el muro completo. Leticia calculó que podían ser unos tres metros de alto por cuatro de largo. Y entendió que no era un archivo ni la simple recopilación de casos que le interesaran a Mama

Larisa, sino que eran la constancia de sus visiones, de casos que ella había vislumbrado con anterioridad y que se habían cumplido a carta cabal. Sintió tristeza al imaginar a su amiga atormentada durante años por esas imágenes de sequías, hambrunas y casos particulares de accidentes y enfermedades letales. Sabía por experiencia propia que tener ese poder no hacía a nadie poderoso. Todo lo contrario: convertía al vidente en un sujeto nervioso, enfermizo y acongojado al que le quedaba muy difícil disfrutar y celebrar la vida que le había sido otorgada.

Leticia revisó con cuidado el muro y notó que en un rincón, en pequeñas cartulinas de colores, había anotaciones a mano que anunciaban deshielos, grandes inundaciones y ataques terroristas de gran envergadura tanto en Europa como en Estados Unidos. Eran las profecías de Mamá Larisa que estaban por cumplirse, las que aún no habían sucedido. Vio que hacían referencia a sismos y tsunamis que borran del mapa a Japón, a cortos circuitos en las redes de energía mundiales que generaban un colapso en las comunicaciones, y a grandes migraciones que huían de sequías muy prolongadas y que emprendían viajes intercontinentales en busca de agua. Ese era el futuro para Mamá Larisa: grandes cambios geográficos que implicaban millones de muertos, una red virtual desplomada que conducía a un caos generalizado, y comunidades enteras que se desplazaban como podían de un país a otro, de un continente a otro. No era nada alentador leer esas cartulinas escritas con letra temblorosa y diminuta.

Leticia se dijo que ya había pasado más de una hora y que de pronto los agentes ya habían regresado a custodiar la casa de nuevo. Escaló el mismo muro por el que había ingresado poniendo unas cajas encima de otras, bajó por el tronco que estaba del otro lado y se metió por entre los matorrales hasta que alcanzó un camino estrecho que la sacó a la calle principal, la que conducía a la fachada de la casa. Los agentes de policía, como lo había intuido, venían caminando y haciéndose bromas entre ellos. Perfecto, se dijo, nadie había notado su intrusión en la guarida de Mamá Larisa. Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y se dirigió al paradero de buses para volver al centro de la ciudad.

CAPÍTULO XV

EL BÚNKER

1.

Después de doce horas de sueño y de un buen desayuno, te sientes un poco mejor. El dolor de cabeza ha desaparecido, pero sigues embotado, con la energía a media marcha. Haces una llamada a la comisaría para ver si ya saben el nombre real de Mamá Larisa. Sí, se trata de una bogotana llamada Itzel Serrano Moya. Agradeces y cuelgas. Entrás a la red y empiezas a rastrearla. Casi no hay nada sobre ella, datos muy por encima: profesora de botánica en la Universidad Nacional de Bogotá durante cerca de una década, experta en medicamentos indígenas y autora de una tesis de maestría en la misma institución sobre la concepción sagrada del yagé en ciertos rituales de distintas tribus amazónicas. Eso es todo.

Sin embargo, en un blog de una antropóloga colega suya descubres datos interesantes sobre la mujer. Vinculada a movimientos feministas internacionales, en algún momento empieza a luchar por las mujeres indígenas del Cauca y los informes de los organismos de seguridad afirman que está en contacto con grupos subversivos y que hace parte de una célula que entra y sale de las ciudades, una especie de pequeño grupo que sirve de bisagra entre la gente del campo y los militantes de las urbes en esa zona del país. Entonces, seguramente huyendo de una captura o de un asesinato, desaparece en las montañas para dedicarse por completo a su causa revolucionaria. Luego viaja al sur de Colombia, vive entre los tikunas durante cerca de cuatro años y aquí se le pierde la pista por completo. La mujer que escribe la reseña sobre ella lo hace con enorme admiración y asegurando que es una de las mentes más brillantes en esta disciplina en el mundo entero.

La imaginas en rituales chamánicos asumiendo el rol de aprendiz, experimentando con las plantas, robando todo el conocimiento que puede de las tribus ancestrales americanas. Luego, quién sabe cómo ni por qué, terminó en ese caserón del sur de Bogotá convertida en una bruja, cultivando, preparando

brebajes y ayudando a las mujeres a abortar. Un destino extraño para una mujer con una maestría en una de las mejores universidades del continente.

Al mediodía uno de tus informantes dentro de la policía te cuenta que descubrieron en el caserón de Mamá Larisa un salón especial con todo tipo de recortes de prensa sobre catástrofes pegados a los muros con cinta pegante: inundaciones, terremotos, accidentes de aviones y de trenes, y también bombardeos, masacres de todo tipo y pruebas nucleares. Le preguntas a tu colega si es posible que te den un permiso para ir a echar un vistazo. Te marcan a los pocos minutos y te dicen que sí, que los agentes que están custodiando el caserón ya están informados de tu visita. Agradeces y sales enseguida hacia el lugar.

Las lluvias han cesado un poco, pero el cielo continúa siendo ese cúmulo de nubarrones que no permite el ingreso de la luz del sol. Es como vivir inmerso en un gris permanente que no deja apreciar la gama de colores en su verdadera intensidad.

Cuando te acercas al caserón un cierto mareo te invade. Quizá el recuerdo de lo sucedido aún está muy fresco y te das cuenta de que tu cerebro no es más que un amasijo de impresiones; imágenes y temblores que te recorren de arriba abajo apenas les muestras tu cédula de ciudadanía a los agentes que custodian el lugar y ellos se hacen a un lado para dejarte pasar.

Al ver el jardín te parece increíble que te hayas perdido en él. Esta vez te parece un espacio normal, común y corriente, y aunque el follaje de algunos arbustos y las hojas gigantes de ciertas plantas han crecido de manera descomunal y tapan el ángulo de visión, es fácil guiarse por las columnas y el techo de la edificación. Seguramente la bebida que te suministró te adormeció los sentidos y te impidió buscar la puerta y salir de allí antes de que llegaran los integrantes de la secta.

Cruzas por el salón donde te besaste y copulaste con la joven, esa especie de demonio femenino que, según Mamá Larisa, habitaba en tu mismo interior. Te haces una pregunta inquietante: ¿soy yo esa chica? ¿En el fondo de mí se esconde esa jovencita sensual y atrevida?

Cuando llegas a una habitación escondida en uno de los extremos de la casa te quedas estupefacto. Por todos lados, desde el piso hasta el techo, hay recortes de prensa, fotografías y portadas tanto de periódicos como de revistas. Son, como te comunicó muy bien tu informante, noticias sobre guerras, hambrunas y accidentes en los cinco continentes. Da la impresión de estar viendo un

computador gigantesco con miles de ventanas abiertas simultáneamente. Empiezas entonces a revisar los artículos y las fotos que tienes más a la vista. Aviones que caen en la mitad de barrios concurridos, trenes que se hacen trizas en la India, deslizamientos de tierra en las favelas de Brasil, temblores y terremotos en Chile. Es un listado de horror con fotografías de las víctimas, entrevistas y testimonios desgarradores. ¿Por qué Mamá Larisa llevaba una memoria del dolor del mundo y coleccionaba todos estos miles de reportajes negros? No tienes una respuesta y te cuesta trabajo imaginarla.

En un rincón de una pared donde se termina la casa descubres una serie de reseñas que hablan sobre ecología, sobre desiertos que crecen, sobre falta de agua, sobre masacres de ballenas en el océano Pacífico, sobre cómo los agujeros en la capa de ozono son cada día más grandes y letales. Encuentras un artículo que te llama la atención y lees unos fragmentos elegidos al azar. Está ilustrado con una serie de bebés que llevan un letrero que dice NO.

Hace poco sobrepasamos las siete mil millones de personas. Dos individuos nacen cada segundo. En pocos años hemos triplicado la población mundial. Y en dos o tres décadas más alcanzaremos los nueve mil millones, una cifra escandalosa, salida de toda medida razonable.

Lo que la gente se empeña en no entender es que el agua no crece exponencialmente, ni la comida, ni los demás recursos. El dinero, menos. ¿Qué significa eso? Que si en este momento hay más de mil millones de personas con problemas para tener acceso al agua, en pocos años esa cifra será mucho mayor. Cada vez la gente estará más pobre, más hambrienta y más sedienta. He ahí el futuro.

El exceso de vida nos está matando y está aniquilando también a las otras especies. Traer más vida mata. Es todo lo contrario de épocas pasadas. Si antiguamente la moral era reproducirse para asegurar la supervivencia de la especie, hemos llegado al punto en el que todo se dio la vuelta: la única posibilidad de que la especie sobreviva es no reproducirse más. Se trata de una nueva moral por medio de la cual debemos entender que la multiplicación de nosotros mismos es la causa de nuestra extinción y de la extinción de las demás especies.

Algo en tu cabeza hace clic y sales disparado hacia el jardín. Empiezas a cavar con las manos debajo de las plantas y al principio no encuentras nada. No

te desalientas y continúas sin parar. Por fin tus manos tropiezan con algo duro y extraes la tierra con cuidado alrededor de algo que parece ser un hueso. La escena no puede ser más estremecedora. Poco a poco se va insinuando el cráneo de una criatura, de un bebé. Sigues abriendo huecos en las plantas cercanas y de nuevo, debajo de algo que a ti te parece un helecho gigante, aparece otro huesito. Esta vez es un fémur en miniatura.

Gritas a voz en cuello y el agente que te revisó la cédula a la entrada llega corriendo con el revólver en la mano. Tú solo alcanzas a decirle:

—Llame al capitán Almagro, por favor. Dígale que traiga un equipo de forenses especializado en cavar fosas comunes.

2.

El asesinato de Mamá Larisa afectó a Leticia hasta el punto de deprimirla y de hacerla sentir fuera de lugar, sin destino alguno, sin compañía de ninguna clase. Tenía la impresión de que se desplazaba por un laberinto del que no sabía cómo escapar. Veía las vidas de los otros, intuía, sabía que la realidad era una construcción de múltiples interconexiones invisibles, pero no tenía esa misma claridad para verse a sí misma, para poder tomar el control de su vida y armar un futuro que tuviera algún significado. Era como si le hubieran dado un catalejo para ver a la distancia con claridad y ese aparato no le sirviera para caminar ni ver los altibajos más simples del camino. Así se sentía. Además, algo dentro de sí misma le decía que no solo el detective y el sacerdote se estaban acercando a una trampa muy peligrosa, sino que ella también hacía parte de ese dibujo tétrico que conducía a los infiernos. ¿Por qué? ¿Qué había hecho ella para que la persiguieran de vida en vida sin darle tregua? ¿Por qué no podía llevar una existencia reposada, normal, como cualquier persona del común? ¿Los dioses se ensañaban justamente con aquellos que elegían para estar más cerca de ellos?

Una mañana, mientras leía una revista que alguien había dejado sobre la mesa de la cocina, vio un artículo sobre un artista plástico llamado Manuel Lobaina, que estaba construyendo un búnker en las afueras de Villa de Leyva. El individuo había comprado un terreno, se había instalado en una tienda de campaña, se protegía en las noches solo con una bolsa de dormir, y en lugar de edificar su casa se había dedicado a diseñar y construir un refugio subterráneo. El periodista hablaba del caso con cierta sorna, como si se tratara de un individuo excéntrico y medio trastornado. Leticia supo enseguida que ese individuo tenía más claridad mental que cualquier otro, y decidió ir a verlo. Como no tenía ganas de pintar ni de seguir yendo a la biblioteca a estudiar, le pareció que una salida de la ciudad le vendría bien. Alguna vez había estado en Villa de Leyva, a solo dos horas de Bogotá, y sabía que había hostales baratos

donde podía quedarse al menos una noche. Sus escasos ahorros le alcanzaban para darse ese pequeño lujo.

Tomó el bus a las once de la mañana y llegó justo para el almuerzo. El pueblo le pareció precioso, magnífico, con ese aire colonial y desértico que lo hacía tan distinto al vértigo y a la contaminación de una ciudad caótica como Bogotá. Almorzó un menú del día por un precio módico y la misma joven que la atendió le indicó qué camino debía tomar para llegar al lote donde estaba el artista construyendo el refugio, que ya se había hecho famoso en todo el pueblo.

La caminata, con el morral al hombro, le pareció espléndida. Las flores, las calles empedradas, el ruido del viento agitando las ramas de los árboles, todo le parecía como sacado de una película. Se felicitó por haber tomado la decisión de escaparse, aunque fuera solo un par de días, de la confusión y la melancolía que producía la capital.

Cuando llegó a la propiedad vio que había un anuncio en la entrada, un cartelito escrito a mano y puesto en una puerta de madera que decía: «El Arca de Noé». A través de la cerca se podía ver a escasos diez metros cómo dos obreros trabajaban en la obra. Leticia se dijo que el tercero que estaba apuntalando unas tablas para hacer un terraplén tenía que ser el artista. Era bajito, con una gorra de béisbol que lo protegía del sol abrasador, de rasgos finos, y una mirada felina le daba un aire perspicaz, como si estuviera siempre al acecho. El hombre la descubrió allí parada viéndolos trabajar y la saludó levantando una mano. Leticia le correspondió y se dio cuenta de que estaba sonriendo por primera vez en mucho tiempo. Él se acercó a saludarla desde el otro lado de la cerca.

—¿Vas para alguna casa en particular? —le dijo, mientras se limpiaba el sudor de la frente.

—No, vine a ver tu refugio. Leí un artículo en una revista.

—Los periodistas todo lo tergiversan. No entienden nada.

—Sí me di cuenta. Es una idea magnífica.

—¿Quieres entrar a mirar?

—Me encantaría.

El hombre le abrió la puerta y ella entró desprevenida. Los dos obreros continuaban preparando cemento y ajustando unas tablas que servían de moldes.

—Mucho gusto, Manuel —le dijo él, dándole la mano.

—Leticia —respondió ella disfrutando de ese apretón de manos.

Caminaron unos cuantos metros hasta el lugar donde empezaba la obra subterránea. Era un espacio amplio en el que ya se notaba buena parte del

diseño. Él le señaló con la mano derecha uno de los costados y le dijo en un tono profesoral:

—La idea es construir dos habitaciones, dos baños, un salón para leer y estudiar, un espacio para cocinar y una alacena grande donde estarán los alimentos, el agua y las medicinas. La escotilla de entrada se cierra herméticamente desde adentro y hay que bajar tres metros para entrar al refugio. Lo que ves allí a la derecha es el lugar para la biblioteca, que es el sitio clave. He calculado que caben unos quinientos libros. Si lees uno a la semana, serán aproximadamente cincuenta al año. Eso significa que puedes estar aquí abajo leyendo diez años. Me demoré un año exacto eligiendo los títulos y ya los tengo listos.

—Es una idea brillante.

—La gente cree que estoy un poco loco, pero la verdad es que me parece que los locos son ellos. Ya no soporto más el ritmo de las ciudades, ese frenesí, esa aceleración que no conduce a ninguna parte. Es una pesadilla.

—Pronto llegarán grandes catástrofes —aseveró Leticia, cambiando ligeramente el tono de la voz.

—De eso estoy seguro. Basta ver cómo está el planeta para darse cuenta de ello. Y lo peor es que ya no hay cómo frenar.

—Llegarán grandes inundaciones, pestes, hambrunas. En ese momento, cuando sea tarde, todos reconocerán que estaban equivocados y que tu refugio es el único lugar seguro.

—¿Tú qué haces?

—Soy pintora.

—Con razón. ¿Dónde estudiaste?

—En la Nacional, pero no me gradué.

—La universidad es hoy por hoy una gran pérdida de tiempo.

—No solo llegarán catástrofes climáticas, también la red de energía colapsará y en ese momento la gente entrará en un caos del cual no sabrá cómo escapar.

—¿Te imaginas cuando no tengan cómo comprar comida? No podrán sacar el dinero de los bancos ni tendrán cómo encender un solo aparato. Sin celulares, sin televisiones ni computadores se enloquecerán.

—Los visionarios siempre han sido tachados de dementes.

—Aquí a la derecha hay un nacimiento de agua pura que va subterráneamente, así que lo pienso redirigir para que me abastezca sin

problemas en caso de que mis reservas se agoten. Lo que nos está costando más trabajo es el pozo séptico, porque es clave que los desechos corran bien y no se atasquen ni se regresen.

—El nombre de este lugar es perfecto. Así se debió sentir Noé, igual que tú.

—Pues aquí eres bienvenida siempre.

—Gracias.

—Cuando sientas las primeras señales ya sabes a dónde dirigirte.

—Gracias por ser tan amable. No te quito más tiempo. Tienes mucho trabajo y yo debo regresar al pueblo antes de que se haga de noche.

—Espero que vuelvas pronto. Si mañana tienes tiempo, me dices y te muestro los planos que hice yo mismo.

—Te aviso. Muchas gracias.

La acompañó hasta la puerta y, en lugar de estrecharle la mano, el hombre la abrazó con un afecto sincero. Como nunca tenía contacto físico con la gente, Leticia sintió que se le aguaban los ojos de la emoción. Por un momento, pensó que se iba a echar a llorar allí mismo, pero alcanzó a controlarse y emprendió el camino de regreso al pueblo sin mirar hacia atrás.

Esa noche, en un pequeño hostel, soñó con cientos de personas corriendo por los alrededores, huyendo, buscando refugio. Y allá abajo, en silencio, el pequeño Noé, sentado en posición de meditación, se preparaba para soportar bien la larga prueba del aislamiento y la soledad prolongada.

3.

De un momento a otro la parroquia se llenó de cucarachas, sobre todo la cocina. Era horrible ver en las horas de la noche, cuando se apagaban las luces, cómo salían esos bichos y se apoderaban de la estufa, de la alacena, de la mesa. Cualquier resto de comida era devorado por ellas. No se podía dejar una bolsa de harina destapada o unas cuantas migas de pan olvidadas en el lavaplatos porque enseguida aparecían ellas a tragarse todo con avidez repugnante. Y aunque las fumigamos y les echamos varias veces venenos de todo tipo, ellas seguían avanzando y multiplicándose de manera descontrolada.

Desde la cita con el joven poseso empecé a sentirme incómodo conmigo mismo, molesto, como si hubiera perdido contacto con lo más íntimo de mi propia identidad. Esa escisión significa la otredad. Significa que ya no tengo una base fija, que no me considero un ser sólido, monolítico; que percibo que hay en mí, como mínimo, un desdoblamiento que no logro entender a cabalidad. Si dentro de mí empieza a surgir otro individuo, ¿quién es ese otro? ¿Quién es ese que está ahí adentro dirigiendo de algún modo mi propia existencia? Esa distancia entre lo que yo quiero ser y lo que puedo ser me aterra y me confirma que acaba de presentarse ese enfrentamiento que he sentido a lo largo de toda mi vida.

Uno no es dueño de su destino, aunque nos hayan educado en las pretendidas libertad y autodeterminación. Hay fuerzas que vienen de una intimidad recóndita, de pasadizos internos ocultos, fuerzas sobre las que no se tiene control y que marcan de un modo u otro nuestro propio devenir. Más allá de mis deliberaciones y decisiones racionales hay algo que termina dirigiendo mi vida desde las tinieblas, desde la invisibilidad más misteriosa. La mayoría de las personas no estudia esa penumbra que esconde la realidad, cuando en verdad es lo más importante de nuestro paso por este mundo. No llevo la vida que yo quiero, sino la que esas fuerzas me permiten.

Una tarde visité a Carmen, la joven que había regresado del ataque de catalepsia, y estuve con ella a solas en su habitación. Recordé el pasaje bíblico de Lázaro, cuando hablan de un hombre amarillento y melancólico que había perdido por completo la vitalidad y la alegría. La muchacha parecía como un zombi: se pasaba horas durmiendo y no salía a la calle jamás. La gente le daba miedo y escasamente se alimentaba para sobrevivir.

Alguna vez yo había estudiado las publicaciones de un psiquiatra llamado Alan Sanderson, según las cuales muchos de sus pacientes habían sufrido serios trastornos de personalidad como consecuencia de espíritus que tomaban posesión de ellos. El término utilizado por el doctor Sanderson era «adhesión espiritual», que significa que hay almas de personas muertas que no pueden continuar su tránsito hacia la luz, sino que se quedan vagando entre nosotros, apegados, aferrados a este mundo. Y deciden invadir entonces los cuerpos de algún conocido, de alguien que está enfermo o deprimido, de alguien que se encuentra atravesando alguna crisis, de alguien débil, muy frágil, que no tiene muchas fuerzas para defenderse. Y logran expulsarlo. Las grabaciones del doctor Sanderson eran claras y no dejaban espacio para la duda. Esos espíritus se presentaban con nombre propio, decían quiénes eran y por qué estaban allí metidos en esos cuerpos.

Por alguna intuición extraña se me ocurrió que la joven, después del ataque, ya no era ella y que alguien más estaba ahí presente. Si mi destino estaba empezando a cumplirse de un modo trágico, significaba que el cerco debía cerrarse a mi alrededor sin dejarme ninguna salida posible.

En algún momento, entonces, me atreví a hipnotizarla siguiendo los antiguos procedimientos clínicos y la dejé semidormida sobre un asiento. Le pregunté cariñosamente:

—¿Has perdido las ganas de vivir después del último ataque?

—Así es —dijo la joven en medio del trance.

—¿Estás sola?

—No, Raquel está conmigo.

—¿Quién es Raquel?

—La hermana de mi abuela, que murió días antes de que yo naciera.

—¿Y puedo hablar con Raquel?

—Sí.

Se hizo un silencio tenso entre nosotros y me atreví a preguntar:

—¿Quién está ahí? ¿Quién eres?

Y como si las palabras que acababa de pronunciar la sacaran de su letargo, me respondió con fuerza, con una cierta energía que no era usual en la joven durante los últimos días:

—¿Cómo sabes que vengo de muy lejos?

—Lo supuse. Carmen no ha estado muy bien desde el ataque.

—Ella no debe seguir viviendo. Este mundo no es bueno.

—¿Por qué no es bueno?

—Los hombres son sucios, malvados, dañinos. Le romperán el corazón, la embarazarán, le van a hacer mucho daño.

—No todos son así.

—No es justo que ella siga sufriendo. Es mejor que continúe su camino, que evolucione.

—¿Tuvo usted una vida feliz?

—No, mi marido me pegaba, me obligó a abortar una vez a golpes. Bebía mucho. Maltrataba también a los niños.

—¿Cuántos años tenía usted cuando falleció?

—Cuarenta y nueve.

—¿Y desde cuando ingresa al cuerpo de Carmen?

—Desde siempre, desde niña.

—Por eso los ataques de catalepsia.

—Sí. No quiero que le pase lo mismo que a Susana.

—¿Quién es Susana?

—Mi hija menor, mi niña.

—¿Qué le sucedió a ella?

—La violaron y la embarazaron a los trece años. Cuando mi marido se enteró, la mató a golpes. Nunca lo metieron a la cárcel. Dijeron que su dolor era comprensible.

—Y usted tuvo que seguir aguantándolo.

—Cada vez se ponía peor. La muerte de mi niña me deprimió mucho y enfermé.

—¿De qué murió usted?

—Mi esposo me empujó por las escaleras y me rompí el cuello. Dijo que yo me había caído sola y nadie investigó.

—¿Tuvo usted otro hijo?

—Otra hija mujer. Después de mi muerte, ella se escapó de la casa. Huía de mi esposo, de su padre. Tuvo una vida miserable.

—Tal vez lo que usted necesita es seguir su tránsito hacia la luz, Raquel, continuar su viaje por el mundo espiritual.

—No puedo permitir que a Carmen le pase lo mismo. Tengo que protegerla.

—Pero si usted sigue su camino es posible que se encuentre con Susana, con su hija pequeña, y que pueda abrazarla y estar con ella.

—Antes debo proteger a Carmen. Luego nos iremos todas.

Empezaba a sentirme cansado. Un fuerte dolor de cabeza me agobiaba. Saqué a Carmen del trance y le dije que respirara lentamente. Luego le di a beber de un vaso de agua y le dije que descansara. Bajé las escaleras y le pregunté a la madre:

—¿Tuvo usted alguna tía llamada Raquel?

—No, padre. Mi marido sí. Era la hermana de su mamá.

—¿Murió joven?

—Sí, padre, a los cuarenta y nueve años. Fue muy desgraciada. ¿Por qué sabe usted eso? ¿Carmen le contó?

—Sí, más o menos —dije ocultando una verdad para la cual esa familia no estaba preparada.

—Ella apenas conoce la historia.

—Tal vez la historia de esa tía la afecta un poco.

—Ni siquiera la conoció. Murió un poco antes de que ella naciera.

Me despedí fingiendo algún pretexto en la parroquia y cuando llegué me estaba buscando por todas partes la madre del joven poseso. Me contó que su hijo acababa de agredir violentamente a la empleada de la casa y que le había dejado unas marcas como de garras en el cuello y el pecho.

—Atiéndala como médico, padre, por favor.

Cogí mi maletín de primeros auxilios y nos dirigimos a la casa donde la muchacha permanecía acostada en el sofá del primer piso. En efecto, las cicatrices no parecían arañazos de un ser humano, sino cortes de dos centímetros de espesor producidos por las uñas de un tigre o de un jaguar. Le limpié las heridas lo mejor que pude, le suministré antibióticos para impedir una infección y le dije que se acostara a descansar unas horas. Luego le pregunté a la madre cómo seguía su hijo. Me dijo, con una desesperanza que empezaba a destruirla moralmente:

—Usted sabe bien, padre, que mi hijo ya no es mi hijo. Lo que está allá arriba pertenece a los infiernos.

—He pensado mucho sobre esto y nadie puede saber lo que vamos a hacer

aquí.

—Se lo puedo jurar, padre. No diré una sola palabra. Y si lo que está buscando es mi autorización, le diré de una vez por todas lo siguiente: prefiero que mi hijo se muera a que tenga que vivir con eso adentro. No importa si perdemos, padre, pero no permita que esa cosa se siga alimentando de mi muchacho.

—Espéreme aquí, ya bajo.

—Tenga mucho cuidado, padre, mire cómo la dejó a ella.

Y subí las escaleras para verme de nuevo cara a cara con el Adversario.

CAPÍTULO XVI

UN UMBRAL MUY PELIGROSO

1.

En poco tiempo el caserón de Mamá Larisa está repleto de agentes de la policía midiendo, haciendo croquis, tomando fotografías y filmando cada rincón del jardín. También llega la prensa y los especialistas en crónica roja están felices, la noticia es todo un banquete para sus periódicos.

—¿Por qué no me sorprende que esté usted de nuevo en el centro de todo este caos, Molina? —te dice Almagro, con tres días de barba, con ojeras, agotado.

—No puede decir que no avisé —le respondes a manera de defensa.

—¿Por qué no nos dijo durante el interrogatorio que esto era un cementerio de bebés abortados?

—Porque sigo atolondrado, lento, como metido dentro de un sueño. No solo es la fase depresiva y los medicamentos que tomo, sino encima de eso la pócima que me dio a beber esta señora.

—Ya empezaron los noticieros a abrir sus telediarios con la noticia. Estamos acabados.

—Tuve que leer uno de los artículos para conectar los recuerdos con el presente. No solo las ayudaba a abortar para protegerlas, sino como una medida ecológica.

—¿Una medida ecológica?

—Somos muchos, Almagro, y la superpoblación es la causante de la contaminación, del exterminio de las otras especies, de la escasez de agua. Mamá Larisa consideraba que más vidas era más sufrimiento.

—¿Por qué todo tiene que ser tan retorcido?

—Es mejor que descanse. Le vendrá bien.

—Me da miedo que todo se vuelva un caos mientras duermo. Cuando me levante, seguro que el mundo será mucho peor.

Te despidas de él y te retiras para volver a tu casa. También sientes cómo el cansancio te baja las defensas y empiezas a estornudar, a sentir algo de fiebre y el dolor de cabeza te ataca de nuevo. Lo mejor es seguir tus propios consejos y descansar. Lo peor de estos últimos días es que el sistema nervioso ha estado bajo presión constantemente.

A la mañana siguiente, decides ir a visitar al padre Lázaro Bautista. Lo conoces desde tus años de colegio, cuando estabas en el internado, y siempre te ha parecido un sacerdote comprometido a fondo con su causa, aunque también debes reconocer que su comportamiento nunca ha encajado con los preceptos establecidos por sus superiores. En realidad, el padre Bautista ha estado bajo la lupa de las autoridades católicas en más de una ocasión debido a su curiosa manera de entender el Evangelio. Ha estado rodeado de maleantes, de prostitutas, de travestis, de drogadictos de la peor calaña, y los rumores aseguran que en más de una ocasión se ha involucrado de tal manera con ellos que ya no existe ninguna diferencia entre los pecadores y él.

Alguna vez, cuando era tu profesor de religión en el colegio, llegó una marcha de beatas hasta la fachada de la institución con pancartas a quejarse, a exigir que el sacerdote fuera retirado de la parroquia. Reclamaban que él era un pecador irredento, un lujurioso, un hombre tentado por el demonio. Enseguida se pasaron el dato en el barrio y llegaron los del otro bando: los ladrones que él había ido a visitar a la cárcel, las prostitutas que lo adoraban y lo consideraban un santo, los travestis para los cuales oficiaba misa especialmente aunque el obispo se lo había prohibido en varias ocasiones. Las beatas salieron corriendo.

Cuando te empezaron los primeros ataques él fue muy comprensivo, amoroso, y en lugar de juzgarte o de expulsarte del colegio, lo que hizo fue buscar ayuda profesional y después comunicarse con tus padres para contarles lo que te estaba ocurriendo. Jamás olvidarás cómo a partir de ese momento te trató aun con mayor deferencia, con más cuidado, preguntándote cómo te estabas sintiendo, si estabas juicioso con el medicamento o no. Muchos años después, cuando te expulsaron del periódico y el escándalo se hizo público, él también estuvo ahí, te buscó y te fue a saludar alguna tarde para decirte que no te angustiaras, que el futuro no estaba liquidado, que todos somos ovejas descarriadas deambulando por la viña del Señor, y que por eso mismo juzgar a los otros no solo es una ligereza, sino una grave equivocación. Cómo olvidarlo, cómo no quererlo.

Ahora el padre Bautista es un hombre mayor, pero seguro que no ha perdido

esa fortaleza interior que lo hace entender su ministerio de un modo tan especial. Si hay alguien que te puede ayudar, seguro es él. Atraviesas de nuevo el sur de la ciudad hasta la parroquia de San Judas Tadeo, enclavada en una localidad triste y rodeada por casitas humildes construidas con ladrillo hueco y cemento a la vista. Preguntas por él en la casa cural y a los pocos minutos una mujer te hace seguir hasta la parte interna de la parroquia, donde sabes que se encuentran las habitaciones y el estudio del sacerdote. En efecto, sale a tu encuentro y te abraza con auténtico aprecio, con fuerza, como si acabara de recuperar a un pariente perdido. Notas en la potencia de ese gesto que no ha perdido nada de su vitalidad, que no ha envejecido como un abuelo achacoso, sino como un hombre de fe convencido de su misión en el mundo.

—Padre, qué alegría verlo.

—Lo mismo digo, hijo. El retorno del hijo pródigo a casa. Te invita a pasar al estudio y te ofrece un café bien cargado y endulzado con panela que te trae gratos recuerdos de tus años colegiales.

—No me encuentro muy bien, padre —le confiesas probando de la taza de café con gusto.

—Yo tampoco, hijo, realmente.

—Estoy detrás de los asesinatos de las prostitutas y de la mujer de Usme, y esto cada vez se está poniendo peor, más feo. Además, como si fuera poco, la enfermedad no cesa y me tiene aplastado, aniquilado.

—¿Y por qué no te reclusas?

—Porque siento que la policía me necesita, que soy clave en esta investigación.

—Recuerda que el sacrificio no tiene sentido porque pierdes lo más valioso, lo único que realmente te pertenece: tú mismo.

—También siento que este caso tiene un vínculo personal conmigo que no logro descifrar. Estoy implicado, pero no sé de qué modo.

Entonces le cuentas en detalle lo que ha sucedido, el caso, los crímenes, las hipótesis, lo sucedido con Mamá Larisa, incluida la escena sexual con la jovencita. El sacerdote te observa en silencio y se nota que está muy concentrado en tus palabras. Cuando terminas, coge un termo y sirve dos tazas más de café. Te dice con una preocupación que raya casi en el temor:

—No me sorprende lo que me dices. Parece que hay fuerzas del mal que están desatadas, como si el mundo se acercara a un umbral muy peligroso y no pudiéramos evitar el ingreso a ese otro lado siniestro y perverso. Algo está

pasando y la gente parece que no se da cuenta, que no está percibiendo bien el peligro que se nos avecina.

—Quería preguntarle si existe alguna sociedad religiosa misógina que pueda estar llevando a cabo estos crímenes.

—Todo está al revés, Frank, y a estas alturas podría ser cualquier grupito de barrio, seguidores de la Virgen, del Santo Grial o del Manto de Turín. Por todas partes nacen todos los días nuevos adoradores de cualquier cosa. No tengo ni idea...

—Debe ser un grupo de hombres devotos que aborrecen la figura de la mujer como madre y como dadora de vida.

—Psicópatas hay por todas partes, hijo, y hasta la misma institución a la que pertenezco está llena de locos y fanáticos. Recuerda lo que le pasó a Juan Pablo I.

—Lo veo fatigado, padre —le comentas sintiendo de repente un cariño incondicional por este hombre que fue tan importante en tu niñez y en tu vida adolescente, cuando la enfermedad despuntaba y tú no sabías cómo enfrentarla.

—Estamos siendo atacados por fuerzas oscuras, Frank, por energías que no sé de dónde provienen. Son más fuertes que nosotros y estamos perdiendo la batalla.

En ese justo momento se escucha un alarido, un grito que recorre los corredores, pero te das cuenta de que no se trata de un llamado de auxilio, de alguien pidiendo ayuda, sino de un gemido mitad animal mitad humano, como si en algún lugar de la casa curial estuvieran amarrados varios perros que desean liberarse de las cadenas.

—¡Martina! —llama el padre y enseguida aparece la mujer que te abrió la puerta.

—Sí, padre.

—¿Cómo está?

—Es mejor que venga padre, por favor.

El sacerdote se levanta corriendo y cruza el corredor angustiado, como si le acabaran de comunicar que la casa se está incendiando. Tú lo sigues de manera automática y palpas el revólver en la parte trasera del pantalón, por si acaso. En ese momento te llega un olor nauseabundo, como si alguna de las cañerías estuviera rota y toda la inmundicia se encontrara a la intemperie. Llegan hasta una de las habitaciones y te das cuenta de que el olor proviene justamente de allí,

de ese cuarto en donde otra vez un animal herido o iracundo vuelve a aullar de un modo espeluznante.

—Hijo, es mejor que te vayas —te suplica el padre Bautista, poniéndote una mano en el hombro.

—¿Qué está pasando, padre? Puedo ayudarlo.

—Es un caso de posesión demoníaca —dice el padre, intentando sonreír sin conseguirlo—. No entra en tu jurisdicción.

—¿Seguro, padre?

—Vete, hijo. Otro día hablamos con más calma. Lamento estar tan ocupado.

—Sí, padre —dices y te retiras respetuosamente.

Antes de salir del corredor alcanzas a ver al sacerdote ingresando en ese recinto que está completamente a oscuras, con las ventanas y las cortinas cerradas, y Martina, su ama de llaves y encargada seguramente del aseo de la parroquia, se da la bendición mientras ora algo en voz baja.

Cuando sales a la calle te alcanza a llegar el rumor de ese sonido gutural que te recuerda una jauría de lobos aullando en medio de la estepa en una noche de luna llena.

2.

Entro al cuarto del joven poseso y esta vez tengo que llevarme la mano a la nariz para poder respirar. El muchacho se retuerce en la cama y me doy cuenta de que se encuentra libre de manos y pies, que se ha liberado de las correas. Me dice con esa misma voz plural que está a medio camino entre la humanidad y la bestialidad más detestable:

—Padre, qué alegría esta visita.

—No vas a seguir haciendo daño —le digo iracundo, aburrido ya de temerle, de eludirlo.

—Son ustedes los que han extendido por todo el planeta su reinado de mentiras, de horror y de miseria.

—No voy a permitir que acabes con la vida de este joven.

—Me gusta este cuerpo.

—Saldrás de ahí tarde o temprano.

—Eso lo decido yo, padre.

En un instante repentino, sin amenazar ni advertir nada, salto sobre el joven y consigo ajustarle las correas alrededor de los brazos, atrás, en la espalda, como si acabara de esposarlo. Luego le sujeto los tobillos y eso lo inhabilita para patear e incluso para movilizarse por la habitación. Oigo la risa lenta y segura de sí misma retumbar contra los muros del recinto. Luego me dice en voz baja, en secreto:

—No hace falta tanta prevención, padre. De todos modos, usted ya está perdido.

—Te voy a llevar conmigo.

—A la casa del terror —dice en un susurro y la risa vuelve a producir unos ecos extraños en los rincones del lugar—. No es tan fácil, padre. Usted no se ha hecho responsable de sus actos y ya es hora de que se dé cuenta de las atrocidades que cometió. Lo voy a ayudar a mirarse en el espejo.

Entonces aparece súbitamente, frente a mí, la sombra, la silueta de una mujer que dice en un tono de congoja y de dolor:

—Me amputaron un brazo para dárselo a usted, para que pudiera completar sus experimentos. Quedé lisiada, inhabilitada para varios trabajos. Tuve que resignarme a vivir de la caridad ajena.

La silueta se transforma en la figura de un hombre en la pared que afirma con tristeza:

—No tenía un solo centavo, sumercé. Mi mujer y mis hijos se estaban muriendo de hambre. Estaban muy delgados y ellos no podían crecer por culpa de la falta de alimentos en la casa. Habíamos sido víctimas de varias enfermedades, debido a que teníamos las defensas del cuerpo muy bajas. Un día ya no pude más y decidí vender un riñón. No tenía nada más para negociar. Sumercé no sabe lo que es la verdadera desesperación. Me dijeron que era del tipo de sangre correcta para unos jóvenes médicos que estaban experimentando con órganos humanos vivos. Acepté la oferta. Desde entonces mi salud empeoró y nunca volví a ser el mismo. Las cosechas se perdieron, la tierra se secó. Mi familia tuvo para comer unos cuantos meses y luego se vieron obligados a abandonarme en un hospital y a buscar trabajo en otro pueblo, donde terminaron macheteándolos en una masacre paramilitar. Duro, sumercé, duro.

Y así, uno a uno, vi pasar a una fila de testigos que eran los dueños de esos órganos que habíamos utilizado para construir nuestro famoso Frankenstein. Todos gemían, lloraban, se lamentaban. No pude más y caí de rodillas atravesado por el remordimiento:

—Perdón, por favor perdónenme —rogué con las manos elevadas en el aire.

Unos pasos me sacaron de las alucinaciones. Regresé en mí y me limpié unas cuantas lágrimas que rodaban por mis mejillas. La voz de la madre del joven me dijo desde el otro lado de la puerta:

—Padre, ¿está bien?

—Entra, hija, entra.

—¿No lo interrumpo?

—No, para nada, sigue.

Entonces le digo a la madre que lo mejor es trasladar al muchacho a la casa cural y que estando allí podré dirigir mucho mejor el combate espiritual que se avecina. Ella me dice, sin dudarle:

—Nos toca en el carro de algún vecino, porque no podemos llevarlo por la calle así, amarrado.

—Y amordazarlo también para que no grite —afirmo con furia, sin importarme lo que pudieran decir mis superiores.

Y exactamente eso hicimos. Lo metimos en el asiento trasero del carro de un vecino de confianza y lo llevamos hasta la casa cural. Le pedí el favor a Martina, el ama de llaves, que nos ayudara a instalarlo en una de las habitaciones del fondo, una especie de cuarto de huéspedes que se utiliza cuando viene alguno de los provinciales de la orden. Cerramos las cortinas y lo sujetamos lo mejor que pudimos a la cama. Martina no dejaba de darse la bendición y de rezar. Le pedí el máximo grado de prudencia y de confidencialidad. La madre del muchacho le llevó sus útiles de aseo, mudas de ropa, pañales y todo lo necesario para una larga estadía en la parroquia. Luego me dijo, dándome un abrazo prolongado:

—Que sea lo que Dios quiera, padre.

—No te puedo garantizar nada, hija.

—Gracias por no abandonarnos, padre.

Y no alcanzó ella a salir ni a cruzar la calle, cuando Martina me anunció que alguien me estaba buscando en la entrada.

—Dile que venga luego, que ahora no puedo recibir a nadie.

—Dice que es su hijo adoptivo, Frank Molina. Así dijo.

—¿Frank? —repito mecánicamente.

—Sí, señor.

—Hazlo pasar al estudio y dile que ya lo atiendo.

La conversación con Frank fue algo triste y nos menguó la alegría de volver a encontrarnos después de tantos años de ausencia. Me contó acerca de los crímenes de prostitutas en el centro de la ciudad y de cómo él presentía que se trataba de un grupo, de una especie de cofradía secreta de fanáticos religiosos. Me di cuenta enseguida de que confundía la presencia de una entidad maléfica con una multitud, con una muchedumbre. Intenté advertirle, decirle que estábamos bajo la mira de fuerzas muy poderosas que ya estaban al ataque. Porque solo me bastó mirarlo los primeros segundos para descubrir que también él será destruido, que este destino común fue quizá lo que yo intuí desde aquellos primeros años escolares, cuando él fue víctima del primer asalto a la integridad de su ser. Ahora estábamos ya cerca de los capítulos finales en los cuales nuestra lamentable historia se cerraría de un modo nefasto.

Cuando intentaba insistir en que tuviera cuidado, de pronto, desde el fondo del corredor, esa voz inmunda, bestial, soltó un alarido que llegó hasta nosotros.

Martina acudió a echar un vistazo y luego, demudada, visiblemente afectada, me interrumpió para decirme que me necesitaba urgentemente.

Frank se ofreció a ayudarme y se llevó la mano a su revólver. Le dije que no eran fuerzas de este mundo, que mejor se retirara y que hablaríamos otro día. Salió de la parroquia en contra de su voluntad, acongojado, molesto porque no lo dejaba estar a mi lado para protegerme. Pero era mejor no tener testigos.

Abrí la puerta, y la escena no podía ser más aterradora. El joven se había soltado las correas y estaba parado sobre la cama con los brazos abiertos en cruz. Se había quitado el pañal y acababa de orinarse y de defecar abundantemente. Los excrementos estaban regados por toda la habitación, incluido el techo. La cama estaba orinada y el olor se esparcía por la atmósfera como si uno acabara de ingresar en la letrina de una cárcel miserable. El muchacho estaba desnudo en esa posición de Cristo rodeado por la miseria de la corporeidad humana.

Lo primero que hice fue lanzarme sobre él y volver a sujetarlo con las correas a la cama. Él no se defendió, pero en algún momento, cuando ya lo creía controlado, Martina me hizo una señal de que me diera la vuelta. Lo hice y vi al joven con una erección plena. El pene estaba a punto de reventar y escurría semen por la punta. Martina miraba al cielo y oraba en voz baja. La voz de ultratumba dijo con cierta sorna explícita que le daba ese aire de superioridad inevitable:

—Estoy excitado, padre. Necesito una pequeña colaboración. Tal vez Martina pueda ayudarme.

Y la risa se extendió de nuevo por toda la parroquia.

Salimos de la habitación y le dije a Martina que la necesitaba ahora más que nunca.

—Pero si te quieres marchar lo entenderé perfectamente —añadí dándole un abrazo fraterno.

—Esta es mi casa, padre —dijo ella con su lealtad de siempre—. Yo no tengo para dónde ir.

—Tienes que ser muy fuerte entonces.

—Dios nos ayudará, padre, usted no se preocupe.

—Ojalá, Martina, ojalá.

En las horas de la noche, busqué por la red alusiones o ensayos sobre *El libro de los demonios*. Necesitaba claves, ideas, estrategias que me ayudaran para el combate que estaba a punto de empezar a librar. Pero no encontré nada, era como si el texto no existiera. Entonces decidí llamar al padre Gonzaga a las

residencias sacerdotales en las afueras de la ciudad. Me lo pasaron a los pocos minutos y me dijeron que podía hablarle, que me estaba escuchando.

—Soy el padre Bautista. Hace poco fui a visitarlo. Las entidades están ya aquí, padre Gonzaga, prontas a atacar. No sé si un exorcismo normal sea suficiente para algo de esta envergadura.

—Le dije que se recluyera en un monasterio —me dijo él con esa voz grave y seca que demostraba la templanza de su carácter.

—Ya es tarde para eso. El Enemigo está aquí mismo, en la parroquia.

—¿Los símbolos sagrados no lo han amedrentado?

—En absoluto, padre. Le ha dado lo mismo.

—No se enfrente solo, pida ayuda a uno de sus superiores.

—¿Pero a quién, padre?

Y entonces escuché a través de la línea telefónica los mismos espasmos de la primera vez, la falta de aire, los ahogos. Una mujer tomó el auricular y me dijo con la voz temblorosa:

—Lo siento, al padre le acaba de dar un ataque.

Y colgó dejándome en medio de la incertidumbre y el miedo, como si fuera un niño extraviado en un bosque donde solo lo esperan los animales de presa, las víboras venenosas y los carroñeros.

3.

A su regreso a Bogotá, Leticia recibió un mensaje del doctor Dávila, que le solicitaba, por favor, una nueva entrevista con ellos. Le decía que la estaban necesitando para nuevos análisis. Decidió aceptar y lo llamó por teléfono.

—Soy Leticia, doctor —le dijo en voz baja.

—Gracias a Dios. No sabía cómo excusarme contigo por lo sucedido en esa primera cita.

—Usted me dirá.

—¿Puedes venir mañana en la mañana? A eso de las once...

—Sí.

—Gracias por llamar, Leticia. Te estaré esperando.

A la mañana siguiente, en efecto, la estaban esperando en grupo en un salón distinto al de la primera vez. Eran el doctor, una enfermera, un experto en análisis computacional del cerebro y dos individuos que se limitaron durante toda la sesión a tomar notas sentados en un rincón sin decir ni comentar nada.

—Leticia, queremos que por favor nos permitas analizar el comportamiento de tu cerebro durante algunos ejercicios.

Leticia asintió.

—Perfecto, muchas gracias. Siéntate aquí, por favor.

Ella se recostó en una silla de aspecto futurista, le pusieron unos sensores en la frente, la conectaron a una pantalla desde la cual el analista podía leer su intensidad cerebral, y el doctor Dávila le dijo entonces:

—Hazme un favor, Leticia. Relájate, respira profundo y procura conectar con esa realidad superior que ya te es familiar. No quiero por ahora que adivines ni veas nada en concreto. Solo dime qué ves, nada más. Como cuando me advertiste de lo que me iba a suceder con mi hijo.

En un computador paralelo empezó a sonar el piano de un compositor llamado George Winston. Leticia alcanzó a ver que en la pantalla decía

«Winter».

—Relájate, déjate ir —siguió diciendo el doctor Dávila—. Olvídate de nosotros y vete, vete, elévate sobre ti misma.

Pasaron unos minutos y entonces Leticia, en trance, dijo con una voz gutural:

—Veo a un sacerdote que está atormentado, visitado por espíritus malignos que lo acechan.

—¿Dónde sucede esto, Leticia? ¿Quién es ese hombre?

—Es un franciscano. Tiene su parroquia al sur de Bogotá.

—¿Por qué los espíritus lo buscan?

—De joven hizo cosas atroces, importunó la paz de los muertos.

—¿Qué más ves?

—Hay otro hombre que está con él, una especie de hijo adoptivo. Lo ha cuidado desde niño y lo ha aconsejado.

—¿Y por qué son importantes esos dos hombres para ti?

—Están siendo atacados a nivel espiritual y no lo saben con claridad.

—¿Quiénes son esos espíritus?

—Los arcontes. Seres interdimensionales. La vida existe no solo a nivel material. El universo es una gran matriz en donde la vida prolifera en distintas dimensiones.

—¿Y qué pasará con esos dos hombres?

—Están perdiendo la batalla. No saben protegerse ni defenderse entre ellos. En lugar de unirse, cada uno sigue su camino y al hacerlo se debilitan y serán blancos cada vez más fáciles de atacar.

—¿Qué está haciendo el sacerdote?

—Ha llevado a los espíritus a la propia casa de Dios.

—¿Cómo ha podido hacer algo así?

—Un joven poseso es la trampa.

—¿Hay un joven poseído por el demonio y el sacerdote lo ha llevado a la iglesia?

—A la casa cural.

—¿Va a realizarle un exorcismo? ¿Tiene permiso para algo así?

—Se enfrentará él solo. No sabe medir bien las fuerzas. Lo que ha metido en la casa de Dios es muy superior a él.

—Y el otro hombre, ¿quién es?

—Un detective. Desde niño ha sido visitado por fuerzas oscuras.

—¿También será atacado?

—Ya se lo he advertido dos veces.

—¿Lo conoces, sabes cómo se llama?

—No sé su nombre, pero en una sesión espiritista le dije que tuviera mucho cuidado. Luego le envié una nota anónima en un sobre. No alcanzaré a advertirle una tercera vez. No quiere ver. Avanza como un ciego a tientas por un laberinto.

—Gracias, Leticia. Ahora regresa poco a poco, ve llegando a tu cuerpo de nuevo lentamente, respira y cuando estés lista abre los ojos con calma.

Leticia fue saliendo del trance mientras el analista seguía muy concentrado leyendo las gráficas sobre sus ondas cerebrales. Cuando abrió los ojos, el doctor Dávila le preguntó:

—¿Qué tal, todo bien?

—¿Me podrían dar un poco de agua, por favor? —preguntó ella, suspirando profundamente.

—Por supuesto —dijo él, y le acercó una botella de agua mineral—. Ya puedes levantarte. Espera te ayudo.

Le quitó los sensores y la ayudó a ponerse de pie. Leticia tomó de la botella largos sorbos de agua. El analista dijo con cierto entusiasmo:

—Hubo un aumento notable de ondas alfa. Las ondas theta y las RAM estaban casi al triple de los niveles normales. No hay duda de que se encontraba en un estado alterado de conciencia.

El doctor Dávila asintió muy satisfecho y le dijo a Leticia en un tono paternal:

—Estamos convencidos de que tienes un poder muy especial para salir de las coordenadas espacio temporales. Aún es muy pronto para asegurarlo, pero creemos que puedes ser una vidente remota, alguien que tiene la capacidad para percibir sucesos en otros lugares, o incluso para anticiparlos en el tiempo.

—Eso ya lo sabía, doctor.

—Lo que queremos pedirte es lo siguiente, Leticia —dijo el doctor Dávila, poniéndole la mano en el hombro—. Hay un senador de la República que ha sido secuestrado por un nuevo grupo terrorista que aún no ha hecho ninguna petición formal. Las autoridades no tienen una sola pista para dar con su paradero. Creemos que tú nos puedes ayudar a encontrarlo.

Uno de los individuos que había permanecido en un rincón sin decir nada le entregó al doctor Dávila una fotografía, y este se la pasó a Leticia enseguida:

—Él es el senador García Ferrant. Tiene cincuenta y tres años. Lo secuestraron la semana pasada al norte de la ciudad, saliendo de su casa para ir al

Senado de la República. Fue interceptado por dos camionetas negras de vidrios polarizados sin placas. Mataron a su chofer y dos de sus guardaespaldas están en el Hospital Militar, entre la vida y la muerte.

—Yo nunca he intentado nada por el estilo —dijo Leticia, con cierto nerviosismo en la voz.

—Lo sé, lo sé —respondió el doctor Dávila—. Solo te pido que lo intentes, que te lleves la fotografía para tu casa y que hagas un esfuerzo por visualizar en dónde lo tienen retenido. Solo eso. Si llegas a ver algo, por favor comunícate conmigo enseguida. Serías de gran ayuda y no olvides que puedes salvar una vida. Para eso son los dones que la Providencia nos otorga: para ponerlos al servicio del bien.

—Sí, señor —dijo ella acatando las indicaciones.

—Mantendremos el contacto. Lástima que no tengas un celular para poder llamarte.

—Hay un fijo en la casa donde vivo: 2134161. De todos modos, yo consulto mi correo electrónico casi todos los días.

El mismo individuo que había suministrado la fotografía del senador anotó el número de Leticia en una libreta. El doctor Dávila dijo, con una sonrisa que a Leticia le pareció falsa, diplomática:

—Así quedamos, Leticia. Gracias por tu colaboración.

Ella metió la foto del senador en su mochila, se despidió inclinando ligeramente la cabeza y salió de allí sintiendo que de los dos individuos del rincón emanaba una energía negativa que la tenía ya muy desgastada. Cuando alcanzó la calle disfrutó de la caricia del viento frío contra su rostro.

CAPÍTULO XVII

EL HOMBRE DE NEGRO

1.

Te bajas en el centro de la ciudad, en las entrañas del monstruo, en la Jiménez con la carrera séptima, y subes a pie hasta la entrada al barrio La Candelaria. En el camino te tropiezas con vendedores ambulantes, mimos callejeros, payasos anunciando ofertas en almacenes y restaurantes, letreros en papelerías y tiendas de abarrotes de minutos a celular por cien pesos, y toda la horda de mendigos, vagos y pedigüeños profesionales que extienden la mano como si darles una limosna fuera un deber, una obligación.

La visita al padre Lázaro te ha deprimido aún más de lo que ya estabas. Recordaste que por esos años de bachillerato eras la promesa de la familia, el estudiante modelo, el que siempre izaba bandera. Tu viejo se sentía orgulloso y decía que habías salido a él, a tu abuelo paterno, a tu primer apellido. En las reuniones familiares se comentaban tus logros, se afirmaba que seguramente alguna institución te iba a becar para tu entrada a la universidad, que la Nacional o Los Andes se disputarían tu matrícula con tal de tenerte en sus aulas. Eras lo mejor, el que iba a sacar la cara por la familia, el ídolo, la estrella, el *crack*. Por eso te cuidaban tanto, te consentían, te vigilaban para que no te fueras a mezclar mucho con los vagos del barrio, esa ralea que se hacía en el parque y que no servía para nada, que iban a ser empleados, mediocres funcionarios o incluso mensajeros. Tú no, tú serías médico, o arquitecto o ingeniero. Y no cualquier profesional, sino un estudiante becado que luego se iría para Estados Unidos o para Europa a continuar preparándose porque su talento y su dedicación no tenían límite. Recuerdas incluso que en las fiestas de fin de año se brindaba por ti, se alzaban las copas y tu viejo decía con orgullo, muchas veces con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Por mi hijo, carajo, que ha sido la bendición de mi Dios!

Hasta que llegó el primer ataque, la primera fase maníaca. Te saliste de tus cabales un día y te agarraste a trompadas en el recreo con un grandulón mayor

que tú. Pero la cosa no paró ahí. Buscaste a los amigos del matón y te enfrascaste también con ellos en una lucha a muerte, titánica, desahogada. Nadie te reconocía. Babeabas, amenazabas, maldecías, insultabas. Le rompiste un diente a uno, a otro le dejaste un ojo morado, al tercero lo mordiste en una oreja y casi se la arrancas. Hasta que te molieron a golpes y terminaste en el hospital con un brazo herido y la cara llena de moretones. Escasamente podías ver porque tenías los dos ojos inflamados, cerrados de la paliza que te dieron. Lo curioso es que seguías amenazando y diciendo que te ibas a vengar. Algo no estaba bien contigo y te llevaron al psicólogo. No fue suficiente. Te remitieron al psiquiatra, y después de varias citas con él, te diagnosticó como maníaco depresivo. Empezaron los medicamentos, las vigilancias estrictas, los problemas en el colegio con tus demás compañeros, la desconfianza de los maestros. Tu papá no volvió a brindar, ni a ufanarse del hijo que tenía. Todo lo contrario, empezó a pelear con tu mamá y a decirle con frecuencia:

—¿Ve? Salió como ese primo suyo que terminó medio loco pegándose un tiro en la cabeza.

Ya nadie soñaba con becas para ti ni con un futuro prometedor. Luego llegaron el alcohol, los años de universidad atrapado en una vida bohemia, tus desastres sentimentales con las novias llamando a tu mamá para desahogarse, tus extrañas desapariciones después de las cuales llegabas a la casa tres o cuatro días más tarde con la misma ropa, sin haberte bañado ni lavado la boca, con un tufo apestoso, oliendo a sudor acumulado, sexo y humo dulzón de bareta punto rojo. Ya no tenías futuro, eras un don nadie, un fracasado, un fiasco. Por eso, apenas te graduaste, tu viejo te rogó que te fueras de la casa, que por favor no les hicieras más daño, que estaban viejos y tenían derecho a descansar y a llevar una vida tranquila y en paz. Y te fuiste, claro. Entendiste que eras un desquiciado, un frenético, un vicioso, un peligro para todo el mundo, empezando por ti mismo.

El único que se mantuvo firme contigo fue el padre Bautista. Fue incluso más cuidadoso, más amoroso, se acercó a ti para brindarte su amistad y sus consejos. Por eso lo quieres tanto, lo respetas y te duele verlo así como lo viste hoy, preocupado, atosigado, atormentado por esas fuerzas que lo rondan y que no sabe de dónde provienen. En el fondo, él ha sido tu verdadero padre, ese adulto en el que uno confía y al que siempre puede acudir en busca de un poco de apoyo espiritual.

Llegas a la carrera cuarta y te metes en un bar universitario a beber. Como cosa rara en esta ciudad mortuoria, empieza a llover y los andenes y las calles se

inundan y toman ese aire plateado que da la impresión de estar metido en un diseño metálico. Te haces en un rincón y pides una botella de ron. Sientes en todo tu ser el fracaso de una vida sin gracia, sin grandes conquistas, sin nada de qué alardear. Eres un miserable periodista echado a patadas del periódico, por la puerta de atrás, por donde salen los ladrones, los pícaros y las ratas como tú. Como investigador privado eres también una estafa, sabes bien que te buscas los casos más simples y fáciles de resolver. Nada de qué ufanarse. Y como pareja de Miranda eres aún peor: un egoísta, un solitario que hace esfuerzos para compartir con ella, para no herirla como has hecho con todas las anteriores. Pero la verdad es que te gusta estar solo, que nadie te joda, dormir a deshoras, comer sin tacto ni cuidado, mirar pornografía hasta altas horas de la noche en medio de una soledad que te corroe las entrañas, pero de la cual no te quieres desprender porque es tuya, porque te la has ganado a pulso. Nunca tendrás hijos y nunca vivirás con ella. Es una relación en donde está claro que al final te morirás como un perro apestado, como una alimaña enferma.

Qué mierda de vida, te dices ya con media botella en tu torrente sanguíneo. Qué asco tener que ser Frank Molina. ¿Por qué te tocó ser tú y no otro? Entonces, atravesado por la culpa, te dices que hoy no fuiste muy solidario con el padre Bautista y sientes la necesidad de hablar con él, de ofrecerle tu apoyo. Llamas a la parroquia desde tu celular y te contesta el ama de llaves. Le explicas quién eres y que necesitas hablar con el padre dos minutos. Se hace un silencio y enseguida pasa él al teléfono:

—¿Sí? ¿Frank?

—Padre, lamento haberme ido así hoy, sin haberlo ayudado en nada.

—No, mijo, tranquilo, esto es superior a toda comprensión humana. No estamos lidiando con seres de este mundo.

—Yo solo quería decirle que usted ha sido mi bastión y mi maestro a lo largo de la vida. Lo que necesite, a la hora que sea, cuente conmigo —dices con los ojos arrasados en lágrimas.

—Yo sé, mijo, yo lo sé. Gracias. Pero en este caso estamos enfrentando a fuerzas que provienen del infierno. Apenas pase todo esto nos reunimos a tomar cafecito con calma.

—Lo quiero y lo respeto mucho, padre. No se le olvide.

—Gracias, mijo. Esta será tu casa siempre.

Cuelgas y terminas la botella sintiendo cómo las lágrimas te corren por las mejillas. Qué mierda ser un vago, un vicioso. Qué porquería ser tan poca cosa.

Cómo duele ser un don nadie.

Te conectas al wifi del bar y le mandas un mensaje a Miranda. Sabes que estás borracho y no te da pena ser cursi cuando escribes:

Sé que estás por llegar. Estoy muy pendiente. Sin ti parezco un barco sin timón, una chalupa a la deriva en medio de un mar embravecido y en tormenta.

Ella te responde a los dos minutos:

Mi amor: llego mañana temprano. Te compré dos regalitos que te van a encantar. Yo te llevo siempre dentro de mí, en la maleta, a donde sea que vaya. Pórtate juicioso y acuéstate temprano.

Si supiera, piensas. Si te viera en este bar de pacotilla, bebiendo solo, arrastrado, humillado por una vida que no aprecias en absoluto. La verdad es que la muerte será una oportunidad maravillosa, la única manera de librarte de ti mismo.

Sales del antro dando traspiés, fastidiado contigo mismo, enfurecido porque ni siquiera tienes el coraje de pegarte un tiro o de envenenarte. Te arrastras como puedes por las calles del centro de la ciudad hasta que coges un taxi, le das la dirección y el conductor te dice con cierta sorna:

—Se la amarró con toda, patroncito.

—Pilas conmigo, maestro —dices, sacando el revólver de la parte trasera del pantalón y mostrándoselo a través del retrovisor—. Si está pensando en un paseo millonario o alguna güevonada por el estilo, nos encendemos a plomo. Hoy es un día perfecto para morir.

—Tranquilo, patrón, cálmese —te dice el tipo, poniéndose nervioso de repente—. Yo lo llevo a su casa, usted me paga y si te vi no me acuerdo.

Te deja justo en la entrada, te cobra con exactitud lo que dice el taxímetro, pagas y te bajas del carro tambaleante. De un momento a otro, te da la sensación de que esa no es tu casa, que no vives ahí, que esa vida no te pertenece, que no es la tuya. Entrás y te subes a trompicones por las escaleras hasta tu cuarto, te quitas los zapatos y te arrojas sobre la cama sintiéndote aún peor porque encima de fracasado, mediocre y perdedor, eres además un borracho, un beodo irredento.

Agarras el control de la televisión en la mano derecha y enciendes el aparato. Hay un programa de televentas en el que ofrecen una faja reductora para el abdomen. Cambias. Una monjita está hablando sobre la importancia de aceptar la vida de Jesús en nuestros corazones. Clic. Unos miserables viajeros son capturados en el aeropuerto con varios kilos de cocaína en sus maletas. Clic. Una mujer habla de su experiencia con su esposo, que en realidad llevaba una doble vida y tenía otro hogar, otra mujer y otros hijos. Clic. Un ciclista famoso cuyo nombre no recuerdas confiesa ante las cámaras que se dopaba y que todo su equipo usaba sustancias prohibidas. Clic. Descubren una pirámide en Bosnia del mismo tamaño y las mismas medidas que las pirámides de Egipto, y el presentador se pregunta si en la Antigüedad no existía una cultura muy desarrollada tecnológicamente por todo el planeta. Clic. Un noticiero anuncia que un temblor de 6.1 recorrió la costa del norte de Chile. Parece que no hay heridos. Clic. Un periodista habla de un informe macabro en el que aparecen cientos de niños y niñas violados por sacerdotes católicos. Se especula incluso que los religiosos pudieron haber cavado fosas comunes y desaparecido a varias de sus víctimas. Hombres con sotana masacrando infantes, abriendo tumbas a altas horas de la noche. Demasiado...

Los ojos se te van cerrando en contra de tu voluntad, el control se te cae de las manos y se pierde entre los dobleces de las sábanas, y sientes tus propios ronquidos, que te despiertan levemente hasta que ya no puedes más y entras definitivamente en un sueño profundo.

2.

En las horas de la mañana me enteré de que el padre Gonzaga había fallecido la noche anterior debido a un ataque cardíaco. Era una señal de que me encontraba perdido: no había nada que hacer, no tenía un ejército para oponerme a las huestes infernales que venían apoderándose del mundo poco a poco. La mía era una batalla ridícula, una pantomima de pésimo gusto.

Las cucarachas se multiplicaron en la cocina e invadieron también el comedor y dos baños de la planta baja. Estaban por todos lados y no había cómo detenerlas. Fumigamos y esparcimos veneno con Martina, pero fueron ampliando su radio de acción en cuestión de pocas horas.

Recuerdo bien que ese día intenté dar misa pero no pude. Mi cabeza iba y venía, fantaseaba, deliraba. Tuve que excusarme con los feligreses y decirles que estaba enfermo, que una migraña que no cesaba me impedía pensar con claridad. Ya ni siquiera podía cumplir con mis obligaciones. Me estaba preparando para expulsar al Maligno del cuerpo del muchacho y por eso estudiaba mucho, leía, me documentaba, pero en el fondo de mí sabía que yo no era la persona indicada para ese enfrentamiento, que estaba derrotado desde antes de empezar. Mientras tanto, el chico iba perdiendo fuerzas día a día, se disminuía, y si no actuaba con prontitud podía morir incluso en la parroquia.

En las horas de la noche me llamó Frank y estaba borracho, metido quién sabe en qué antro inmundo ahogando su miedo y su impotencia en alcohol. Evoqué nuestros días de colegio, cuando aún el horror y la maldad no se habían fijado en nosotros y sentí la nostalgia de quien sabe con certeza que jamás volverá a ser feliz. Ambos, Frank y yo, seremos arrastrados a las fauces del infierno. Su voz en el teléfono era la de un perdido, la de alguien que estaba cayendo en el abismo.

Por esos días se presentó en la iglesia un individuo vestido de negro y le dijo a Martina que necesitaba confesarse conmigo. Le dije a mi ama de llaves que no

me encontraba bien y que por favor le indicara al hombre que volviera otro día. Se negó y dijo que era un caso de vida o muerte, que prefería esperarme hasta la hora que fuera con tal de poder recibir este sacramento de parte mía. Salí entonces a la iglesia a encontrarme con él y ya estaba de rodillas en el confesionario. Me acerqué, entré por la puertecita de madera y me puse de rodillas ante Nuestro Señor. Dije en voz alta y con la voz sentida:

—Dame, Señor, la sabiduría que me asista cuando me encuentre en el confesionario, para que sepa juzgar a tu pueblo con justicia y a tus pobres con juicio. Haz que utilice las llaves del Reino de los cielos para que no abra a nadie que merece que esté cerrado y no cierre a quien merece que esté abierto. Haz que mi intención sea pura, mi celo sincero, mi caridad paciente y mi trabajo fecundo. Que sea dócil pero no débil, que mi seriedad no sea severa, que no desprecie al pobre ni halague al rico. Haz que sea amable al confortar a los pecadores, prudente al interrogarlos y experto al instruirlos. Te pido que me concedas la gracia de ser capaz de alejarlos del mal, diligente en confirmarlos en el bien; que les ayude a ser mejores con la madurez de mis respuestas y con la rectitud de mis consejos; que ilumine lo que es oscuro, siendo sagaz en los temas complejos y victorioso en los difíciles; que no me detenga en coloquios inútiles ni me deje contagiarse por lo que está corrompido; que, salvando a los demás, no me pierda a mí mismo. Amén.

Luego cerré la puerta del confesionario y abrí la ventanilla para saludar al hombre que tanto estaba necesitando de mis buenos oficios.

—Buenos días, hijo. Espero que sepas que lo primero en una confesión es haber hecho un examen de conciencia para saber dónde has fallado, en qué momento tu soberbia o tu ceguera espiritual te ha conducido a herir a los demás. Enseguida es importante hacer acto de contrición, estar arrepentido de tus pecados y mirar de qué manera puedes enmendarlos. Finalmente, yo te daré la absolución para que estés en paz contigo mismo y con Nuestro Señor.

Hubo un silencio de unos segundos que me parecieron eternos. Solo se oía la respiración del hombre del otro lado de la rejilla del confesionario. Luego tomó aire y dijo con una voz gruesa que indicaba muchas horas de cigarrillo, de alcohol y de noches en vela:

—Padre, si uno ha sido primero ofendido por Dios, aplastado, masacrado, ¿está en la obligación de mantener con Él una buena relación?

—No entiendo, hijo.

—Si el pecador no es uno, padre, sino Él, ¿es nuestro deber sostener ese vínculo, aunque sepamos que es malsano y que no nos conviene?

—Hijo, si no tienes pecados y no estás arrepentido no puedo confesarte.

—Pero es que a veces Él es el agresor, el que hiere, el que ofende, el que nos lesiona. Y ese es mi dolor. Todo lo que he hecho no ha sido más que una venganza, un deseo profundo de hacer justicia. Cuando hay un padre maltratador en un hogar, ¿lo sano no es alejarse de él, irse a vivir a otra parte?

—Tienes que hablarme claro para poder absolverte.

—Le pongo un ejemplo, padre: ¿dónde está Dios cuando venden a un niño o a una niña como esclavos? ¿Dónde está Dios cuando multitudes enteras perecen de hambre? ¿Dónde está Dios cuando un obrero llega a su casa sin un centavo porque su patrón le ha robado su sueldo?

—Hijo, te recuerdo que estamos en el sagrado sacramento de la confesión. Si no estás arrepentido de nada es mejor que regreses otro día.

—Estoy arrepentido de haber permitido que Dios me convirtiera en una mala persona, en alguien igual a Él. Porque no hay la menor duda de que estamos hechos a su imagen y semejanza.

—Creo que es mejor que hagas tu examen de conciencia con tranquilidad y que regreses más adelante.

—He tenido la vida entera para reflexionar. Y mi conclusión es siempre la misma: cuando me atacaron Él miró para otro lado y permitió que me convirtieran en esto que soy ahora.

—Los pecados son obra nuestra, somos responsables de nuestros actos.

—No, padre, a veces los monstruos somos fabricados, hechos, contruidos por manos ajenas. A veces el gran pecador es una obra conjunta orquestada por la misma comunidad.

—No sé a qué te refieres y lamento que no estés preparado para este sacramento —dije empezando a levantarme y salir de allí.

—Eso mismo hizo la primera vez, padre, porque usted también miró para otra parte cuando me agredieron.

—¿Cómo?

—Fue en el colegio, hace muchos años. Uno de sus alumnos preferidos, de sus consentidos, me hizo pedazos la cara. Luego los otros alumnos se

aprovecharon de mi desconcierto para agredirme a su antojo, para convertirme en su objeto de diversión.

—¿Quién eres, cómo te llamas?

—Y usted siguió protegiendo al agresor, al victimario, en lugar de cuidar a la víctima. ¿A eso llama usted ser un buen sacerdote?

—Te estás refiriendo a Frank Molina, ¿verdad? —dije sentándome de nuevo en el confesionario.

—Luego entré en *shock* y no supe qué le estaba sucediendo a mi cabeza. Fuerzas oscuras me invadieron, tomaron posesión de mí sin que pudiera evitarlo. Estaba muy débil por aquel entonces, muy herido. Mi madre lo buscó a usted rogándole ayuda espiritual y usted, por segunda vez, se lavó las manos y prefirió mirar hacia otra parte. Entonces yo le pregunto: ¿se ha arrepentido alguna vez usted de eso, de su bajeza y su crueldad? ¿No son acaso usted y su Dios responsables de mi maldad, de mi monstruosidad?

—Te lanzaste a un río y todo el mundo te dio por muerto —dije automáticamente recordando el pasado.

—Pero no, padre, sobreviví y preferí alejarme, huir de ese joven que tanto me avergonzaba, al que tanto mal le habían hecho. Escapé de mí mismo para convertirme en otro.

—Estabas poseído. Hablé con las autoridades de mi congregación y se negaron a hacer un exorcismo.

—Sin embargo, ahora tiene a un joven en su parroquia y a él no piensa abandonarlo. Como tampoco abandonó a Molina. ¿Por qué no hizo lo mismo conmigo, padre, por qué no me acogió entre sus brazos e impidió que las bestias se cebaran conmigo?

—Hijo, lo siento tanto —dije con auténtico arrepentimiento.

—Ya es tarde, padre. Ya todo está hecho. Soy un ángel caído en desgracia.

—Es tan difícil actuar de manera impecable en todo momento. Siempre nos equivocamos.

—Eso que usted llama equivocación puede ser la pérdida de una vida entera.

—Lo sé, hijo, lo sé.

—Y ya no hay marcha atrás. Ya lo hecho, hecho está.

—No sabes cuánto me duelen tus palabras.

—Desde entonces, me dediqué a planear mi venganza no para satisfacer mi ego, padre, no. Porque no se trata de encumbrarme por encima de mis agresores. Esa no es la idea. Se trata de justicia, padre, de que ustedes sufran y padezcan los

mismos tormentos que yo tuve que atravesar en silencio y sin la ayuda de nadie. Aunque en mi caso fue mucho peor, porque era apenas un niño.

—Has venido a cobrar lo tuyo —dije con tranquilidad y auténtico dolor.

—Ya lo hice, padre. Soy el que están buscando por todas partes, el enemigo público número uno, la amenaza.

—¿Mataste a todas esas mujeres? ¿Qué tiene eso que ver con Frank y conmigo?

—No olvide algo: el secreto de confesión es inviolable, padre. Por nada del mundo puede usted hablar acerca de esta conversación que hemos tenido los dos. De lo contrario queda inmediatamente excomulgado, es decir, por fuera del rebaño, excluido como una amenaza, como un leproso que es peligroso para el resto de la comunidad.

—¿Qué fue lo que hiciste?

—Tomar la justicia en mi propia mano. Y ahora su discípulo bienamado y usted deben enfrentar lo que les corresponde. Llegó el momento de escuchar la sentencia.

—¿Piensas matarnos también a nosotros?

—Eso sería liberarlos del dolor, padre. No, ahora tienen que atravesar el infierno solos y sin una mano amiga. Así me tocó a mí.

—Que sea lo que Dios quiera —dije, inclinando mi cabeza con humildad, listo para sentir un disparo en la cabeza o algo por el estilo.

Pero no, hubo otro silencio y entonces escuché unos pasos que se retiraban por la nave lateral hacia la puerta. Salí del confesionario y lo único que alcancé a ver fue la silueta de un hombre alto y corpulento, con una melena ondeándole por encima de los hombros y un abrigo negro abierto de par en par. Salió de la iglesia sin darse la bendición y se perdió entre los puestos de dulces y comidas rápidas que pululaban en la calle.

3.

Esa misma noche Leticia fue visitada por unas imágenes muy fuertes que no sabía de dónde provenían. No alcanzó a dormirse cuando, de repente, en ese estado que está a medio camino entre la vigilia y el sueño, sintió un desdoblamiento y se trasladó a los baños de un colegio desde cuyas ventanas se podían ver las montañas bogotanas. Estaba segura de que no estaba viendo el futuro, escenas que sucederían, sino el pasado, situaciones ya cumplidas. Pero las veía en vivo, en presente, como si estuvieran ocurriendo frente a sus ojos y ella fuera la mujer invisible.

Uno de los muchachos se llama Frank Molina y una mañana es abofeteado por uno de los matones del colegio. El joven tropieza y va a dar contra uno de los muros. El resto empieza a abuchearlo. Pero en lugar de amilanarse o aceptar la superioridad física de sus compañeros, Frank se lanza a un contraataque bestial que deja a sus enemigos fuera de lugar, sin saber qué hacer. Ruge como un león, lanza patadas y puñetazos, resopla como un búfalo, y en un instante logra agarrar a uno de los del grupo desprevenido, lo lleva al piso y le arranca de un mordisco la parte baja del lóbulo de la oreja izquierda. Luego la escupe y el pedazo de carne rueda por el piso en una escena que deja a todos pálidos, aterrados. Él sigue vociferando y amenazando. El joven en el piso tiene la cara amoratada y ya está mutilado.

Los días siguientes parecen sacados de una pesadilla grotesca. El joven golpeado y cercenado regresa al colegio en medio de una depresión profunda y sus antiguos camaradas ahora la emprenden contra él, le dicen que se comportó como un badulaque, que los desprestigió como grupo, que no sabían que era tan debilucho, tan maricón. Lo empujan, lo escupen, le quitan la plata que tiene para las onces y para el transporte. El muchacho no sabe cómo volver a ocupar su puesto en la camarilla que ahora lo matonea a él.

Mientras tanto, el otro estudiante, Frank, es conducido a médicos y psiquiatras que no saben cómo controlarlo. Son largas semanas de medicamentos, de probar pastillas de todo tipo, de exámenes que al final arrojan un diagnóstico difícil de aceptar para sus familiares y para él mismo: los especialistas afirman que sufre de un trastorno maniaco depresivo y que la pelea había ayudado a que la enfermedad aflorara, la había sacado a flote.

Al adolescente mutilado lo empiezan a llamar Tacita, Pocillo, y por todo el colegio se burlan de él, le roban las porciones de comida en el almuerzo, lo denigran, lo patean, le pegan en la cabeza y hasta los niños de grados menores le dicen cuando pasan:

—Ábrase o lo muerdo.

Su vida se ha vuelto un infierno. En la casa no le dice nada a su madre, pero le insinúa que no quiere volver a estudiar, que quiere un cambio de colegio. Le madre le promete que al final de año buscará otra institución educativa.

Pero no hay tiempo para la redención. Los dioses son implacables. Una tarde, después de un evento especial en el que algunos estudiantes se han quedado para un entrenamiento deportivo, los antiguos camaradas del joven lo someten, cierran el baño con seguro, lo zarandean hasta atolondrarlo, le sacuden la cabeza contra los lavamanos hasta dejarlo semiinconsciente y el líder del grupo le dice:

—Ahora nos va a pagar, hermano, lo mal que nos hizo quedar.

Le bajan la pantaloneta y los calzoncillos, le dan la vuelta hasta dejarlo boca abajo, y el líder les dice a sus compinches:

—Ténganmelo bien quietico.

Y lo viola de manera brutal, sin contemplaciones, desgarrándolo y dejándolo manchado de sangre.

—De ahora en adelante este *man* será nuestra putica preferida —grita sonriendo. Y termina sacando el pene y derramándose en las nalgas del joven, que apenas puede emitir unos quejidos de dolor al sentir el ano destrozado y herido. Luego empiezan los otros a bajarse los pantalones y se le van echando encima por turnos.

—Putita malparida —le grita uno, penetrándolo con fuerza.

—Maricón de mierda —le dice otro, eyaculando sobre su espalda.

—A la próxima le ponemos una peluca y le compramos una minifalda —dice un tercero, acercándole el pene a la cara y dejándole gotas de semen en las mejillas y la boca.

Y ahí lo dejan tirado en el piso, gimiente, herido entre un charco de sangre. Media hora después el estudiante logra ponerse de pie, recoger manotones de agua en uno de los lavamanos y echarse en las nalgas y el ano. Se viste entre un llanto que le sale de muy adentro. Escasamente puede caminar y así, cojeando, sale del colegio limpiándose las lágrimas que aún le corren por las mejillas.

Leticia ve cómo el muchacho de allí en adelante queda trastornado. Le cuesta estudiar, concentrarse, hablar en público. Dos veces más es atacado en los baños por la misma pandilla de excolegas que abusan de él entre risas y golpes. Hasta que no puede más y algo que parece provenir de una zona interna infernal, algo feo que no se parece en nada a lo que él ha sido hasta entonces, se toma su cuerpo y su mente. Se trata de una entidad que emerge de una dimensión desconocida, una fuerza secreta y bestial que lo posee sin darle tregua ni respiro.

En una salida por las afueras de Bogotá se lanza al río Magdalena y se deja arrastrar por la corriente observando allá, sobre el puente, a esa madre que ya nunca más volverá a ver en su vida. Luego nada hasta la orilla y escapa entre las fincas y los campesinos para convertirse de allí en adelante en la ira de Dios, en la indignación de Dios, en la venganza de Dios.

Con el paso de los años, va cazando uno a uno a sus agresores, los persigue, se convierte en su sombra. Al líder lo acorralla en el baño de un bar y lo coge por sorpresa golpeándolo en la nuca. En cuestión de dos minutos, le saca los ojos con una navaja muy bien afilada, le cercena los labios, los diez dedos de las manos, le corta el pene, echa todo por uno de los inodoros, suelta el agua y sale de allí como si nada, dejándolo en el piso ciego y mutilado.

La segunda venganza la lleva a cabo en un potrero del sur de la ciudad, después de suministrarle una dosis de escopolamina en una cerveza a su antiguo compañero de colegio. Le arranca el cuero cabelludo y la piel de la cara con un bisturí. Luego le corta el pene y les arroja los restos humanos a unos perros hambrientos de un taller de mecánica cercano.

La tercera y la cuarta víctima caen al tiempo. Usa de nuevo la escopolamina y contrata a dos indigentes adictos al bazuco para que lo ayuden a sacarlos hasta el parque Timiza. Allí les cercena las orejas, les saca los ojos y les corta el pene dejándolos en el pasto convertidos en dos masas sanguinolentas que apenas pueden hablar. Echa todo en una bolsa de basura y la arroja al lago en medio de una noche sin luna y sin estrellas. Les paga a los dos mendigos y les dice que los violen. Cuando se está alejando alcanza a ver cómo los dos pordioseros están encima de los mutilados haciéndose bromas y montándolos entre risas.

El hombre crece en medio de la soledad, cumpliendo con trabajos de funcionario medio, haciendo negocios para crear un pequeño capital. Es la vida de afuera, que no tiene ningún sentido para él. Le da lo mismo una comida que la otra, comer en un plato plástico o en una vajilla costosa, tomar agua o vino, vestirse con ropa costosa o con ropa comprada de segunda en la plaza España. Da igual esa vida que está ligada a las cosas, a los objetos, a las otras personas. Lo importante para él es la vida interior, el aguante, el temple, la rabia sorda que lo ha mantenido vivo sin pegarse un tiro en la cabeza cualquier noche. El odio lo ha transformado en una bestia que caza sola y que siempre está alerta, a la defensiva, pues ya sabe que esos que suelen sonreírse y congraciarse a su lado no son más que animales camuflados, alimañas peligrosas que en cualquier momento hay que apuñalar para quitárselas de encima.

Con el paso de los años, vigila a dos que están pendientes en la lista: a Frank Molina y al sacerdote que lo protegió. Con ellos es distinto porque no hicieron parte de la pandilla de violadores, pero sí propiciaron la situación y de alguna manera los animaron sin proponérselo. También tienen que pagar. Sin embargo, se va dando cuenta de que ambos llevan vidas tristes, grises, atormentadas. Varias veces ve a su antiguo compañero de colegio amarrado en clínicas psiquiátricas donde se recluye buscando ayuda médica. Frank aúlla, amenaza, vocifera en las noches hasta que los enfermeros lo inyectan para que deje dormir a los demás pacientes. Luego lo ve en el patio sentado en un rincón, babeando, con la mirada perdida en el vacío. Se dice que la vida misma se ha encargado de él, pero no, tiene que pagar también y ya le llegará la cuenta de cobro.

Pensando en ellos dos es que el hombre invoca a los espíritus, cumple con rituales siniestros, pide la ayuda del Señor de las Sombras y ruega todos los días para que la oscuridad espiritual los atenace y no les permita ni siquiera respirar. Sabe que hay huestes demoníacas que están esperando en la penumbra para atacar a los hombres.

Y cuando llega el momento empieza a eliminar a ciertas prostitutas que se han reído de él cuando notan que es impotente, que no puede poner su pene erecto, que aunque lo intente una y otra vez lo único que logra es que ellas se rían aún más. Esas mujerzuelas también son seres abyectos e inmundos que deben ser eliminados en busca de un mundo más limpio. A veces hay que buscar ese poco de aire fresco a las malas. Pero en realidad ellas no son importantes, no son el meollo del problema. Solo son peones en una jugada de ajedrez más complicada y compleja. Son la trampa, la estrategia en la que irá cayendo poco a

poco el alucinado de Frank Molina, ese antiguo compañerito que osó arrancarle un pedazo de su cuerpo a dentelladas y escupirlo en el patio del colegio.

Lo mismo sucede con la muerte de Mamá Larisa, se trata solo de ir acorralando a Molina, de ir demostrándole quién dirige los hilos, quién es más inteligente, quién es superior. Leticia siente que esa muerte se pudo haber evitado, que no era necesaria. Pero quizá el destino de su antigua amiga estaba ligado a todos esos bebés que encontraron enterrados en su jardín: tenía que pagar con su propia existencia las vidas que había interrumpido.

Hasta aquí alcanza a ver Leticia, hasta aquí le es revelada la historia de ese hombre que se esconde en medio de unas tinieblas muy espesas. Sabe que algo de todo esto terminará también alcanzándola a ella, contaminándola, pero es consciente de que precisamente por eso mismo no le ha sido permitido vislumbrar ese final. Los dioses son caprichosos y enigmáticos.

CAPÍTULO XVIII

EL CÍRCULO SE CIERRA

1.

Apenas salió el hombre de la iglesia me retiré del confesionario y me arrodillé frente al altar. Le pedí a Nuestro Señor Jesucristo que se apiadara de mi alma, que me protegiera y que me perdonara por esos malos pasos que había dado al comienzo de mi vida. Le dije que aunque me perdiera en el infierno mi corazón seguiría siendo suyo.

Y me dirigí hacia la habitación donde estaba el joven recluido. Le ordené a Martina que cerrara la iglesia y la casa cural, y que no fuera a abrir por ningún motivo. Había llegado la hora, el momento de la verdad. Tomé mi Biblia y un frasco de agua bendita, y abrí la puerta que conducía a esa oscuridad tenebrosa donde el joven llevaba aguantando ya varios días a punta de sorbos de sopa, pedazos de pan y agua de panela con limón. Su extrema delgadez era conmovedora.

La habitación olía a establo de marranos. La invasión de cucarachas ya había alcanzado todo el primer piso y se veían los insectos arrastrarse por el suelo. El joven estaba agotado, exhausto y escasamente podía respirar. Cerré la puerta con seguro y tomé aire a bocanadas llenas. La Presencia sonrió y dijo con su acostumbrada voz plural de socavón oscuro y maloliente:

—No hay nada que hacer, padre, ya se lo dije, está en el bando equivocado.

—Se acabó esto. Hoy vamos a definir esta situación.

—Está defendiendo la maldad extrema. Le acaban de preguntar en el confesionario dónde está Dios cuando hieren a un niño, cuando lo maltratan, cuando le despedazan su vida. Y no supo qué responder, padre. ¿Sabe por qué? Porque a Dios nunca le ha importado el dolor del mundo. ¿Dónde está Dios cuando bombardean una población civil? ¿Dónde está su pretendido Padre cuando millones de personas mueren de ébola en África?

—Vas a dejar este cuerpo. Vas a salir de ahí hoy mismo.

—¿Por qué se niega a pensar, a reflexionar? ¿Dónde está Dios cuando torturan a los estudiantes en los calabozos de las dependencias militares? ¿Dónde está Dios cuando estallan las bombas terroristas matando a civiles inocentes y dejando a otros lisiados de por vida? ¿Dónde, padre? Yo tengo la respuesta: sonriéndose complacido ante la desesperación del mundo.

Empecé a orar y abrí el Libro Sagrado. Alcancé a regar un poco de agua bendita sobre la cama y el cuerpo del poseso. Escasamente se retorció y siguió con su perorata en contra de este Dios nuestro crucificado y doliente:

—¿Nunca se ha preguntado por qué decidió morir en la cruz, padre? Porque el dolor lo atrae, le gusta. Y los ha convertido a todos ustedes en glorificadores de ese dolor. Todos se inclinan ante la corona de espinas, ante la sangre, los latigazos y la herida abierta en el costado. ¿Qué es eso, padre? ¿Por qué no celebran la vida, la paz, el placer, el sexo, la risa y la alegría? Es una religión triste para sádicos y deprimidos.

No puse atención y empecé a orar en voz alta:

—Señor Jesucristo, Verbo de Dios Padre, Dios de toda criatura que diste a tus santos apóstoles la potestad de someter a los demonios en tu nombre y de aplastar todo poder del enemigo; Dios santo, que al realizar tus milagros ordenaste: «huyan de los demonios»; Dios fuerte, por cuyo poder Satanás, derrotado, cayó del cielo como un rayo; ruego humildemente con temor y temblor a tu santo nombre para que, fortalecido con tu poder, pueda arremeter con seguridad contra el espíritu maligno que atormenta a esta criatura tuya. Tú, que vendrás a juzgar al mundo por el fuego purificador y en él a los vivos y los muertos.

Amén.

—No sea ridículo, padre. Dejé este *show*, que no se lo cree ni usted mismo.

Tomé el frasco de agua bendita y volví a bendecirla con las palabras sagradas:

—Dios, que para la salvación del género humano hiciste brotar de las aguas el sacramento de la nueva vida, escucha, con bondad, nuestra oración e infunde el poder de tu bendición sobre esta agua, para que, sirviendo a tus misterios, asuma el efecto de la divina gracia, que espante los demonios y expulse las dolencias y así, al ser rociados, tus fieles sean liberados de todo daño; que en el sitio que será regado con esta agua no resida el espíritu del mal y se alejen todas

las insidias del oculto enemigo; haz que tus fieles, manteniéndose firmes por la invocación de tu santo nombre, sean libres de todas las asechanzas. Te lo pedimos, por Cristo Nuestro Señor. Amén.

Una carcajada retumbó contra las paredes de la habitación. Esparcí el agua en el aire y cayó sobre las sábanas, sobre el colchón, sobre las almohadas, sobre el cuerpo de ese pobre joven que ya no podía más y que estaba a punto de morir. Grité a voz en cuello enfurecido, henchido de indignación y de ira contenida:

—Sal de este cuerpo, espíritu inmundo, abandona a este joven, yo te lo ordeno en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que murió en la cruz para redimirnos a todos nosotros de nuestros más hondos pecados.

Y entonces empecé a sentirme mareado, ido, sin noción de tiempo ni espacio. Vi que el joven convulsionaba y que de repente se quedaba quieto, respirando por la boca, como si acabara de ascender de unas profundidades en las que escaseara el aire. Y de un momento a otro me sentí fuerte, esplendoroso, lleno de una nueva vitalidad que hacía mucho no sentía.

Abrí la puerta y llamé a Martina. Bañamos al joven, lo perfumamos con desodorante y lociones, le dimos de comer abundantemente y él, entre lágrimas y frases de gratitud, se acostó a dormir. Mientras tanto, nosotros limpiamos el lugar, desinfectamos, cambiamos los tendidos de la cama y abrimos las ventanas y las puertas de par en par para que entrara el aire. Noté que no había ya insectos en el piso.

Alcancé a tener un último sentido del deber y llamé a la madre del joven, que llegó a los pocos minutos. Le dije que su hijo ya estaba bien y ella se atacó a llorar. El joven se despertó y ambos se abrazaron dándose besos y diciéndose frases cariñosas al oído. Ella me dijo que deseaba llevárselo para su casa, que le hacía mucha falta y que quería celebrar una cena en su honor invitando a los parientes más cercanos. Me dio las gracias besándome la mano una y otra vez, y el mismo vecino que nos había ayudado a traerlo llegó para regresarlo a casa sano y salvo.

Esa misma noche intenté llamar a Frank al teléfono que tenía, pero no respondía o sencillamente había cambiado el número y no me había actualizado con el nuevo. Le puse un mensaje de texto que decía:

Frank, comunícate conmigo apenas puedas. Lo que estás enfrentando es muy superior a tus fuerzas. El círculo se cierra y serás atacado brutalmente. Por favor, llámame. Una cosa más: muy posiblemente yo

también perderé esta batalla y, si por algún motivo me llevo a convertir en alguien que no reconoces, por favor guarda el recuerdo antiguo de quien te quiso como a un hijo. Sospecho que también yo muy pronto dejaré de ser yo mismo.

No recibí respuesta. Martina ya se había acostado a dormir. Fui hasta la alacena y saqué un par de botellas de vino de consagrar que allí guardaba con cierto celo. Puse un poco de música y empecé a beber con una dicha que no sentía desde mis años de estudiante de medicina en la universidad. Qué triste, acongojado y gris me había vuelto. Vestido de negro y con ese *clergyman* parecía un pajarraco de mal agüero. La vida era también celebración, juerga y comunión junto a todos tus hermanos.

Entonces se me ocurrió una idea brillante: si el mal se estaba tomando la realidad de manera soterrada y callada, si por todos lados empezaba a imponerse el bien individual, la envidia y el desdén por los demás, mi deber era salvar la ciudad, liberarla, bendecirla. Pero no metido en la iglesia como un roedor en su madriguera, no, qué pereza. Lo que tenía que hacer era salir a la calle, recorrer las avenidas y ayudar a todos aquellos con los que me fuera encontrando en el camino. Abrí uno de mis maletines de cuero, metí en él varias hostias consagradas, dos recipientes pequeños con agua bendita y lo que quedaba del vino, y mi Biblia de bolsillo para casos especiales a domicilio.

Mi primera parada: la zona de tolerancia, mi antiguo barrio del que me expulsaron los organismos de seguridad del Estado. Si Jesús había estado entre los pobres, pecadores y menesterosos, yo haría exactamente lo mismo. La gente de bien no necesita de un consejero espiritual. Por eso un verdadero ministro está siempre entre los perdidos e inmorales. Me tomaría un par de tragos y calentaría motores para empezar a bendecir esa ciudad que tanto me estaba necesitando.

2.

Leticia dura todo un día abrumada por las visiones que ha tenido con respecto a ese hombre misterioso que va detrás del sacerdote y del detective. No puede pintar, escasamente se alimenta y decide refugiarse en la biblioteca pública a leer un rato. Tampoco lo logra, pues a los pocos minutos se da cuenta de que no entiende una sola línea de lo que está leyendo. Decide entonces regresarse a su habitación y dormir una siesta para recuperarse un poco.

Cuando se despierta tiene la impresión de saber con exactitud quiénes raptaron al senador y dónde lo tienen recluido. Saca la foto que le han dado y confirma los rasgos del hombre, su mirada, la energía que emana de su ser. Llama al doctor Dávila a la fundación y contesta él mismo al otro lado de la línea telefónica:

—Sé dónde lo tienen, doctor.

—¿Desde dónde me estás llamando, Leticia?

—Desde la casa donde vivo en La Candelaria.

—Espera, te pongo en altavoz ya mismo. Estoy con las autoridades aquí en la fundación. Te oímos.

—Lo secuestraron porque es un senador de izquierda y quieren echar por tierra el proceso de paz. Están implicados algunos militares y un grupo de terratenientes que no quieren aparecer en los procesos como colaboradores de los paramilitares. Si el proceso se acaba, las confesiones se detienen de inmediato.

—¿Estás segura?

—Hay un detalle que no salió a la luz pública y que yo le puedo confirmar para que sepa que es verdad lo que le estoy diciendo: encontraron sangre del senador en el carro, lo cual significa que está herido.

—Aquí me están indicando que sí, Leticia, que tienes razón.

—Fue un balazo en una pierna y él ya está fuera de peligro. Lo asistieron en la finca donde lo tienen retenido.

—¿Y dónde es eso, Leticia?

—Tienen que tener mucho cuidado, porque ese lugar está muy bien custodiado. Tienen francotiradores a lo largo de todo el perímetro.

—Estamos tomando nota. Continúa.

—Lo sacaron por la vía a Medellín, a través del departamento de Boyacá. Cruzaron el río Magdalena a la altura del puente La Paz, y en el municipio de Puerto Triunfo desviaron a mano derecha hasta Puerto Perales. Allí, muy cerca, en la vereda La Chinita, en la finca Los Guadales, está recluido.

—¿Lo viste con claridad, está bien de salud?

—Tiene una pierna vendada debido al disparo, pero está sanando bien. Lo tienen en una habitación por fuera de la casa, a pocos metros. Solo tiene una cama, una mesa y un radio portátil. Ha pedido libros para poder leer durante el cautiverio, pero solo le llevan confesiones de famosos y cosas así. Por eso está aburrido y se pasa las horas durmiendo.

—¿Supiste si no se le infectó la herida?

—Está cicatrizando bien. El problema es la depresión. Lloro mucho y extraña a sus hijos. Cree que lo van a matar. Y tiene razón, ese es el plan.

—Espérate, Leticia, quédate un minuto en la línea, por favor.

Se hace un vacío de dos minutos que a Leticia le parece una eternidad, y luego vuelve a escuchar la voz del doctor Dávila, que le dice:

—¿Estás ahí, Leticia?

—Sí, señor.

—¿Puerto Perales?

—Sí señor, vereda La Chinita.

—Gracias, Leticia. ¿Puedes venir hasta aquí? Creemos que si te tenemos con nosotros el operativo puede dar mejores resultados.

—No sé...

—Podemos enviar de inmediato un carro por ti.

Algo le anuncia a Leticia que está en peligro, que se acaba de meter en la boca del lobo, pero finge en el teléfono estar de acuerdo y dice:

—Bueno, estaré pendiente. Le dicto la dirección.

—Ya la tenemos, Leticia, estamos rastreando la llamada por satélite. En quince minutos te recogen.

—Los espero, hasta luego.

Enseguida cuelga el teléfono y empieza a meter en un morral la poca ropa que tiene, algunos libros y dos lienzos pequeños en los que se ve a un hombre entrando en un búnker en medio de una tormenta eléctrica. Luego pasa por el cuarto de la madre de Cristina y le dice desde el corredor:

—Por favor, dile a Cristina que la quiero mucho. Tengo que irme.

—¿No piensas volver?

—No lo sé. Me voy a casa de mi mamá. Estoy cansada de todo esto.

—Te entiendo. Si yo pudiera haría lo mismo.

La mujer se acerca y le da un abrazo sentido. Luego le dice con cariño:

—Gracias por ser así de linda con mi chiquita. Llámanos y avísanos dónde estás para no perder el contacto.

—Lo haré.

Y baja las escaleras corriendo, sale a la calle y se pierde entre la multitud antes de que dos camionetas blindadas se detengan frente al callejón y varios individuos armados descendan de ellas timbrando en las distintas casas del conjunto preguntando dónde vive Leticia Almanza, la joven artista.

3.

Te despierta el sonido de una podadora de pasto con su motor ensordecedor. Es el vecino que está arreglando su jardín. Lo maldices hasta su tercera generación, miras el reloj y constatas que son las diez de la mañana. Bajas hasta la cocina reconociendo los efectos de la resaca en un bajonazo que te recorre el cuerpo entero y te preparas un café bien cargado con panela. Te lo bebes a sorbos largos y le echas un vistazo a la pantalla de tu celular. Hay varias llamadas de Almagro. Marcas su número y te contesta al segundo timbrado:

—*Quihubo*, Molina, ¿dónde anda?

—En mi casa, dizque desayunando.

—¿Dónde estuvo ayer?

—Por ahí, tomándome el día libre. Es la ventaja de ser uno su propio jefe.

—Van diecisiete cadáveres de niños y todavía no terminan.

—Claro, deben ser años y años de enterrar cuerpos en ese lugar. Más los que no aparecen, porque eran fetos sin huesos formados y las plantas se los chuparon literalmente.

—Qué puta locura. Asesinos que asesinan asesinos.

—Es la época, hermano. Todos estamos de alguna manera desquiciados.

—Pero unos más que otros, Molina. ¿Qué va a hacer hoy?

—¿Me están vigilando?

—No tengo gente para eso. Los necesito aquí patrullando la zona.

—Voy a recibir a mi novia.

—No se le olvide avisarme si va a hablar con alguien o a investigar alguna pista.

—No quiero investigar nada. Voy a olvidarme de todo esto.

—Estas son las vainas que nunca se olvidan, Molina. Hablamos luego, ahora estoy ocupado.

Almagro cuelga y tú decides pegarte un duchazo bien caliente, largo, a ver si por fin tu cuerpo despierta y te pones a tono. El vapor y el agua corriendo a chorros por tu espalda te ayudan a sentirte mejor, a espabilarte después de la borrachera de anoche. Sales renovado y ves la pantalla de tu celular titilando. Te acercas y lo agarras con la mano derecha. Es Miranda. Respondes y ella te dice con esa dulzura que tanta falta te hace, esa ternura que es tu único remanso de paz en este mundo:

—¿Adivina quién llegó? Tu media naranja, mi amor. ¿Si se ha portado bien el monstruo en su pantano?

—Hola, negra. ¿Dónde estás?

—Acabo de entrar a mi apartamento y me pregunté si Shrek querría almorzar conmigo. Te traje varios regalitos.

—¿Cómo te fue?

—Súper, mi vida. Ahora soy una experta en shiatsu. Le pregunté a mi maestro por imposición de manos especial para trastornos como la bipolaridad y me enseñó varios trucos que pienso poner en práctica contigo. De ahora en adelante, seré tu médico alternativo.

—Aquí los asesinatos no cesan y todo se viene complicando. No hay un patrón seguro y la policía llegó incluso a sospechar de mí, imagínate.

—¿De ti? ¿Qué locura es esa?

—Mis antecedentes los ponen nerviosos.

—Qué irresponsables. Por eso estamos como estamos, porque esos babosos lo que hacen es machacarnos sin descanso. ¿Almorzamos entonces?

—¿Aquí o allá?

Y no alcanzas a terminar la última vocal cuando un golpe seco al otro lado de la línea te deja frío, paralizado y una corriente te estremece el cuerpo entero.

—¡Miranda! ¿Estás bien?

Desde un remoto rincón de tu memoria te llegan las palabras enunciadas por la médium durante la sesión de espiritismo, esas palabras que solo hasta ahora comprendes a cabalidad:

Recuerde esto, maestro: cuídela a ella mucho. Lo necesita. Es importante que no olvide este mensaje porque de lo contrario se arrepentirá.

Rápidamente evocas también la cuarta nota que enviaron a la comisaría, esa que iba dirigida solo a ti y que volvía a advertirte del peligro:

Los espíritus te han hablado, pero tú continúas sin escuchar. Ten cuidado. Cada paso que das estás un metro más cerca de la horca. No solo van por ellas,

también tú estás implicado, también tu alma está en juego. Escucha las voces, oye los mensajes, acata los designios que el cielo te envía. De lo contrario tu vida estará perdida. Después no digas que no te advertimos, que te dejamos solo, que no te ayudamos.

No supiste entender los mensajes, no comprendiste la advertencia que te envió tu viejo amigo Kalimán desde ese más allá enterrado en unas tinieblas difusas, y ahora vas a pagar las consecuencias.

Alguien toma el celular de Miranda y te dice con una voz ronca y seca, como si se estuviera comunicando contigo desde una remota caverna enterrada en la profundidad del planeta:

—Es la quinta y la última víctima canónica.

—Con ella no, por favor, no tiene nada que ver en esto —suplicas en la línea sintiéndote por primera vez en tu vida realmente desamparado, sin protección, en manos de un dios sordo que sabes bien que no escuchará tus plegarias.

—Fin del juego. Jaque mate.

—Mi vida por la de ella. Por favor...

—No, Frank, tu vida, aunque ya no vale mucho, es la que realmente nos interesa destruir. Debiste haberme capturado aquella noche en el cementerio. Pero estás fuera de forma, lento. Te estás haciendo viejo.

—Por favor, un poco de piedad —gimes ahogado en un llanto que no te deja hablar, que te dobla las rodillas, que te nubla la visión.

—La piedad no es más que un rostro de la debilidad. Lo siento, Frank...

—¿Por qué yo? —alcanzas a preguntar respirando con dificultad.

Nadie responde, solo ese vacío en el aire, esa nada que augura lo peor, que abre un hueco en la realidad.

Y escuchas al fondo ruidos de metales, como si estuvieran afilando cuchillos o machetes. Un instinto muy antiguo, primitivo, te hace ponerte de pie, te vistes de afán, lo más rápido que puedes, agarras las llaves del apartamento de Miranda, y sales corriendo a la calle en busca de un taxi. Llevas el celular encendido en la mano derecha. No han colgado el teléfono. Escuchas algo que se parece a un canto gregoriano. Paras el primer carro amarillo que ves:

—A la calle 53 abajo de la Caracas, por favor. ¡Rápido! Es un caso de vida o muerte.

El taxista asiente y aprieta el acelerador. Los cantos que escuchas a través del celular se mezclan con el *reggaetón* que suena a medio volumen dentro del

carro: *Pero me dijeron que tú también piensas en mí, y que no me puedes olvidar y que te quieres despedir...*

—¡Más rápido, por favor! —gritas desesperado con el celular en el oído, a punto de estallar en un ataque de ira.

—Hago lo que puedo, jefecito.

El tráfico se complica, los carros no avanzan y por entre la nube de *smog* se divisa allá arriba un cielo cerrado en nubarrones grises y compactos que anuncian el próximo aguacero. Puta ciudad, te repites mentalmente, en la que nunca se ve la luz del sol.

Los cantos cesan en el celular y en cambio la canción de la radio dentro del taxi continúa invariable, con su sonsonete a todo taco: *Si no puedes sacarme de tu vida, si sabes que soy el que te conoce...*

No aguantas más, sacas un billete de cinco mil pesos, se lo tiras al taxista en el asiento del copiloto, te bajas y empiezas a correr. Cruzas calles atiborradas de peatones que entran en las tiendas y las cafeterías para escapar de la lluvia, que ya empieza a insinuarse en los primeros goterones que caen sobre los andenes, sobre los techos de zinc y de teja de barro, sobre los buses y los carros que avanzan con torpeza, como si todos estuvieran varados y sin suficiente combustible. Ves mendigos tirados en las esquinas, letreros con luces de neón que empiezan a encenderse porque ya la luz es escasa, vendedores de lotería que dejan los billetes a un lado para ofrecerles a los transeúntes más bien paraguas a diez mil pesos, empleados de oficina, mensajeros, estudiantes con sus morrales al hombro y un sinnúmero de ciudadanos anónimos que aceleran el paso para alcanzar a huir de esa lluvia que los amenaza desde el firmamento.

Tú vas por entre ese maremágnum empujando, haciendo quites y esquivando, corriendo a veces por la calle junto a los carros para no tropezarte con las personas y avanzar más rápido. Hasta que llegas a la calle 53 y volteas a mano derecha ahogado, sin aire, obligando a tus pulmones a que bombeen una y otra vez para permitirte llegar hasta la puerta y usar la llave que Miranda te dio hace tiempo para que vayas cuando quieras, para que te escondas en su casa si quieres y la uses como guarida, para que entiendas que es tu refugio, tu lugar en el mundo, tu hogar.

Subes las escaleras de dos en dos, usas la otra llave para entrar al apartamento, y sabes, antes de cruzar el umbral, que tu vida está liquidada, que la intuición del otro día se acaba de confirmar, que estás muerto, que hubiera sido mejor no nacer nunca.

El cuerpo de Miranda está descuartizado en medio de la sala, abierto en canal, con las tripas al aire y colgando, con el cuello degollado hasta el punto de que la cabeza le cuelga y parece estar desprendiéndose del tronco. Da la impresión de un Cristo después de un rito caníbal efectuado por salvajes en medio de la selva. La abrazas mientras su sangre te mancha las manos, los brazos, el rostro, y la zafas de la pared donde la han atado a una pequeña biblioteca que ahora tiene los libros desparramados por el suelo.

Caes de rodillas con el cadáver pegado a ti, atacado en llanto, roto de dolor, y alcanzas a sacar el celular y marcas el número de Almagro. Contesta él y solo gimes sin soltar el cadáver de Miranda, sin desprenderte de lo único que realmente sentías como tuyo en este mundo:

—La mataron, viejo, no alcancé a llegar...

Y pierdes el sentido.

CAPÍTULO XIX

BENDITA SEAS TÚ

1.

Cuando entran al lugar Almagro y sus hombres, la escena no puede ser más delirante, más estremecedora: tú, Frank, estás en el piso con el cadáver de Miranda entre tus brazos. Ella está tajada, abierta, acuchillada como un animal sacrificado en la mesa de una carnicería. Te hacen a un lado después de tomarte unas cuantas fotografías en la posición inicial y te despiertan para darte un vaso de agua y unas cuantas bocanadas de oxígeno de una mascarilla que te acercan unos paramédicos que acaban de entrar en el apartamento. Estás atolondrado, ido, sin saber muy bien dónde te encuentras. Los detectives hallan el arma homicida, un cuchillo japonés bien afilado, de esos que patrocinan en las propagandas televisivas. Esta vez sí tiene tus huellas y tú ni siquiera entiendes lo que ellos dicen y afirman mientras continúan revisando la escena del crimen.

Te detienen formalmente y vuelven a conducirte a la comisaría. Tú sientes que estás cumpliendo con un destino trágico, como si la representación de esta obra de teatro que es tu vida misma estuviera ya a punto de terminarse. Estamos en los momentos finales, cuando el héroe ya ha caído y lo espera su condena. Eres el mísero individuo al cual castigarán de manera implacable los dioses del Olimpo.

Te dejan en una celda con un inodoro y un lavamanos, encerrado durante horas. Te pasan una cobija y de vez en cuando una sopa con un poco de arroz, el menú carcelario que ya conoces. Duermes a ratos, entre pesadillas recurrentes, entre seres amorfos que te atacan y que quieren devorarte. De un modo extraño que no comprendes muy bien, es como si te hubieras regresado a la infancia y tuvieras miedo de entidades que están a tu alrededor pero que no muestran su rostro ni su apariencia real.

Esta vez no pides tus medicamentos. La verdad es que no piensas tomártelos, no quieres seguir hundido en la fase depresiva. Por culpa de tu estado

psicológico es que has perdido la batalla. Prefieres mil veces la fase maníaca, la fuerza, la desmesura. Es mejor dejar salir la bestia.

Varias horas después, sin saber muy bien si es de noche o de día porque la celda que te asignaron es interna y la única luz que llega hasta ti es un tenue rayo que proviene de una bombilla de neón, entra la misma psicóloga de la primera vez, la señorita Karla López, la subalterna-amante de Almagro. Se nota que le han dado la posibilidad de vengarse y no piensa desaprovecharla. Se sienta formalmente en la única silla que hay en la celda con un bloc de notas en sus rodillas y una grabadora encendida que pone sobre la cama, muy cerca de ti.

—Señor Molina, tengo que hacerle algunas preguntas —te dice con esa vocecita que tiene un tonito de autocomplacencia, que tanto te fastidia—. Le agradecería mucho que me contestara con sinceridad.

—Nunca he mentado. No veo a qué viene esa aclaración.

—No se prevenga en mi contra, por favor.

—Entonces sea clara y directa.

—¿Ha sentido ruidos, pitidos o voces dentro de usted?

—No.

—¿Ha tenido pérdida de memoria, ha olvidado cosas importantes y después se da cuenta de ello?

—No.

—¿Ha tenido vacíos, lagunas momentáneas?

—No.

—¿Se está tomando sus medicamentos con juicio?

—Hasta ayer, sí. Pero ya no los tengo conmigo.

—¿Por qué no ha visitado a su médico ni ha asistido a consulta el último mes?

—Porque no lo he necesitado.

—¿Ha sido usted responsable con su enfermedad?

—No creo que usted sea la persona más indicada para venir a cuestionar eso. No le incumbe. Hasta donde sé, todavía la constitución protege mis derechos, entre los cuales está el derecho a la privacidad.

—Se lo digo porque usted anoche estuvo en un bar bebiendo hasta altas horas de la noche y salió de allí completamente borracho. ¿No tiene usted prohibido beber alcohol por su enfermedad?

—Soy bipolar y alcohólico. Ambas son enfermedades.

—¿Y entonces por qué no se recluyó para superar su adicción al alcohol y a

las drogas?

—No soy adicto a las drogas. Fumo bareta de vez en cuando, que es muy distinto.

—En los exámenes de sangre encontramos algunos rastros de cannabis que son relativamente recientes. Usted sabe bien que es un alucinógeno y que en una persona que ya tiene un trastorno mental, como usted, las consecuencias pueden ser nefastas.

—Llevo varias semanas sin fumar. En la fase depresiva no me gusta. Me deprime aún más.

—¿Ha tenido comportamientos agresivos últimamente?

—Yo nunca ataco a nadie, señorita, ni ando por ahí agrediendo a la gente por la calle. Creo que usted no entiende muy bien qué es la bipolaridad.

—Eso es falso, señor Molina, y esta es la prueba de que usted sí miente: hace poco, cuando salió de un bar ubicado en La Candelaria, tomó un taxi y logramos identificar al conductor porque él mismo se presentó en la comisaría. Nos dijo que lo había amenazado con su revólver y que lo había conducido encañonado a lo largo de toda la carrera.

—No fue así. Como iba borracho pensé que podía ser objeto de un atraco y quise advertirle que me iba a defender.

—Pero la verdad es que el señor conductor jamás lo atracó ni mostró señales de intentar algo similar. ¿O me equivoco?

Respiras profundo y no dices nada. Ella continúa:

—Eso significa que usted cree que lo van a robar, piensa que lo persiguen, que lo atacan, cuando en realidad nadie le está haciendo nada.

—En esta ciudad nunca se sabe.

—Otra cosa, señor Molina. En el edificio no hay portería y por eso no pudimos interrogar a ningún vigilante. Pero los vecinos no vieron a nadie entrar al lugar, ni subiendo las escaleras, ni parqueando carros al frente, nada. ¿Dónde están los famosos integrantes de esa comunidad malvada de la que usted tanto habla?

—Entrar y salir de ahí sin ser visto es muy fácil. La mayoría de los vecinos son ancianos, gente mayor, medio sorda, que se la pasa escuchando radio o viendo televisión todo el día.

Ella busca en otras hojas que trae en una carpeta aparte, revisa las fechas, frunce el entrecejo y te dice en ese mismo tonito de superioridad que ha venido usando desde el comienzo:

—En sus reportes anteriores veo que ya una vez se escapó de la clínica Montserrat y en su hoja clínica se habla varias veces de brotes paranoicos.

—Piense lo que quiera. Estoy cansado.

—Su psiquiatra ha dejado anotaciones muy claras sobre sus repetidas crisis, señor Molina.

—Eso es confidencial, usted no tiene derecho a leer eso.

—Cuando hay una investigación en curso y usted es el principal sospechoso de varios crímenes, sí tengo esa potestad, señor Molina. Por eso pedí los reportes, porque la ley me autoriza a ello.

—Haga lo que le dé la gana, piense lo que quiera, concluya lo que desee. Me da lo mismo. Ya nada me importa.

—En esos reportes se habla de una fuga por las cañerías, de visiones, de alucinaciones, de imágenes de seres fantasmales, medio animales, medio reptiles, que conformaban una secta secreta. ¿No es así?

—Ya le dije, no quiero hablar más. Le agradecería que se retire.

—¿Esa es su actitud cuando empieza a sentirse desenmascarado, señor Molina? ¿Le molesta que me esté acercando a la verdad?

—Usted juzgará a partir de sus capacidades y no podrá ver más allá.

—¿Y qué es lo que tengo que ver, si se puede saber? ¿Que en la clínica Montserrat había una secta de reptilianos que sacaron a su líder por las alcantarillas de la ciudad? ¿Que esa misma secta ahora cometió los crímenes y mató a su novia?

—Les agradecería mucho que llamaran al sacerdote Lázaro Bautista, de la parroquia San Judas Tadeo.

—¿Ahora necesita un cura? ¿Quiere ser exorcizado? ¿Lo persiguen espíritus malignos, señor Molina?

Algo en tu interior ya está recuperado, ya salió del letargo. Sientes que la fase depresiva se ha terminado, que no estás atrapado en ese sopor que convierte la realidad en una arena movediza. No, ya no, ya te sientes más audaz, más veloz, más agudo también mentalmente. Sabes que no cerraron la puerta con seguro y que esta zorra, esta mujerzuela con aires de psicóloga dijo seguramente que no se preocuparan, que no necesitaba protección, que iba a interrogar al prisionero y que saldría en unos pocos minutos.

—Señor Molina, le estoy preguntando si ahora se siente perseguido por espíritus malignos, por entidades sobrenaturales. ¿No ha dicho usted desde el principio de esta investigación que hay fuerzas oscuras en estos crímenes?

—Solo deseo hablar con el padre Bautista. Tengo derecho a ello. Lo conozco desde hace años.

Afuera no hay ruido en el corredor, no hay mucha gente. Esta celda, hasta donde recuerdas, está al principio del corredor, muy cerca de unas escaleras. Estás en un tercer piso y tendrías que buscar dónde está la salida al parqueadero para saltar la pared y listo, escapar de todos estos hijos de puta que ya se pusieron de acuerdo para hundirte, para enterrarte en un juicio como culpable. Lo peor de la situación es que así se planeó esto desde el principio. Ya no habrá más crímenes y tú quedarás como el único responsable, como el asesino que al final descuartizó incluso a su propia novia. El nuevo Jack de Ciudad Gótica.

—¿Es usted católico?

—Él es mi amigo. Fue mi profesor cuando yo era niño.

—Le agradecería si ahora me explica usted cómo es que el cuchillo de la escena del crimen tiene sus huellas y pertenece a una colección de cuchillos de cocina japoneses que están en su casa, en su cocina. ¿Tiene alguna explicación para ello? ¿Fuerzas sobrenaturales llevaron el arma homicida hasta allá?

Esta no te la esperabas. La casa estaba sola todo el día, claro. Los miserables usaron un arma que esta vez te implicaría de manera contundente. Muy bien pensado. No hay salida, estás atrapado. Te atacaron en la fase depresiva, cuando eras más vulnerable, y ganaron, no hay duda. Ahora que ves todo en retrospectiva te das cuenta de que has sido muy lento, muy torpe, como un ciego manoteando junto a un precipicio sin saber que está a punto de caerse al vacío. Y te caíste, claro está. O no, la imagen no es la correcta. Te empujaron, eso es, te dieron un golpecito en la espalda y tú mismo diste el paso final que te condujo al corazón de las tinieblas.

—Señor Molina, vuelvo y le repito: ¿el arma homicida llegó al apartamento de su novia por embrujos o sortilegios de esta secta que lo persigue desde hace años?

Llegó el momento, se acabó esta mierda, te dices mentalmente. Juguémonos la última carta, hagamos el *bluff* final sobre la mesa a ver si logramos alzarnos con todas las apuestas. Te abalanzas sobre la pretendida psicóloga, la levantas de la silla de un solo tirón y la pones contra la pared con tu mano atenazando su garganta.

—Quieta, quédese callada —le ordenas, mirándola con rudeza a los ojos—. No le voy a hacer daño. Para probar mi inocencia tengo que salir de aquí.

Ella no sabe qué hacer y suelta el bloc de notas, el esfero y empieza a

respirar con dificultad, como ahogada. Te dice en voz baja:

—Soy asmática, lo siento.

Compruebas que la puerta esté sin seguro, la abres con cuidado, echas un vistazo al corredor, y, en efecto, no hay nadie. Empujas a la mujer contra un rincón y sales corriendo de allí sin parar, con una agilidad que hace mucho no sentías. No alcanzas a llegar hasta el comienzo de las escaleras cuando un guardia que viene con una taza de café en la mano se queda pasmado frente a ti, cara a cara. Lo golpeas brutalmente en los testículos y luego lo levantas con un gancho de derecha. El tipo queda sin sentido en el piso, la taza cae al suelo y se quiebra en pedazos desparramando el café por el corredor. Alcanzas las escaleras y bajas a zancadas por ellas hasta el primer piso. Entonces arriba, en el tercer piso, escuchas los gritos de la psicóloga pidiendo ayuda y dando la voz de alerta diciendo que el prisionero se escapó.

Notas que es el atardecer, que la luz se pierde a lo lejos, en ese horizonte que los edificios impiden contemplar. Otro guardia aparece frente a ti y lo agarras rápidamente del cuello antes de que el tipo alcance a reaccionar, le haces una llave ubicándote en su espalda, le quitas el revólver y se lo pones en la sien, y le dices con seguridad, sin dudas ni temor de ninguna clase:

—Abra la puerta, rápido.

—No me vaya a hacer nada, por favor. Tengo hijos.

—La puerta, maestro, rápido.

El guardia abre la puerta y lo golpeas con la cachapa del revólver en la nuca. Cae sin sentido y sueltas el arma y sales para darte cuenta de que, en efecto, estás en el parqueadero. Corres con rapidez por entre los carros hasta que llegas a una pared relativamente bajita. Aprovechas uno de los autos para trepar sobre él, pegar un salto y alcanzar el muro. Ya no falta nada, estás a punto de lograrlo. En ese momento suena un disparo y sientes como si tu pierna izquierda hubiera sido atravesada por una lanza de fuego. Aun así, intentas hacer fuerza con los brazos para impulsar tu cuerpo hacia arriba y entonces suena el segundo disparo. Otro fogonazo se hunde en tu pierna derecha y pierdes la potencia inicial, ves sobre ti ese cielo grisáceo que ya nunca podrás volver a contemplar en libertad, sueltas la barda y caes al piso mientras escuchas las voces de muchos hombres que vienen corriendo hacia ti para capturarte:

—¡Le dimos, le dimos! Está en el suelo —dice uno de ellos en un *walkie-talkie*.

2.

Leticia corrió por calles del centro de la ciudad con la certeza de que habían empezado ya a buscarla. Cruzó tiendas, colegios, plazas públicas, museos, hasta que alcanzó la carrera décima y se hundió en el maremágnum de los vendedores de telas y baratijas de San Victorino.

—Qué ingenua he sido —se repetía una y otra vez.

Decir quién tenía al senador la había convertido en el primer objetivo de ese establecimiento político que era precisamente el autor intelectual del secuestro. Se había echado la soga al cuello ella misma.

—No puedo ser más tonta —se dijo en voz alta mientras atravesaba las calles en las que los vendedores anunciaban juguetes, medias y chucherías.

En una estación de TransMilenio se subió a un bus con dirección a Usme. No sabía por qué, pero necesitaba ir a la casa de Mamá Larisa, al templo, a la zona sagrada. Cuando llegó se dio cuenta de que ya habían terminado de excavar y que solo estaban los mismos dos agentes de antes. La prensa había explotado el tema hasta la saciedad y ahora, seguramente, estaban en otro lugar de la ciudad buscando su anhelada cuota de amarillismo. Así que trepó por la parte trasera de la casa y entró por el jardín, que ahora era un campo abierto en el que había varios números esparcidos por entre la arenisca. Imaginó que cada número debía corresponder al cuerpo de un bebé o a miembros enterrados en el lugar. Cruzó el patio y llegó hasta ese último cuarto en el que estaban las profecías de Mamá Larisa.

Allí estaba el mural intacto. Extrajo un bolígrafo y, en una de las paredes laterales, junto a las palabras de su amiga, escribió sabiendo que ese gesto era, de alguna manera, su despedida de este mundo:

El día once del onceavo mes del año dos mil veintidós empieza el descenso a los infiernos. El Anticristo se hará pasar por hombre

bondadoso, por un moralista que se ve obligado a ir a la guerra para defender ciertos valores. Es un comerciante que se enriquecerá aún más gracias a la guerra. Multiplicará su fortuna, expandirá su poder a expensas de millones de vidas humanas.

El Anticristo tampoco tendrá piedad de la Tierra, del agua, de nuestros hermanos de otras especies. Atacará el ecosistema con una furia desatada que acarreará hambrunas, largas migraciones, sequías prolongadas e islas que se hundirán debido a la subida de las aguas y los deshielos.

En las ciudades reinará la represión, la persecución, la vigilancia. Habrá guerras civiles no reconocidas. Hombres de raza blanca contra otros de raza negra, arios contra mestizos, ricos contra pobres, legales contra ilegales, todos contra todos. Los alimentos escasearán y poder conseguir una comida al día será una bendición inusual. La gente empezará a perder peso y algunos, cuando lleguen los inviernos, no aguantarán los rigores del frío y de la nieve. Morirán los más débiles, los enfermos, los ancianos.

Leticia se detuvo unos segundos, tomó aire y luego siguió escribiendo con el mismo frenesí del comienzo:

La capital del mundo será atacada ferozmente con un arma poderosa que causará muerte y dolor a gran escala. El cielo se cubrirá de humo y será difícil ver la luz del sol. Después del ataque, una guerra mundial ya crecida y salida de control conducirá al Anticristo a arrojar bombas de destrucción masiva sobre poblaciones civiles que no tendrán cómo defenderse. Morirán los niños y las mujeres, las cabras y los perros, los abuelos y los árboles. Todo será devastación y caos.

Tres décadas durará el descenso a los infiernos. Como producto de las hambrunas y de la fragilidad de los sobrevivientes, llegarán desde África epidemias que asolarán todos los continentes. Ningún pueblo escapará del contagio. Millones de personas morirán en sus casas entre fiebres y dolores atroces, sin asistencia, sin medicamentos.

De pronto, desde el cielo, llamaradas de un sol inclemente paralizarán todas las comunicaciones del planeta. Todas las máquinas y los robots quedarán muertos, como maniqués inservibles. La guerra se

detendrá porque ya no habrá cómo continuarla: los tanques serán chatarra reciclable, los aviones servirán como refugio para dormir y los carros servirán para guarecerse de las lluvias y los largos inviernos. Los sobrevivientes tendrán que volver a comenzar.

Algunos que se prepararon con tiempo y que al comienzo de la guerra alcanzaron a esconderse en refugios subterráneos saldrán a ver qué quedó de la Tierra, de ese planeta que alguna vez fue un lugar amable y generoso. Será entonces el comienzo de un nuevo ciclo. En la larga espiral que el hombre nunca ha podido comprender del todo, tendrá que empezar a construir un nuevo mundo para las generaciones venideras. Los poetas entregarán su testimonio, cantarán los horrores de la guerra y la esperanza de ese nuevo comienzo que prometerá un renacimiento inesperado.

Leticia terminó de escribir y se sintió muy agotada. Puso la mochila en un rincón como almohada, se abotonó la chaqueta y se recostó en un rincón a dormir un rato. Los ojos se le cerraban de cansancio.

3.

Me recibieron como a un viejo amigo de la casa. Antes de pedir la primera botella me pusieron al tanto de lo que ocurría. Parecía que estaban a punto de capturar al sospechoso de los crímenes de prostitutas, pero el problema era que habían encontrado en las afueras de la ciudad una casa de abortos atestada de cadáveres de fetos enterrados en un jardín. La mujer encargada del lugar había sido descuartizada en medio de un ritual que tenía a todo el mundo aterrorizado. ¿En qué mundo había vivido yo hasta entonces? ¿Por qué no leía revistas ni periódicos? Me di cuenta de que no solo estaba desinformado, sino que vivía en un mundo aparte, solo preocupado por fantasmas y demonios.

En algún momento les dije, elevando el primer trago en el aire:

—Ya no más miedo ni tristeza. Dios también es alegría y dicha desbordada.

Todos rieron y empezaron a beber, a bailar, a divertirse. Estaba en un viejo bar de conocidos ubicado en el sótano de una casa que funcionaba como motel para las parejas que llegaban a algún acuerdo y decidían subir a tener algo de intimidad en las habitaciones de los tres pisos que tenía el lugar. Varias prostitutas, travestis y transexuales bailaban en la pista junto a una veintena de clientes ebrios que iban desapareciendo por las puertas internas con alguna o alguno de ellos, mientras afuera la lluvia incesante continuaba castigando la ciudad.

En algún momento, empezaron a pasar una bandeja con varias líneas de cocaína y pastillas de éxtasis distribuidas en dibujos infantiles que conformaban pequeños corazones. Me metí un pase y tomé una pastilla en medio de la juerga. Estaba feliz, me sentía pleno y en medio de las conversaciones, el baile y el frenesí de la música alcancé a percibir que había llevado una vida gris, mojigata, constreñida, peligrosamente monacal.

Recordé a Frank y me di cuenta de que habíamos sido blancos vulnerables para los ataques espirituales por una razón: porque estábamos solos, porque en la

medida en que había pasado el tiempo nos habíamos refugiado en una soledad taciturna y deprimente. No habíamos hecho una familia, no teníamos un grupo de amigos sólido en el que se pudiera confiar y con el paso del tiempo nos habíamos encerrado a rumiar nuestros pensamientos en medio de estados de ánimo lamentables. Grave error. Por eso los invisibles sabían que seríamos fáciles de vencer. Si en cambio nos hubiéramos rodeado de nuestro grupo de trabajo, de colegas, compañeros de ruta y afectos duraderos y estables, esos lazos nos hubieran protegido conformando a nuestro alrededor una muralla infranqueable. Pero ya era tarde para lamentaciones. Ahora había llegado el momento de celebrar y divertirse.

Poco a poco, nos fuimos quedando en el bar un grupo más reducido, unas treinta personas. La puerta de la calle ya estaba cerrada. En un rincón estaban los travestis con algunos clientes que habían empezado una orgía lenta sin consultarle a nadie. Se besaban, se acariciaban, se hacían sexo oral los unos a los otros, y ya algunos estaban empezando a penetrar a los que levantaban el culo demandando acción. No solo los clientes asumían el rol de activos, también se les veía excitando a algún travesti para que los sodomizara entre los sillones y los sofás del lugar.

En otro rincón estaban las prostitutas ya en ropa interior y con los senos al aire desnudando a los clientes para empezar la faena. Algunas de ellas hundían sus bocas en los primeros penes que salían de los pantalones ya erectos y otras buscaban a sus amigas para tocarse y besarse entre ellas. No sé si fue el efecto de la pepa de éxtasis que había ingerido, pero todo me pareció bello, puro, limpio, y me dije que así debía ser el paraíso antes de la expulsión que nos condenó a vagar por el mundo solos y desprotegidos. Me pareció que los viciosos y lujuriosos son inocentes como niños, lúdicos, sinceros, y que en cambio la horda de moralistas que predicán las buenas costumbres, la rectitud moral y la continencia son alimañas envidiosas y mezquinas que no pueden dar nada de sí mismos porque su propia avaricia interior se los impide. Era cierto lo que la voz me había dicho: estaba en el bando equivocado.

Una de las muchachas que me conocía porque pertenecía a mi parroquia se me acercó y me dio un beso en la boca hundiéndome la lengua y chupándome los labios. Me excité enseguida y dejé que me acariciara, que abriera la cremallera de la bragueta y que me hiciera sexo oral con una ternura que casi me conduce a las lágrimas. No sabía cómo darle las gracias, cómo decirle que ese gesto me redimía, me hacía sentir vivo por primera vez en mucho tiempo.

Enseguida se trepó sobre mí y hundió mi miembro en su vagina húmeda y cálida. Me estremecí de placer. Uno de los travestis se acercó y me puso los senos en la boca. Me sentí transportado a otro mundo, un lugar en el que la materia era jugosa, líquida, maleable, y en el que los cuerpos intercambiaban información en silencio, sin necesidad de palabras ni discursos inútiles. Era como viajar a través de sustancias parecidas a la plastilina y dejarse envolver por los átomos y las moléculas de otras corporeidades que también hacían parte de nuestra identidad, que también éramos nosotros. En ese momento me sentí capaz de copular con floreros, con mesas, con zapatos. Entendí que el mundo entero era Eros, que la materia estaba ahí para nuestro placer y nuestra satisfacción. ¿Por qué no copulábamos con nubes, con ríos, con girasoles? Por ceguera, por ignorancia, por *taradez*, porque nos habíamos dejado meter miedo de los predicadores de la falsa moral.

Mientras eyaculaba dentro de la joven con fuerza y separaba mi boca de los senos del travesti, alcancé a murmurar:

—Amaos los unos a los otros como yo os he amado.

La joven y el travesti cambiaron de parejas y continuaron su camino por entre esa orgía de cuerpos que penetraban y eran penetrados, de bocas abiertas y sedientas, de penes, vaginas y culos que conformaban una máquina humana de placer ilimitado, de engranajes y ruedas y palancas que subían y bajaban para satisfacción de todos. ¿Por qué no vivíamos así todos los días? ¿Por qué nos habíamos creído la historia del trabajo, del ahorro, del éxito y del rendimiento laboral? ¿Por qué no nos dedicábamos a amarnos y a gozar los unos de los otros?

En algún momento me subí los pantalones con restos de semen en los calzoncillos y la cremallera, cogí mi maletín y extraje mi Biblia y mis hostias ya consagradas. Me fui uno por uno diciéndoles con una sonrisa, mientras les ponía el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en la boca:

—Que la paz sea contigo.

Algunos me besaban, otros me daban las gracias entre lágrimas y otros respondían «Amén», mientras eyaculaban o se entregaban a orgasmos estremecedores. Éramos una comunidad de amor y bondad, de generosidad pura, los auténticos cuerpos de paz.

Luego abrí la Biblia en unas palabras de Juan que quería dedicarles con todo mi corazón a los distintos grupos que continuaban penetrándose y besándose, y les leí con la voz emocionada:

—*Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan,*

vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres, que comieron el maná y murieron; el que come de este pan vivirá eternamente.

Finalmente pasé uno por uno y los bendije entre lágrimas. Me sentía invadido por el amor y la plenitud. Tomé mi maletín, salí a la calle en medio de una llovizna que caía de manera transversal, y me fui por entre los barrios saludando a los alcohólicos y los perdidos que necesitaban un verdadero contacto con la divinidad, que se estaban buscando y no habían podido aún encontrarse a sí mismos. Los bendecía, les daba la hostia entre abrazos, les dedicaba salmos y los besaba antes de seguir mi camino purificador. Eso era lo que estábamos necesitando: encontrarnos, tocarnos, perdonarnos los unos a los otros.

En algún momento llegué hasta la plaza de Bolívar, en pleno corazón de la ciudad, y las primeras luces del amanecer destellaban en el firmamento. Me puse de rodillas y dije en voz alta:

—Bendita seas tú, mi ciudad, siempre y en todo momento. Yo te libero de todas las fuerzas oscuras que te han amenazado y te protejo hacia delante de todo mal y todo peligro. Nadie podrá hacer nada contra ti porque a partir de este día eres la ciudad de un Dios lujurioso y pecador.

Y abrí el Libro Sagrado y leí con los ojos aguados mientras a mi lado pasaban los primeros parroquianos para ir a trabajar:

—*Bendito serás tú en la ciudad, y bendito tú en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas. Benditas serán tu canasta y tu artesa de amasar...*

CAPÍTULO XX

EL SANATORIO

1.

Sin darse cuenta, Leticia pasó la noche en la casa que había pertenecido a Mamá Larisa. En las horas de la mañana, sin ser observada, salió por la parte trasera y regresó a la ciudad. En un restaurante donde desayunó un café con un pan de queso, vio que en la primera página del periódico hablaban de la muerte del senador por parte de un grupo terrorista. No había habido rescate. El cadáver había sido encontrado en las afueras de Tunja arrojado en una cuneta al lado de la autopista principal.

Desde una cabina telefónica llamó al doctor Dávila. Contestó él mismo:

—¿Sí?

—Usted no fue franco conmigo.

—Leticia, qué bueno que llamaste. Déjame explicarte.

—Usted me mintió y me engañó.

—Lo único que queremos es protegerte y ayudarte.

—No hubo rescate porque usted y su fundación reciben fondos de los mismos que cometieron el secuestro.

—No es como te lo estás imaginando. Lo mataron antes de que las autoridades alcanzaran a planear el rescate.

—Y ahora me buscan a mí porque soy la única que sabe toda la verdad.

—¿Por qué no vienes y conversamos? Déjame ayudarte y protegerte.

—Usted lo único que ha traído a mi vida es inseguridad y problemas.

—Puedes trabajar para nosotros ayudando en casos similares. Te daremos un buen apartamento y un sueldo mensual jugoso. Podrás estudiar y viajar. Lo único que te pedimos es que pongas tu don al servicio de una buena causa.

—La vida le pasará esta cuenta de cobro. Se llama karma, doctor. La vida cobrará por mí. Todo el dolor que le llegue a su vida de manera directa o a través de los que ama, será poco para pagar todo el dolor que usted me ha causado a mí.

Leticia colgó y salió rápido del lugar para evitar que llegaran por ella. Estaba segura de que habían rastreado la llamada. Vagabundeo por las calles sin saber qué hacer. Estaba segura de que la casa de su mamá debía estar ya vigilada. Seguramente la andaban buscando por todas partes. Se le ocurrió, entonces, ir a visitar al sacerdote y pedirle ayuda.

Lo encontró solo en la iglesia. Miraba de otro modo y ahora tenía un atractivo extraño, de su interior emanaba una fuerza todopoderosa. Leticia se sintió atraída casi enseguida. Trató de retirarse, pero ya era tarde. El sacerdote la acarició con los ojos, le miró los senos, el sexo en el centro de sus piernas, se pasó la lengua por unos labios rosados que resplandecían como si se los hubiera refrescado con algún tipo de brillo especial.

Leticia no se pudo contener y lo abrazó, lo besó y se entregó a él con pasión desenfrenada. No sabía que al interior de sí misma estaba todo ese erotismo contenido como un volcán esperando el momento oportuno de estallar. El sacerdote le bajó los pantalones y la penetró sin contemplaciones, atacándola con furia y diciéndole al oído cuánto la deseaba, cuánto le gustaba su color de piel, sus piernas, su culo abultado. Estaba en el mismo altar, con las piernas abiertas, entregándose al representante de otro Dios que nunca había sido el suyo. Y en el momento exacto en que perdió la virginidad sintió que todas las facultades desaparecían, que una fuerza espiritual de gran potencia se le escapaba, se iba de su cuerpo para jamás volver. Los dioses acababan de abandonarla. Mientras gemía de placer sabía que desde ese momento en adelante no sería ninguna persona diferente al resto de las demás. Acababa de quedar reducida a la miserable condición humana.

La asistente del sacerdote los descubrió y pegó un grito que se escuchó por toda la iglesia. Leticia se separó del cuerpo del ministro y se subió los pantalones con rapidez. A él pareció no importarle la situación y soltó una carcajada larga que retumbó en toda la nave principal. Ella recogió su mochila y salió corriendo, pero apenas bajó las escaleras de la iglesia dos hombres se lanzaron sobre ella y la capturaron. No sabía que en todas las noticias estaba su foto y que uno de los vecinos la había visto entrando a la iglesia y había llamado a las autoridades.

El resto fue solo un trámite para ingresar en un infierno que ya sabía que la venía esperando desde el mismo momento en que había nacido. Nadie escapa a su *fatum*. La condujeron a una comisaría, la interrogaron, llamaron al doctor Dávila y él la medicó hasta convertirla en un zombi que solo podía comer, dormir y hacer sus necesidades con dificultad. El médico dijo que la conocía de

tiempo atrás y que ella presentaba un cuadro clínico bastante complejo: era una paciente con brotes psicóticos en los cuales se le manifestaba también un delirio de persecución de índole paranoica. Según el informe que el doctor Dávila le presentó a la policía, la joven creía que tenía poderes y que sabía quiénes habían secuestrado al senador y dónde se encontraba. La realidad era que se trataba de una muchacha con trastornos mentales que no había querido medicarse a tiempo. Como prueba, anexó el video que le había realizado en la Fundación, en el que podía comprobarse con facilidad que ella no poseía ningún tipo de talento o don clarividente.

Leticia sintió que ingresaba en otra realidad, en un mundo acuoso y gris del que sabía que solo podría escapar mediante la muerte. La internaron en un hospital psiquiátrico en las afueras de la ciudad. Le asignaron un cuarto en el segundo piso, en el ala norte, y ya nunca más volvería a salir de allí. Una enfermera la ayudaba a ponerse una bata de algodón, le colaboraba con la comida y la acompañaba hasta el baño dos veces al día, en la mañana y en la noche. Le suministraban un coctel de medicamentos entre los cuales había ansiolíticos y antipsicóticos, que escasamente le permitían abrir los ojos durante el día y masticar los alimentos. Todas las semanas pasaba el doctor Dávila a revisarla y a cerciorarse por sí mismo de que le estuvieran suministrando las drogas y las dosis ordenadas por él.

Desde el fondo de su cerebro adormecido y atrofiado por los químicos, Leticia intuía que ese era el lugar en el que ella había visto que también conducirían al sacerdote y al detective. Ella era la tercera parte de ese triángulo nefasto.

Solo una vez que la sacaron al patio para desinfectar su habitación pudo acercarse al detective. Parecía otro hombre. Miraba hacia el vacío sin saber muy bien dónde se encontraba. Lo acompañaba una enfermera gentil. Leticia alcanzó a decirle en voz baja que no había querido hacerle caso al mensaje que su amigo le había enviado desde el más allá.

Y alguna noche, a las tres en punto de la madrugada, escuchó vociferar al sacerdote como si fuera una bestia enjaulada. Gritaba a voz en cuello:

—Ya estamos aquí, ya nos tomamos su mundo. No podrán expulsarnos.

Eran los aullidos de los seres triunfantes, de los ángeles de la oscuridad que habían ganado la batalla.

2.

Los días siguientes los recuerdo vagamente, de un modo intermitente, pues según Martina hubo intervalos en los cuales perdí la conciencia y hablaba con otra voz, gritaba en las horas de la noche, deliraba. En algún momento ella me dijo:

—El espíritu salió de ese joven e ingresó en usted, padre. Con todo respeto, pero desde ese día usted no es usted mismo.

—¿De qué estás hablando, mujer?

—¿Por qué no pedimos ayuda a su congregación?

—Nunca me he sentido mejor. Lo que sucede es que estaba metido en un ataúd y me di cuenta a tiempo. Ya no quiero más eso para mí. El ministerio de mi fe no tiene por qué impedirme vivir a plenitud.

—Ahora usted bebe todos los días, padre.

—Tampoco, no exageres. Unos traguitos de vino de consagrar no le hacen daño a nadie.

—No sé, padre, después no diga que no se lo advertí, que no fui honesta con usted.

—Relájate, mujer. Más bien tómate el día libre y ve a cine o a verte con tus amigas. Dejemos ya tanta tristeza en esta casa.

Volví a ver a la joven cataléptica y, en lugar de llegar a predicar y a liberarla de esa presencia que tanto la atormentaba, lo que hice fue hipnotizarla para decirle con una sonrisa:

—Deberías salir de ese cuerpo para que esta muchacha pueda gozar, salir con quien le dé la gana, acostarse con quien ella lo desee.

—Cómo se le ocurre —me respondió esa voz lúgubre que pertenecía a esa pariente lejana que había decidido instalarse dentro de ella—. Los hombres son malos y dañinos. La van a herir, la maltratarán si yo no estoy a su lado.

—Qué va, qué tontería es esa. Te pasarás ahí metida quién sabe cuántos años, como en una celda, como purgando una condena. En lugar de dejarla que viva intensamente y tú irte libre como una paloma en busca de la luz. Qué pérdida de tiempo.

—Usted ya no es confiable. Otro está hablando a través de su voz.

—¿Qué estupidez es esa?

—Precisamente de hombres como usted es que tengo que protegerla.

La saqué entonces de la hipnosis, le di par golpes en las mejillas para que despertara y le dije al oído:

—Tú lo que estás es buenísima, mi amor. Búscate un buen amante y dedícate a gozar. Tienes un cuerpazo y un par de tetas de calendario. Qué desperdicio.

Y salí feliz a la calle, como si nada, con mi maletín y mi Biblia bajo el brazo. La vida era extraordinaria para andar perdiendo el tiempo en tonterías, me dije sonriendo. La mayoría de la gente se busca pretextos para sufrir porque sí, porque sencillamente la alegría les queda grande y no pueden con ella. Y entonces me pregunté: ¿cómo sería un cristianismo a la inversa, es decir, una religión de la dicha, del humor y la celebración permanente? ¿Por qué no cambiar esas estatuas de mártires dolientes y santos acongojados por imágenes gozosas y felices? ¿Por qué no poner en el altar a un Cristo alegre que nos reciba con los brazos abiertos en medio de una carcajada dulce y vitalista?

Una de esas noches vi en el periódico y en las noticias que habían capturado a Frank como el posible asesino serial de mujeres en el centro de Bogotá. Le atribuían también el crimen de la mujer que dirigía la clínica de abortos al sur de la ciudad y aseguraban los reporteros que él acababa de asesinar a su novia en un último ritual sangriento. El bueno de Frank, carajo, qué de malas. Yo sabía quién era el auténtico asesino, pero no podía decirlo porque estaba bajo el secreto de la confesión. No podía violar ese sacramento, aunque ganas no me faltaban. Además, ¿quién iba a creerme? ¿Qué pruebas tenía? No me acordaba ni del apellido siquiera. La familia lo había dado por muerto y muy seguramente hoy en día llevaba otro nombre y ya no era el mismo. No había cómo dar con él.

Una tarde le dije a Martina que se fuera para poder estar solo en la casa cural. Vino a verme la joven que alguna vez me había advertido de un posible ataque espiritual que pronto llevarían a cabo en contra mía. No me había dado cuenta de que era una morena voluptuosa, con un cabello crespo y largo que le daba un aire indómito. Llegó con unos *jeans* ajustados y desde el primer momento me miró con ojos de lascivia, de lujuria contenida:

—¿Sí se acuerda de mí, padre?

—Cómo olvidarte, hija.

—Estoy cansada, muy agotada. Necesito un abrazo.

—No creo que el hábito me impida amar, pues, al fin y al cabo, ¿no fue esa la orden que nos dio Nuestro Señor?

—Este lugar es muy excitante.

—Qué bella eres.

—Lo sagrado no está por fuera de nosotros, padre, sino al interior, en nuestros propios cuerpos.

—Creo que en los últimos días estoy entendiendo mejor mi fe. No tengo por qué alejarme de la vida para servirle a Él.

—Déjeme tocarlo, acariciarlo. No quiero sentirme más así, lejos de mi cuerpo. Lo necesito tanto...

—Qué rico, yo tampoco puedo más con esta soledad...

Y empezamos ahí mismo a besarnos, a tocarnos. En algún momento ella se bajó los pantalones y me mostró su sexo húmedo listo para la penetración. Me dijo al oído:

—Métame toda esa cosota, padre, por favor.

La agarré de la mano y la llevé hasta la iglesia así, con la blusa abierta y los *jeans* en la mitad de la pierna. La terminé de desvestir, la puse sobre el altar, me bajé los pantalones y elevé mis ojos hacia ese Cristo doliente y sangrante que nos miraba impávido. Ella me susurró al oído:

—Toda, padre, por favor, hasta el fondo.

Y la penetré mientras ella estallaba en un orgasmo inmediato y me dejaba el miembro empapado en ese líquido blanco y viscoso que yo sentí como puro alimento espiritual. Me di cuenta de que era virgen porque un ligero hilo de sangre le bajó por el muslo de la pierna izquierda. Arremetí con furia y se la hundía y se la sacaba mientras le besaba los senos y le dejaba los pezones babeados y rojos. En algún momento que no nos dimos cuenta, Martina entró por la puerta lateral y nos vio en plena acción. Pegó un grito y dijo, muy indignada:

—¿Qué es esto, por Dios?

La muchacha me empujó temerosa, se puso los pantalones, se cerró la blusa y salió corriendo. Antes de que alcanzara a decir cualquier cosa, Martina salió en busca de ayuda. Solté una carcajada larga que retumbó por toda la capilla y me

recosté en el altar así, todavía semidesnudo y excitado. Alcancé a pensar: qué bella sería una religión así, de la desnudez, del ardor y el acaloramiento.

Me detuvieron media hora después, el obispo se hizo presente en la parroquia y tomó el control de la iglesia y de la casa cural. Quisieron convencer a Martina para que declarara en mi contra, pero ella se negó.

En una sesión con una joven psicóloga del departamento de policía llamada Karen, ella cruzó la pierna y alcancé a verle la curvatura de su culo redondo y bien formado. Me excité de un modo que no pude controlar y, con el miembro en una erección plena que se notaba por encima del pantalón, le dije sonriendo:

—Se nota que tu novio te deja a medias. Más bien quítame las esposas, recuéstate en el escritorio y déjame que te coma bien rico ese culote. Te haré gozar como nunca, te lo garantizo.

Otra noche, según me dicen, atacé a un hombre que estaba en la misma celda conmigo. Lo habían detenido momentáneamente y ambos estábamos en los calabozos de la Fiscalía esperando a ver qué decidían sobre nosotros. Cuando desperté del supuesto ataque, estábamos en una sala de urgencias y uno de los enfermeros me informó que yo le había extraído los ojos al hombre dejándolo ciego de por vida. Luego le había roto un brazo y le había quebrado varios dientes mientras repetía a voz en cuello:

—Yo soy legión porque somos muchos.

Por eso me trasladaron aquí, a este sanatorio en las afueras de la ciudad. Sé que algo está dentro de mí, algo que no sé cómo controlar ni expulsar. Aunque me visitan varios miembros de mi congregación, no ha sido posible conseguir la orden del Vaticano para que un experto me exorcice y me libere del Maligno. Mis periodos de claridad mental son cada vez más escasos. Un enfermero que me conocía desde tiempo atrás me ha permitido seguir con este diario, pero la verdad es que estos últimos párrafos los he escrito con un enorme esfuerzo. Tengo prohibido los lápices y los bolígrafos porque los puedo utilizar como armas de ataque. Por eso solo puedo escribir una hora al día bajo vigilancia estricta. Luego debo devolver el esfero o el lápiz hasta el día siguiente.

He visto a Frank solo de paso y me parece muy curioso que nos hayan recluido en el mismo lugar. Padre e hijo cumpliendo un destino trágico que estaba trazado desde un comienzo para ellos.

Qué mierda.

Dios es un pésimo bromista sin sentido del humor.

De vez en cuando veo al hombre alto, vestido de negro y con melena larga

que viene a traernos a Frank y a mí chocolates y bombones baratos. Pregunta cómo estamos, nos ve de lejos y se los entrega a los enfermeros que nos custodian. Luego se da la vuelta y desaparece en la puerta de salida sin que nadie alcance a preguntarle cómo se llama ni cuál es el vínculo que tiene con nosotros.

3.

Sientes los dos disparos en las dos piernas, como si te hubieran enterrado dos hierros candentes entre la carne, las venas y los tendones. Intentas levantarte del piso de cemento donde has caído, pero escasamente puedes arrastrarte por el piso. Logras meterte debajo de uno de los carros y luego continúas impulsándote con las manos unos metros más para intentar escapar de los agentes que vienen corriendo hacia ti, pero no hay nada que hacer, te cazan como si estuvieran persiguiendo un conejo herido y te ponen los revólveres al frente:

—¡Quieto! ¡No se haga matar! —te dicen, como si la idea de morir te asustara.

Cuando uno de ellos se acerca para ponerte las esposas lo alcanzas a golpear en una pierna, es un golpe seco que le propinas a la altura de la rodilla y el tipo cae herido dando un alarido de dolor. Sus compañeros empiezan a patearte con furia en las costillas, en la cara, en las piernas, que ya empiezan a sangrar debido a los dos balazos. En lugar de protegerte, lo que haces es contraatacar furiosamente, de manera febril y delirante, salido por completo de tus casillas. Quieres que te maten ahí mismo, a golpes, a patadas, como en los albores de la humanidad cuando capturaban al miembro de una tribu enemiga. Porque eso eres, un extranjero, un bárbaro, alguien que viene de parajes que ellos desconocen. De alguna manera, estás de nuevo en el patio del colegio agarrado a golpes con tus compañeritos que se creían diferentes, mejores que tú. Hasta que se escucha la voz de Almagro que viene corriendo:

—¿Qué están haciendo? ¡Deténganse!

Los hombres dejan de golpearte y empiezas a vomitar sangre. Todo lo ves nublado, como si estuvieras contemplando la realidad a través de una sábana raída. Y pierdes el conocimiento.

Te despiertas en una sala de hospital con las dos piernas vendadas y la cara tumefacta. No puedes abrir bien los ojos debido a las hinchazones. Todo el

cuerpo te duele, es como si te hubieran clavado alfileres y agujas desde la cabeza hasta los pies. Debes tener varias costillas rotas porque no puedes expandir bien los pulmones para tomar largas bocanadas de aire.

Y de pronto, como si estuvieras en uno de los círculos del infierno, te llega el recuerdo de Miranda degollada, masacrada. No sabes por qué no has muerto, por qué no te pegaron un tiro en el pecho o en la cabeza. Mejor la muerte que este dolor tan grande que sientes en el recuerdo, como un castigo, como si los dioses se hubieran empeñado en hacerte entender que estas aquí para sufrir, para hundirte, para enloquecerte de manera definitiva.

Las enfermeras en sus rondas te revisan, te dan pastillas que no tienes ni idea para qué son, te inyectan en el tubo del suero. Notas que hay un hombre afuera vigilando tu habitación, un agente que de vez en cuando echa un vistazo para asegurarse de que estás ahí, que no te has ido. El resto del tiempo duermes, te hundes en un vacío, en una atmósfera soporífera que te mantiene buena parte del tiempo suspendido en una realidad aparte. Sueñas con unos enormes pájaros ciegos y llagados, enfermos, que te atacan a picotazos para devorarte, para alimentarse de tu carne. Luego abres los ojos, respiras, sientes los dolores en todo el cuerpo, te das la vuelta y vuelves a sumergirte en ese universo paralelo donde también llevas una vida miserable en la que tienes que huir para salvar lo que queda de ti.

A veces, inmerso en un punto medio entre la vigilia y la ensoñación, te preguntas quiénes son tus enemigos, quiénes lograron vencerte y hacerte a un lado, quiénes son estos fulanos todopoderosos que planearon tu destrucción a la perfección, sin margen de error. No sabes bien si se trata de una venganza por tus viejos artículos en contra de esa clase política corrupta y sucia que se ha enriquecido a costa de la miseria de millones de ciudadanos honestos y trabajadores; o si la causa fue la investigación que hiciste sobre Ignacio Pombo, el político cómplice de paramilitarismo que terminó enamorado de una transexual; o si fue alguno de esos grupos religiosos de fanáticos que terminaron en los tribunales gracias a tus investigaciones por lavado de activos. En el fondo da igual, te dices, todos son lo mismo, todos conforman esa maraña asquerosa e inmundada de la que también haces parte porque tú eres igual, porque no fuiste capaz de dejar de pensar en ti para defender y proteger a Miranda, porque tú también eres un ególatra y narcisista petulante que se cree el centro del mundo. A la puta mierda, si estás en esta cama enterrado es porque te lo mereces, porque no hay ninguna diferencia entre esta sociedad hipócrita y socarrona, y tú,

investigadorcillo de pacotilla, redactorcillo mediocre y pusilánime, amigo desleal con Kalimán, pareja infiel y cobarde con Miranda, repugnante alimaña que por fin está empezando a pagar todas sus componendas y sus trucos de mal gusto.

No sabes cuánto tiempo pasa. Una mañana llegan unos enfermeros, te ponen una camisa de fuerza y te sacan del hospital a rastras por entre los corredores y las distintas dependencias. Te das cuenta de que las piernas no te responden bien y que por eso los tipos te llevan alzado para poder transportarte. Te suben a una ambulancia y un agente de la policía va junto a ti para custodiarte. Uno de los enfermeros le dice al policía desde la parte delantera del vehículo:

—¿Este es el asesino serial, el descuartizador?

—El mismo. Mató a cinco mujeres, incluida su novia.

—¿Y sí está loco?

—Tenía antecedentes desde años atrás. No es la primera vez que lo recluyen.

—Es lo que nosotros decimos. Estos chiflados los deberían dejar de por vida encerrados. Son un peligro para la sociedad. Te enterneces cualquier día, se te afloja el corazón, les das una oportunidad para que intenten llevar una vida normal, y zas, en cualquier momento te cortan el cuello.

Te conducen hasta un caserón en las afueras de la ciudad rodeado por unos muros de unos cuatro metros con alambres de púas en la parte de arriba. Te das cuenta de que es una clínica psiquiátrica especial para prisioneros, para pacientes que han cometido delitos graves y que deben pagar una condena. Te conducen hasta un pabellón y te encierran en una celda con la camisa de fuerza puesta. El dolor de las piernas es insoportable y pides a gritos que por favor te den unos calmantes más fuertes. Una enfermera gorda y malencarada abre la puerta y te mira con el ceño fruncido:

—Si no deja de gritar voy a tener que inyectarle más sedantes.

—Me duelen mucho las heridas de las piernas.

—Esto no es el Tequendama, caballero.

Y cierra la puerta sin decirte nada más.

Aguantas los días con los dolores en las piernas, en las costillas y ahora en los brazos, porque te dejan la camisa de fuerza casi las veinticuatro horas completas. Solo te la quitan para que puedas comer e ir al baño, nada más.

Un día una enfermera joven decide sacarte al jardín a darte una vuelta. Primero te ayuda a estirar las piernas, a hacer algo de ejercicio en la celda para desentumecerte, y luego te sostiene ligeramente con su mano izquierda para que

puedas caminar. Con la camisa de fuerza puesta, cruzas un corredor con habitaciones a cada lado, bajas con cuidado las escaleras hasta un primer piso y sales por primera vez en muchos días a tomar algo de sol. La enfermera, que es una mujer bajita y dulce, te dice como si estuviera monologando:

—Yo creo que es mejor no juzgar a la gente, hayan hecho lo que hayan hecho. ¿Quién es uno para decidir si los demás están equivocados, o son malos o culpables? Nadie. Solo Dios sabe en su perfección quién es cada uno de nosotros.

Entonces entra una ambulancia y bajan a un hombre vestido de negro, despeinado, con el rostro congestionado y amarillento, como si estuviera enfermo de hepatitis. Tiene los ojos enrojecidos y babea como un perro rabioso. Alcanzas a escuchar que dice con una voz cavernosa intimidante:

—Se acercan acontecimientos atroces. No podrán detenerme...

Y una carcajada da la impresión de hacer eco, como si los muros del lugar regresaran ligeramente aumentada esa risa macabra y demoníaca. Y por entre la bruma de esa mañana invernal, reconoces al hombre y no puedes creer lo que estás viendo: ¡es el padre Bautista!

—¿Qué está haciendo aquí ese sacerdote? —le preguntas a la enfermera, agitado, sintiendo que las pulsaciones de tu corazón se te aceleran de un momento a otro.

—¿Lo conoce? —te pregunta ella, mirando cómo conducen al cura al interior del caserón.

—Fue mi maestro en el colegio.

—Ha sido un caso muy sonado. Estaba haciendo unos exorcismos y parece que fue poseído él mismo. Han intentado controlarlo de mil maneras, pero ya lo declararon loco de remate.

—¿Poseído?

—Los psiquiatras no creen en eso, pero yo soy muy devota y sé que es posible. Hay demonios acechándonos para apoderarse de nosotros y destruirnos la vida.

¿El padre Bautista recluido en una clínica psiquiátrica junto a ti? ¿Qué está pasando? ¿Dónde está la realidad?, te preguntas mentalmente, dudando si no será que aquí te están dando medicamentos camuflados en la comida que te hacen alucinar una vez más.

Otro día, la misma enfermera te cuenta que la clínica está siendo visitada por sacerdotes colegas del padre Bautista y que están intentando liberarlo del

demonio que lo habita. Oran, celebran rituales en su celda, lo bañan en agua bendita, pero nada, la presencia se niega a abandonar su cuerpo.

En una salida al patio en la que ya compruebas que puedes caminar con cierta normalidad, siempre con la camisa de fuerza puesta y vigilado por la misma enfermera, te sientas en un banquito a tomar aire y a sentir el viento en las mejillas. Las enfermeras que están de turno hacen un corrillo a pocos metros de donde te encuentras y empiezan a chismosear acerca de los pacientes, de sus familias, del padre Bautista, y, señalándote con torpeza, comentan también sobre el psicópata que asesinó a varias mujeres degollándolas y abriéndolas como animales.

En un segundo pasa junto a ti una paciente joven que camina con tranquilidad por el patio, una chiquilla dulce y pacífica que, sin mirarte a los ojos, en voz muy baja, te susurra en medio del frío:

—No la protegiste. Te lo advirtió tu amigo. Ahora ya es muy tarde.

Y sigue su camino como si nada. Abres los ojos como saliendo de nuevo de ese letargo que te producen los medicamentos que aquí te suministran. No puede ser. ¿La vidente, la médium del grupo espiritista que te transmitió el mensaje de tu amigo Kalimán desde el otro lado de la muerte? ¿La autora de la cuarta nota que llegó hasta la comisaría? ¿También está aquí? ¿Qué es lo que está sucediendo? Te sientes haciendo parte de una trama que no comprendes, como metido en medio del rodaje de una película cuyo guion desconoces. Intentas llamar a la joven, pero ella sigue sin mirar hacia atrás.

Y así los días van pasando, Frank, y tú te vas disminuyendo, te vas convirtiendo en un paciente enajenado, sin identidad, sin voz, sin presente ni futuro. No eres nadie, no eres nada. Comes, duermes, orinas, defecas. Las drogas que te dan te van transformando en alguien sin nombre ni identidad. Llevas el cabello largo, la barba entrecana te hace parecer más viejo y nadie te visita, nadie se acuerda de ti. No vuelves a preguntarte por el sacerdote ni por la joven, porque dejan de importarte. Debes pagar tu condena y punto. Con el paso del tiempo, los enfermeros se dan cuenta de que la camisa de fuerza ya es inútil: tienes los brazos atrofiados, las articulaciones están ya lesionadas de por vida. Entonces te dejan caminar por ahí como un zombi, como un muerto viviente que babea y que debe llevar todos los días un pañal porque no puede controlar sus esfínteres debidamente. Has perdido la memoria. No sabes ya cómo te llamas ni quién eres.

Hasta que una mañana la enfermera de turno te encuentra hecho un ovillo en

un rincón de tu cama, con la piel blanca y apergaminada, sin signos vitales, con una especie de vómito amarillento en la boca y la barbilla. Y como temiste tantas veces, no hay nadie que se pueda encargar de un entierro decente, de unos servicios funerarios en regla, con amigos y familiares despidiéndose de ti en una sala de velación. No, eso es para los seres humanos normales. Tú eres un lobo, un animal de presa, un salvaje que ha vivido entre los bosques invernales, las tormentas y el hielo. Te entierran en una fosa común entre indigentes y marginales, sin lápida, sin un nombre que recuerde tu presencia ni tu paso por este mundo. Tú no tendrás a nadie que más adelante visite tu tumba, que te lleve flores, que vaya a hablarte o a orar por tu alma. Tu cuerpo descansará junto a los desposeídos y los desamparados. Eres el olvido. Eres la amnesia de un Dios que ya no te reconoce ni te reconocerá jamás.

Ciudad Gótica, 2018



MARIO MENDOZA (Bogotá, 1964), se licenció en Letras en Bogotá y se graduó en Literatura hispanoamericana en la Fundación José Ortega y Gasset Toledo. Es también Magister en Literatura. Autor de 17 novelas y ensayos entre las que se destacan *Satanás* (Seix Barral, 2002), galardonada con el Premio Biblioteca Breve; *La travesía del vidente*, Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura Turismo de Bogotá en 1995; *Buda Blues* (Seix Barral, 2010), finalista del Premio Dashiell Hammett en la Semana Negra de Gijón; *Diario del fin del mundo* (2018); *El libro de las revelaciones* y *La importancia de morir a tiempo*. El año pasado concluyó *El mensajero de Agartha*, una saga juvenil conformada por diez títulos, y publicó la novela gráfica *Satanás*, junto con el ilustrador Keco Olano.